



Secretos



EVA WINNERS

Secretos

Reyes Multimillonario Serie

Eva Winners

Derechos reservados © 2024 por Winners Publishing, LLC y Eva Winners

Diseñador de la imagen de portada: Eve Graphic Design LLC

Modelo: Gustavo P: Fotógrafo: Wander Aguiar.

Traducción, edición y corrección al español: Sirena Audiobooks LLC.

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Visita www.evawinners.com y suscríbete a mi boletín.

Grupo FB: <https://bit.ly/3gHEe0e>

Página FB: <https://bit.ly/30DzP8Q>

Insta: <http://Instagram.com/evawinners>

BookBub: <https://www.bookbub.com/authors/eva-winners>

Amazon: <http://amazon.com/author/evawinners>

Goodreads: <http://goodreads.com/evawinners>

Twitter: <http://Twitter.com/@Evawinners>

TikTok: <https://vm.tiktok.com/ZMeETK7pq/>

Índice

[Colección Serie Reyes Multimillonarios](#)

[Nota De La Autora](#)

[Nota](#)

[Sinopsis](#)

[PLAYLIST](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciséis](#)

[Capítulo Diecisiete](#)

[Capítulo Dieciocho](#)

[Capítulo Diecinueve](#)

[Capítulo Veinte](#)

[Capítulo Veintiuno](#)

[Capítulo Veintidós](#)

[Capítulo Veintitrés](#)

[Capítulo Veinticuatro](#)

[Capítulo Veinticinco](#)

[Capítulo Veintiséis](#)

[Capítulo Veintisiete](#)

[Capítulo Veintiocho](#)

[Capítulo Veintinueve](#)

[Capítulo Treinta](#)

[Capítulo Treinta Y Uno](#)

[Capítulo Treinta Y Dos](#)

[Capítulo Treinta Y Tres](#)

[Capítulo Treinta Y Cuatro](#)

[Capítulo Treinta Y Cinco](#)

[Capítulo Treinta Y Seis](#)

[Capítulo Treinta Y Siete](#)

[Capítulo Treinta Y Ocho](#)
[Capítulo Treinta Y Nueve](#)
[Capítulo Cuarenta](#)
[Capítulo Cuarenta Y Uno](#)
[Capítulo Cuarenta Y Dos](#)
[Capítulo Cuarenta Y Tres](#)
[Capítulo Cuarenta Y Cuatro](#)
[Capítulo Cuarenta Y Cinco](#)
[Capítulo Cuarenta Y Seis](#)
[Capítulo Cuarenta Y Siete](#)
[Capítulo Cuarenta Y Ocho](#)
[Capítulo Cuarenta Y Nueve](#)
[Capítulo Cincuenta](#)
[Capítulo Cincuenta Y Uno](#)
[Capítulo Cincuenta Y Dos](#)
[Capítulo Cincuenta Y Tres](#)
[Capítulo Cincuenta Y Cuatro](#)
[Capítulo Cincuenta Y Cinco](#)
[Capítulo Cincuenta Y Seis](#)
[Capítulo Cincuenta Y Siete](#)
[Capítulo Cincuenta Y Ocho](#)
[Epílogo 1](#)
[Epílogo 2](#)

[Agradecimientos](#)
[¿Qué Sigue?](#)
[Sobre La Autora](#)
[Encuentra a Eva a continuación:](#)

Colección Serie Reyes Multimillonarios

La serie abarca a cada uno de los hermanos Ashford por separado. Aunque cada libro de la serie puede leerse de forma independiente, los acontecimientos y referencias a los otros libros están presentes en cada uno de ellos. Así que, para disfrutar al máximo, considera darle una oportunidad a cada hermano Ashford. 😊

¡Que lo disfrutes!
Eva Winners

Nota De La Autora

Este libro toca temas sensibles y algunos lectores lo pueden encontrar perturbador.

Hay contenido con detonantes emocionales sobre: pérdida familiar, suicidio, aborto y violencia.

Cualquier parecido con personas y cosas reales, vivas o muertas, lugares o eventos es totalmente pura coincidencia.

Nota

Tengan en cuenta que los apellidos rusos terminados en -ov tienen una “a” añadida a la terminación -ov/ -ev/ para las mujeres. Por lo tanto, sería Popova para mujeres y Popov para un hombre.

Sinopsis

Winston Ashford, no es exactamente el Príncipe Encantador.

Arrogante. ✓

Desgraciado. ✓

Hermoso. ✓

Lo había confundido con un diez cuando resultó ser un menos cinco. Era tan hermoso, pero dañado sin remedio. No había alguna cantidad de comprensión ni amor que pudiera salvar a un hombre que no quería ser salvado. Así que después de una noche juntos, me alejé de su lado con gusto.

Hasta que todo se fue en picada.

Mi padre había muerto. Mi hermana necesitaba ayuda, y era hora de que me comportara como una hermana mayor responsable, una con un plan.

Desafortunadamente, mi plan era un poco... defectuoso.

Cuando me atraparon con las manos en la masa robando a mi menos que *maravillosa* aventura de una noche, Winston Ashford se empeñó en doblegarme ante su voluntad.

Resultó ser tan despiadado como guapo y tan cruel como tierno.

Obligada a un acuerdo no deseado con el arrogante imbécil, uno de esos de los que requerían anillos matrimoniales, mi apellido se convirtió en el suyo. Me convertí en su renuente, aunque afortunadamente, esposa secreta. Por desgracia, él se convirtió en el hombre que, sin saberlo, sostenía todas las cartas. Al menos tomamos caminos separados, aunque legalmente seguíamos unidos.

Seis solitarios años después, nuestros caminos volvieron a cruzarse.

Seguía habiendo una oscuridad en su interior que me daba miedo hasta lo más profundo de mi ser.

Decía que quería un matrimonio de verdad. Que era un hombre nuevo. Sin embargo, en el fondo, seguía siendo el mismo. Dañado. Luchando contra cicatrices invisibles y hábitos difíciles de romper.

Me salvó una vez. Era hora de que yo lo salvara.

Pero ¿qué pasaría cuando yo no fuera suficiente?

PLAYLIST

<https://spoti.fi/49lRjr4>

Si te preguntas si estoy escribiendo sobre ti, así es.

Prólogo



Winston

Luchando contra las lágrimas, agaché la cabeza, intentando no volver a mirar a mi madre. Odiaba volver a casa tanto como yo. Odiaba estar cerca de mi padre tanto como el resto de nosotros, aun así, intentaba desesperadamente ser fuerte.

Preferiría que lo dejáramos y viviéramos por nuestra cuenta, aunque fuera en una pequeña choza, pero mamá dijo que vendría por nosotros. Entonces sería peor, al menos para ella, y yo no quería eso. No para ella. Era todo lo que teníamos.

Padre no hacía más que herirnos y humillarnos.

Si bien le prometió a mamá que pararía, siempre acababa rompiendo sus promesas. Cada. Una. De. ellas.

—Déjame intentarlo de nuevo con tu padre. —Mamá agarró el teléfono mientras avanzábamos por la concurrida acera del centro, con nuestro guardaespaldas detrás. D.C. bullía de actividad en un día laborable, gente yendo a trabajar y visitantes corriendo hacia su próximo destino—. Seguro que cuando se lo explique...

Intentó sonreír y pulsó el botón de marcado, cada timbrar haciéndolo sonar cada vez más tenue. Soplabla una ligera brisa y su loción con aroma a coco flotaba en el aire. Siempre la usaba, lloviera o hiciera sol, en verano o en invierno, porque decía que le protegía la piel. Era su olor característico, y nunca podía pensar en la playa sin acordarme de ella.

Detrás de ella, el sol brillaba sobre su cabello oscuro, y me di cuenta, no por primera vez, de los matices castaños que intentaban abrirse paso. La animé con una inclinación de cabeza y me recompensó con un guiño. Amaba cuando estaba así conmigo, como si no existiera nada más, aunque sabía que intentaba ser valiente.

Siempre se esforzaba por pasar tiempo de calidad conmigo, a pesar de que papá monopolizaba cada segundo de su día. Decía que la hacía feliz pasar tiempo con sus hijos, así que a menudo nos sacaba de la escuela para que pasáramos tiempo con ella. Ese día me tocó a mí. Sus cálidos ojos llenaban de amor todos los huecos de mi pecho, y con los rayos del sol, pequeñas chispas doradas en ellos la hacían parecer la mujer más hermosa del mundo. Nada como los míos. Mientras que Royce, Kingston y Aurora tenían sus iris oscuros, Byron y yo heredamos los de nuestro padre.

—Contestará —murmuró en voz baja, aunque no sabía a quién quería convencer: si a ella misma o a mí. Siempre ocurría lo mismo, así que ambos sabíamos que su llamada quedaría sin respuesta. Lo que más me dolía era ver su dolor, su decepción.

Nada de lo que hacíamos estaba bien para Padre. Nada lo complacía. Excepto sus putas que hacían que mamá se sintiera mal. Quería arreglarlo, hacerla sentir mejor, lamentablemente, no sabía cómo.

De repente, se giró hacia mí con una expresión extraña y vivaz en la cara y dijo:

—Iremos a la tienda de videojuegos.

La confusión me invadió y parpadeé varias veces, intentando comprender.

—¿Padre dijo que sí?

No respondió, pero miró a nuestro guardaespaldas.

—Voy a llevar a mi hijo a su tienda favorita.

—No es prudente, señora. Su marido...

Lo interrumpió.

—Puede esperar un poco más.

No obstante, todos sabíamos que odiaba esperar a alguien, especialmente a su familia. Normalmente era lo que provocaba sus discusiones. Ella quería pasar más tiempo con nosotros, cosa que él odiaba. Ella quería pasar más tiempo con sus diseños, mas él también odiaba eso.

—No hemos despejado la ruta. —Intentó razonar.

Escuché como seguían hablando, aunque no les presté atención. Estaba demasiado emocionado para detenerme a cuestionarlo.

Cuando llegamos, corrí a la sección de novedades con una sonrisa en mi rostro. La suave risita de mi madre me siguió de cerca, y su aroma me envolvió en una nube de consuelo. Mi hermano Byron era la personificación de la seriedad. Yo, en cambio, era todo lo contrario. Mamá decía que le recordaba al abuelo DiLustro, y siempre que le preguntaba a qué se refería, me contaba la historia de cómo había cerrado toda la línea del metro para poder dar un tranquilo paseo con su hija. No fue hasta mucho después cuando comprendí cómo lo hacía posible. Al fin y al cabo, estaba en el *Sindicato*, conocido también como *los Capos de la Mafia*, una organización mafiosa que tenía las manos metidas en muchas cosas.

—Así que este es el juego, ¿eh? —musitó, sus ojos brillando con humor—. Pensar que algo en una caja tan pequeña tiene tanta atención de mi hijo.

—Es mejor que las drogas, el alcohol y los cigarrillos, *Ma*. —Aunque muchos chicos de mi edad hacían esa mierda, yo me mantenía alejado. Jugar videojuegos era mi manera de liberar energía.

Dejó escapar un suspiro ahogado, probablemente pensando en algunos de mis amigos en particular, pero las pequeñas arrugas alrededor de sus ojos me dijeron que estaba aliviada.

—Eso espero.

Asentí con seriedad.

—Podría convertirme en un gran jugador y mantenernos a todos —imaginé, soñando una vez más con una vida sin mi padre—. Podrías diseñar a tu antojo. Byron puede ser un imbécil como siempre y...

—Winston. —Su suave reprimenda me hizo arrepentirme al instante de mis palabras, y mis hombros se desplomaron.

—De acuerdo, él puede ser su yo serio. Sin embargo, los demás nos la pasaríamos muy bien. Mi hermana y mis hermanos podrían correr todo el día, revolcarse en el lodo si quisieran. Podríamos hacer lo que queramos. —Ya ni siquiera miraba los juegos. Toda mi atención se centraba en esta visión de un futuro mejor.

Una suave sonrisa se curvó en sus labios.

—Eso suena encantador.

Al ver esa expresión de nostalgia en su rostro, me decidí a hacerlo realidad. Tomé su mano entre las mías y la apreté con fuerza.

—Espera y verás, *Ma*. Cuidaré de todos nosotros.

Veinte minutos después, salíamos de la tienda con mi nuevo videojuego bien guardado en la mochila. La gente seguía corriendo por la concurrida calle, llena de peatones y turistas que visitaban la capital.

Giré la cabeza, abriendo la boca para darle las gracias a *Ma*, cuando un estruendo ensordecedor llenó el aire y un líquido caliente me salpicó la cara. El bullicio de la calle se desvaneció, el cielo despejado se convirtió en algo más aterrador de lo que jamás hubiera imaginado mientras la sangre llovía sobre mí. El cuerpo de mamá se sacudió y, antes de que pudiera pensar en hacer algo, me estaba empujando. *Bang*.

Me desplomé en el suelo, con las rodillas rozando el pavimento mientras intentaba arrastrarme hacia donde yacía ella, con sus jadeos cada vez más agudos. Aquel cabello oscuro que tan bien conocía estaba esparcido por el suelo, un charco de color carmesí formaba un halo de sangre a su alrededor. Intenté parpadear, intenté recuperar el aliento. ¿Por qué no podía moverme? ¿Realmente podía estar ocurriendo esto?

Los gritos llenaban el aire y la gente corría a nuestro alrededor, ¿lejos de nosotros? Mientras tanto, solo podía observar impotente cómo se desarrollaba la escena. El olor a cobre sustituyó al de coco. Una mancha roja se extendió lentamente por el hombro y el pecho de *Mama*, sobre su collar de diamantes. El que más amaba. El que había pertenecido a su propia madre.

Me obligué a arrastrarme, ignorando el caos que me rodeaba. Ignorando el dolor en mi pecho y mi cuerpo. Sus cálidos ojos color *whiskey* se encontraron con los míos, esta vez brillantes de puro terror y llenos de lágrimas.

—*Ma*. —Jadeé, tratando de ponerme en pie, de pedir ayuda, pero con lo que le quedaba de energía, me agarró del brazo y tiró de mí hacia abajo. Su preocupación por mi seguridad pesaba más que todo lo demás—. Por favor... por favor... ponte bien.

Me froté la cara, me jalé del cabello. ¿Por qué nadie la ayudaba? No podía soportar un mundo sin ella. Necesitaba que se quedara. Por mis hermanos. Por mí.

—Todo es culpa mía. —Mis labios repetían las palabras que coreaba mi cerebro. Una y otra vez.

—N-no es c-culpa tuya. —Se estaba yendo. Su tacto era cada vez más frío—. Sé b-bueno. —Resoplé, con el terror apoderándose de mí y haciéndome girar la cabeza—. No seas como tu padre.

—No lo seré. —Lloré—. Te lo prometo.

—Sé mejor que él —susurró, y luego se levantó todo lo que pudo del pavimento manchado de sangre para volver a apretarme el brazo. Sentí que mi corazón se desangraba, junto al cuerpo de mi madre—. Y nunca te conformes. Prométemelo.

«¿*Qué he hecho?*». No debí haber querido venir a la tienda de videojuegos. No debí haber insistido. No debí haber...

—Prométemelo, Winston.

—Te lo prometo, *Ma*.

Nunca volví a agarrar otro videojuego. Aunque sí muchos vicios. A partir de ese día, mi camino de autodestrucción estaba marcado.

Aquel día, los puñales de mi padre se hundieron tan profundamente en mi piel que no supe cómo salir adelante.

Capítulo Uno



Billie

Santa Madre de Dios.

Puede que mis bragas se incendiaran y se convirtieran en cenizas. Winston Ashford era tan *caliente*. Fuera de este mundo *sexy*.

«*Era un diez*», pensé. Era imposible que alguien con ese aspecto no follara como un diez. Además, ya me había llevado bastantes decepciones. Era alto, tal vez un metro ochenta. Hombros anchos y musculoso. Sin embargo, para mí lo más destacado era esa cualidad *je ne sais quoi* que demandaba atención.

Nunca había conocido a un hombre como él. Si bien vestía ropa discreta y sofisticada, con un aire de familia adinerada, me daba la clara impresión de que debería estar en uniforme de combate, dirigiendo a los soldados que se dirigían a la batalla. De nuevo, no podía explicarlo, simplemente comandaba poder. Tenía una mandíbula angular, labios carnosos formando un arco de Cupido perfecto y una nariz fuerte, aunque ligeramente torcida, como si se la hubieran roto antes. Combinado con una piel bronceada y unos profundos ojos azules, tenía una presencia que hacía que una mujer lo mirara dos veces... o tres.

Odette me había presentado antes a Byron Ashford, quien a su vez nos presentó a su hermano Winston y a su amigo River. Mi habitual lado parlanchín se quedó mudo, pero no importaba, porque el guapísimo hermano tampoco había dicho una palabra. Dios mío, debería ser ilegal tener a tantos chicos guapos en una habitación, y mucho menos en una mesa.

No obstante, Byron y River no me hacían sentir nada. Winston Ashford, en cambio, me causaba de *todo*. Me quedé sin aliento en cuanto lo vi entrar en *Le Bar Américain*.

Por un momento, fue como si el mundo dejara de girar. Aunque podrían haber sido solo unos segundos, me parecieron horas. El corazón me retumbaba en los oídos, ahogando todo y a todos los demás.

Casi como si pudiera escuchar mis pensamientos, su atención se desvió hacia mí y nos quedamos viendo fijamente por unos segundos que parecieron eternos. Se me revolvió el estómago por primera vez en mi vida. El aire entre nosotros se arremolinaba, con una tensión sexual tan densa que podría cortarse con un cuchillo de mantequilla.

Como confuso y consciente de repente de que el bar estaba lleno de clientes, inclinó la cabeza hacia atrás y bebió un sorbo de su trago, asintiendo a algo que River debió de haber dicho. Por segunda vez esta noche, dejé que mi mente se perdiera en cómo rezumaba dominación. No pude evitar preguntarme qué clase de mujer capturaba a un hombre que parecía un dios. O un ángel caído.

Aparté la vista de golpe, desesperada por no mirar en su dirección. Por desgracia, no pude apartar los ojos de él durante mucho tiempo. Con la excusa de espiar un poco hacia la barra y observar cómo la pista de baile se llenaba de cuerpos palpitantes, eché un vistazo en su dirección, y eso fue todo lo que necesité para que se me erizara la piel.

Sus ojos recorrieron su entorno como si estuviera aburrido. Como si esta noche, la gente, la música, la vida misma, fuera agotadora. Parecía... hastiado. Su mirada oscura era un poco dura, como si no hubiera algo aquí que no hubiera visto antes. Sus ojos permanecían entrecerrados, sin detenerse demasiado tiempo. Casi como si estuviera buscando algo.

Desde donde yo estaba, junto a la barra, tenía su perfil en mi línea de visión. Esos pómulos afilados que parecían esculpidos en granito. Su espeso cabello castaño. Y esos orbes penetrantes

que hacían que las mariposas de mi estómago se volvieran locas de nuevo.

Fui hipnotizada por esos ojos.

Mucho más tarde, recordaría lo sorprendentemente blanca que había sido su camisa contra su bronceada garganta. Juraría que incluso el aire entre nosotros había brillado. Cómo el bullicio del concurrido bar se había desvanecido en el silencio. Era como si me hubiera adentrado en un universo extraño y fascinante en el que no había nadie más que aquel hombre diabólicamente guapo y yo.

Se sentó en la mesa VIP con los otros dos hombres, mas no podía apartar la mirada de él para verlos.

Basándome en el momento que compartimos antes, sabía que había visto algo que le gustaba. Al igual que antes, su mirada en este momento era la de un hombre hambriento. Aquellos orbes azules acariciaban cada centímetro de mí antes de encontrarse con mis propios ojos oscuros, y entonces la comisura de sus labios se inclinó en una sonrisita.

Debería detenerme en ese instante y ver a este hombre por lo que era: puro peligro. Pero ¿pensaba escuchar a mis propias advertencias internas?

No, señor, no lo haría.

Este tipo de hombre aparecía una vez en la vida, así que quería aprovechar el momento y hacerlo valer. *Carpe diem* y toda esa mierda. Sería solo una vez, me dije. Un experimento para una noche divertida y memorable.

Mi atención se dirigió hacia mi hermana, quien bailaba con Byron, el hombre que no podía apartar la vista de ella.

«*Esta noche nos pertenece a nosotras, las hermanas Swan*», pensé.

Así que me dirigí hacia él, contoneando las caderas de forma seductora. Sin embargo, a mitad de camino, dudé. Parecía un poco... borracho.

Y aunque eso debería haberme desanimado por completo, mi corazón, normalmente firme e indiferente, se estremeció en mi pecho, y fue suficiente para animarme. Había algo triste y solitario en sus ojos que me atraía.

Cuando me le acerqué, su colonia me golpeó. Intensa, especiada, *masculina*.

Inhalando sutilmente, luché contra el impulso de enterrar mi cara en su cuello y sentir su piel caliente y suave bajo mis labios. Y mientras me derretía por este hombre, la cara de Winston seguía siendo una máscara inmóvil cuando llegué a la mesa.

—Hola, otra vez —saludé. «*Mierda, ¿de verdad me temblaba la voz?*». Me aclaré la garganta antes de continuar—: ¿Está ocupado este asiento?

Dio un trago a su bebida, con los ojos ardiendo.

—Está claro que no. No hay nadie sentado en él —refunfuñó. De acuerdo, su sarcasmo debería haber reducido la atracción al menos un poco, pero no lo hizo. Diablos, ¿por qué no? Nunca soportaba a los idiotas, especialmente a los borrachos—. ¿Te vas a sentar, Billie, o vas a cernirte sobre mí?

«*Se acuerda de mi nombre*», cantó mi estúpido corazón romántico. «*Aunque, su tono podría mejorar*», me advirtió la razón. *Maman* siempre me advirtió contra mi orgullo y mis altas expectativas, y acaté sus consejos. Bueno, en todos los casos menos en uno.

Mi orgullo. «*Te costará todo y te dejará sin nada*». Cielos, ¿cuántas veces me dijo *Maman* esas palabras? Sacudí la cabeza, apartándolas.

—Solo si me lo pides amablemente —repliqué, esta vez con voz más fría—. Está claro que no te han enseñado modales.

Se reclinó en su asiento, relajado y confiado, con ojos casi calculadores.

—Sienta tu trasero necesitado y *follable*, Billie. —Me dedicó una sonrisa condescendiente y añadió—: Por favor.

¿Qué...?

Para mi sorpresa, mi cuerpo obedeció inmediatamente y, antes de que pudiera protestar, ya estaba sentada. Maldita sea. «*Este hijo de puta*».

—Ahora dime, ¿por qué estás aquí?

Tensé un músculo de la mandíbula e intenté encontrar una respuesta. Desde luego, no iba a coquetear con él en ese instante. No cuando estaba siendo un completo idiota.

Y, sin embargo, permanecí sentada. Sabía que debía levantarme y marcharme; no obstante, ese mismo algo en sus ojos azules me mantenía pegada a mi asiento. O tal vez era solo curiosidad morbosa que me tenía actuando de manera inusual.

—Iba a ofrecerte algunas sugerencias sobre qué ver por aquí, pero veo que eres uno de esos hombres que creen que ya lo saben todo. —Le mostré una sonrisa que rivalizaba con la suya—. Así que no me molestaré.

Su sonrisa se deslizó brevemente antes de acordarse de recomponer la máscara.

—Es curioso, porque iba a decir lo mismo de ti. Somos dos gotas de agua.

Era obvio que me estaba provocando. Dudaba que encontraría mucho en común conmigo, el muy imbécil.

Me burlé.

—No me parezco en nada a ti.

Inclinó la cabeza como si estuviera considerando mis palabras.

—Tienes razón. Soy rico y tú... no. Debes ser una de esas conejitas cazafortunas que persiguen hombres que puedan mantener sus hábitos de compras.

«*Este arrogante hijo de...*». La ira empezó a recorrer mi sangre, mis oídos zumbaban con furia. Un poco contra él, aunque sobre todo contra mí misma por no haber sido lo bastante lista como para levantarme y girarme sobre mis talones. Necesitaba largarme de allí.

Moví el cuerpo, dispuesta a dejar atrás a este imbécil, cuando sus ojos se clavaron en los míos. Ahí estaba de nuevo. Algo salvaje y cauteloso en las profundidades de su mirada oceánica. *Quería* que me enfadara, que lo dejara aquí. Así que me quedé, pero no antes sin devolverle el golpe.

—Puede que mi trasero sea *follable*, pero el tuyo no. —«*Toma eso, señor imbécil*».

Su rostro esbozó una amplia sonrisa.

—Gracias a Dios por eso.

Puse los ojos en blanco.

—Eres un idiota engreído. No sabes nada sobre mí, y cuánto dinero tengo no es de tu incumbencia.

—Pero sigues queriendo que te folle —agregó con aquella sonrisa confiada. El corazón me latía más deprisa mientras mi ira hervía peligrosamente a punto de estallar. Respiré profundamente, necesitaba controlarme. Sus ojos recorrieron tranquilamente mi cuerpo y me pregunté qué estaba pensando. No podía leer la expresión en ellos—. ¿Qué dice eso de ti?

Lo miré fijamente, sentado allí, frío e impasible, mientras mis propias emociones se disparaban.

—Si me cedieras tu fortuna, por mísera que fuera, aun así no te tocaría ni con un palo de tres metros. Verás, soy alérgica a gente como tú.

—¿Gente como yo? —Se rio entre dientes—. Millonario, guapo, capaz de cogerte hasta dejarte sin pensar. ¿Te refieres a ese tipo? Confía en mí, Billie, me deseas.

—No, mierda no —siseé—. Y para que lo sepas, los franceses hacen el amor. Así que, ¿por qué iba a pensar en dejarlo por un americano grosero y maleducado?

Esperaba que no se diera cuenta de que también era mitad americana. O que viajaba con frecuencia a Estados Unidos para asistir a desfiles de modas y arreglos de vestidos de novia. De hecho, los vestidos de novia eran mi especialidad. Un día, combinaría eso con el diseño de diamantes, y sería exitosa. Papá y Odette eran los inteligentes, mientras que yo era más creativa. Juntos, éramos una familia equilibrada.

—Un americano grosero y rudo, ¿eh? —repitió en tono aburrido. Incliné la barbilla hacia el cielo abierto, donde las estrellas brillaban sobre nosotros. Me encantaba esta sección del *Américain*, era el lugar perfecto para tomar aire entre un mar de gente fiestera. Estudié la mirada de suficiencia que ni siquiera se molestó en ocultar, y me fastidió aún más cuando mi cuerpo se negó a reaccionar con cualquier atisbo de amor propio y dignidad. En lugar de eso, mis entrañas se apretaban con cada segundo que pasaba... casi como si esto fueran nuestro juego previo.

Me abofeteé mentalmente. Necesitaba que me examinaran la cabeza. ¿Por qué tenía que ser tan hermoso?

Se inclinó hacia mí y su aroma a loción para después de afeitarse mezcló con el vodka de su vaso. Me dedicó una sonrisa lenta y sexy, y mi coño traidor palpitó. Luego me tomó la cara con la mano y lo único que pude hacer fue perderme en su mirada mientras me recorría una oleada de excitación.

Dios, lo deseaba. Nunca había deseado tanto a otro hombre.

—Tú y yo sabemos qué quieres que te folle. Admítelo. Quieres chuparme la polla, Billie —murmuró en voz baja. Me vino a la cabeza la imagen de ambos desnudos, yo de rodillas, él en una silla, con las piernas abiertas mientras le hacía una garganta profunda como una mujer poseída. Perdería la cabeza y me seguiría como un maldito cachorro, suplicando más. No pude resistirme a sonreír con suficiencia. Sí, quería chuparle la verga—. Quieres que te incline y te folle hasta dejarte sin sentido. En. Cada. Agujero. —La insinuación me hizo estremecer. Sus labios rozaron los míos muy ligeramente. Fue apenas un roce, pero encendió todo mi cuerpo. Mi sexo se estremeció y temí llegar al orgasmo por esta estúpida interacción, que tenía que ser un testimonio de mi largo período de abstinencia—. Excepto, mi seductora, que me temo que cuando llegue la mañana estarás demasiado empalagosa para mi gusto. Sin mencionar que terminarás con el corazón roto, porque no me follo a la misma chica dos veces.

«*De acuerdo, de vuelta a estar para nada excitada*», me mentí a mí misma mientras lo miraba fijamente, con el cerebro haciendo cortocircuito. Por suerte, tuve el suficiente sentido común para no pedirle que me llevara lejos de aquí y lo demostrara.

—Tendrías que tenerme una vez para negarte esa segunda ronda. Francamente, no parece que valga la pena el esfuerzo —espeté, con la ira hirviendo a fuego lento bajo mi piel. Me ardían las mejillas porque, *por supuesto*, el imbécil tenía razón. Empalagosa o no, me gustaba tener un hombre—. Por lo que parece, también eres un borracho. Uno patético. —Me miró con expresión aburrida, como diciendo que claramente ninguna de mis palabras le afectaban—. Sinceramente, con tu evidente problema con el alcohol, es probable que tu miembro ni siquiera funcione correctamente.

«*Toma eso, idiota*».

Sonrió, aunque su expresión seguía siendo sombría.

—Confía en mí, cariño. Mi polla funciona perfectamente. Por desgracia, nunca será satisfecha por una sola mujer. Le gusta demasiado la variedad y se aburre fácilmente. —¿Estaba este tipo hablando en serio de su polla en tercera persona?

A pesar de querer burlarme de su ego exagerado, por mi mente pasaron imágenes de Winston en medio de una orgía, siendo adorado por dos o más mujeres. No creía que me gustaba compartir, pero aun así me hicieron doler de deseo.

Mis ojos se posaron en sus labios y luego recorrieron su cuerpo. Era difícil no darse cuenta de que era todo músculo, su elegante ropa ocultaba unos abdominales duros como rocas y quién sabía qué más. Tragué saliva al imaginármelo desnudo.

—Ojos aquí arriba. —Su voz me sobresaltó y, para mi horror, me di cuenta de que me le quedé viendo su entrepierna. Mierda, ¿qué me pasaba?

Lo fulminé con la mirada, odiando que todo en este hombre me pareciera *sexy*. Bueno, todo menos su boca. Aunque...

—Oye, *me voy* —anunció mi hermana en francés, apareciendo a mi lado de repente y sobresaltándome. Desvié mi atención del *sexy* imbécil hacia ella, observando el rubor que manchaba sus mejillas.

—También me iré —declaró Byron—. Igual River.

—De acuerdo —respondí con cautela, olvidando toda la rabia que había acumulado por las palabras de Winston mientras estudiaba a mi hermana.

—¿Estás bien? —preguntó Odette, y tuve que respirar tranquilamente antes de responder para no dejar escapar mi deseo de matar a Winston Ashford a sangre fría.

—Sí, todo está *parfait*.

Mis ojos se desviaron hacia Winston y compartimos una mirada fugaz, pero entonces ambos nos acordamos y la apartamos rápidamente.

—¿Quieres que me quede contigo? —Se ofreció mi hermana, siempre tan considerada.

Sacudí la cabeza.

—Absolutamente no. —Podía encargarme de Winston por mi propia cuenta, muchas gracias. Me levanté y besé a mi hermana en la mejilla—. Volveré a mi mesa. Te veré luego. —Me incliné más cerca—. Cuídate. —Girándome hacia Winston, le dediqué la sonrisa más falsa y educada que pude y dije—: Que pase una velada placentera, señor Ashford. Espero que su aburrimiento no le arrugue demasiado la polla.

Y con eso, me alejé con la cabeza en alto, de vuelta a donde estaban sentados todos nuestros amigos.

Las emblemáticas vistas de la Riviera Francesa de *Le Bar Américain* no tenían problemas para atraer a lugareños y turistas en busca de diversión. Esta noche, la brisa soplabla en la terraza, cálida y relajante. Luces zafiro y rubí brillaban desde las pérgolas, iluminando la zona adoquinada con cada destello. La música retumbaba en el aire, pero solo escuchaba el tamborileo de mis oídos y el pulso de mi corazón.

De vuelta en mi mesa habitual, pedí mi bebida distintiva, un daiquiri de fresa, y cuando me lo pusieron delante unos minutos más tarde, le di un largo sorbo, saboreando el sedoso recorrido que hacía bajando por mi garganta.

—Así que, ¿adivinen quién tiene una invitación para el evento *Scandalous Temptation*? —anunció Tristan con entusiasmo. Él y Odette estaban en su primer año en Stanford y se habían hecho buenos amigos. El tipo era divertido. Su hermana, era doctora en el hospital George Washington de Estados Unidos, estaba aquí con él. No era tan divertida, ni mucho menos.

Elevé las cejas.

—¿Cómo conseguiste eso? Llevo años viviendo aquí y aún no he logrado entrar.

Tristan me dedicó una sonrisa malévola y me mostró la invitación virtual con un código de barras en su teléfono.

—Cuando tienes amigos en las altas esferas...

A pesar de que sus palabras se desvanecieron, sabía lo que quedó sin decir: puede que nunca volvámos a tener la oportunidad. Era una oportunidad única en la vida, ¿y a quién quería engañar? No tenía nada mejor que hacer. «*Nueva aventura, allá voy*», pensé con un resoplido de satisfacción, contenta con el giro de los acontecimientos.

Winston Ashford ya no era un pensamiento, aunque aún podía sentir sus abrasadores ojos azul oscuro como un cosquilleo ardiente en la piel. Eché un vistazo al espejo de detrás de la barra y lo vi observándome fijamente. El deseo de encontrarme con su mirada una vez más fue inmenso y me conmocionó hasta lo más profundo de mi ser. Nunca antes había sentido una atracción física tan inmediata, no obstante, encontré la forma de resistirme.

Winston Ashford difícilmente era el único pez en el mar. De todos modos, ¿quién quería un pez borracho?

Capítulo Dos



Winston

Hice girar el hielo en mi bebida y miré mi reloj *tourbillon* de platino. Eran las ocho y diez. Demasiado temprano para irse a dormir; demasiado aburrido para quedarse.

Mi mirada se desvió hacia la joven rubia de ojos castaños del color del *whiskey*, el veneno de mi elección, irónicamente. Una extraña sensación me hizo cosquillas en el fondo de la mente y no pude sacudírmela de encima.

«*Probablemente el alcohol*». Sonreí satisfecho.

Billie Swan.

Había algo en ella que me intrigaba. Su aspecto, su olor, la curva de sus pechos a través del vestido, el fuego en sus ojos. Era hermosa y joven. «*No olvides lo de bocona*», me recordé a mí mismo. Odiaba a las mujeres así.

Excepto que, al parecer, a mi polla *sí* le gustaba, todo, lo cual era exactamente la razón por la que no debía tocar a esa mujer *ni con un palo de tres metros*, como ella había dicho tan elocuentemente antes. Probablemente era más un dolor de cabeza de lo que valía.

La mayoría de los ojos del bar estaban clavados en ella, devorándola. Una mesera se materializó a mi lado, ofreciéndose a tomar otro pedido, pero mantuve la vista fija en Billie.

—*Whiskey* —afirmé—. El mejor. Que sean dos.

La camarera se escabulló, dejando tras de sí un rastro de decepción. Siempre pasaba lo mismo. En cuanto presentabas tu Amex negra, revoloteaban esperando llamar la atención. Nada podía repelerme más.

Me recosté en mi silla y observé a Billie interactuar con sus amigos. Parecía ser el centro de atención. Era jovial. Demasiado alegre. Demasiado joven. No se parecía en nada a las mujeres que me atraían habitualmente, aun así, mentiría si dijera que no deseaba enterrarme dentro de su suave cuerpo y escucharla gemir. Apostaría a que era una gritona, y si no lo era, seguro que lo sería conmigo.

Me lamí los labios y bajé la vista hasta su esbelta clavícula. Se me erizó la piel al ver cómo la suya cremosa brillaba con la humedad de la noche.

Podría medir un metro sesenta y cinco, como mucho. Demasiado delicada para mis manos ásperas. Me restregué una mano por la barba incipiente cuando giró la cabeza, con su cortina de cabello rubio hasta la cintura, cayendo sobre la curva hinchada de sus pechos.

Muy bonito, pero... a los treinta y dos, ya todo me era indiferente. Todos los Ashford lo éramos. Siendo el mayor, Byron había hecho todo lo posible por protegernos, no obstante, la nuestra era una carga imposible de soportar. La única que era remotamente normal era nuestra hermana menor, Aurora.

Empezaron a cerrarse muros invisibles a mi alrededor, pero ya estaba acostumbrado a esta sensación. Empezó cuando murió mi madre. Se amplificó durante mi estancia en el ejército. Y ahora... era tan normal como respirar. El alcohol ayudaba. A pesar de que no era un mecanismo de supervivencia saludable, no hacía daño.

Por el rabillo del ojo, vi que la mesera dejaba mi pedido sobre la mesa, dos vasos de líquido de color ámbar, antes de desaparecer de nuevo. En piloto automático, agarré el primero, me lo bebí de un trago y volví a contemplar a la rubia de cabello miel y ojos *whiskey*.

Maldición, quizá debí habérmela follado. Habría pasado el tiempo y aliviado la tensión que sentía en mis músculos.

«No». Ella era el tipo de problema que no necesitaba. Un juguete cuyo brillo se apagaría con la primera luz de la mañana. Había conocido a cientos como ella: coños calientes y codiciosos, y corazones fríos y ambiciosos. Aun así... Algo en ella despertó mi curiosidad. No era su belleza o su juventud.

Fueron las imágenes prohibidas que me vinieron a la cabeza. Perversas y sucias. Esas largas piernas enredadas en sábanas de seda. Ese maldito culo. Esa boca mordaz en forma de O roja mientras abría las piernas con cuidado y deliberadamente para exponerme ante mí su sexo. Casi podía imaginármelo. Un clítoris hinchado y empapado que mi lengua estaría ansiosa por explorar. Aunque odiaba admitirlo, cada centímetro suyo era perfecto.

La sangre me subió a la ingle y me senté erguido, ignorando la petición de mi cuerpo de que fuera tras ella. Hacerla mía.

En lugar de eso, agarré el otro *whiskey* y me lo bebí mientras ella echaba la cabeza hacia atrás y se reía, el sonido melodioso llegándome a través del bar. Su grupo se acurrucó más cerca, susurrando, mientras la mirada de Billie vagaba distraídamente por la terraza hasta que sus ojos chocaron con mis ojos castigadores.

Y al igual que la primera vez que nuestras miradas se cruzaron, me dejó sin respiración. Quería poseerla. Ser su dueño. «*A la mierda con todo*».

Me puse de pie y salí de aquel bar olvidado de la mano de Dios, dirigiéndome al único lugar en los alrededores que saciaría mi sed.

En mi casa se celebraba un *after party* a la que solo se podía asistir con invitación. *Scandalous Temptation*, como se llamaba tan acertadamente.

Y estaba a punto de aprovechar al máximo todo lo que podía ofrecerme.

Capítulo Tres



Billie

—¡Será *freaky*!—exclamó Tristan—. Ya sabes lo mucho que me gusta lo *freaky*.

Siempre estaba dispuesta a una fiesta, pero Tristan era sexo con patas. El hombre cambiaba de mujer como de ropa interior. En realidad, tacha eso. Probablemente con más frecuencia, ya que lo había visto con tres chicas diferentes en un solo día, más de una vez.

No tenía nada mejor que hacer, así que decidí acompañarlo. Corrí a casa, me puse un vestido largo de seda negra y lo combiné con unos tacones negros de tiras. Me recogí el cabello en un elegante moño. Me pinté los labios de rojo y me puse sombra de ojos ahumada, y ya estaba lista para la acción.

No necesitaba a Winston Ashford para cumplir mis fantasías.

Guardé algo de dinero en mi bolso de mano Gucci, me coloqué un *chal* de seda sobre los hombros y llamé a un taxi. Veinte minutos más tarde, estaba en la entrada de un largo camino bordeado de antorchas que conducía a uno de los castillos más antiguos de la zona. Construido en la época barroca, la fastuosa arquitectura era evidente donde sea que miraras. Era una noche fresca y despejada, por lo que el castillo blanco estaba iluminado por la luz de la luna, al igual que los lujosos vehículos que serpenteaban por el camino.

Cuando llegué a la gran escalinata de piedra, mi ansiedad estaba a flor de piel. Había rumores en torno a las fiestas que se celebraban en aquella mansión, cada uno de ellos más lujurioso que el anterior. Tenía mis límites cuando se trataba de cosas de dormitorio, no obstante; la curiosidad, la que mató al gato y todo eso, me hizo tragarme mi inquietud.

Ahora que estaba aquí, mi cuerpo parecía congelado mientras los nervios bailaban a lo largo de mi espalda, haciéndome dudar. De repente, deseé haber venido con Tristan en lugar de insistir en ir a casa a cambiarme. «*Oh, esta vanidad será mi muerte algún día*».

Subí un corto tramo de escaleras hasta unas imponentes puertas negras y toqué el timbre.

Cuando se abrieron, me quedé con la boca abierta. Me recibió un mayordomo, un *mayordomo* de verdad, con uniforme de época que parecía sacado directamente del set de *Downton Abbey*.

Los ojos del hombre viajaron sobre mí, enmascarando cualquier expresión.

—*Votre invitation, mademoiselle*.

Casi se me escapó una risita nerviosa, pero la reprimí, y una leve sonrisa se asomó en su rostro. Tomé la invitación que me había dado Tristan y se la tendí, con la mano temblorosa por los nervios. Asintió amablemente y se hizo a un lado para dejarme pasar.

Inhalando profundamente e intentando no pensar en todo lo que podría salir mal, entré en el estrecho espacio. Ahogué un grito cuando doblé la esquina y se abrió una habitación que no se parecía a nada que hubiera visto antes. Era más que opulenta, y el aroma de las velas me envolvió. Donde fuera que mirara, el dinero heredado me devolvía la mirada. Un candelabro de hierro con velas ornamentales iluminaba las baldosas centenarias, y tuve que hacer todo lo que estaba en mí para no girar en círculo e imaginarme un futuro aquí.

En las paredes colgaba un cuadro de *La Virgen y el Niño*, que me negaba a creer que fuera original aunque mi instinto me advertía de que lo era, justo al lado de otro provocativo que retrataba una orgía. El contraste era extraño, pero algo me decía que era intencionado.

Me llegó música clásica y voces, aunque no podía ver a nadie. Me giré hacia el mayordomo, que había aparecido a mi lado.

—Gracias —respondí sin aliento, repentinamente nerviosa.

—¿Teléfono?

Parpadeé, confundida.

—¿Perdón?

—Su teléfono —explicó el mayordomo—. No se permiten dispositivos electrónicos más allá de este punto.

—Oh.

Un parpadeo de inquietud se deslizó por mi espalda, aun así, le entregué mi móvil y recibí a cambio una pequeña ficha numerada.

Señaló el pasillo a mi izquierda.

—Disfrute de su noche.

Respiré hondo y continué hacia delante, siguiendo el sonido de la música hasta llegar a la puerta arqueada.

En cuanto entré, me encontré en una especie de país de las maravillas medieval. Cientos de velas iluminaban todas las superficies. Pétalos de rosa roja adornaban los suelos de mármol.

Un hombre con un atuendo similar al del mayordomo se materializó de repente frente a mí. Tenía un aspecto ridículo, con la barriga prominente y los brazos tirando de las costuras de los puños demasiado ajustados. Se hizo a un lado y me dejó ver el gran salón de baile detrás de él.

Había hombres y mujeres vestidos en seda y satén, riendo y bebiendo. Mujeres con lujosos vestidos y hombres con esmoquin negro bailaban y coqueteaban. Las copas de *champagne* estaban colocadas bajo una torre de burbujas que fluía como una fuente. En la cabecera de la sala, actuaba una orquesta de diez músicos vestidos con... ¿Era eso lencería?

Mierda.

La energía en la sala era eléctrica, llena de expectación. Pasó un mesero con una bandeja de *champagne*, agarré una copa y la vacié. Las burbujas me golpearon la garganta cuando devolví la copa vacía a la bandeja y agarré otras dos. Asimilé la extravagancia, con los ojos muy abiertos y sin saber qué hacer. La fiesta estaba en su apogeo y me sentía como una *voyeur*.

Me dirigí hacia la pared de puertas francesas abiertas que daban a una terraza iluminada por velas, con la esperanza de ver a Tristan o a alguien que reconociera.

Justo cuando empezaba a preguntarme si había sido una mala idea venir, la música paró y llegó la medianoche, recordándome a *Cenicienta*. De repente, el aire frío se calmó y también la multitud, mientras sonaban *gongs* en el silencio.

Con el último *gong*, algunos de los hombres y mujeres se giraron para observarse. Por un momento, no hubo nada. Solo un silencio ensordecedor y el retumbar de mi corazón. Y entonces, empezaron a tocarse unos a otros con frenesí: se besaron, se rozaron y se desnudaron como si el tiempo fuera oro. En lo que parecieron segundos, sus ropas se amontonaron alrededor de sus pies, dejando a las mujeres solo en tacones y a los hombres completamente desnudos.

¡Santos Cielos!

Mis ojos se abrieron de par en par al ver cómo los invitados desnudos volvían a tocarse. La música orquestal se volvió seductora mientras la masa que se retorció se volvía febril. La música se mezclaba con gemidos y quejidos cuando algunos empezaron lo que solo podía describirse como una actuación.

Una mujer bajó a una tumbona de terciopelo mientras dos hombres servían *champagne* encima de ella, lamiendo el líquido de su piel de marfil. Separó las piernas y uno de ellos se arrodilló, enterrándole la cara en su coño. Detrás de ellos, una mujer estaba inclinada sobre un piano mientras su compañero la embestía. En el rincón más alejado, una mujer estaba recostada

sobre una mesa baja, con la boca envuelta en la longitud de un hombre, chupándosela con avidez, mientras otro hombre la follaba lentamente por detrás.

Debería haberme horrorizado. *Era* alarmante. Sin embargo, también era absolutamente sensual. El sexo y la tensión flotaban en el aire. Mi cuerpo se tensó y zumbó con deseo mientras los actos salvajes y eróticos se desarrollaban a mi alrededor.

Estaba tan cautivada por la escena que no me di cuenta de que alguien me agarró por el antebrazo. Me encontré con la mirada de una mujer, que me hacía señas para que me uniera a ella y a su compañero. Negué con la cabeza, ruborizada hasta la raíz del cuero cabelludo. Si bien no era tímida ni mucho menos, un *ménage à trois* no estaba en mi lista de cosas por hacer esa noche. Sobre todo si se trataba de dos mujeres y un hombre. ¿Qué se suponía que tenía que hacer mientras el tipo le daba placer a la otra mujer? ¿Mirar?

«*Oh, diablos no. Muchas gracias, pero pasaría.*»

Decidí que no era mi tipo de fiesta, o tal vez temí hacer algo estúpido como unirnos, y me di la vuelta. Me adherí al borde de la habitación en busca de la salida y sentí que unos dedos fuertes me rodeaban el brazo. Otra vez.

Gemí por dentro, tiré de mi brazo y me di la vuelta, encontrándome cara a cara nada menos que con Winston Ashford.

Mis labios se separaron.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Respiré conmovida, sintiéndome de repente como si estuviera quemándose. Mi corazón retumbó contra mi caja torácica.

—Podría preguntarte lo mismo. —Sonaba enfadado, observándome fijamente con una expresión furiosa que no podía comprender. ¿Por qué estaba tan enojado? No estaba aquí por él. En todo caso, vine a pesar de él—. ¿Qué haces *tú* aquí?

Sus orbes ardían mientras le devolvía la mirada. Dios, tener todo este sexo loco a mi alrededor con Winston Ashford tan cerca era una mala idea.

Me temblaban las rodillas, pero lo miré desafiante.

—Creo que está bastante claro lo que hago aquí. —Levanté la barbilla y lo vi directamente a los ojos—. Estoy observando la habitación para encontrar el mejor grupo para unirnos a una orgía.

¿Por qué era tan idiota? Si insistía en que me uniera a su orgía, perdería la cabeza. No quería nada de eso. Era del tipo celosa. Me gustaba toda la atención, sexual y de otro tipo, sobre mí.

Se apoyó en la pared despreocupadamente, observándome.

—Bueno, si quieres que te follen, puedo complacerte.

No pude hacer otra cosa que mirarlo, estupefacta. Las notas de una canción que no había oído antes apenas se percibían a través de la niebla de mi cerebro, la orquesta seguía tocando en algún lugar en el fondo.

Te romperé, solo para poseerte.

De alguna manera, lo sentí como una advertencia. Este hombre se llevaría todo solo para dejarme sin nada. Sería una noche inolvidable, de eso estaba segura.

—¿Qué sucede, Billie? —Hizo señas a un camarero para que se acercara, agarró dos copas y me dio una. Me la bebí de un trago, repentinamente sedienta. Mi corazón martilleaba bajo mi caja torácica, haciéndome sentir como si acababa de correr un maratón—. ¿Tienes miedo de no ser capaz de aguantar lo que te dé? —Ronroneó, con un toque de lujuria en sus palabras. El fuego en sus ojos podía calentar todo el castillo o incendiarlo. También se bebió la copa de un trago. Quizás estaba tan impactado como yo por la química que bullía entre nosotros—. ¿No quieres montar mi verga?

La sonrisa de su cara y su tono arrogante fue todo lo que necesité para volver en mí. Este hombre lo único que hacía era marearme con sus cambios de ánimo.

—Antes no decías lo mismo. Pensabas que sería demasiado empalagosa, si recuerdo bien tus palabras. Me temo que mi oferta ha expirado, señor Ashford. Odiaría estar decepcionada cuando usted se convirtiera en el empalagoso.

Así de cerca, podía ver las manchas azules y marrones en sus ojos y oler su colonia. Como la brisa salada de un vasto océano. Maldición, era mi nuevo aroma favorito.

Crucé los brazos alrededor de mi cuerpo y resistí el instinto de dar un paso adelante y apoyar mi suave cuerpo contra el suyo musculoso. A pesar de ser un idiota, Winston desprendía un poder embriagador. Magnético e irresistible. Me recordaba a un animal depredador. Al acecho y listo para abalanzarse, lleno de energía reprimida.

Sonrió como si pudiera leer mis pensamientos.

—¿A menos que tengas miedo, pequeña seductora? —desafió, ignorando mis palabras anteriores.

Demonios, acostarme con él sería un gran arrepentimiento. A menos que resultara ser la cosa más descarada e inolvidable que jamás hubiera hecho.

El hombre que tenía delante despertó en mi cuerpo una sensación que desconocía. Observé el pulso palpitante en la base de su garganta. Mi lengua recorrió mi labio inferior, anhelando lamerlo.

—No tengo miedo —repliqué, con la voz demasiado ronca para mi gusto—. Más bien me repugna. Por lo visto, permiten que imbéciles arrogantes como tú asistan a este tipo de eventos. Lamentablemente, como resultado, he perdido las ganas de tener sexo.

«*Mentirosa, mentirosa*». El cántico resonaba en mi mente.

Luego me pasó el brazo por la nuca y me agarró un puñado de cabello, inclinando mi cara hacia la suya.

—Te equivocas, mi pequeña *pet* —declaró, y luego bajó su boca para poseer la mía. Me estampó contra la pared, devorándome los labios. Sabía a *whiskey* y a malas decisiones. *Retorcido*. Intenté resistirme. Honestamente, lo hice. Aun así, terminé soltándome y me dejé llevar. Nos besábamos casi desesperadamente, con las lenguas explorándose con avidez, las manos en el cabello del otro y una química fuera de serie surgiendo entre nosotros.

Su boca me volvió loca de una forma que jamás habría imaginado. El calor me recorrió y cada célula de mi cerebro se detuvo. Le rodeé el cuello con los brazos y enredé mis dedos en su espesa cabellera. Rodeó mi lengua, succionándola hasta el fondo de su boca, y me besó con tal ferocidad que mis rodillas flaquearon.

Nunca en mis veinticuatro años me habían besado así, y me estaba emborrachando rápidamente con el sabor de este imbécil que no debería desear.

Sin embargo, no podía resistirme. Sentía tanta emoción en su abrazo posesivo que algo se despertó en mí, respondiendo a su llamado animal. Una excitación estremecedora palpitó con fuerza en mi vientre mientras me aferraba a él, apretando mi cuerpo contra el suyo. Me empapé de su calor adictivo mientras su dura longitud rozaba la suavidad de mi estómago.

Un torrente de placer recorrió mi cuerpo. El calor se acumuló entre mis piernas. Nunca había deseado nada ni a nadie como a este hombre. Lo quería, lo *necesitaba* dentro de mí. En ese instante.

El beso se detuvo tan bruscamente cómo empezó, jadeaba y me apretaba contra su muslo.

—Voy a arruinarte para todos los demás hombres, Billie.

Para mi horror, un “Por favor” ahogado se escapó de mis labios.

Y ya era demasiado tarde para retractarme. Ni siquiera quería hacerlo.

Capítulo Cuatro



Billie

Mucho, *mucho* más tarde, recordaría que nunca encontré a Tristan.

Winston me tomó de la mano y me arrastró fuera del salón de baile hasta la gran escalera custodiada por cuatro hombres. Para mi sorpresa, nos dejaron pasar sin mediar palabra. Recorrimos el largo pasillo antes de que se detuviera, abriera una puerta y me condujera al interior.

Una vez dentro, me giró para que quedara frente a él, con mis pechos adoloridos presionando contra su fuerte pecho. Su boca caliente encontró la mía, besándome con rudeza y con una necesidad urgente que coincidía con la mía.

No me dejes nada cuando baje.

La letra de la canción que aún podía oír retumbaba al compás de los latidos de mi corazón salvaje. Estaba demasiado ida para luchar contra esta sensación. Su gran mano en la curva de mi trasero apretó con fuerza y envió otra oleada de excitación a mis adentros. A este paso, iba a alcanzar el orgasmo antes de que llegáramos al evento principal.

—¿Tenemos permitido hacer esto aquí? —Jadeé contra sus labios.

—Es mi casa. —Me mordió el labio inferior—. Podemos hacer lo que queramos.

Antes de que pudiera decir algo más, su boca volvió a encontrar la mía y me perdí en la agonía del deseo. Su mano localizó la cremallera de la parte trasera de mi vestido, que pronto se acumuló alrededor de mis pies, dejándome solo en sujetador, bragas y tacones. Con destreza, llevó su mano a mi espalda y soltó el broche del sujetador, que se unió al vestido en el suelo.

Apenas escuché el ruido del encaje al rasgarse cuando me encontré desnuda delante de él, mientras seguía completamente vestido. Por un momento, se detuvo y se limitó a observarme con una expresión que juraría que era de admiración.

Luego me guio hasta el espejo dorado en la pared y me dio la vuelta para que ambos pudiéramos ver nuestros reflejos, su frente vestido firmemente presionado contra mi espalda desnuda.

—Mírate. —Ronroneó con voz como chocolate derretido. Un escalofrío me recorrió la espalda mientras contemplaba una versión de mí misma que nunca había visto antes. Tenía los ojos vidriosos de lujuria, hambrientos y salvajes. Inclino la cabeza y me mordisqueó el lóbulo de la oreja—. Tienes las pupilas dilatadas. Estás desesperada por que te follen. Fuerte y duro.

Gemí, nuestra química alcanzaba un punto de ebullición. Mi pecho subía y bajaba mientras nos veíamos en el espejo. Se inclinó para morderme el cuello, y un placer eléctrico se disparó a través de mí, haciendo que mis ojos se abrieran de golpe. La sensación era exquisita. Algo sobre él y esta noche me estaba haciendo sentir temeraria. Exótica. Eufórica.

Un rubor tiñó mi piel al vernos a ambos enredados. No podía apartar la mirada. Sus manos deslizándose por mi cuerpo. La forma en que me contemplaba como si lo fuera *todo*.

Se me erizó la piel y sentí escalofríos. Mi cuerpo se acercó al suyo como si fuéramos imanes. Mis piernas se separaron ligeramente mientras sus manos se movían más despacio. Más abajo. Un gemido vibró en mi garganta cuando empezó a succionar suavemente mi piel, provocándome más gimoteos. Sus manos ásperas rozaban mi cuerpo, dejando un rastro ardiente por todas partes que tocaba. Empujé mi trasero hacia su gruesa y dura longitud, anhelándola. El doloroso pulso entre mis piernas latía en sincronía con mi acelerado pulso.

Me presionó el labio inferior con un dedo, abrí la boca y saqué la lengua para lamerlo.

—Buena chica. —Su elogio me hizo cosas profanas, y se sintió liberador—. Ahora chúpalo como si fuera mi polla.

Tomé su dedo entre mis labios, chupándolo suavemente al principio y luego con más fuerza por la desesperación y la necesidad. Me dio la vuelta y, mientras le succionaba el dedo, tomó mi pezón entre los dientes. Con hábil precisión, su boca caliente me llevó a un frenesí sexual que sabía que nos estaba poseyendo a ambos.

Empezó a desabrocharse el cinturón y ni lo pensé. Me quité los tacones y me arrodillé, siguiendo solo el instinto y este deseo palpitante. La madera me refrescó la piel ardiente mientras le bajaba la bragueta, le subía la camisa blanca y besaba sus abdominales. Saqué la lengua y lamí su piel dorada hasta llegar a la banda de sus bóxers.

Tiré del sedoso material con los dientes y lo jalé hacia abajo. Su verga se liberó, hinchada y reluciente con excitación, lista para mi boca.

—Chúpame la polla, Billie —ordenó en voz baja, haciendo que mi coño palpitara dolorosamente.

Le bajé los bóxers por sus muslos musculosos y me lo llevé a la boca. Cerré los ojos y un gemido salió de mi garganta al sentir su sabor almizclado.

Respiró profundamente, su miembro se sacudió en mi boca y mi interior se estremeció de placer. Había algo tan poderoso en oír sus gemidos.

—Mírame —gruñó, y mis pesados párpados se abrieron, encontrándome con las llamas azules que ardían en su mirada.

Relajé la garganta y lo tomé aún más profundo, dejándolo que presenciara cada centímetro de su longitud deslizándose entre mis labios. Palpitaba en mi boca, y debería haber sabido que no se podía provocar a este hombre. Inmediatamente tomó el control y empujó sus caderas hacia delante, forzándose en mi garganta.

—Joder, sí —gimió. Sus manos se acercaron a mi cabeza, sus dedos se enredaron en mis mechones y me mantuvieron en mi lugar mientras él empezaba a empujar más rápido—. Justo así. Buena chica.

Dios, sí.

Mi excitación empapaba ahora el interior de mis muslos. Mis dedos se deslizaron entre mis piernas y no pude resistirme a tocarme. Me froté el clítoris con los dedos, extendiendo mi excitación, y jadeé alrededor de su longitud, que seguía entrando y saliendo de mi boca.

Bajó la mano y me pellizcó el pezón, extendiendo la electricidad por mis venas. Apretó con más fuerza e imité el movimiento en mi clítoris. Puse los ojos en blanco cuando me invadió la dicha pura.

—Dios, eres perfecta —declaró arrastrando las palabras mientras se la chupaba, pasándole la lengua como si fuera una paleta. No podía saciarme de él. Estaba desesperada por sentirlo dentro de mí.

El sonido de mi humedad era tan fuerte como nuestras respiraciones. Un ruido desesperado vibró en el fondo de mi garganta.

—Relaja la garganta. —Obedecí inmediatamente—. Tan buena chica. Vas a hacer que me corra. —Mi clítoris palpitó en respuesta mientras la humedad entre mis muslos corría por mis piernas. Mi cuerpo ardía. La piel se me erizó de placer y me introduje los dedos, la necesidad de correrme volviéndose insoportable. Pellizqué el botón hinchado, luego lo rodeé y mi mundo explotó.

Chispas se dispararon por mis piernas, me recorrían la columna vertebral y mi vagina se cerraba en torno a mis dedos. Estaba completamente embriagada de él, y sus embestidas eran

cada vez más urgentes. Con los músculos rígidos y un gemido feroz, echó la cabeza hacia atrás y se desplomó. Su semilla caliente llegó hasta el fondo de mi garganta, dejándome un sabor acre en la parte posterior de la lengua mientras tragaba.

Lo miré fijamente y esperé a que sus ojos se encontraran con los míos. Su pulgar rozó mi mejilla suavemente, casi con reverencia. Al parecer, eso era todo lo que hacía falta para que un hombre adorara a una mujer.

—Naciste para chupar verga —comentó suavemente, sacándomela de la boca y subiéndose los pantalones—. Ve y siéntate en la cama. Es hora de tu recompensa.

No tuvo que pedírmelo dos veces. Desnuda y descalza, me apresuré hacia la cama, sin pensar en nada más que en la sensación que él me estaba provocando.

Me tumbé, con la espalda apoyada en la abundancia de almohadas. Seguía completamente vestido y en control mientras yo estaba desnuda y al descubierto para él.

Y, sin embargo, nunca me había sentido tan poderosa.

Capítulo Cinco



Winston

Su pecho subía y bajaba con cada respiración, y me miraba fijamente con lujuria y confianza en esos ojos marrón dorado. Oh, mi pequeña *pet*. Si supiera lo realmente jodido que estaba.

—Voy a lamerte el coño hasta que jadees con necesidad como una perra en celo.

Respiró profundamente. No pude evitar sonreír cuando abrió más las piernas para que pudiera ver su coño rosado goteando con excitación.

—Pruébalo —desafió. Cuando fui a moverme, negó con la cabeza. Me detuve al instante: me gustaba consentir tanto como tener el control—. Primero quítate la ropa —exigió, con sus malditos jadeos adorables.

—Las chicas buenas no reclaman nada —gruñí.

Se rio suavemente.

—¿Quién dijo que era una buena chica?

—Chica sucia, entonces. —Mierda, estaba preciosa así. El aroma de su excitación me hacía agua la boca—. ¿Qué tal si me ocupo de ti primero? Te prometo que no te arrepentirás.

Inclinó la cabeza, llevando su mirada entrecerrada y llena de lujuria a la mía.

—De acuerdo.

Me le acerqué. Apoyé la rodilla en el colchón, incapaz de resistir la tentación de enfadarla.

Separé aún más sus muslos para acomodarlos a mi tamaño. Bajé la cabeza e inhalé su excitación profundamente en mis pulmones. Gimió cuando pasé la nariz por su clítoris, untando su humedad en el interior de sus muslos.

Volví a bajar la cabeza y le lamí su sexo con avidez. Ella se sacudió y arqueó la espalda sobre el colchón con un fuerte gemido. Levanté la mano y le pellizqué un pezón.

—¡Dios mío! —Jadeó mientras pequeños escalofríos recorrían su cuerpo.

—No Dios, mi pequeña *pet*. —Sonreí con satisfacción, mordisqueando su coño—. Winston Ashford. Recuerda el nombre porque pronto lo gritarás.

Levantando su trasero con mis palmas, la maniobré mientras me la comía como un hombre hambriento. Sabía deliciosa. A verano y a coco. Introduje la lengua en su canal mientras ella empezaba a apretarse contra mi boca, gimiendo y retorciéndose debajo de mí.

Levanté la cabeza y le di una palmada en el coño, en parte por rabia hacia mí mismo por haberme gustado tanto su sabor y en parte porque sospechaba que le gustaba un poco pervertido. Tuve razón cuando gritó y se estremeció.

—¿A qué se debió eso? —gimoteó, con las mejillas sonrojadas y los labios hinchados.

—Por ser perfecta —contesté entre dientes—. Ahora frótate el coño mientras me desvisto —dictaminé—. Tócate mientras miro.

Dejó escapar un resoplido.

—Haciéndome hacer todo el trabajo. —Pero sus dedos ya estaban en su clítoris, frotándose furiosamente y observándose mientras yo trabajaba lentamente en cada botón. Me desabroché las mancuernillas y me quité la camisa. Inhaló profundamente, con la vista clavada en mis tonificados abdominales. Se frotó más rápido, ávida por su propia liberación.

—Detente —ordené, no dispuesto a dejar que tuviera su orgasmo sin mí. Gimió, pero apartó la mano—. Buena chica.

Puso los ojos en blanco, pero no tenía ningún mérito. Parecía desesperada por mi longitud y por su liberación. Tenía el coño al aire, brillando con excitación y haciéndome agua la boca. Me

quité los zapatos de vestir y los calcetines ante su atenta expresión lujuriosa. Me observó, relamiéndose los labios, mientras me despojaba de los pantalones y los bóxers.

—Dios mío —susurró. Sonrió, encontrándose con mi mirada—. Realmente deberías andar desnudo.

Agarré un condón de la mesita de noche y me lo puse, disfrutando de cómo sus ojos se oscurecían. Me le acerqué y me acaricié la polla. Su propia mano se acercó a su clítoris y lo frotó sin pudor, el sonido de su excitación era lo más erótico que jamás había oído. Su mirada se clavó en la mía mientras se masturbaba.

—¿Estás lista para mi verga, Seductora? —me burlé.

—La pregunta es: ¿estás preparado para mi coño? —soltó, con un tono sensual y tan sexy.

Le golpeé suavemente el coño, y eso fue todo lo que necesitó para llegar al orgasmo con un estremecimiento, su piel impecable se volvió de un rojo intenso.

Sin esperar a que se calmara la oleada de su orgasmo, la agarré por las caderas y le di la vuelta. Agarré mi polla palpitante y jugueteé con su entrada empapada. Con un fuerte empujón de mis caderas, la penetré hasta el fondo, haciéndola gritar a pleno pulmón.

—¡Winston!

Demonios, me encantaba su voz. Aún más, me encantaba mi nombre en sus labios.

Estaba tan apretada, estrangulándome la verga. La penetré sin piedad, a punto de correrme con cada inmersión profunda en su cuerpo estrecho y caliente. Era todo lo que sabía que sería.

Enredando su cabello en mis dedos, la levanté de un tirón, acercando mi mano para tocar su pecho mientras la follaba como un loco.

—Frótate el coño —gruñí.

Su gemido fue mi respuesta mientras empezaba a frotarse furiosamente el clítoris. Le pellizqué los pezones endurecidos y se estremeció al correrse de nuevo con un grito.

Su coño ordeñó mi polla mientras llegaba al clímax, y perdí toda noción del tiempo y el espacio. Un rugido salió de mí mientras la penetraba con fuerza, hundiéndome aún más.

Cuando por fin salí, me quité el condón, con mi semen aun goteando, ansioso por su coño. Recogí el semen y se lo restregué por el culo.

Ella gimíó, empujando el trasero contra mi mano, lo que solo sirvió para ponerme la verga dura de nuevo. Le metí el dedo en el culo, disfrutando de sus ruiditos y de cómo su cuerpo me recibía. Otro dedo siguió al primero, haciéndola chillar.

Embarré mi polla con la humedad que goteaba de su coño, retiré los dedos de su agujero y los sustituí por la punta de mi verga. Gritó mientras entraba y salía, apenas un centímetro, con el culo apretándose a mi alrededor.

—Lo estás haciendo muy bien, *Pet* —alabé, con la voz y los músculos temblorosos de tanto contenerme. No quería hacerle daño—. Si quieres que me detenga, dílo.

—No te atrevas, maldición. —Jadeó.

Le di una nalgada mientras me deslizaba más adentro.

—¿Qué dije acerca de hacer demandas?

Me miró por encima del hombro, con su melena rubia cayendo en cascada contra el colchón.

—Dijiste que las chicas buenas no exigen nada. No soy una buena chica. Ahora dámelo.

Debería haberle dado una lección y haberme detenido en ese mismo instante, pero quería follármela, así que lo hice, sin remordimientos. Y mientras tanto, acariciaba su trasero y sus caderas, su piel suave bajo mis ásperas palmas. Me corría el sudor por la sien y se me tensaban las pelotas.

—Sabía que serías perfecta —halagué, sintiendo mi inminente orgasmo—. Tan hermosa.

Me observaba por encima del hombro con los párpados pesados mientras la cogía. Tenía la mano en su sexo, frotándose el clítoris, recibiendo cada una de mis embestidas. Mierda, podía ser que se estuviera derritiendo por mí, mas temía que también me estaba derritiendo por ella.

Gritó mi nombre cuando un orgasmo la inundó. Mi propio orgasmo fue rápido y fuerte, y llené su culo apretado con mi semen. Me incliné hacia delante, con el pecho contra su espalda, y rodeé su cintura con los brazos.

Esta mujer era... peligrosa para mi estado mental.

Salí suavemente de ella. Su cuerpo se estremeció y gimió suavemente. La acosté en la cama y se dio la vuelta, agotada, con los ojos vidriosos y la piel cubierta de sudor.

Entré en el baño y me di una ducha caliente antes de volver a la habitación y cargarla en brazos.

—Vamos a limpiarte, Seductora. —Murmuró algo, con los ojos entrecerrados de sueño, y no pude resistirme a darle un beso en sus labios hinchados. Apoyó la cabeza en mi pecho y se aferró a mí mientras la llevaba cargando a la ducha y la ponía bajo el torrente.

Tan pronto la puse en pie, me tomé mi tiempo para ocuparme de ella. Era una maldita primera vez para mí y mis movimientos eran torpes, aunque por suerte ella no pareció darse cuenta. Le lavé y acondicioné el cabello, luego le enjaboné cada parte del cuerpo antes de lavarme yo rápidamente.

Salí primero y me di la vuelta para envolverla con una toalla. Se acurrucó más cerca, exhalando suavemente. Mientras la secaba, me observaba con una inquietante suavidad en los ojos. Agarré un peine y me tomé varios minutos para peinarle la melena enmarañada; con cada pasada, se relajaba más en mí. Algo en su confianza me golpeó justo en el pecho.

Lo peor era que me gustaba cuidarla. Joder, debí haber bebido más de lo que pensaba.

Una vez secos ambos, la metí en la cama y vi que ya estaba profundamente dormida. Apagué las luces y me dispuse a buscar otra habitación donde dormir. Nunca dormía en la misma cama con alguien.

Sin embargo, aquí estaba, sin moverme y contemplando fijamente su cabello rubio tendido sobre la sábana de seda negra. En lugar de ser inteligente y ceñirme a mi rutina, me metí en la cama con ella, la rodeé con un brazo y enterré la nariz en su cabello húmedo.

El último pensamiento que tuve antes de quedarme dormido, listo para perseguir mis pesadillas, fue que me gustaba cómo su pequeño cuerpo encajaba contra el mío.

Como el rompecabezas perfecto.

Capítulo Seis



Billie

Me desperté con una suave sonrisa y la luz de la luna en mi rostro.

«*Definitivamente un diez*», pensé a través de la niebla de los sueños y el dulce cansancio en mis huesos.

En mis veinticuatro años, nunca había experimentado algo tan intenso. Mi piel estaba fría, pero mi interior aún ardía con las llamas de la pasión que habíamos compartido. Solté una risita y la ahogué en el colchón. Estaba completa y absolutamente arruinada para cualquier otro hombre, tal y como él me había amenazado, y no podía estar más contenta.

Solté otro suspiro relajado, me apoyé en el codo y le sonreí en la oscuridad. Su cabello oscuro, sus largas pestañas y sus labios carnosos. De todos los hombres que había conocido en mi vida, sospechaba que Winston Ashford sería el que me arruinaría.

Me volví a acostar, con la vista fija en el techo, y dejé que mi mente divagara. ¿Quién iba a decir que un hombre exasperante sería tan increíble en la cama? ¿O que me bañaría con suavidad, me lavaría el cabello y lo peinaría hasta desenredarlo? Este hombre tenía dos facetas muy distintas: la que mostraba y la que ocultaba.

Quizá fue ese lado que percibí bajo su dura apariencia lo que me atrajo de él. Tal vez fue la razón por la que el aire había crepitado a mi alrededor la primera vez que lo vi. Me giré de lado y sonreí en la almohada.

«*Creo que por fin he encontrado mi diez*».

El silencio se adueñó de la oscura noche, y me deleité en él hasta que un sonido torturador desgarró el aire a mi alrededor.

Me sobresalté y encontré a Winston a mi izquierda, con el cuerpo agitándose violentamente. Tenía los músculos tensos y la piel resbaladiza por el sudor. Estaba dormido, temblando, preso de lo que debía de ser una pesadilla, mientras murmuraba palabras que no podía descifrar.

Las sábanas le rodeaban la cintura, dejando su pecho al descubierto.

—¿Winston? —llamé, estirándome para pasar mis dedos por su mejilla, tratando de calmarlo.

Parece que funcionó, porque se quedó tranquilo al instante. Dejé que mi mano bajara, acariciando sus fuertes hombros y su pecho. Era realmente hermoso. Mis ojos recorrieron su cuerpo cincelado, sus abdominales y el rastro de vello oscuro que desaparecía bajo las sábanas.

Estuve tentada de jalarla hacia atrás y...

Su mano se dirigió a mi cuello y apretó. Abrió los ojos, algo aterrador en sus profundidades azules, y estiré la mano para arañar su piel bronceada. Intenté gritar, pero me fallaban las cuerdas vocales.

El horror se apoderó de mí mientras miraba fijamente sus ojos en blanco que parecían capturados en su propio infierno. Hasta aquí llegó el mejor sexo de mi vida. Este hombre tenía serios problemas.

No podía morir después de una noche tan increíble. Después de haber experimentado todos esos orgasmos alucinantes. El destino no sería tan cruel, ¿verdad?

Las imágenes de mi desconsolado padre tras perder a *Maman* pasaron ante mis ojos. Su dolor. Su lucha por seguir adelante sin el amor de su vida. «*Sí, el destino sería muy cruel*».

Pues que se jodiera el destino. No sucumbiría a él de esta manera. Le clavé los dedos en las muñecas, esperando que al menos registraría el dolor y lo despertaría de una maldita vez.

—W-Win...

Parpadeó una vez, luego otra, mientras parecía asimilar la situación. Un tipo diferente de horror transformó su expresión. Me soltó como si se hubiera quemado, se precipitó lejos de mí y salió de la cama con un gruñido que hizo temblar toda la habitación.

—Maldición —siseó cuando empecé a toser, con la garganta ardiendo mientras inhalaba profundamente, desesperada por el oxígeno—. Yo... mierda... lo siento.

—¿Qué demonios, Win? —agregué con voz ahogada, todavía escupiendo y tosiendo.

—Pensé... Carajo. —Extendió la mano y me rozó la mejilla con los nudillos, pero me estremecí al sentir su contacto—. ¿Te hice daño? —Su voz era ronca, su expresión con dolor. Se estremeció—. Nunca quise lastimarte.

Excepto que lo hizo. Casi me asfixió hasta matarme.

—¿Qué pasó? —Carraspeé, mi voz sonaba como si fumara un paquete de cigarrillos al día.

Observé con asombro cómo esa máscara familiar de indiferencia se deslizaba sobre sus facciones.

—Eso no es asunto tuyo —replicó con frialdad.

Negué con la cabeza, atónita, con los ojos desorbitados mientras nos mirábamos fijamente. Su espeso cabello oscuro estaba desordenado, su cuerpo era una perfección esculpida. Hombros anchos, postura perfecta, una mandíbula que podía cortar vidrio, piel bronceada. Mi vista viajó por su cuerpo de arriba abajo mientras lo observaba. ¿Cómo podía alguien tan guapo ser tan retorcido?

—Me debes una maldita explicación —reviré—. Casi me ahorcas hasta matarme.

Un músculo en su mandíbula se flexionó y tuve la sensación de que su control pendía de un hilo. Impregnó el aire y prácticamente pude saborearlo en mi lengua. Entonces movió los labios. Destilaba furia y me miró con tal desdén que me encontré tambaleándome hacia atrás.

—Tuviste tu follada, ahora lárgate de aquí.

Me quedé con la boca abierta. Tomó todo mi autocontrol para no acercármele y darle un puñetazo en su preciosa cara. Por suerte, nunca había sido una persona violenta, y no iba a cambiar eso en ese momento.

Así que, con una profunda exhalación, salí de la cama y me puse una bata. Nuestra ropa estaba esparcida por el suelo y me apresuré a recoger mis cosas.

—A la mierda con esto —murmuré en voz baja mientras me vestía—. Me largo de aquí. No tengo ganas de morir.

¡Qué maldita estafa! Este imbécil que follaba como un diez era mentalmente un menos cinco.

En menos de treinta segundos, salí del dormitorio y me dirigí hacia el oscuro pasillo. Mientras me apresuraba a salir de allí como si el diablo me pisara los talones, la grandeza del castillo se burlaba de mi fugaz aventura. Mis pasos apresurados resonaron en el pasillo de mármol perfectamente pulido, y me detuve cuando vi los lirios blancos junto a una vitrina de cristal.

Mi teléfono estaba encima, y mis mejillas se sonrojaron al darme cuenta de que el mayordomo sabía exactamente dónde había ido a parar. Lo agarré y miré con curiosidad la vitrina. Era del tipo que esperaba ver en el Smithsonian, no aquí.

Justo cuando estaba a punto de irme, lo comprendí. El collar Harry Winston. Los diamantes, colocados de forma que parecían enredaderas cubiertas de hielo, envolvían el collar hasta llegar a una única y deslumbrante esmeralda. Era aún más intrincado que en los libros que había estudiado para mis clases de diseño de moda. Fue precisamente esta pieza la que inspiró mi incursión en el mundo del diseño de joyas. Era hipnotizante, su brillo captaba toda mi atención, haciendo que los acontecimientos de la noche y el propio mundo pasaran a un segundo plano.

La historia de esta pieza era tan fascinante como la del diamante Hope. Harry Winston lo diseñó para la Reina de Inglaterra, pero no pudo soportar dejarlo ir, así que confeccionó otra pieza para ella mientras conservó esta.

Los diamantes eran mi pasión. Sí, podía crear vestidos, sin embargo, cuando se trataba de diamantes, era como hacerle el amor a tu oficio. La sensación era indescriptible. Era lo que veía para mi futuro.

Quizá me convertiría en la próxima Harry Winston, aunque con un nombre mucho más genial. Se me escapó una risita cuando la luz de la luna se reflejó en el collar. Enarqué las cejas mientras lo estudiaba. ¿También tenía rubíes?

No recordaba ninguna mención de rubíes en mis estudios. Me incliné más cerca, estiré la mano con vacilación y un aliento incrédulo me abandonó. Santos cielos. El cristal se abrió de golpe. No había nada que mantuviera protegida esta pieza multimillonaria. Winston Ashford tenía que ser un *idiota* para ser tan descuidado con ella. Era la única explicación.

Me retumbó el corazón cuando mis dedos rozaron la prenda, pero luego lo pensé mejor. Quizá tenía sensores y haría saltar las alarmas. Al acercarme aún más, noté que una especie de capa transparente cubría las piedras. La luz de la luna brillaba desde un ángulo ligeramente distinto, y se me heló el corazón.

Esos no eran rubíes. Eso era sangre.

Volteé a ver a mi alrededor, casi esperando que alguien apareciera detrás de mí y me golpeará en la cabeza hasta que mi propia sangre salpicaría las joyas.

Di un paso atrás, luego otro, antes de salir corriendo de allí.

Capítulo Siete



Winston

Seguí allí de pie, mirando la puerta mucho después de que se fue, con la mandíbula apretada y los puños cerrados. A través de la niebla de recuerdos que intentaban abrirse paso, escuché el tintineo del reloj de pie. Una. Dos. Tres de la mañana. Era lo máximo que había dormido en años.

Finalmente, cerré los ojos ante los recuerdos que invadían mi mente, con la esperanza de acallarlos por completo. Aun así, sabía que era en vano. Estaban tatuados en cada una de mis neuronas. Así que respiré hondo y me resigné a otra noche de infierno.

Habíamos ido de puerta en puerta durante días, agotados y hambrientos, buscando traficantes de armas que habían sido localizados en esta zona. Otra organización terrorista. Cada despliegue era el mismo. Encontrar a los malos. Cortar la cabeza de la serpiente. Seguir adelante.

Pero a menos que encontráramos a este grupo de mercenarios, nunca nos darían nuestra próxima misión. Y estaba tan listo para seguir a otra locación. Con suerte a algún lugar cálido con playa, arena y algo de alcohol. Ya estaba hastiado del desierto y las montañas para el resto de mi vida. El polvo se me había metido en los pulmones y la mayoría de los días era una maldita pesadilla.

Sabía que mi padre tenía algo que ver en mis despliegues. Siempre se aseguraba de que cada lugar fuera peor que el anterior, así que no esperaba que fuera la playa. No obstante, mi mandato se acercaba a su fin y planeaba salir.

Suponiendo que esta otra unidad apareciera y no nos dejara aquí para morir.

Estaba demasiado distraído, soñando con una vida mejor y una cerveza fría, cuando abrí la puerta que daba a un túnel abandonado. Situado en la cordillera de las afueras de Afganistán, y de acuerdo con la información aquel sitio había servido una vez como asentamiento para civiles desplazados.

—Winston...no...

La voz de mi amigo Leif llegó justo cuando una explosión detonó y me lanzó contra la pared. No pude hacer otra cosa que recostarme y evaluar mis heridas, no obstante, la adrenalina ya me recorría y me urgía a moverme. Cada centímetro de mi cuerpo aullaba de dolor cuando me senté, y parpadeé para concentrarme en el caos que me rodeaba. Los escombros caían en una tormenta de polvo, arena y piedra. Los oídos me zumbaban mientras los gritos resonaban en el espacio cavernoso. Mis compañeros, mis hermanos, estaban atrapados abajo, desparramados entre los gigantescos escombros.

La cara de Leif, maldición, ¿era esa su cara? No podía ser. Volví a parpadear, pero estaba demasiado mareado y la cabeza me daba vueltas. No podía sacudirme el impacto en la parte posterior del cráneo de cuando fui arrojado. El mundo cambiaba a mi alrededor, de izquierda a derecha y viceversa, mientras luchaba por orientarme.

Ignorándolo todo, luché por ponerme de pie y moverme sobre pies inestables. Un paso. Otro. Necesitaba llegar hasta mis hombros. Solo di unos pasos más antes de que fuera golpeado de nuevo. La fuerza del impacto me dejó inconsciente durante quién sabía cuánto tiempo, con la dentada pared de la montaña raspándome la piel. Recuperé el sentido y sentí que el ardiente

dolor empezaba a extenderse, aunque era como si todo le estuviera ocurriendo a otra persona. Doblado, hundí la cabeza entre las manos, tratando de entender la confusión que me rodeaba.

Comprender la situación para poder salir vivos de esta.

Algo me golpeó la cabeza. Otra vez. La culata de plástico duro de un fusil de asalto me asestó un golpe tras otro. Los golpes no cesaron mientras escuchaba que alguien gritaba mi nombre, pero estaba demasiado desorientado para responder. Necesitaba despejar mi cabeza. Parpadeé contra el zumbido en mis oídos, tratando frenéticamente de aclarar mi visión mientras gruñidos de dolor y un idioma que no podía traducir resonaban en el túnel.

Volví a ver a Leif. En lugar de levantarme, utilicé los brazos y la parte superior del torso para arrastrar mi cuerpo adolorido y dañado por el suelo.

Algo me golpeó de nuevo, haciendo palpar mi cráneo. Sentí que la rabia bullía en mi interior. Levanté la cabeza, intentando ver a mi atacante. Enfoqué tres figuras. Sus rostros estaban cubiertos por máscaras negras, solo sus ojos marrones me miraban.

Un sonido se filtró en mi cerebro y me di cuenta de que se estaban riendo. Uno de ellos bailaba a nuestro alrededor, aplaudiendo y saltando de un pie a otro por encima y alrededor de mis hombres abatidos. Escuché como él y sus hombres coreaban “Opa”, el ritmo alegre contrastaba con la destrucción que nos rodeaba.

Si decía “Opa” una vez más, tendría que dispararle. «O a mí mismo», pensé sombríamente. Todo aquello parecía fuera de lugar en este desierto, pero quién carajos sabía de dónde eran estos traficantes de armas.

Cuando intentaba abrirme paso por el suelo de tierra para llegar hasta uno de mis hombres, una mano me agarró por el cuello. En el segundo siguiente, me arrancaron del suelo y me arrojaron contra la pared. Esa maldita pared.

Apreté los ojos contra la presión en las sienes y me concentré, recordando mi entrenamiento. Nuestras vidas dependían de ello. Mi mirada se desvió hacia donde Leif estaba tumbado hacía unos momentos, o quizás horas, pero ya no estaba allí.

Con un esfuerzo considerable, moví la cabeza y lo encontré en el lado opuesto del espacio oscuro. Uno de los desgraciados lo estaba pateando mientras seguía bailando. Fue suficiente para disparar una rabia mortal a través de mí. Me fortificó con la energía suficiente para obligarme a incorporarme.

Los disparos se filtraron por toda la cueva y supe que nuestros refuerzos estaban cerca. Solo tenía que matar a estos imbéciles y sacarnos de aquí, y entonces podría desmayarme por fin. Jadeé cuando una bala se incrustó en mi hombro, y su fuerza me hizo ver estrellas.

Los idiotas estaban retrocediendo. Tratando de alejarse de mí. Malditos cobardes. No pensé, solo actué por instinto.

Parpadeé al ver sus siluetas borrosas en los bordes. Si bien mi oído seguía distorsionado, vi que la boca de uno de los hombres se movía. Me abalancé sobre uno y lo agarré del cuello, haciendo crujir sus huesos entre mis dedos. Sus gritos atravesaron el zumbido de mis oídos.

Trajo enfoque a mi alrededor. Y mi único propósito: vivir y largarme de este agujero de mierda.

Recuperé el equilibrio, me giré y escudriñé el túnel. Mis ojos se clavaron en el cuerpo desplomado de Leif, con su rostro casi irreconocible.

El segundo hombre soltó el arma y dejó de bailar. Agarré mi propio rifle, que ahora estaba a unos pasos de donde yo estaba. Siguió gritando, retrocediendo por el suelo con los brazos. Apunté y le disparé directamente en la frente.

El tercero me apuntó a la cara, y por instinto, llevé mis manos a su cuello antes de que

apretara el gatillo. Dispararle a alguien era impersonal. Matarlo con tus propias manos, ver cómo la vida abandonaba sus ojos... Eso te manchaba el alma. Era algo que nunca podías olvidar. El último cuerpo cayó con un golpe seco.

No perdí el tiempo reflexionando sobre lo que acababa de hacer. En lugar de eso, me arrastré hasta Leif.

—Creía que habías tomado una siesta. —Tosió, ahogándose con su sangre, y caí de rodillas para empujarlo de lado, intentando despejarle las vías respiratorias.

—Tal vez mañana.

Asintió con los hombros caídos.

—Sí, tal vez mañana.

Porque nadie se despertaba de las siestas en este infierno.

Me di la vuelta en la cama por enésima vez, secándome los ojos con el dorso de la mano, con la esperanza de borrar los recuerdos junto con mis lágrimas. No hubo suerte. Ese tipo de mierda te perseguía. Los errores. La muerte. Los sobrevivientes. Las cicatrices, las visibles y las invisibles. Leif podía dar fe de ello, escondiéndose del mundo en su castillo escocés.

Lo irónico fue que me alisté en el ejército para escapar de mi padre y de la sangre que manchaba sus manos y las mías. Solo para terminar en la agonía del infierno.

Me dirigí al minibar de mi habitación y me serví una copa. La primera de muchas que me ayudarían a olvidar la noche.

Incluyendo cómo había herido a la única mujer junto a la que había dormido en paz por primera vez en años.

Capítulo Ocho



Billie

Paseaba por *Villefranche-sur-Mer*, en la Riviera Francesa, con Violet Freud, una de mis amigas más antiguas, e intentaba no poner los ojos en blanco ante los odiosos yates que salpicaban la costa. Era la meca de los imbéciles ricos, famosos que se creían con derechos, y me negaba a que me vieran contemplar sus monstruosidades de mal gusto.

—Juro por Dios —despotriqué—, que quiero asesinar a ese idiota. Ignorándome así. — Cuando llegué a casa, me duché y me obligué a tomar una taza de café, tuve que encontrar a alguien con quien expresar mis quejas. No había nadie en casa, así que llamé a mi amiga, que estaba aquí de vacaciones con su familia.

Violet me lanzó una mirada mientras retorció el colgante que pendía de su collar. Un símbolo extraño, asentado en la boca de una calavera. Era la única prueba que tenía relacionada con la muerte de su hermana y nunca había podido desprenderse de ella. Estaba convencida de que la conduciría hasta el asesino de su hermana.

—No eres del tipo asesino —comentó, curvando los labios en una media sonrisa.

Puse los ojos en blanco.

—Quizá me convertiré en una. Entonces podrás estudiarme para tu tesis doctoral. ¿Ves? Dos por uno.

Su rostro perfectamente proporcionado se iluminó con diversión.

—Preferiría que no fueras tú a quien estudie. —Caminábamos por el atestado muelle, permaneciendo en silencio durante otros cien metros más o menos—. ¿Qué te atrajo de este tipo, de todos modos? Sé que has tenido un poco de sequía, pero *rara vez* follas la primera noche.

Mi vista se perdió en el horizonte azul. Era una buena pregunta, aunque no debería sorprenderme. Violet tenía un don para llegar a la raíz de las cosas, siempre deseosa de entender lo que movía a la gente.

Llevaba dos horas quejándome con ella. Normalmente, me habría desahogado con Odette, pero tenía el turno de la mañana en el hospital. No podía contenerme hasta que ella estuviera libre.

—Porque era el hombre más guapo que había visto. Y tal vez solo quería ser una chica mala. Se rio entre dientes.

—Como si fueras una buena chica en cualquier otro momento.

Su tono era sarcástico, mas no me importó. Así era ella. Cuando murió su hermana, cambió. Atrás quedó la dulce Violet que quería salvar el mundo, y en su lugar llegó alguien decidida a hacerles pagar a quienes le hicieron daño.

Esta vez también sonreí.

—Bueno, parecía que sabía lo que era pasar un buen rato. ¿Cómo demonios iba a saber que cargaba con tanto equipaje y que intentaría matarme mientras dormía?

Puso los ojos en blanco.

—Bueno, mencionaste que era un imbécil cuando hablaste con él —me recordó—. Y luego pensaste que podría tener un problema con la bebida.

Me acomodé el cabello detrás de la oreja.

—La verdad, no estoy segura. Solo quería obtener una reacción de su parte.

—Muy *maduro* de tu parte. —Señaló nuestro pequeño café favorito junto al mar—. ¿Vamos a tomar un *cappuccino*? Puede que sea lo único que mejore este día.

Pobre Violet. La hice salir y caminar conmigo para que pudiera quemar toda esta frustración y desahogarme sobre mi noche infernal después del mejor sexo de mi vida. Era lo menos que podía hacer.

Suspiré.

—Sí, supongo.

—Y tú pagarás —expresó con ironía.

Hice un gesto con la mano.

—Por supuesto. Después de todo, estás intentando darme una sesión de terapia gratis. Oye, espera un momento, quizá tú deberías pagar ya que te estoy ofreciendo experiencia del mundo real para tu futura carrera.

Arrugó la cara.

—No voy a aconsejar a parejas o amoríos jodidos.

Entramos en el *café* y agarramos la mesa más cercana al mar. El camarero nos atendió, tomó nota de nuestra orden y nos sentamos en un agradable silencio hasta que llegaron mi *cappuccino* y el *macchiato* de Violet.

Por el rabillo del ojo, me fijé en una figura familiar que holgazaneaba en un yate amarrado al embarcadero más cercano, y me cubrí los ojos del sol para ver mejor.

¿Qué diablos?

Estructura alta. De complexión increíble. Llevaba el cabello oscuro despeinado a la perfección y parecía recién salido de una pasarela, con ropa de la colección Zimmermann de esta temporada. Reconocería la marca en cualquier sitio. Bermudas, polo y zapatos de playa.

Su mirada se cruzó con la mía y torció la boca en una sonrisa aburrida. Empezó a desembarcar y se dirigió directamente hacia nosotras.

—Dios mío —siseé entre dientes—. No mires, pero ahí viene el imbécil.

Por supuesto que miró, y su ceja se levantó, poco impresionada.

—Ah, hablando del rey de Roma.

—Hola, Billie. —Esbozó una sonrisa, estudiándome como si fuera una conocida más y no alguien a quien se había follado hasta dejarla sin sentido y luego había intentado estrangular la noche anterior.

—Hola y adiós. —«Idiota».

Winston flexionó la mandíbula y apoyó su peso en el pie trasero. ¿Qué demonios esperaba? ¿Que cayera en sus brazos? En sus malditos sueños.

Dirigió su atención a Violet.

—¿Y tú eres?

Violet sonrió como el Gato Cheshire.

—Su terapeuta. Tuvo una noche decepcionante, algo sobre una polla que no funcionó, así que estamos teniendo una sesión de emergencia. —Deseé que la tierra me tragara entera. Violet rara vez hacía uso del humor. ¿Por qué, de todas las malditas veces, lo estaba haciendo ahora?—. Ah, es verdad. Ahora me acuerdo. Disfunción eréctil —continuó con sus mentiras—. ¿Verdad, Billie?

La atención de Winston se posó en mí y frunció los labios, destilando furia. Podría decirle que mi amiga estaba bromeando, sin embargo, no tenía sentido. Era un imbécil y primero me debía una disculpa.

Suspiré pesadamente.

—Es verdad. El tipo tampoco sabía dónde meter la polla flácida.

Me fulminó con la mirada, me vio de arriba abajo y luego sonrió satisfecho.

—Estoy seguro de que sabía dónde ponerla, pero tú no sabías qué hacer con él.

Oh. No. Lo. Hizo.

Este hombre era la arrogancia personificada. Le daba demasiado crédito a su miembro, y nada me gustaría más que reventar su burbuja. Aunque no podía mentir para salvar mi vida, así que me quedé callada.

—¿Qué? —desafió—. ¿Nada que decir?

Me encogí de hombros y di un sorbo a mi *cappuccino* antes de responder.

—Tengo mucho que decir, mas no estoy de humor para perder el aliento. —Lo miré fijamente para que viera lo molesta que estaba—. Además, estás arruinando mi vista, así que por favor encuentra a alguien más a quien molestar con tu insignificante verga flácida. A menos que... —Arqueó una ceja, esperando a que continuara—. A menos que tengas algo que decirme.

Mis padres me enseñaron que cualquier cosa podía arreglarse con la disculpa adecuada, siempre que no se repitiera el mismo error. Estaría dispuesta a darle otra oportunidad.

—Que tengas una buena vida, Billie.

Sonreí, para nada sorprendida de que hubiera desestimado mi oferta.

—Gracias, lo haré. Adiós.

Winston regresó furioso a su lujoso yate mientras Violet y yo lo seguíamos con la mirada.

—Interesante —reflexionó Violet.

—¿Qué es interesante?

Me dedicó una sonrisa.

—Le gustas.

Jadeé, abriendo más los ojos.

—No puedes hablar en serio.

Sonrió como si fuera obvio.

—Llámalo mi diagnóstico profesional, pero es mejor que te mantengas alejada de él.

Desafortunadamente, todo lo que mi cerebro retuvo fue *le gustas*.

Capítulo Nueve



Winston

El concepto de familia “normal” había sido inexistente desde la muerte de mi madre. Perder a Kingston no había hecho más que sellar ese destino. Los negocios turbios de mi padre nos convirtieron en un objetivo, y Kingston fue quien más acabó pagándolo, aunque dejó una marca invisible en todos nosotros.

Ahora, mis hermanos y mi hermanita eran lo único que importaba. A ninguno nos gustaba vivir bajo el control de nuestro padre. No era un lugar seguro. Era un campo de batalla diplomático lleno de secretos a punto de estallar.

Así que cuando hizo su aparición esta mañana con aire de confianza y suficiencia, se me revolvió el estómago. Al instante me arrepentí de haber ahogado mis penas en alcohol tras el incidente con Billie porque sabía que necesitaría todo mi ingenio confabulador.

Inclinándome hacia atrás, rodé un cigarrillo entre los dedos, luego me lo puse entre los labios y lo encendí. Un hábito que comenzó tras la muerte de mi madre. Solo fumaba cuando estaba intranquilo o demasiado enfadado para pensar con claridad. Ambas cosas solo ocurrían cuando Padre estaba cerca. La boquilla del cigarro brillaba al final, igual que el odio que sentía por este hombre. Era tan fuerte que tuve que tragármelo.

Los ojos de Padre brillaban con desdén y sus labios curvados indicaban que acababa de destruir a alguien o estaba a punto de hacerlo. Tal vez ambas cosas.

Su nariz arrogante era, por desgracia, un rasgo físico que había heredado del hombre, y mientras permanecía de pie y la arrugaba en mi dirección, deseé poder librarme de la familiaridad. Eso y el color de mis ojos.

Aparté la mirada del rostro de mi viejo y recé para que desapareciera de mi vida. Era tan tentador hacerlo realidad.

Me levanté bruscamente de la tumbona, apagué el cigarrillo y me quité las arrugas inexistentes de los *shorts*. Me dirigí al bar del yate de Byron y me tomé mi tiempo para servirme otra copa a pesar de la sensación de náuseas que sentía en el estómago.

—¿A qué debo esta desagradable visita, senador? —pregunté finalmente.

—¿No vas a ofrecerle un trago a tu viejo?

—No.

—Siempre has sido un desgraciado insolente —atacó, observándome como si nada le gustaría más que asesinarme.

—Una especie de requisito para estar en esta familia.

No lo miré, aun así, pude sentir el calor de su atención en mi nuca.

—Tal vez te case antes que a tu hermano.

Agarré el vaso con más fuerza, pero opté por ignorarlo mientras volvía a la misma silla. Me daba una vista sin obstáculos de Billie, que seguía sentada en el *café*. Si fuera inteligente, bajaría las persianas.

—Me has estado evitando, hijo. —Sus palabras, en concreto la forma despectiva en que dijo “hijo”, me irritaron, sobre todo cuando vi venir esa miradita santurrona—. Tú y tus hermanos no me han visto en un año. ¿No te preguntas si tu padre está vivo? —Eso era increíble, viniendo del hombre cuyo propio hijo había desaparecido, por no mencionar el hecho de que no se molestó en utilizar sus muchos recursos para localizarlo.

Giré la cabeza.

—La verdad es que no. —Nuestras miradas chocaron como glaciares—. Te veo en las noticias con demasiada frecuencia. Aplasta el pequeño destello de esperanza de ver aparecer tu frío cadáver.

—Maldito... —Levantó la mano del reposabrazos como si fuera a abofetearme. Algo que solía hacerle a nuestra madre, a mis hermanos y a mí también, hasta que nos hicimos demasiado grandes y fuertes para él. Me había preguntado si seguiría teniendo la misma costumbre, y ahora sabía que sí. Probablemente golpeaba a las putas que le gustaba cogerse. Me quedé viendo esa mano, desafiándolo a que me pegara.

—Te lo advierto —declaré, mi voz calmada mientras mi interior se enfurecía—. Tócame y te devolveré el favor.

«*Te reto, maldición*».

Volvió a bajar la mano, sabiendo que no hacía amenazas vacías. La última vez que me pegó, tenía dieciséis años. El día que secuestraron a nuestro hermano menor. El día en que todo se fue al infierno.

Nunca debió ocurrir. Los negocios turbios de mi padre convirtieron a nuestra familia en objetivo del bajo mundo, y todos pagamos por ello. Madre. Kingston. Nuestra hermanita, que durante años lloraba hasta dormirse y que se culpaba de que se llevaran a nuestro hermano.

Todos pagamos por ello, de una forma u otra.

Le lancé a Padre una mirada llena de odio, queriendo que lo viera. Que se ahogara en ella. No había nada que me diera más placer que acabar con su vida. Lo mataría, descuartizaría su cuerpo y lo enterraría donde nadie pudiera encontrarlo.

Era algo que deberíamos haber hecho hacía mucho tiempo, no obstante, nos esforzábamos por no cruzar esa línea. Era lo que nos diferenciaba de los parientes de *Ma*, los DiLustro. Aunque esa línea se volvía más borrosa cada día que pasaba.

Se aclaró la garganta nerviosamente, alisándose la cara corbata. No pude evitar reírme ante su desesperado intento de parecer un caballero honesto. Era cualquier cosa menos eso, y habría que estar ciego para no darse cuenta.

—¿Qué? —reviró, mirándome con tanto odio que me calentó mi corazón negro.

—Solo admiraba tu corbata, eso es todo —contesté, encogiéndome de hombros—. Preguntándome cuánto nos costó a mis hermanos y a mí.

El senador Ashford era como una sanguijuela, y no solo chupaba la sangre de sus hijos, sino también nuestro dinero.

Volvió a alisarse la corbata.

—Me pregunto qué dirían tus hermanos si supieran de tu participación en la muerte de su madre.

Su madre. Le encantaba torturarme, colgarme la soga al cuello, listo para romperla con sus verdades. La mujer también me dio a luz. También era mi madre.

No obstante, mantuve mi expresión impassible mientras lo observaba fijamente. Después de todo, había tenido años para perfeccionarla.

—Puedes intentarlo y decírselos —me burlé. Mostrarle miedo al senador Ashford era como sangrar delante de un tiburón. Excepto que un tiburón te masticaría en pedazos solo por diversión antes de escupirte. Mi padre y yo sabíamos que él no lo haría, no mientras necesitaba dinero o influencia.

Agitó la mano como si eso ya no tuviera importancia.

—Basta de tonterías. Como mi segundo hijo mayor, es tu deber casarte con Nicki Popova.

—No me como las sobras de otros —dije arrastrando las palabras.

Nicki Popova era una chica con la que mi hermano tuvo un corto amorío. Mi padre se aferró a eso, esperando el apoyo político de su padre, y en cada oportunidad se la había estado metiendo hasta por los ojos a Byron. Por desgracia, ella acabó de sellar su destino cuando le echó drogas en la bebida y lo hizo sufrir quemaduras en su ya jodida espalda.

Enojó a mi hermano mayor, y ahora Nicki perdió cualquier oportunidad con él para siempre. Aparentemente mi padre también se dio cuenta de eso.

—Es un gran honor —señalé, con una voz llena de sarcasmo, aunque también de frío temor. Aún recordaba el matrimonio de mis padres. Era imposible que alguien se apuntaría a ese infierno—. Pero voy a tener que pasar.

Mi mirada se desvió hacia la ventana para encontrar a Billie echando la cabeza hacia atrás, riéndose de algo que dijo su amiga.

—Winston. —Golpeó el reposabrazos con la mano y se irguió, probablemente con la esperanza de parecer intimidante. En cambio, apestaba a desesperación—. Necesito el apoyo de su viejo.

—Gracias por hacérmelo saber. —Mi vista nunca se apartó de la figura de Billie. ¿De qué se reía? Quería saber qué hacía feliz a esa mujer. Ya sabía cómo enfadarla. Pero mierda, nunca pensé que alguien como ella sería tan obediente en la cama. La forma en que se retorció debajo de mí, gimiendo y pidiendo más—. Te lo haré saber cuándo me importe.

Érase una vez, mi padre fue intimidante. Ahora, era más grande y fuerte que él. Lo miré a los ojos con expresión aburrida mientras una sombra oscura se cernía sobre sus facciones, mezclada con un pútrido aroma de amenaza.

—Te casarás con Nicki Popova. —Lo miré fijamente a los ojos, negándome a dejar que me afectara. Ya lo había hecho lo suficiente como para que me durara toda la vida. Nunca lo dejaría tener poder sobre mí otra vez.

—¿Has terminado? Porque tengo un día ocupado hoy. —Ambos sabíamos que era mentira, y aquello me hizo disfrutarlo aún más.

—Una última oportunidad, Winston.

—No me voy a casar con Nicki. Su coño no es mi tipo. Pero oye, si la quieres como parte del legado Ashford, adelante y cástate con ella. He oído que no te importan las sobras de los demás.

Su rostro se tiñó de un rojo intenso, aun así, mi expresión no cambió ni tampoco mi comportamiento. Aunque sabía cuáles serían las siguientes palabras de mi padre.

Se inclinó hacia delante y gruñó.

—Entonces les diré a tus hermanos tu papel en la muerte de tu madre. —Y ahí estaba. Siempre volvía a eso—. Cástate con ella voluntariamente...

«O verás», colgaba en el aire.

Me recosté en la silla y sonreí.

—Casarse con Nicki Popova sería un sueño hecho realidad. —Estaba mintiendo y ambos lo sabíamos—. Excepto que ya estoy casado —declaré, sonriendo como un tonto. Mi padre se echó hacia atrás, la sorpresa inundándolo. Demonios, lo que daría por captar esa expresión en su rostro—. Me temo que solo te queda un hijo para emparejar con la puta encantadora.

«Victoria, hijo de puta». Ahora solo tendría que encontrar una novia. Y rápido.

—¿Cuándo? ¿Quién? ¿Dónde? —cuestionó con la cara enrojecida.

—Ese es mi asunto, tú no tienes por qué meterte —indiqué fríamente, sin cambiar de expresión. Aunque tuviera esposa, la mantendría alejada de este maldito desgraciado. Destruía todo y a todos en su vida.

—¡Eres mi *hijo*! —reviró. Me eché más hacia atrás en el asiento y observé por la ventana,

pero podía sentir el calor de su mirada haciéndome un agujero en un lado de la cabeza—. Crees que tienes la ventaja; sin embargo, sabre su nombre y me desharé de quienquiera que te haya amarrado.

Pronunció las palabras en su tono condescendiente, el que solía utilizar siempre que planeaba darme una *lección*.

Regresé los ojos hacia él.

—Nunca te librarás de esta. —Porque ni siquiera existía. Aunque eso era solo un pequeño obstáculo.

La vena estaba a punto de salirse de su sien. Bien, llegué a él. Que pruebe un poco de su propia medicina.

—La familia Popov es prominente, y l-le d-debo... —balbuceó, sorprendiéndome por la forma en que su rostro palideció. Estaba asustado. Jesucristo, tal vez debería avisarle al padre de Nicki.

—Te repito, ¿por qué no te casas *tú* en esa familia? —Solté una risita—. Con cualquiera de ellos. Elige, he oído que bateas para ambos lados.

—Te arrepentirás de esto —amenazó—. No perdono fácilmente.

Giró sobre sus talones y salió de prisa de la habitación. Lo vi desembarcar del yate con el rabo entre las piernas.

Y dicen que la sangre es más espesa que el agua.

Capítulo Diez



Billie

Sintiéndome mejor después del sexo alucinante de la noche anterior, que fingí olvidar, y la charla motivacional de Violet, me dirigí a *The Swan Clinic*.

Era casi la hora de cenar y quería pasarla con mi familia. Para ello, tendría que sacar a mis dos familiares de allí. Mi hermana y mi padre prácticamente vivían en ese edificio. Era una suerte que Odette estudiara en Estados Unidos, tan orgullosa de estar en Stanford, de lo contrario, estaría viniendo aquí cada vez que pudiera.

Mientras recorría la propiedad, mis ojos se desviaron de derecha a izquierda y fruncí el ceño. El camino a lo largo de la costa que conducía a la colina donde se encontraba el hospital, hacía mucho tiempo era un lujoso castillo, estaba repleto de vehículos de todo tipo. Ambulancias. Todoterrenos. Camiones de mudanzas.

—¿Qué está pasando aquí? —inquirí a la enfermera que estaba a un lado.

Se encogió de hombros.

—Traslado de pacientes.

Le lancé una mirada de fastidio cuando no me dio más explicaciones.

—¿Por qué?

—El hospital está cerrando.

«¿Qué?». Fruncí el ceño. No debía de saber de qué hablaba, ya que obviamente no podía responder a mis preguntas, así que fui en busca de mi familia.

Al doblar la esquina, la vi. Impecable uniforme blanco. El cabello recogido en una coleta. Sin maquillaje. Daba órdenes en francés a enfermeras y médicos, pero su rostro tenía una palidez fantasmal. El pavor se apoderó de mi estómago y corrí hacia ella.

Había gente moviéndose por todas partes, mas nadie me dedicó una mirada. Odette me vio y me quedé helada, la manera en que me veía me tomó desprevenida.

Abandonó el grupo y se dirigió hacia mí, abrazándome con fuerza.

Me tragué un nudo en la garganta, el miedo me apretaba el corazón con un alambre de púas invisible.

—¿Qué pasó? —Mi voz sonaba apagada incluso para mí, distorsionada por los latidos del corazón que tamborileaban en mis oídos.

—Hemos perdido el hospital —susurró. Parpadeé confundida mientras mi corazón procesaba las palabras, latiendo en mi garganta y sofocándome con cada respiración—. El banco se quedará con el edificio.

Se agarró el cabello como si quisiera arrancárselo de la cola. Me quedé estupefacta mientras la observaba fijamente, intentando asimilar sus palabras.

—No lo entiendo —dije finalmente.

—Todo es culpa mía. —Me abrazó, y fue entonces cuando sentí el temblor de su cuerpo. Estaba muy conmovida. Ella y papá vivían y respiraban este lugar.

—¿Cómo puede ser culpa tuya? —Carraspeé, con una sensación de pavor recorriéndome la piel—. ¿Cuánto debemos?

Sacudió la cabeza, con la cara aún hundida en mi hombro.

—Millones. No lo sé.

—¿Q-qué? —La voz se me quebró mientras el corazón me martilleaba contra las costillas, magullándolas con cada latido.

—Estamos en la ruina, Billie. No hay más hospital.

Me lamí los labios, sintiendo que iba a empezar a hiperventilar.

—¿Y nuestra casa?

Mis pensamientos se arremolinaban mientras intentaba encontrar opciones. Odette negó con la cabeza.

—Esta segura. Papá quiere que tengamos un techo.

Los ojos angustiados de mi hermana se clavaron en los míos. Un silencio absoluto nos envolvió y cada vez que respiraba me paralizaba un poco más. El hospital era el refugio seguro de papá. Temía que se desmoronaría sin él. El pánico nadaba a través de mí, ahogándose en mis ojos.

No podía perderlo a él también.

—¿Cuánto dinero necesitamos? —Volví a cuestionar.

Se apartó un poco.

—No lo sé —añadió—. Le ofrecí dejar la carrera de medicina y me dijo que era demasiado tarde. Incluso pensé que podríamos vender las joyas de mamá, pero insistió que no serviría de nada.

Mi mente se dirigió inmediatamente a los diamantes que había visto en el castillo de Winston. Simplemente puestos allí, desechados. Almacenando polvo...

¿Y si...?

No, no era una opción. Si me atrapaban, estaría trayendo más problemas a nuestra puerta. Sin embargo... si no me atrapaban, sería capaz de hacerme cargo de papá y Odette.

Y así fue como me decidí.

—No te preocupes, *Soeur* —murmuré, volviendo a abrazarla—. Todo se arreglará.

Tenía un plan.



Vestida con un ceñido traje negro como Catherine Zeta-Jones en *Entrapment*, me abrí paso por la propiedad. En la boca del estómago me invadía una sensación premonitoria y las alarmas me advertían de que estaba a punto de hacer algo de lo que nunca podría volver.

Sacudí la cabeza sutilmente. Mi estado de ánimo era sombrío y la presión pesaba mucho en mi mente. «Sí, eso era». La gente se dedicaba a actividades delictivas todos los días, y no podía quedarme de brazos cruzados mientras Odette y papá cargaban con todo sobre sus hombros.

Después de nuestra velada, que más parecía un funeral que una cena familiar, esperé a que Odette y papá se durmieran para salir a hurtadillas. En menos de diez minutos, estaba de nuevo en el mismo lugar que la noche anterior. Un verdadero *déjà vu*.

Había tomado un taxi, agradecida de que el hombre no estuviera interesado en pláticas triviales, y le pedí que me dejara antes de llegar al callejón para que no me vieran desde la propiedad. No obstante, en cuanto pisé la grava, vi cómo se alejaban sus luces traseras y luché contra el impulso en la boca del estómago de empezar a correr tras él. Este lugar era lujoso, pero envuelto en la oscuridad, era demasiado espeluznante, al igual que su propietario.

Me puse en marcha hasta que encontré una sección en la valla que parecía bastante fácil de saltar. Me aseguré la mochila en los hombros y empecé a trepar.

—Facilísimo —me susurré mientras cruzaba el césped y entraba sigilosamente en la casa.

Sin guardias. Sin alarmas. Silencioso como la noche antes de Navidad. Mientras los murmullos de las ramas al viento bailaban en mi cerebro, entrecerré los ojos y avancé

sigilosamente.

Todo en este lugar gritaba dinero antiguo. Desde las pesadas cortinas, las obras de arte con marcos dorados que no entendía y los apliques de piedra que cubrían las paredes. Definitivamente, bastante espeluznante.

Me quité los zapatos, pisé con cuidado las escaleras de mármol y seguí el camino hasta... Bingo.

La vitrina de la joya estaba en el mismo lugar, y el collar brillaba, esperando resolver los problemas financieros de mi familia.

«*Robar es malo, Billie*». Casi podía oír la voz de *Maman*, mas la ignoré. No había otra forma de conseguir el dinero. Obviamente, este tipo no necesitaba el dinero por la forma en que dejó algo tan valioso por aquí, rogando que se lo llevaran.

Me incliné con cuidado, conteniendo la respiración. *Ahí*. Las yemas de mis dedos tocaron la superficie fría. No fue hasta que la rodeé con los dedos y la levanté que mi aliento salió de mis pulmones con una suave exhalación. No hubo alarma.

No lo podía creer. Un collar de veinte millones de dólares sin nada que lo protegiera de las manos de un ladrón aficionado.

—Te tengo. —Mi sangre cantó con la promesa de que todos mis problemas se evaporarían. Se me apretó el pecho al recordar la angustia en los rostros de mi padre y mi hermana. Vivían y respiraban medicina. Aquel hospital era su vida.

Con el frío peso apoyado en la palma de la mano, me giré rápidamente para marcharme cuando una voz me detuvo.

—Hola, Billie.

Se me congelaron los pies y también el tiempo. Mi corazón se aceleró en territorio peligroso mientras toda mi vida pasaba ante mis ojos, terminando conmigo en un traje a rayas. «*Dios, cualquier cosa menos esto. Por favor*».

Una suave risita me sacó de mi pánico.

—¿Qué? ¿No vas a enfrentarte al hombre al que le estás robando?

Cerré los ojos un momento, reuní todas las fuerzas que no tenía y giré sobre mis talones, encontrándome cara a cara con aquel hombre tan hermoso como dañado. Sus brillantes iris azules resplandecían incluso en la oscuridad, clavándose en mi pecho con una violencia que amenazaba con acabar conmigo.

Abrí la boca, pero mis cuerdas vocales se negaban a funcionar.

Así que tragué saliva y volví a intentarlo, solo para salir con:

—¿Qué haces aquí?

Dios, de todas las cosas que decir.

Una mueca curvó la comisura de sus labios. Arrogante. Tal vez incluso cruel.

—Yo debería hacerte esa pregunta.

Obviamente.

—Como si fuera a contestarla —me burlé, demasiado valiente para mi propio bien.

—No te preocupes. Si realmente quisiera, no tendría problemas para conseguir la información. La estarías gritando mientras te follo y te saco hasta el último secreto, mi pequeña ladrona. —Dio un paso adelante, invadiendo mi espacio—. O podrías ahorrarnos todo el tiempo y contarme qué te traes entre manos.

Bueno, ahora que lo hacía sonar tan tentador... Sacudí la cabeza, regañándome interiormente y a esta insaciable lujuria.

Y mientras mi mente trabajaba frenéticamente para que se me ocurriera algo, cualquier cosa

que no fuera suplicarle que me follara, Winston Ashford parecía estar divirtiéndose como nunca, estudiándome con una expresión que me decía que estaba en problemas.

Graves problemas.

Capítulo Once



Winston

Cuando llegó la alarma de seguridad en mi teléfono, señalando un intruso, ella era la última persona que esperaba ver.

Joder, ¿por qué volví aquí? Fue la noche anterior cuando me follé a la salvaje seductora en aquella habitación desolada, y luego pasé la noche plagado por los recuerdos.

Me quedé atónito al ver a la misma mujer en la que estaba pensando momentos antes, metiéndose a hurtadillas en mi casa.

El equipo de seguridad me había avisado de su presencia. Esta propiedad estaba vigilada por un equipo durante todo el año, y nunca había tenido problemas con turistas entrometidos o de otro tipo. Así que advertí a mis hombres de que no tocaran a la mujer que se deslizaba por la pared justo al otro lado de la puerta, curioso por ver cómo se desarrollaba la situación. Aunque su traje era oscuro y se confundía con las sombras, eran sus mechones dorados los que la delataban.

La observé quitarse los *flats* para que sus pasos fueran silenciosos, su cabello caía como una cortina sobre su rostro y no me daba otra opción más que ver cómo se movía su trasero en aquel traje ajustado. Ni siquiera necesitaba estar en la misma habitación para que el aire crepitara con anticipación, para que mi polla palpitara en mis pantalones.

No podía negarlo, quería más de ella.

Fue entonces cuando se me ocurrió la idea.

Seguí sus movimientos, observando cómo se detenía frente al collar Harry Winston de mi madre. Se había quedado quieta durante varios latidos mientras el mío retumbaba en mi pecho.

Cuando se inclinó hacia él, yo ya había salido de mi dormitorio y estaba en el pasillo.

No me le había acercado inmediatamente, observándola desde las sombras mientras parecía prepararse. Volví a darme cuenta de que Billie Swan tenía una figura atemporal, con curvas en los lugares adecuados.

Era hermosa. Demasiado hermosa.

El tipo de belleza que metía en problemas a hombres como yo. Porque... quería follármela otra vez. Ahí estaba, a punto de robarme como *The Cat Burglar*, y aun así mi polla estaba deseosa, ansiosa por doblegarla y follármela sin sentido otra vez.

Antes de que acabara la noche, la tendría rebotando en mi verga, que Dios me ayudara.

Esa mujer no se me había salido de la cabeza desde que se había escabullido de mi habitación hacía menos de veinticuatro horas. Esta mañana me masturbé en la ducha con imágenes de su cuerpo retorciéndose debajo de mí y sus gemidos resonando en mi cerebro.

Había tantas formas de follármela. Quería que olvidara a todos los que me habían precedido. Me aseguraría de que nunca quisiera a nadie más que a mí.

«Espera. ¿Qué?». Me pasé la mano por el cabello. Jesucristo, *nunca* me obsesionaba con nadie. Ni siquiera me había follado dos veces a la misma mujer. Había muchos coños alrededor para joder.

Mi atención volvió a centrarse en la belleza que tenía adelante y en el collar que sujetaba entre sus manos.

—Devuélvelo —ordené, con tono gélido.

Su agarre en los diamantes se tensó y algo brilló en sus ojos marrón claro, pero al final frunció el ceño e hizo lo que le pedí. Para mi sorpresa, lo dejó con cuidado en lugar de tirarlo en

la vitrina.

—Si no quieres que te lo roben, deberías guardarlo en un lugar más seguro.

—Lo hago. —Levantó la frente en señal de desafío, mas permaneció callada—. Ahora, ven conmigo.

Sacudió la cabeza, dejando caer su cabello en ondas sobre un hombro.

—Preferiría irme...

—No estaba preguntando, Billie. Muévete. —De pie allí vaciló, obstinadamente—. Escúchame antes de que de verdad me enojés.

Las mujeres solían caer rendidas ante mí y vivían para complacerme con la esperanza de formar parte del mundo Ashford. Era interesante y fascinante ver una respuesta diferente. Sí, Billie me deseaba sexualmente. El día anterior ni siquiera intentó ocultarlo. Pero ahí era donde empezaba y terminaba su interés.

Ella debería no atraerme por completo. No se parecía en nada a quien solía buscar, y eso la hacía perfecta para mi plan.

Torcí el dedo y la llevé a donde probé por primera vez a esta mujer. La mejor bendita cosa que había probado.

Con la suficiente actitud como para que mi verga se estremeciera al pensar en follármela hasta bajarle esos aires, me siguió, dando pisotones.

Cuando entramos en el dormitorio, mantuve la puerta abierta y pasó a mi lado con un resoplido.

—¿Por qué tenemos que hablar en tu habitación?

—Porque vamos a coger —informé—. Justo después de casarnos.

Se dio la vuelta y sus ojos almendrados se abrieron de par en par.

—¿Disculpa? ¿Dijiste “casarnos”? —resopló. ¡Resopló!—. Estás loco.

Y lo estaba, pero en ese instante la suerte estaba de mi lado. Ella iba a ser la solución a mi problemita con mi padre y esa zorra de Popova. De ninguna manera él iba a creer mi palabra de que estaba casado. Iba a tener que hacerlo de verdad, y Billie era la novia más conveniente en este momento.

—La jodiste pensando que podías robarme, Seductora. —Le sonreí con satisfacción, disfrutando del destello de desdén en sus ojos—. ¿Nunca te enseñaron que toda acción tiene consecuencias? —Vi cómo se quedaba boquiabierta al darse cuenta de que no estaba jugando—. Tú actuaste. Yo soy tu consecuencia.

Agitó una mano, aunque le faltaba confianza.

—No te robé.

—Porque te detuve. —Levanté la mano, agarré su mandíbula con mis dedos castigadores y la acerqué a mi cara. Su aroma, una combinación de coco y playa, llenó mis fosas nasales y me hizo desear volver a lamer cada parte suya—. ¿Sabes cuál es la pena por allanamiento de morada? ¿Intento de robo?

Un estremecimiento sacudió sus delgados hombros, y no pude resistirme a aflojar el agarre en su mandíbula y deslizar la palma de la mano hacia su delicada garganta. La sentí tragar saliva, aunque no estaba seguro de si era por miedo o por otra cosa.

—Respóndeme —exigí mientras su pulso saltaba contra mi pulgar.

Se lamió los labios.

—No.

—Digamos que pasarás tus mejores años tras las rejas. —Dejé que mis ojos recorrieran el ceñido traje que llevaba, dejando tanto, y sin embargo, no lo suficiente a la imaginación. Fruncí

el ceño ante la idea de que otro hombre la viera así—. ¿Quién te vio vestida así?

El repentino cambio de tema la desconcertó claramente y se encogió de hombros, intentando mantener una calma que no lograba reunir.

—El taxista.

«*Voy a dejarlo ciego*».

—¿Qué compañía usaste?

La incertidumbre cruzó su expresión.

—¿Por qué?

Sonreí amenazadoramente.

—Porque está a punto de perder los globos oculares. Y la lengua, para que no pueda hablar con nadie sobre lo que es mío.

Sus carnosos labios volvieron a separarse.

—Estás loco —se burló, poniendo los ojos en blanco.

—No tienes ni idea. Ahora dame el nombre.

—No —declaró.

Apreté con fuerza su garganta. No lo suficiente como para hacerle daño, aunque sí para indicarle que hablaba en serio.

—El nombre, Billie. No voy a tener a un idiota hablando sobre mi mujer y su cuerpo *sexy*.

Puso los ojos en blanco una vez más, con las pestañas sin maquillaje moviéndose contra sus mejillas de marfil.

—Sí, definitivamente estás loco. No voy a darte ningún nombre. Ahora, haz lo peor que puedas o déjame ir.

—No importa. Tengo cámaras de seguridad a kilómetros de distancia. Lo solucionaré.

Eso llamó su atención. Se mordió el labio inferior y sus iris castaño claro me estudiaron con una súplica suave y sin palabras. Dios, hasta eso me ponía duro.

—Winston, por favor —susurró—. Ese conductor no hizo nada más que dejarme. Apenas hablamos. Dudo que siquiera me haya mirado. No sé cuál es tu problema, pero castígame y deja en paz a ese pobre tipo. —Demonios, esa era una idea aún mejor. *Maravilloso*. A este paso, eyacularía en mis pantalones como un maldito adolescente—. Sin embargo, no me voy a casar contigo o lo que sea que estés parlotteando. Preferiría ir a la cárcel.

La estudié. Parecía seria, y eso despertó mi curiosidad. Podría realmente sacar provecho si se casaba conmigo.

—¿Por qué?

Sus ojos se movieron de un lado a otro, estudiando la habitación que habíamos ocupado la noche anterior, mirando a todas partes menos a mí. La agarré con fuerza por el cuello.

—Dime por qué.

Sus mejillas se sonrojaron. «*Interesante. Ahora quería saber aún más*».

—Mis padres tuvieron un buen matrimonio. Se amaban de verdad. Quiero eso cuando me case.

—¿Y te avergüenzas de eso?

Frunció el ceño, se quedó pensando, pero luego levantó la barbilla y me clavó una mirada molesta.

—No, no lo hago. Es cursi, pero no me importa. Sé que es posible. No pienso casarme con nadie que no pueda darme lo mismo, y desde luego no te veo a ti como el hombre que podría hacerlo.

No era cursi. Aunque quizás un poco ingenuo. Sus padres probablemente le ocultaron su

realidad. Y tenía razón. Nunca podría darle aquello. No obstante, la pequeña pizca de decencia que me quedaba no quería destrozarla con ese hecho. Tarde o temprano ella misma se daría cuenta.

—¿Así que estarás bien si te envío a la cárcel? —cuestioné con indiferencia. Asintió inmediatamente con la cabeza—. Y tu familia también, ¿eh?

—¿Qué? —Su voz salió chillona. No hacía falta conocer a Billie para entender que su familia era muy unida. Me di cuenta en el momento en que su hermana me la presentó.

—Si no cooperas, los meteré a todos tras las rejas. No debería ser difícil hacerlos parecer una familia de estafadores y ladrones. —No lo haría, aunque ella no necesitaba saber eso.

—Nunca lo conseguirás —comentó con voz ronca—. Ni siquiera saben dónde estoy. Sonreí.

—No importará cuando llame a la policía e invente mi propia historia. ¿A quién crees que le creerán? ¿A ti o a mí? —Una serie de emociones destellaron en su expresión, enfado, desdén, desesperación y en última instancia, hubo aceptación—. El trato es que me perteneces.

Me sostuvo la mirada durante un largo instante antes de soltar un suspiro áspero y exagerado.

—Definitivamente no eres un diez —murmuró.

—¿Cómo?

—Eres un idiota.

Sonreí.

—Lo sé, aunque me gustaría señalar que ayer te gustó mi polla.

Su cuerpo tembló y sus ojos castaño claro se empañaron de lujuria. Mierda, también me deseaba. Nada me complacería más. Conseguiría una licencia matrimonial y luego volvería a follármela.

Todos salíamos ganando.

Capítulo Doce



Billie

¿Qué demonios estaba pasando?

Una hora atrás pensaba que salvaría a mi familia, y ahora podía arruinarla si no seguía las reglas de este hombre. Metí la pata. Me metí con el tipo equivocado. La maldita familia equivocada.

Había investigado a los Ashford antes de venir aquí esta noche. Eran casi de la realeza en los Estados Unidos. En el mundo. Eran una de las familias más ricas de todo el maldito planeta. Pero su familia no estaba exenta de sus propias tragedias. La madre de Winston fue asesinada a tiros en la calle dos décadas atrás. Se me encogió el corazón al ver la fotografía que aparecía en uno de los artículos. Winston estaba con ella cuando fue asesinada.

Eso tuvo que dejar una cicatriz. Tal vez esa era la razón de la tristeza y la soledad que acechaban tras sus ojos. También se mencionaba el servicio militar de Winston y algunos incidentes cercanos a la muerte. Luego estaban sus negocios. Todo lo que tocaba, lo convertía en oro. Por eso era uno de los solteros más codiciados en los círculos de élite.

También encontré noticias sobre Kingston Ashford, el hermano menor, que fue secuestrado a los diez años. Se especuló mucho sobre los turbios negocios del senador Ashford con criminales y sus aventuras con mujeres más jóvenes que ni siquiera tenían la mitad de su edad.

Habría sido útil investigar a este hombre antes de haberme acostado con él, no obstante, ¿quién iba a saber que acabaría en su cama?

—Cualquier cosa —desafié entre dientes, odiándonos a ambos por estar en esta situación—. Haré cualquier cosa menos casarme. Mentiré, le diré a todo el mundo que estamos casados si quieres, pero por favor... —Se me quebró la voz y me tembló el labio. No pude terminar la frase.

Podía tener a cualquiera, todo lo que tenía que hacer era mostrar su nombre. No entendía por qué querría casarse conmigo. No me conocía en absoluto. Una noche entre las sábanas no podría haberlo convencido de que era la elegida.

Algo oscuro brilló en sus profundidades azules. Despiadado. Obsesivo. Peligroso.

—Voy a divertirme jugando con mi pequeña ladrona —Ronroneó.

Me pasé la lengua por el labio inferior mientras el corazón me golpeaba la caja torácica. Había visto los programas, *había* investigado sobre formas de pasar desapercibida, lo creas o no. Permanecer en las sombras. Entrar y salir. Sin embargo, nada de eso había salido según lo planeado. Debería haber esperado esto de un hombre que valía millones. ¿Miles de millones, incluso?

—No soy una ladrona —objeté, manteniendo la voz uniforme. No podía mostrarle mi miedo. Era un momento decisivo para mi familia. Todo estaba en peligro y tendría que seguir jugando bien mis cartas hasta encontrar la salida—. Si así fuera, estaría ahí afuera con algo que no me pertenecía, y claramente, sigo aquí.

Me palpé el cuerpo con las manos para enfatizar mi punto. No parecía impresionado.

—Porque te atraparon.

—O-olvidé algo —razoné, levantando la barbilla, negándome a rendirme.

Bufó.

—¿Qué?

Me devané los sesos desesperadamente en busca de una excusa.

—Mi teléfono —solté, sacándolo del bolsillo—. Ves, ahora que lo tengo, seguiré mi camino.

Me giré para irme, pero su mano me rodeó la muñeca.

—No tan rápido. —Eché la cabeza hacia atrás con un gemido frustrado—. Tomaste tu teléfono cuando te fuiste anoche. O debería decir esta mañana.

Me zafé de su agarre y entrecerré los ojos.

—Solo vine por mi celular, Winston. Te lo juro. —Crucé los dedos detrás de mi espalda mientras pronunciaba la mentira—. Por casualidad vi el collar y... —Respiré hondo y exhalé—. No pude resistirme a echarle un vistazo.

—Y no pudiste resistirte a intentar robarlo. —Su voz era desinteresada, aunque un timbre elusivo empapaba cada palabra. Del tipo que prometía pecados profundos y oscuros—. A menos que hayas vuelto porque ansiabas más de lo que te di.

Un pequeño gruñido salió de mi boca.

—En tus sueños.

Se echó a reír.

—Tienes razón. Lo sueño. Y ahora qué fuiste tan estúpida como para intentar robarme, te tengo exactamente dónde te necesito.

Crucé los brazos sobre el pecho.

—No me agradas.

Si bien no parecía molesto, algo paso sobre sus facciones.

—Quizá no, pero ahora estás a mi merced. —Su voz era oscura. Se inclinó hacia mí, la presión de sus labios contra el hueco de mi oreja me robó el aliento—. Y créeme, Billie, pienso aprovecharme de ello. —Sacudí la cabeza, intentando despejar mi mente de todo pensamiento sensual—. Te gustará, lo prometo —murmuró, recorriendo la concha de mi oreja con su lengua.

Un escalofrío me recorrió y la piel de los brazos se me erizó.

—No me gustará *nada* de ti. —Respiré.

Me agarró con un puño mi cola de caballo y presionó su rostro contra mi cuello. Otro escalofrío me recorrió, el calor de su contacto chocó con la frialdad de sus siguientes palabras:

—No tendrás elección.

Mi cerebro debió de dejar de funcionar porque me puse de puntillas y lo besé. Salvaje. Húmedo. Cada centímetro de mi cuerpo palpitaba mientras un gruñido sonaba desde su pecho. ¿Qué tenía este hombre que me hacía delirar? Casi como si estuviera borracha.

—Tal vez deberías mostrarme algo de piedad —pronuncié. No sabía qué me haba poseído. ¿Estaba jugando con él, o viceversa? Todo estaba borroso, y lo único que podía sentir era el deseo de volver a tener sus manos sobre mi cuerpo—. Por los viejos tiempos.

Hizo un ruido gutural, su mirada en mí amarga, pero llena de calor.

—Sin embargo, eso no sería tan divertido como jugar al marido y su esposa.

Lo miré por debajo de las pestañas, esperando una pizca de piedad. Sospechaba que no encontraría alguna. Aun así, tenía que intentarlo.

—Puedes jugar conmigo. Haz lo que quieras. Mas no te cases conmigo —supliqué con voz ronca, odiando cómo me temblaba la voz. Quería lo que tuvieron mis padres. «*La vida no es nada sin amor verdadero*», siempre aseguraba mi *maman*. Cuando falleció, me di cuenta de que sus palabras eran ciertas, porque mi padre había estado perdido sin ella.

—Es matrimonio o cárcel para ti y tu familia.

Algo frío se instaló en mi estómago. Apreté los dientes, intentando evitar que las viles palabras se deslizaran entre mis labios. No estaba dispuesta a arriesgar el futuro de Odette o de nuestro padre por mi estupidez. Fue en ese preciso instante cuando me di cuenta de que aquel hombre era hermoso y roto, aunque también despiadado. Imaginé que tenía que serlo para

sobrevivir en su mundo.

Sus labios se curvaron en esa sonrisa arrogante mientras añadía:

—Si te estás preguntando si estoy mintiendo, no te molestes. He destruido a gente por mucho menos. *Serás* mi esposa.

Aquí de pie, con las manos en la masa y a su merced, mi temperamento se encendió y me negué a dejarme pisotear.

—Siento reventar tu burbuja, pero no lo seré. —Le dediqué mi sonrisa más perra—. Eres un imbécil, un desgraciado, y la última persona en esta tierra con la que me comprometería.

—*Ouch*. —Sus labios se inclinaron hacia un lado en una sonrisa enloquecedoramente atractiva que hizo que mi corazón se detuviera en el pecho. Extrañamente, la suficiencia no estaba en sus ojos. De hecho, casi parecía... herido. Luché contra el impulso de consolarlo, recordándome que este monstruo me estaba chantajeando. Por supuesto, no estaría en esta situación si no hubiera intentado robarle. Maldita sea.

Antes de que pudiera decir algo, estúpido o no, añadió:

—Dime tus condiciones. —Sus orbes eran tranquilos estanques azules—. Negociemos.

La tensión se apoderó de sus hombros. Nos mirábamos fijamente en una silenciosa batalla de voluntades. Su mandíbula se flexionó. Mis oídos zumbaban con adrenalina.

Mis hombros se hundieron y debió de leer mi sumisión. ¿Qué tenía él que me impactaba así? No era del tipo que se rendían. Si fuera cualquier otro, lo habría mandado al infierno y habría seguido mi camino. Sin embargo, aquí estaba, cada célula de mi cuerpo rebelándose ante la idea de marcharme.

Cero maldito sentido.

—Explícame este falso matrimonio —exigí.

—No es falso —aclaró, guiñándome un ojo—. Estaremos casados.

¿Por qué seguía todavía aquí? Este hombre hacía mi cabeza girar. Él estaba roto, dañado. No necesitaba otro problema, mas aquí estaba. Negándome a moverme y considerando su loca proposición.

—¿Por cuánto tiempo? —Se detuvo por un momento, casi como si no hubiera pensado más allá de esto. «*Dios mío, no lo había hecho*». Mi columna se enderezó y me incliné hacia él—. ¿Qué pasó? ¿Por qué de repente es tan importante que nos casemos? Seguro que hay alguien mucho más apropiada que yo para este puesto. —Caí en cuenta—. ¿Estás intentando enfadar a alguien? Me elegiste porque *no* soy la opción adecuada, ¿verdad? —Imbécil.

Me lanzó una de sus miradas. De las que me decían que estaba pensando en lo que le había dicho. Tal vez pensaba que el matrimonio era necesario, pero si me enteraba de lo que ocurrió, podríamos encontrar otra solución. Antes de que el destello de esperanza pudiera encenderse en mi pecho, una máscara se deslizó sobre su expresión, ocultando sus emociones.

—Tu coño me abrió los ojos —respondió con voz grave, y tuve la clara sensación de que intentaba despistarme. No creía que ni siquiera una vagina de oro macizo le abriría los ojos a este hombre—. ¿Desde que te fuiste de mi cama te metiste los dedos en el coño pensando en mí?

Una ráfaga de llamas lamió mi piel. Maldito sea. Deseé que mi cuerpo no respondiera a él en absoluto. Sería más fácil luchar contra él si fuera repulsivo.

—No es necesario —siseé, enfadada porque de hecho sí lo había hecho. En la ducha. Luego en la cama. *Jesucristo*—. Tengo un montón de hombres a mi disposición.

Apreté su frente contra la mía e inhaló profundamente.

—Ya no, Billie. A partir de ahora me follas solo a mí.

Sus palabras hicieron que mi cuerpo temblara. Nuestros ojos se cruzaron y su mirada se clavó

en mi alma. Si no tenía cuidado, este hombre podía destruirme. Y lo que era peor, se lo permitiría.

Era un huracán. Un desastre que arrasaría mi vida, sin dejar más que escombros a su paso.

—Si acepto este matrimonio, quiero que se mantenga en secreto. —Ni loca aceptaría todas sus condiciones. Además, cuando conociera al amor de mi vida, Winston Ashford no sería más que un recuerdo lejano—. Y tenemos que llegar a un marco de tiempo. No voy a estar casada contigo para siempre.

Me observó fijamente, imperturbable.

—Estar casado conmigo tiene sus ventajas —aseguró.

Me burlé.

—Lo dudo. Si acepto esta idea ridícula, solo estoy haciendo esta mierda para mantenerte lejos de mi familia. En cuanto intentes *algo* con ellos, haré que desees no haberme conocido nunca.

Me estudió durante un largo momento, su mirada me penetró de una forma que secretamente deseé que otras partes de él lo hicieran. Lo odio. El sexo del día anterior fue increíble, sí. Sorprendente, sí. Sin embargo, solo fue eso. Sexo. Lujuria.

—Bien, lo mantendremos en secreto —asintió finalmente, para mi sorpresa—. Pero en cuanto al sexo... Me llamarás cuando lo desees. Puedes esperar lo mismo de mí.

Resoplé.

—Me importa una mierda a quién te folles. —«*Mentirosa*»—. No me llames.

Apretó la mandíbula, aunque no dijo nada más.

Me tomé un momento para estudiar la habitación, ganando tiempo. La noche anterior había estado demasiado ocupada para ver que esta recámara era más grande que los tres dormitorios de nuestra casa. Toda la pared del fondo era de cristal, con techos de nueve metros de altura. El resto de las paredes estaban pintadas de un azul marino intenso, casi del tono exacto de sus ojos.

—Podemos hablar de sexo monógamo más tarde —razonó fríamente. Mi mirada se posó en él. Iba vestido con unos pantalones grises y una camisa blanca. Llevaba las mangas arremangadas para mostrar sus musculosos antebrazos. Mi coño traidor se estremeció de deseo. Sacudí la cabeza en un intento de apartar lo que fuera que la lujuria estaba haciendo en mi cerebro.

—¿Estás preparada para convertirte en la señora Ashford? —preguntó finalmente, su rostro era la viva imagen de la indiferencia.

¿Qué le *pasó* a este hombre? Era evidente que lo perseguían fantasmas. Las búsquedas en Google solo daban información superficial; no obstante, era obvio que había algo más en él que solo eso. Ver cómo asesinaban a su madre habría dejado una huella, por supuesto, pero eso ocurrió hacía más de dos décadas. Necesitaba algo, lo que fuera, que me diera más información sobre el hombre que tenía enfrente.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué? —cuestionó.

—¿Por qué esta repentina necesidad de casarte conmigo? Está claro que hay un motivo detrás de eso. —Su ojo se contrajo, y con ese gesto supe que estaba cada vez más cerca de descubrir lo que fuera que escondía—. Ayer actuaste como si me estuvieras haciendo un favor solo por hablar conmigo.

—Tu coño es así de bueno.

No sabía decir si se burlaba de mí, de sí mismo o del mundo. Intenté calibrar su expresión, mas era tan fría como un invierno siberiano y tan ilegible como una lengua antigua y muerta.

—Tu polla no lo es —repliqué secamente—. Así que me disculparás si necesito un poco más que eso.

—Ah, cariño... —Bufó con amargura antes de continuar, con un tono condescendiente—. Ambos sabemos que te encantó cada minuto de mi verga dentro de ti.

Puse los ojos en blanco.

—He tenido mejores. —*Otra mentira*—. De hecho, cuando me vaya de aquí, lo obtendré con solo un chasquido de mis dedos.

Las palabras apenas habían salido de mi boca cuando me agarró por el cuello, me empujó contra la pared y gruñó contra mis labios. Literalmente *gruñó*. El hombre estaba loco.

—Deja que otro hombre te toque y lo haré desaparecer. —Sus ojos azules se volvieron lo suficientemente oscuros como para atraer pesadillas. Su voz era maliciosa y al mismo tiempo... ¿suave? Rozó sus labios con los míos—. Y te prometo que será doloroso para él. *Muy doloroso*.

A pesar de que me entraron escalofríos, me negué a dejarme intimidar. «*Demasiado tarde*», me advirtió mi mente, pero no era más que orgullosa.

—No tienes derecho. —Mi barbilla se elevó ante el desafío. El calor floreció en mi interior ante su reclamo carnal. Dios mío, ¿dónde habían ido a parar mi independencia, mi razón y mi orgullo? Sacudí la cabeza, desesperada por despejar la mente—. Además, intentas distraerme. Responde a mi pregunta.

La temperatura descendió hasta los valores negativos y el aliento se me congeló en los pulmones. El aire se volvió áspero y cáustico, como el aguijón de una abeja, y tragué saliva, con el corazón tamborileando fuertemente. Estaba decidida a mantenerme firme, aun así, mentiría si dijera que su mirada no me aterrorizaba.

—Todo lo que necesitas saber es que las circunstancias cambiaron. —Me invadió la confusión. Apenas había pasado un día desde que dejé su cama. ¿Qué podía haber cambiado?—. Este matrimonio los protegerá a ti y a tu familia.

Podría haber sido una tonta, pero la vehemencia de su tono me empujó a creerle.

—¿Me lo prometes?

Sus ojos se volvieron sombríos.

—Por la tumba de mi madre.

Inhalé profundamente antes de exhalar lentamente.

—Bien —declaré finalmente, porque en realidad, él tenía todas las cartas. Haría cualquier cosa para proteger a mi familia, incluso si eso significaba atarme a este hombre por el tiempo que fuera necesario. Mi destino estaba sellado, y estaba atado al suyo.

—Voy a convocar a un sacerdote con una licencia de matrimonio agilizada por la mañana. Hasta entonces, te quedarás conmigo.

Sus ojos se encontraron con los míos, y algo en sus profundidades me aterrorizó y me emocionó al mismo tiempo.

Bajé la vista a sus pies descalzos.

—¿Por qué no puedo volver?

Me tomó la barbilla entre sus fuertes dedos. Su toque era cálido y resumaba poder. Odié que un escalofrío me recorriera la espalda, seguido rápidamente por la sensación de pérdida cuando me soltó.

—Porque huirás.

—Por supuesto que sí. —«*Diablos, ¿lo dije en voz alta?*».

—Me alegra saber que tenía razón. —Me dedicó una sonrisa retorcida, de repente parecía más joven, y no pude evitar observarlo fijamente—. Entonces, ¿qué tal si aprovechamos al

máximo nuestras últimas horas como *prometidos*?

A duras penas me contuve de poner los ojos en blanco, a pesar de que mi cuerpo se calentó ante la insinuación. Su mirada no se apartaba de mi rostro, concentrándose en mis labios. La forma en que me observaba hizo que mi corazón saltara nervioso en mi pecho como nunca antes. No sabía si me gustaba.

—¿Qué tenías pensado? —Escuché que alguien preguntaba. Jesucristo, era yo. Dios, ¿qué me estaba pasando? Este hombre, destrozado y probablemente sufriendo de algún tipo de trastorno de estrés postraumático, casi me ahorcó la noche anterior. Estaba claro que tenía mucho equipaje y traumas en su espalda... Debería mantener una sana distancia de él.

Nos *ayudábamos* mutuamente.

—Estoy dispuesto a lo que sea —murmuró—. Después de todo, te lo debo.

Fruncí el ceño.

—¿Qué quieres decir?

La angustia brilló en sus ojos.

—Por haberte herido. No suelo dormir en la misma cama con alguien. Mis pesadillas pueden ser... —No terminó la frase, y mi corazón se afligió por él. A pesar de su estúpido chantaje. A pesar de su amenaza a mi padre y a Odette—. Lo siento. No quise lastimarte.

Su disculpa envolvió mi corazón con enredaderas espinosas, agujereándolo y amenazando con liberar sentimientos que no necesitaba tener cerca de un hombre como él.

—¿Quieres hablar de ello? —Ofrecí, cediendo a mi lado blando que odiaba ver sufrir a la gente.

—No. —El tono firme de su voz era una advertencia—. No quiero hablar.

—¿Besarnos?

Nunca sabría si lo decía en serio o no. No importaba, porque las palabras apenas habían salido de mi boca antes de que sus labios estuvieran sobre los míos.

Me sostuvo la cabeza con sus manos y me besó como si fuera mi dueño. Las últimas doce horas se desvanecieron cuando su lengua chocó con la mía, dominándome y haciéndome promesas implícitas. Gemí cuando me tocó y apretó mi trasero.

Recordé brevemente que no habíamos acordado un plazo para su farsa, pero en este momento no podía importarme menos.

Capítulo Trece



Winston

Mi boca dominó la suya mientras mis dedos se retorcián en su suave cabello, controlando sus movimientos. Ella gimió en mis labios. Nuestras lenguas se enredaron en un beso ardiente.

—Winston. —Respiró contra mí, apartándose, pero no permitiría espacio entre nosotros. La necesitaba como al aire que respiraba. Ignorándola, la besé desde la mejilla hasta la mandíbula y el cuello. Jadeó cuando le chupé la piel cerca de la oreja. El sonido fue la sinfonía más dulce.

Arrastré la mano que me quedaba libre por su cuerpo y la cremallera de su ceñido *body* hizo un eco seductor en la habitación. Gimió cuando le bajé una copa del sujetador, dejando al descubierto un seno. Le pellizqué el pezón erecto, retorciéndoselo lo bastante para hacerla gimotear.

—Quiero follarte —gruñí mientras le desabrochaba el sujetador y se lo quitaba de un jalón—. Ahora mismo. —Agarré sus caderas y me senté en el borde de la cama, arrastrándola a mi regazo. Su coño caliente contra mi verga dura—. ¿Sientes lo que me haces?

—Es solo... sexo —gimió cuando hundí mis manos en sus nalgas, amasando su carne—. No me conoces. No te conozco.

Mierda, era sexy, pero esto parecía algo más que sexo. Algo en esta chica me aturdí hasta lo más profundo de mi ser. Le bajé el *body* hasta los tobillos, dejando su cuerpo al descubierto, y no pude evitar tomarle un pezón entre los dientes.

—Ahhh... maldición.

Sus pechos eran magníficos. De copa entera, cabían perfectamente en la palma de mi mano. Ninguna otra mujer me había vuelto tan loco y voraz de necesidad. Quería que me montara la polla mientras sus senos rebotaban y ella gritaba mi nombre.

Chupé con más fuerza su pico, rozando con los dientes su piel sensible, y sentí cómo se estremecía contra mí.

Sus uñas rozaban mi cuero cabelludo, agarrándomelo como si se aferraba a su cordura, y a la mía.

—Demonios —gruñí—. Te deseo tanto, joder.

—Lo quiero duro —murmuró en respuesta.

Le apreté el culo con fuerza.

—Quiero que llores y supliques.

Ambos estábamos jodidos. Ni siquiera podía creer que me permitiera tocarla después del chantaje al que acababa de someterla. Tal vez tenía un motivo oculto, pero en ese instante, me importaba un carajo. Dejaría que me usara y abusara de mí. La necesitaba.

—Quiero oír tus gritos para que sepas a quién le perteneces. Incluso antes de ponerte el anillo en tu dedo —indiqué, recorriendo su espalda desnuda con las palmas de las manos mientras le besaba el cuello—. Quiero ver cómo mi semen te llena el coño, verlo correr por tus piernas.

Se echó hacia atrás, mordiéndose el labio.

—Puede que estés loco.

—Lo estoy —admití con una sonrisa lobuna—. ¿Tomas la píldora anticonceptiva? —Confirmó con un movimiento de cabeza—. Vamos a renunciar al condón.

—¿Cómo sé que estás limpio? —inquirió frunciendo el ceño.

—Puedo proporcionar la prueba.

Asintió.

—También estoy limpia. —Besé su cuello, mordisqueando y lamiendo su suave piel. Mi miembro se estremeció ante la idea de follarla para dejar un bebé en su vientre. Mierda, tenía razón; debía de estar loco de remate. Hasta este momento, había hecho todo lo posible por evitar el riesgo de dejar embarazada a alguien, y aquí estaba, excitado por atar a esta mujer a mí permanentemente.

Sacudí la cabeza, ahuyentando mis pensamientos irracionales. Me estaba emborrachando de ella. Eso era todo. Solo necesitaba casarme para alejar a la sanguijuela de mi padre de mi maldita vida.

Mis palmas recorrieron el frente de su cuerpo, amasando ambos pechos antes de deslizarse por su vientre plano y entre sus muslos hasta encontrar su entrada caliente. Le pasé un dedo por el clítoris y gimió, clavándome las uñas en el cuero cabelludo.

Mi verga estaba colocada contra su coño, solo separada por el fino material de nuestra ropa. Me rodeó el cuello con los brazos y apretó sus pechos contra el mío.

Le bajé las bragas por las piernas. El sonido de nuestras fuertes respiraciones llenaba el espacio. Le acaricié el coño y su entrada caliente empapó mi palma.

—Mi chica está hambrienta de mi polla, ¿verdad?

Jadeó contra mis labios, sus ojos se posaron entre nosotros.

—*Estás bastante loco.*

—Necesito sentir cada centímetro de tu piel.

Se bajó de mi regazo, dejándome ver su trasero mientras permanecía en sus manos y rodillas. Me miró por encima del hombro, provocándome a propósito.

—Entonces quítate la ropa, Winston.

Empecé a desabrocharme el cinturón bajo su mirada pesada con lujuria. Estaba desnuda en mi cama, una vez más, y nunca me había sentido tan bien. Mi ropa no tardó en unirse a la suya en el suelo.

—Acércame ese culo —ordené, curvando los labios en una sonrisita.

—Ven y tómallo, viejo.

Meneó el trasero burlonamente, con la expresión de una verdadera seductora mientras sonreía. En ese momento supe que estaba perdido. Me estaba obsesionando rápida y furiosamente con ella. Esto no podía ser bueno para ninguno de los dos.

La agarré por las caderas, la jalé y le di unas nalgadas juguetonas.

—Difícilmente soy un viejo.

Puso los ojos en blanco.

—Lo busqué. Tienes treinta y tantos. Estoy a punto de cumplir veinticuatro. Por lo tanto, me estoy cogiendo a un viejo.

Golpeé su coño, amando el sonido de su grito mientras se estremecía.

—Muéstrale a este viejo cómo te hiciste venir, fantaseando conmigo. Frótate el coño y déjame escuchar tus gemidos.

—Nunca dije que lo hice. —Pero ya estaba deslizando su mano entre sus piernas y frotando su clítoris furiosamente mientras la observaba. Sus ojos recorrieron mis abdominales, fijándose en mi verga mientras se frotaba más rápido. El premen cubría la punta de mi polla, y vi cómo se enfocaba en ello, lamiéndose los labios y poniéndomela más dura como una piedra.

—Para —exigí. Soltó un gemido, pero apartó la mano—. Buena chica —elogié mientras me le acercaba y bajaba mi rostro a su coño húmedo y necesitado. Aspiré su aroma femenino y lamí su excitación.

Gimió con fuerza y le temblaron los muslos.

Me acaricié la verga mientras devoraba su coño por detrás. Maldición, quería que me cabalgara la cara hasta asfixiarme. Sería la forma perfecta de morir.

En un movimiento rápido, cambié de posición, mi espalda al colchón y su coño en mi rostro.
—Tengo hambre.

Capítulo Catorce



Billie

—Winston.

Apretó la boca y la nariz contra mi humedad, gruñendo contra mi núcleo.

—Tan delicioso, mierda —soltó en un tono ahogado, mordisqueándome la piel sensible. La vibración de su voz llegó hasta mi clítoris y supe que se había acabado el juego para mí.

Me temblaban los muslos y temí que podría estarlo asfixiando. Intenté moverme, pero sus dedos me agarraron las caderas.

—No te atrevas a moverte —ordenó—. Dámelo todo.

Me lamió como si fuera un hombre muriéndose de hambre.

—Mierda. —Exhalé, sintiendo que estaba a punto de desmayarme. Su boca abrió los húmedos pliegues, su lengua penetró en mi entrada y mi espalda se arqueó. Mis dedos se enredaron en su cabello.

Me meneaba contra su cara, cabalgaba sobre su boca, desesperada por la liberación que sabía que solo él podía darme.

—Esa es mi chica. Muéstrame lo mucho que deseas mi lengua.

Su voz de barítono era áspera y ronca, provocándome escalofríos.

—Por favor, por favor...

Clavó sus dedos en mis suaves caderas, sacudiéndome arriba y abajo, sabiendo exactamente lo que hacía. Nunca había experimentado nada parecido. Los sonidos y gruñidos que emitía mientras arrastraba furiosamente la punta de su lengua sobre mi clítoris me decían que lo estaba disfrutando.

Su labio superior se cerró sobre mi clítoris, sin que su lengua cambiara el ritmo. La fricción y la presión me hacían estremecerme. El día anterior, el sexo fue estupendo, pero ni siquiera arañó la superficie.

—Por favor, Win, no pares... *oh Dios...*

Mis muslos empezaron a temblar sin control y las estrellas estallaron ante mis ojos. Mis dedos tiraron con fuerza de su cabello, atrayéndolo más cerca de lo que imaginaba posible.

Mis muslos se tensaron, mis caderas se frotaron contra él y retorcí mi cuerpo, persiguiendo el placer. Fue el orgasmo más intenso que jamás había experimentado. Lo de la noche anterior no era nada comparado con esto, y eso ya era mucho decir.

No obstante, entonces Winston presionó la palma de la mano en mi palpitante entrada y deslizó su grueso dedo dentro de mí, encontrando mi punto G y aplicando una presión uniforme y firme. El mundo se desvaneció a mi alrededor. La jodida razón que nos había traído hasta aquí quedó en el olvido mientras mi cuerpo se estremecía ante el clímax que me recorría.

Miré aturdida al hombre que me saboreaba, sus ojos se clavaron en mí mientras un alivio infinito me recorría, mis músculos se sentían suaves y lánguidos.

Winston nos dio la vuelta, con sus músculos esculpidos cubiertos con una fina capa de sudor, mientras se cernía sobre mí. Se limpió la excitación de la boca con el dorso de la mano y luego me besó con fuerza.

El tipo de beso que destrozaba reinos. El tipo de beso que rompía corazones.

—Aún no hemos terminado. Voy a follarte tan duro.

Agarró su dura longitud en un puño y arrastró su punta hinchada por mis pliegues, acariciándose. Mi clítoris volvió a zumbir, y me estaba excitando con la promesa de más placer.

Giré la cabeza ligeramente, tomando el lóbulo de su oreja entre mis dientes, antes de susurrar:

—Fóllame duro y fuerte, Win.

Con un gruñido estrangulado de mi nombre, cerró de golpe su boca sobre la mía, dejando que me saboreara de nuevo.

Lo era todo. *Todo*.

—También me masturbé. —Su confesión llegó a través de la niebla—. En la ducha. En mi cama. En la ducha otra vez. —Capturé mis labios con frustración—. Una probada tuya y estoy arruinado.

Antes de que pudiera preguntarle qué quería decir, sus labios volvieron a estar sobre los míos. Nuestras lenguas acariciaban la boca del otro. Nuestras manos estaban hambrientas. Su gruesa longitud se deslizó por mi húmeda y caliente entrada y ambos respiramos profundamente.

—¿Estás lista? —gimió. Con su mano alrededor de mi garganta, acercó sus labios a mi oído—. Vas a recibir mi verga tan bien —prometió en un susurro. Su aliento me rozó la oreja y me erizó la piel de la espalda—. Como la chica mala que sé qué quieres ser. —Mis ojos se abrieron de par en par ante sus sucias palabras.

—Fóllame —gemí levantando las caderas y deslizando mis muslos abiertos de arriba abajo por los lados de su agitado torso—. Tan duro como puedas.

Con las manos en sus hombros, sentí su punta entrar. Justo cuando estaba a punto de abrir la boca para incitarlo, mas me penetró hasta la empuñadura con un salvajismo para el que no estaba preparada. El dolor y el placer se mezclaron y hundí los dientes en su antebrazo para ahogar mi grito.

Con un ronco rugido, sus caderas me empujaron contra el colchón, su grosor ocupando cada centímetro de espacio en mi interior. Entonces empezó a moverse, bombeando febrilmente dentro de mí. Mi último orgasmo parecía un recuerdo lejano mientras me penetraba con fuerza y rapidez, aumentando el placer una vez más. Nuestros cuerpos se movían en perfecta unión, su miembro deslizándose a través de mi excitación y reclamándome de una forma que no creía posible.

Sus grandes manos me agarraron de las rodillas, abriéndome más para él, y me penetró con feroz crueldad.

—Grita para mí. —Jadeó, mordisqueándome la oreja—. Suplica por mi polla. Quiero que el mundo sepa que eres mía.

Esto era una locura. Esto era perfección.

—¡Por favor, Winston! —exclamé, aturdida por la necesidad y temblando de pies a cabeza. El zumbido del aire me recorrió el coño segundos antes de que su mano tocara mi piel palpitante—. Por favor, cógeme. Estoy tan cerca.

Su longitud me penetró como un huracán, invadiendo cada centímetro de mí. Me atraganté con su nombre mientras jadeaba.

—Qué maldito coño tan goloso, ¿verdad? Sediento por mi semen. —Ronroneó sombríamente. Su mano me agarró la cadera con fuerza—. No te preocupes, cariño, te tengo.

Los implacables empujones de Winston hacían que cada célula de mi cuerpo se encendiera como fuegos artificiales.

—¡Más fuerte! —grité—. Dios mío. Es tan bueno.

—¿De quién es este coño?

Me mordí el labio, renuente a admitir que le había permitido reclamarlo dos veces en el lapso de veinticuatro horas.

Su mano subió para enmarcar mi mandíbula, aplicando la presión justa mientras otra oleada de excitación cubría mi sexo, los sonidos de la resbaladiza humedad llenaban el espacio entre nosotros mientras se deslizaba dentro y fuera de mí.

—¿De quién? —Empujó—. Es... —Empujó—. Este... —Empujó—. ¿Coño?

—Tuyo. —En ese momento, supe que era verdad.

Se abalanzó contra mí, manteniéndose quieto, profundo, con la cara hundida en el pliegue de mi cuello.

—Buena chica.

Demonios, sus elogios me estaban provocando todo tipo de cosas. Me sacudió hasta mi centro, arrancándome un sollozo estrangulado, y mis manos volaron hacia su trasero.

—Dios mío. F-fóllame ahora.

—Mierda —gruñó, volviendo a acelerar el ritmo, con el sonido de los golpes húmedos resonando en la habitación—. Serás mi fin, Billie.

Levanté las rodillas y abracé a su cuerpo, arqueando la espalda. Cuanto más bombeaba, más fuertes eran mis gemidos y mis gritos. Le pasé las uñas por su musculoso trasero, clavándolas. Sus caderas empujaban hacia delante con desesperación, los tendones de su cuello parecían a punto de romperse.

—Córrete conmigo.

Y de repente, otro orgasmo se apoderó de mí. Grité mientras mi coño lo ordeñaba con toda su fuerza.

—Maldición, amo tu coño —gruñó mientras enterraba la cara en mi cuello. Las pulsaciones calientes de mis músculos internos no cesaban, sobre todo cuando seguía penetrándome más profundo.

Me retorcí debajo de él cuando se detuvo y me estremecí, intentando encontrar el fondo del placer. Su boca encontró la mía y una sonrisa aturdida curvó mis labios mientras me besaba como si se estuviera muriendo de sed y yo fuera la última gota de agua en esta tierra.

Luego su boca recorrió mi mandíbula hasta llegar a mi oído y murmuró:

—Quiero que mantengas mi semen dentro de tu coño. —Me llenó el cuello y la cara de besitos—. Quiero que sepas a quién le perteneces.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

—Tengo que asearme —protesté débilmente—. Además, estoy tomando la píldora anticonceptiva. ¿Te acuerdas?

Me envolvió en sus brazos, atrapándome más contra él.

Parpadeé confundida mientras se ponía cómodo, acercándose más a él. No dormiría en la misma cama que él. No después de que casi me estrangulara la noche anterior.

—¿Qué estás haciendo?

—Poniéndote a dormir.

Me mordí el labio inferior mientras lo estudiaba. Estaba claro que Winston Ashford era un alma dañada. Lo que fuera que le había pasado, impulsó su comportamiento de antes cuando se quedó dormido. Pero no podía arriesgarme a que se repitiera.

En lugar de negarme por completo, me moví para retirarme.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Tengo que asearme.

Entonces me dio un susto de muerte. Sin esfuerzo, me tumbó de nuevo en el colchón y me separó las piernas, mirándome el coño.

—Winston...

—Shhh. —Me hizo callar seductoramente, moviéndose y acercando peligrosamente su cara a mi centro. Me miró el coño, el semen que salía de él y que me cubría los muslos. Me observó fijamente mientras me pasaba suavemente el dedo por el coño, empujándolo de nuevo dentro de mí. Otro escalofrío me recorrió la espalda ante la erótica visión. Luego me cerró las piernas—. Mi semen se quedará dentro de ti toda la noche.

Me apoyé en los codos, lanzándole una mirada confusa.

—Te lo dije, soy demasiado joven para arriesgarme a una mierda así, aunque tome la píldora.

Sonrió, su expresión se relajó, y algo en ello hizo que mi corazón tropezara con su propio latido. Él era impresionante así. Incluso desgarrador. Sin embargo, no era tan ingenua.

—Un hombre puede tener esperanza —musitó con nostalgia. Saltó de la cama, desapareció en el cuarto de baño y volvió enseguida con un paño húmedo. Me quedé estupefacta mientras me limpiaba el interior de los muslos y lo tiraba al suelo.

—Ahora duerme, Seductora. —Volvió a besarme, esta vez con tanta fuerza que me olvidé de su semen, de la toalla y del mundo—. Me quedaré contigo hasta que te duermas, luego iré a la habitación contigua.

Mientras sus fuertes brazos me envolvían, tuve la clara sensación de que así era como se sentía la caída libre. Fuera de control. Irracional.

—Winston —murmuré, con la voz ronca.

—*Hmmm*.

—El matrimonio... —Sentí que se tensaba a mi alrededor—. Es solo en papel, ¿verdad? Todavía tengo muchas cosas que hacer antes de pensar en sentar cabeza.

E ir a la cárcel no era una de ellas.

—Duerme, Billie.

Cuando el cansancio me venció y el sueño se apoderó de mí, me di cuenta de que nunca me contestó.

Capítulo Quince



Winston

Billie, quien pronto sería mi esposa, estaba acostada a mi lado, acurrucada en su almohada y roncando suavemente mientras yo la vigilaba.

No dormía con mujeres, nunca sentí la necesidad de hacerlo, sin embargo, algo en esta mujer me hizo querer hacer una excepción. Otra vez. Esta vez me aseguraría de no quedarme dormido. Bajé la vista hasta su delgado cuello. No tenía moretones, solo marcas rojas borrosas de la noche anterior.

Jesucristo.

Tuve suerte de que me dejó tocarla de nuevo. De ninguna manera me arriesgaría a lastimarla de nuevo. La sostendría un poco más antes de irme a otra cama.

La coloqué contra mí, con su brazo sobre mi cintura y el mío enganchado a sus hombros. Suspiró, se acercó más a mí y enganchó la pierna en mi cadera. Genial, ahora mi polla se despertó.

Ignorando a la imbécil, la abracé y me quedé mirando al techo en la oscuridad mientras dejaba vagar mi mente. Quería pensar en todas las formas en que follaría a esta mujer en el futuro, pero por razones que solo Dios conocía, mis pensamientos se desviaron hacia ese día en el que odiaba pensar. El día en que murió mi madre.

Inhalé un suspiro tembloroso mientras la oscuridad volvía a flotar en mis pensamientos. En el niño que sollozaba sobre el cadáver de su madre mientras la sangre de esta manchaba sus manos y el pavimento bajo ellos.

—Ma, por favor, no te mueras. —Aunque sabía que ya se me estaba yendo, me negaba a aceptarlo. Era lo mejor de mi vida y de la de mis hermanos—. Mamá, te necesitamos. Por favor, no nos dejes.

La sangre se acumulaba a su alrededor mientras la gente nos esquivaba tratando de evitar la escena o se paraban a observarla boquiabiertos. Se me llenaron los ojos de lágrimas al ver el giro que había tomado nuestro día. ¿Cómo podía estar ocurriendo esto si hacía unos minutos me miraba con ojos llenos de amor?

Y todo fue culpa mía.

Parpadeé para alejar las lágrimas, desesperado por mejorar las cosas. Su piel estaba más pálida que nunca contra su cabello oscuro. Apenas se distinguían la esmeralda y los diamantes de su collar con la cantidad de sangre que le corría por el pecho y la garganta. Su mano manchada de sangre me acarició la mejilla. El tacto era frío. Demasiado frío.

Su mirada se desvió detrás de mí, luego de izquierda a derecha.

—Tienes que correr, cariño.

Sacudí la cabeza, su imagen borrosa bajo las lágrimas brillantes de mis ojos.

—Lo siento, mamá.

Esto no habría pasado si no hubiera estado con ella ese día. Nunca hubiéramos parado aquí en esta estúpida tienda. ¿Cómo pude ser tan egoísta? Maté a mi madre. Maté a mi madre. Las palabras se repetían en mi cráneo como un disco rayado.

—N-no es c-culpa tuy-ya. —Se estaba yendo. Su toque era cada vez más frío—. Sé b- bueno.

—Resoplé, con el terror apoderándose de mí y haciéndome girar la cabeza—. No seas como tu

padre.

—No lo seré —sollocé—. Te lo prometo.

Los dedos de alguien se clavaron en mis omóplatos, pero me negué a dejarla. Me agité y pataleé, aullé de dolor mientras se me partía el corazón. Tenía que salvarla.

—Soy yo. —Una voz familiar me hizo detenerme, y solo entonces reconocí a nuestro guardaespaldas.

Movimientos frenéticos. Gritos y chillidos, expresiones de asombro en las caras de los desconocidos.

Le lancé un último vistazo a mamá y vi que tenía la boca entreabierta y una expresión de asombro grabada en el rostro. Una mancha roja brillante en su vestido crema. Estaba tumbada, quieta e inmóvil, la luz de sus ojos oscuros completamente apagada.

Nuestro guardaespaldas pidió a gritos una ambulancia, aunque todos sabíamos que era demasiado tarde. Se había ido. La única verdadera progenitora que teníamos.

Y todo fue culpa mía. La vida nunca volvería a ser la misma.

Un suave murmullo me devolvió al momento presente y bajé los ojos hacia la mujer que tenía en mis brazos. Tenía el cabello dorado esparcido por todo mi pecho y le aparté los suaves y ondulados mechones para comprobar que estaba bien. Me encontré con una expresión serena y una media sonrisa satisfecha. En ese momento decidí que siempre la mantendría a salvo.

Incluso de mí.



El zumbido de mi teléfono en la mesita de noche me despertó. Entrecerré los ojos a la pantalla y apenas distinguí el nombre.

Padre.

Ese hijo de puta. Miré el reloj y vi que eran las siete de la mañana. Me había quedado despierto hasta altas horas de la noche antes de ir a dormir a la habitación de invitados contigua, así que no fue inusual que me quedara dormido.

Ignoré la llamada, pero en cuanto volví a dejarlo en la mesita, empezó a zumbar de nuevo.

—¿Qué? —respondí, frotándome el sueño de los ojos.

—Anularemos tu matrimonio.

—No, no lo haremos —gruñí al teléfono.

Alguien nos haría un favor si acababa con el Senador Ashford. Era un corrupto de mierda. Cruel también. Había conseguido hacer bebés ilegítimos por todo el mundo. Uno podría argumentar que esos desgraciados ilegítimos eran los desafortunados, creciendo sin un padre, pero en verdad, eran los afortunados. Él destruía todo lo que tocaba.

—¿Te enamoraste de esta esposa tuya? —Me levanté, me dirigí a la puerta que conectaba la habitación y la abrí de un tirón. Billie seguía profundamente dormida—. *Estoy seguro de que estás ciego y estúpido, pero quien sea, solo quiere nuestro dinero.*

—No es nuestro dinero —reviré entre dientes al teléfono—. *Mi dinero.* —Mi madre dejó toda su herencia a sus hijos, aun así, al igual que el resto de mis hermanos, me había aventurado en los negocios y lo había convertido en un imperio—. Y no, no me he enamorado de ella, sin embargo, es hora de que forme una familia.

Fue lo primero que se me ocurrió. Aunque, ahora que lo había dicho, me gustaba la idea. A los treinta y tres años, no me estaba volviendo más joven. Estaría bien tener una familia. Una normal. Como la que Billie obviamente tenía.

—*Ten una familia con Nicki Popova.*

—No, gracias —contesté, enojado por estar teniendo esta conversación con el hombre que hacía que vivir en una zona de guerra pareciera un paseo por el parque—. No tengo un acuerdo prenupcial.

Podía ser que mi padre no entendiera de lealtad y decencia, pero entendía de dinero. Hijo de puta codicioso.

—*Jesucristo, ¿cuánto tiempo has estado casado?*

—Lo suficiente —contesté vagamente. El sacerdote debería llegar a las nueve. Será mejor que se dé prisa y se pusiera a leer las palabras que pronunciarían a Billie como mi esposa.

—*Maldita sea, Winston. Se supone que debes pensar con la cabeza, no con la verga.*

Me reí.

—Eso es irónico viniendo de ti. —El idiota *solo* pensaba con la polla—. Ahora, discúlpame. Tengo que follarme a mi esposa. Estamos intentando tener un bebé. Me parece que tendrás que casarte con la *encantadora* Nicki tú mismo.

Sería una pareja hecha en el infierno. Exactamente lo que se merecía.

Sin esperar respuesta, terminé la llamada y me dirigí a la cama. Billie ni siquiera se movió cuando tomé sus mechones dorados y los enrosqué alrededor de mi dedo.

Todo en Billie me llamaba. Era la cosa más extraña.

No podía enamorarme de esta mujer. No podía, maldición, por muy fácil que pareciera. Hice mi propia investigación la noche que organicé la fiesta aquí. No pude evitar fijarme en nuestras diferencias, pero también en nuestras similitudes: su cercanía a su familia, su amor por la moda y el diseño de diamantes y, sobre todo, su dedicación a su padre y a su hospital.

Se movió, abrió los ojos y sonrió suavemente. La ternura me golpeó en el pecho y me robó el aliento.

—Buenos días —musitó con voz ronca.

Rodeé su cálido cuerpo con mis brazos y la apreté hasta que pude sentir el latido de su pulso en las yemas de mis dedos. Constante.

Esta mujer nunca tendría nada de qué preocuparse mientras viviera. Mientras fuera mía, ningún otro hombre la tocaría. Era el único hombre que tendría entre sus piernas. Podía ir a donde quisiera, porque era invencible.

Incluso contra mí.

Sus ojos se clavaron en los míos y su respiración se aceleró. Su respuesta fue estimulante. Tan sincera. Era la mejor medicina para un hombre atormentado por demonios.

Le acaricié la mejilla con la mano y acerqué la boca lo suficiente para darle un beso.

—Buenos días, futura esposa.

Sus dedos rodearon mi muñeca y se movió ligeramente para apretarse contra mí.

Debería alejarme. Debería terminar con esto y permanecer distante. Pero... cuando me besaba así, no hallaba las fuerzas para detenerla. Quería que siguiera besándome, que siguiera dándome su lengua mientras buscaba la mía.

Y quería que nunca terminara.

Capítulo Dieciséis



Billie

Winston me pasó los dedos por el cabello, llenándome el cuello de besos.

Después, sin previo aviso, me levantó en brazos y nos llevó al baño como si no pesara nada. Me folló contra la pared de la ducha hasta que grité su nombre. Hasta que casi me desmayé de las veces que me corrí. Luego, me dejó con un suave beso para ir a alistarse.

Ahora miraba mi reflejo en el espejo. Un vestido blanco de Valentino me llegaba hasta las rodillas. Elegantes zapatos Jimmy Choo. Todo el atuendo era ligero y suave al tacto, y eso era exactamente lo que me gustaba. No sé cómo se las arregló para traerlos aquí en tan poco tiempo. ¿Y cómo pudo conseguir la talla adecuada? No quería ni pensar por qué era tan bueno juzgando la talla de una mujer. Solté un suave resoplido, y un mareo se apoderó de mí.

Pensé en llamar a mi hermana, pero ¿cómo podría siquiera comenzar a explicárselo? Quizás intentaría detenerlo, porque aunque era mi hermana pequeña, su instinto siempre fue protegerme. Aun así, no me sentaba bien. Siempre habíamos hablado de hacer esto juntas. Pensé en su expresión del día anterior, cuando nos abrazábamos fuera del hospital, y respiré hondo. Era lo correcto. Lo hacía por ella. Por ellos. Cuando llegara el momento, le contaría mis cuarenta y ocho horas salvajes y nos reiríamos mucho. *Probablemente*.

Y hoy, después de la boda, hablaría con Winston sobre el calvario del hospital, y tal vez podría conseguir un préstamo para volver a ponerlo a nombre de nuestra familia. Eso compensaría por mantenerla en la oscuridad acerca de este matrimonio.

«O quizás estás siendo demasiado optimista», me advirtió mi instinto. Lo ignoré. El hombre quería casarse. Estaba claro que estaba loco por mí. Al menos lo estaba por mi coño. Un maldito multimillonario *me* deseaba.

Si alguien me preguntara qué me llevó a aceptar esto, no tendría respuesta. Cuando este hombre estaba cerca, todos mis pensamientos se perdían.

Con una última mirada al espejo, salí del dormitorio y me dirigí escaleras abajo. Mientras pasaba por los pasillos y contemplaba el lujo que me rodeaba, mi corazón se estremecía con cada chasquido de mis tacones contra la madera. Los cuadros, nuevos y viejos, atestiguaban mi descenso, la riqueza familiar prometía que estaría bien. O tal vez se burlaba de mis razones para hacer esto.

—Necesito que mi familia esté bien —susurré a los pasillos vacíos, justificándome mientras la realidad de lo que estaba ocurriendo se disparaba por mi columna vertebral. Mis pies se congelaron en el último escalón. De pie en el gran vestíbulo, rodeado de retratos valorados en miles, quizá millones, estaba Winston con su traje negro de tres piezas.

Los latidos de mi corazón rebotaban como un *pinball*. La inquietud me recorrió, entrelazada con la ingenuidad, pero la ignoré, porque también había algo más que brillaba allí. El placer carnal que me había proporcionado las dos últimas noches debió de haber superado mi razón.

Un frío susurro en el fondo de mi mente me decía que me arrepentiría, sin embargo, lo ignoré. En lugar de eso, repasé los hechos. Quería el dinero para ayudar a papá y a Odette. Este hombre tenía mucho. Y era increíble en la habitación. Sí, tenía sus demonios, pero quién no los tenía. Se disculpó. Durmió en una recámara separada. «*Nada de esto era real*».

No obstante, la romántica que había en mí gritaba que parara esta locura. Winston no me amaba y yo no lo amaba. Era un acuerdo secreto, ambos lo hacíamos por nuestras propias razones egoístas. Simplemente no nos conocíamos lo suficiente como para enamorarnos. ¿Caer

en lujuria? Sí. ¿Pero enamorarse? No era probable.

La idea de vivir en un matrimonio sin amor en el que él acabaría aburriéndose de mi cuerpo me revolvía el estómago, me cortaba la respiración a la mitad y un dolor me recorría el pecho.

—Tal vez esto no es una buena idea —solté, con la voz ronca por las emociones.

Winston estaba de pie, con las manos en los bolsillos y apoyado en una columna de mármol, con su mirada azul, tranquila y reconfortante.

—No lo pienses demasiado. —Una emoción fugaz que no pude leer pasó por su rostro—. Eres mía. Será un acuerdo mutuamente beneficioso.

«Acuerdo». No me gustaba para nada esa palabra. Me tragué el nudo que tenía en la garganta. Robar habría sido mucho menos personal. Sí, me encantaba el sexo, mas al final la atracción se desvanecería y nos quedaríamos sin nada.

Mis padres se amaban. Terminaban las frases del otro, eran sus confidentes más cercanos. Era amor. Esto... no lo era.

De repente supe que este latido en mi corazón crecería hasta ser diez veces peor si no tenía cuidado.

—Tal vez deberíamos detener esto mientras aún estemos a tiempo. —Mi voz era un murmullo mientras me le quedaba viendo fijamente, apuesto y frío. El calor de su mirada me atravesó—. Yo... yo... solo necesito...

Dinero. Pero la palabra se me quedó atascada en la garganta.

—Billie, nos vamos a casar —reviró—. Estuviste de acuerdo.

—Winston, ni siquiera nos conocemos. El sexo es solo... —No era la base de un buen matrimonio—. El sexo no es suficiente. —Y no quería la angustia que mi sexto sentido me advirtió que él me traería—. Ni siquiera sé tú segundo nombre.

—Ares. Todos los hijos Ashford tienen el mismo segundo nombre.

—Bueno, eso es diferente.

Se encogió de hombros.

—Ahora, hagamos esto. El sacerdote tiene que irse en veinte minutos.

Su teléfono zumbó y su rostro se tornó inmediatamente irritado mientras observaba la pantalla.

—Una boda rápida —musité entre dientes—. Qué manera perfecta de empezar un desastre.

La puerta principal del castillo se abrió y un hombre entró con la seguridad de quien caminaba por la vida como si le perteneciera. Mi mirada recorrió su alto cuerpo y me quedé boquiabierta. Si eso era un sacerdote, estaba dispuesta a pecar. Jesucristo.

—Este será nuestro testigo. Asher. Es un capitán, un pirata, lo que sea que quiera ser.

Mis cejas se dispararon hasta la línea del cabello, solo hasta ahora noté la ropa de Asher. Una camisa y unos pantalones de diseñador. Sus tatuajes jugaban al escondite bajo aquella ropa sofisticada que no engañaban a nadie. Este hombre era una *red flag*.

Aunque Winston Ashford estaba demostrando ser una aún mayor. Mis ojos regresaron a él con un suspiro.

—No sabía que ser pirata era una profesión.

—Tampoco lo es ser un ladrón, y sin embargo, aquí estamos.

Le lancé una mirada fulminante y decidí que este hombre era un imbécil. Un diez por la noche, y solo bajo la luz de la luna. Pero aquí, ¿hoy parado ante mí? Apenas entraba en la escala.

Mi atención se desvió hacia Asher, que observaba el intercambio con expresión aburrida.

—Siento que hayas venido hasta acá, aun así, ya puedes irte. Hoy no habrá boda.

Me di la vuelta para volver arriba, aunque no di ni un paso antes de que un brazo me rodeara

la cintura y mis pies abandonaran el suelo.

—¡Winston!

—Nos casaremos hoy, Billie —me susurró al oído. Mi espalda estaba pegada a su frente—. No creas que estoy fingiendo cuando digo que utilizaré cualquier medio necesario para que eso ocurra. ¿Estás dispuesta a poner en peligro a tu familia?

—Dios mío, que *gran* declaración de amor —siseé sarcásticamente.

—Como si quisieras una —pronunció.

Le di un codazo en el abdomen, intentando zafarme de su agarre. Gruñó tras el impacto, mas no me soltó.

—Suéltame. —Intenté quitarme su brazo de encima, pero era como intentar mover acero.

Su risa retumbó en mi espalda.

—Nunca, Billie. Acostúmbrate.

Por alguna tonta razón, mi pecho se aligeró. Me volteé hacia él y me encontré con sus ojos azules. Parecía que quería follarme aquí mismo, delante de nuestro testigo, y apenas se contenía.

Un escalofrío me recorrió mientras me agarraba el dobladillo del vestido.

—Necesito que me escuches cuando te digo que creo que es una mala idea, Winston.

Su áspera palma me rozó la cara.

—No estoy de acuerdo. Es la mejor idea que he tenido en toda mi vida. Serás Billie Ashford a partir de hoy.

Su palma me quemó la mejilla mientras susurraba:

—Billie Ashford.

Sabía desconocido. Extraño.

Y mientras el mundo entero se desvanecía a nuestro alrededor, el más leve murmullo de fatalidad permanecía.



Los latidos de mi corazón retumbaron en mis oídos durante toda la ceremonia. Mucho después, recordaría muy poco, aparte de mi piel húmeda y la presencia de la ligera colonia de Winston.

Apenas conocía al hombre, pero algo sobre su presencia me consumía en familiaridad y rompía a través del punzante mantra de mi pulso.

—Sí, acepto.

Aquellas dos sencillas palabras que pronunció Winston fueron frías, pero su mirada me atravesó como el fuego del infierno. Prometió amarme, honrarme, valorarme y protegerme durante el resto de sus días. Emitió las palabras con tal convicción que casi me engañó.

Cuando me tocó repetirlas, palidecí.

Sus dedos apretaron los míos, no con dolor, sino con consuelo y seguridad. Nuestras miradas se encontraron y articuló con la boca:

—Te tengo.

La estúpida romántica que había en mí casi le creyó mientras repetía las palabras. El sacerdote pidió los anillos y mis ojos siguieron los movimientos de Winston.

—Era de mi madre. Puedo comprarte otro más tarde —aclaró.

Me quedé viendo el anillo que sostenía, tragando un nudo en la garganta, y negué con la cabeza.

—E-es precioso.

Un delicado anillo de oro amarillo con brillantes diamantes parecía frágil en sus grandes y

fuertes dedos. El anillo de su madre para nuestro falso matrimonio. Se sentía incorrecto llevar un anillo con tanto significado. No obstante, al mismo tiempo, se sentía tan bien. De repente, este acuerdo adquirió un significado totalmente nuevo.

Me encontré con su mirada y la realidad me llegó de golpe.

—No tengo un anillo para ti. —Un matrimonio no estaba en mis planes cuando vine a robarle, pero ese hecho, como tantos otros, no parecía importarle. Winston metió la mano en su bolsillo y me entregó un anillo. No, no un anillo exactamente. Una alianza de silicona negra que los militares y policías solían utilizar por comodidad. Al menos si había que creerles a los programas de televisión. Lo agarré con dedos temblorosos, murmurando un suave—: Gracias.

Un silencio incómodo llenó la sala y me erizó la piel. El sacerdote se aclaró la garganta. Asher puso los ojos en blanco. Winston deslizó el anillo de su madre en mi dedo, repitiendo las palabras del cura. Los latidos de mi corazón se aferraban a cada palabra, quemándome en el pecho y calentándome por completo.

Antes de darme cuenta, la ceremonia había terminado. Me besó en los labios. Suave, dulce, y aun así consumidor.

Y justo así, me convertí en la señora Winston Ashford.

—Enhorabuena. —Felicitaron nuestros dos testigos. El sacerdote sonrió y hablaba efusivamente, mientras Asher nos estudiaba con evidente cinismo. Definitivamente, las bodas no debían de ser así.

Quería poner fin a esta farsa, pero en lugar de eso, me quedé congelada, incrédula de haberlo hecho. Se produjo una risa histérica en mi interior, aunque la aplasté de inmediato.

Winston frunció el ceño, sin embargo, antes de que pudiera decir algo, una voz retumbó desde el vestíbulo.

—Estoy aquí.

Me puse rígida, esperando a que apareciera quienquiera que fuera. No tardó mucho. Apareció un hombre alto y calvo con una costosa cámara *Canon* colgada del cuello.

—Ah, por fin estás aquí. Te perdiste la maldita ceremonia —indicó Winston, mirándolo con odio.

El sacerdote hizo una mueca de dolor. Me mordí el labio inferior para detenerme de no enfadarme.

—Podrías haberme avisado con más de seis horas de antelación. —Al fotógrafo no parecía molestarle el arrebato de Winston. Se giró hacia mí y extendió su mano libre para presentarse—. Soy Sebastião, su fotógrafo para este memorable acontecimiento —anunció con un fuerte acento portugués. Hice una mueca, tomé su mano y la estreché. Memorable no era cómo llamaría a esto—. Felicidades por tu matrimonio. Eres la novia más hermosa que alguna vez he visto.

Retiré la mano, frunciendo el ceño mientras lo estudiaba. Conocía a este tipo. Bueno, todo el mundo lo hacía. Era famoso, sobre todo por su fotografía de bodas y moda.

Todos me observaban y me di cuenta de que esperaban algún tipo de respuesta, así que forcé una sonrisa y murmuré:

—Gracias. —Giré la cabeza y miré a mi nuevo esposo—. ¿Por qué las fotos? —cuestioné en voz baja—. Si es solo un arreglo y nadie lo sabrá, probablemente sea mejor que no tengamos ninguna prueba.

Winston se encogió de hombros sin decir nada, dejándome con la duda de qué estaba tramando, pero antes de que pudiera hacer otra pregunta, el fotógrafo aplaudió, distrayéndome.

—Bien, ahora vamos a trabajar. —Sonrió desmesuradamente mientras todos lo mirábamos sin comprender—. Primero tomaremos fotos de los novios y luego una foto grupal.

—¿Una foto grupal? —Miré a mi alrededor, preguntándome si tal vez el hombre estaba delirando—. Aquí no hay ningún grupo.

Agitó la mano como si eso fuera algo sin importancia.

—De acuerdo, ve allí. Nuestro flamante marido de Bel Air... —Se rio de su extraña broma sin sentido—. Párate aquí. Abrázala como si no pudieras vivir sin ella.

Winston no se movió, aunque sentí que se ponía rígido. La tensión vibraba de él, filtrándose en mí. Era tan incómodo. Ninguno parecía siquiera respirar. Asher, el sacerdote y Sebastião, que no dejaba de mirar a Asher como si fuera un dios, esperaban a que posáramos.

—¿Quieres abrazarla, por el amor de dios? —Asher finalmente rompió el silencio—. Si este fotógrafo balbucea una vez más como si le fuera a dar un ataque al corazón en esta boda, puede que tenga que... —Se interrumpió cuando el cura se aclaró la garganta—. Puede que tenga que echarlo.

Finalmente, Winston me rodeó la cintura con los brazos y me jaló para acercarme. Con el mar azul cristalino a nuestra espalda asomándose por las ventanas, imaginé que era un bonito fondo.

—Excelente. —El fotógrafo empezó a moverse a nuestro alrededor, tomando fotos alegremente—. ¿Qué tal si nos besamos? Un poco de acción con la lengua. —Jadeé horrorizada, mirándolo fijamente. ¿Tal vez estaba drogado? Nadie decía mierda así—. Denle algo de vida a esta boda.

El agarre de Winston en mí cintura se apretó, pero no me miró.

—Deja de decir estupideces. Estás incomodando a mi esposa. —Le lanzó al hombre una mirada de muerte, murmurando en voz baja—: Necesito un maldito trago.

Desgraciadamente, Sebastião o estaba aún medio dormido, su cerebro no procesaba las palabras de Winston, o estaba demasiado ciego para ver qué Winston se estaba alterando rápidamente.

No obstante, antes de que pudiera seguir reflexionando sobre ello, el fotógrafo acortó la distancia que nos separaba y me puso la mano en el cuello.

—Intenta acariciarla...

Nunca terminó sus palabras antes de que Winston casi explotara.

—Quítale las manos de encima.

Todo su cuerpo se inclinó hacia delante, casi como si estuviera dispuesto a golpear al hombre. Asher apartó a Sebastião antes de que mi esposo pudiera hacerlo.

—Toma fotos desde aquí, hombre. —Instruyó Asher—. Más seguro para todos.

Nada de esto iba a acabar bien.

Capítulo Diecisiete



Winston

Tení una esposa. Ella era mía. Podría ser un arreglo, pero de alguna manera se sentía como... más. Podría ser por el anillo de mi madre que estaba en su dedo. O los votos que habíamos repetido. Mi madre siempre decía que nunca había que conformarse, y Billie Swan-Ashford no se sentía como conformarse.

Era mi maldita *esposa*.

Ni en un millón de años habría imaginado que sentiría lo que sentí al deslizar un anillo en su delicado dedo. Un peculiar sentimiento de posesividad se apoderó de mí y se negó a soltarme.

Sin importar lo que pasaría.

Algo en Billie despertó una parte extraña de mí que de repente ansiaba un hogar y una familia de verdad. Del tipo que no estaba sesgada por una versión jodida del matrimonio que presencié entre mis padres. Mi madre solo había querido amor. Mi padre no le dio más que dolor.

Serví cuatro copas de Gautier 1762 y las repartí.

—Un brindis —propuse. Billie me lanzó una mirada inquisitiva.

—¿No es un poco temprano para coñac? —cuestionó mi nueva esposa. Y tenía razón. Lamentablemente, cuando llevabas tantos años perdiéndote en el alcohol, se convertía en algo instintivo. Debaté en guardar la botella, pero al final no lo hice. Hoy era un día para celebrar.

—Espera un minuto —dijo Asher, interrumpiendo la lucha de miradas entre nosotros—. Ese debería ser mi trabajo. —Agarró su vaso y lo levantó. El sacerdote y el fotógrafo se nos unieron y siguieron su ejemplo. Asher sonrió y supe que lo siguiente que saldría de su boca haría que Billie se avergonzara—. Que todas tus “subidas y bajadas” se produzcan solo en el dormitorio, para que puedas tener muchos pequeños Winston correteando por ahí.

Billie puso los ojos en blanco y murmuró en voz baja:

—Ya quisieras.

—Por el amor —interrumpió el sacerdote.

Asher soltó una risita. Chocamos las copas y atraje a mi esposa más cerca de mí.

La tensión se me enroscaba bajo la piel mientras me bebía el coñac. Billie dejó que el suyo apenas le rozara los labios, hizo una mueca y puso abajo la copa llena.

El sacerdote se fue, Asher lo hizo prometer que archivaría la licencia que todos habíamos firmado lo antes posible. Cedí a la tentación, tomé un paquete de cigarrillos del bolsillo y encendí uno. Inhalé hasta que me ardieron los pulmones y la nicotina se esparció por mis venas en una oleada relajante.

Billie dio un paso para irse y cerré los ojos un instante.

—No te vayas.

Salió demasiado exigente, aunque para mi sorpresa, no luchó. Sabía que había sido grosero y demasiado duro con ella. Tenía tantas palabras en la punta de la lengua, pero permanecían bien aseguradas bajo llave, sabiendo muy bien que la había utilizado. No obstante, iba a cambiar eso. Si bien puede que le hubiera robado su sueño de casarse por amor, tenía la intención de hacer que valiera la pena.

Dejó escapar un suspiro.

—Bien. Pero no porque me lo hayas pedido tan *amablemente*.

Levanté la comisura de los labios.

—Por supuesto que no. Gracias.

Una de sus cejas se arqueó.

—¿Por qué me estás agradeciendo exactamente? —Sus tacones golpearon con impaciencia. Billie me desconcertaba, no sabía si a propósito o no—. Por cierto, no me hiciste firmar un acuerdo prenupcial.

—Es muy perspicaz de tu parte.

—¿Por qué? —Me encogí de hombros—. Es una imprudencia —señaló.

Resoplé.

—Ese soy yo. El imprudente.

—¿Y si me lo llevo todo?

—Es solo dinero. Ya ganaré más.

Sus labios se separaron con asombro.

—Si el dinero significa tan poco para ti ¿por qué no me dejaste tener ese maldito collar?

—Porque era de mi madre. —Sus ojos bajaron a su mano, que ahora llevaba el anillo de boda que solía pertenecerle a *Ma*—. Puedes llevarte cualquier otra joya, si quieres. Pero esa no. Era parte de mi herencia.

—Ah.

No tenía ni idea de lo que pasaba dentro de su cabeza. O por qué había intentado robar el collar. Daba igual, porque ahora era, por defecto, una de las mujeres más ricas del mundo.

De acuerdo, no parecía impresionada.

La observé, esperando que dijera o hiciera algo. En lugar de eso, levantó la mano y me quitó el cigarrillo de la boca.

—Deberías dejarlo de verdad —expresó mientras se lo metía entre los labios e inhalaba. Maldición, mi verga se endureció y una oscura diversión me recorrió. Empezaba a sospechar que todo lo que hacía esta mujer era para provocarme. Exhaló y el humo escapó suavemente de sus labios entreabiertos—. Fumar mata.

—Muchas cosas matan. —Su vista se desvió hacia el vaso vacío que tenía en la mano. No hacía falta tener una hermana estudiante de medicina para darse cuenta de los signos de mi autodestrucción—. Como robar, por ejemplo, puede hacer que te maten.

Puso los ojos en blanco.

—Como sea.

—¿Por qué intentaste robar el collar? —cuestioné con curiosidad—. No parece algo que formaría parte de tu repertorio.

Se encogió de hombros.

—Quería un cambio de carrera.

Me burlé.

—Dedícate al diseño de modas. —Algo brilló en sus ojos. Sorpresa, tal vez—. ¿Cuánto dinero necesitas? —Apretó la mandíbula. Parecía que mi esposa también era orgullosa—. Es uno de los beneficios de nuestro matrimonio. Tienes acceso a mi dinero.

Dejó escapar un suspiro.

—¿Cuánto puedo tomar?

—Tanto como necesites. —Y lo decía en serio. Eso debería haberme hecho cuestionarme qué demonios estaba haciendo. No fue así.

Billie me miraba fijamente con esos ojos marrones claros y suaves. Observando demasiado. No viendo lo suficiente.

Agarré el catálogo Chanel que había sobre la mesa y se lo entregué. Le echó un vistazo y me lanzó una mirada inquisitiva.

—Ordena ropa nueva. Lo que necesites. —Ninguna reacción. Solo tres latidos mientras el silencio sofocaba la habitación—. Hay un número ahí. Es una línea dedicada a los Ashford. Llámalos y te traerán lo que quieras.

Sacudió sutilmente la cabeza mientras pasaba las páginas. Estaba impaciente por verla vestida con la ropa que le había comprado. La mantendría. La convertiría en mi reina. Mi joven esposa tenía el cuerpo de una estrella porno, cada centímetro suyo era perfección absoluta.

Sobre todo mientras sostenía aquel cigarrillo entre sus labios llenos, hojeando las páginas en blanco y negro. Tomé y apagué el cigarrillo en un cenicero cercano. Ella siguió el movimiento, pero no dijo nada más.

Asher regresó en ese momento, con las manos en los bolsillos del pantalón y una expresión sombría en el rostro.

—Eso salió bien —le comentó a Billie—. Te traje un regalo.

Se rio entre dientes.

—Me sorprende que hayas podido conseguir algo teniendo en cuenta que todo se planeó... ¿Qué? ¿Hace diez horas?

Asher le dedicó una sonrisa.

—¿No has escuchado? Los piratas tienen cofres llenos de tesoros.

Billie puso los ojos en blanco.

—¿Por qué siento que me estás tomando el pelo?

—No lo hace —contesté sin expresión.

Asher se metió la mano en el bolsillo y le entregó una cajita delgada de terciopelo.

—Espero que tengas más suerte que la última dueña de este brazalete.

Billie se quedó mirando la caja de terciopelo.

—Bueno, eso suena siniestro —murmuró mientras aceptaba la caja e intentaba abrirla. Pero una vez que abrió la caja, un suave jadeo salió de sus labios y sus ojos se abrieron de par en par —. Este es... No, no puede ser.

—¿No puede ser? —Asher tenía talento para encontrar joyas únicas y antiguas. Algunas las conseguía por medios legítimos. Otras, no tanto.

Sus ojos se desviaron hacia mí, luego hacia Asher, antes de volver al brazalete de diamantes en la caja de terciopelo.

—Pero esta pieza... le... perteneció a María Antonieta.

—Exactamente —respondió Asher—. Veo que tu chica conoce sus joyas.

Le lancé una mirada mordaz. «*Así es, mi chica*».

La pulsera estaba formada por tres hilos de diamantes y contenía más de cien piedras. Valía millones. Era un misterio cómo Asher sabía que Billie tenía fascinación por los diamantes, pero estaba claro que le había dado al premio gordo.

Cerró la caja con un ruido sordo y levantó la mirada con determinación.

—Gracias —afirmó, sonriéndole, y de repente, quise estrangular a mi mejor amigo. No quería que mi esposa le sonriera a nadie más que a mí. Todas sus sonrisas, lágrimas, recuerdos... todos me pertenecían.

La tensión se me enroscó bajo la piel, cedí y le lancé a Asher una mirada que prometía asesinato si no se largaba de aquí. Necesitaba follarme a mi esposa. En este mismo instante.

Por supuesto, eso solo pareció motivar a Asher.

Caminó hacia el sofá y se dejó caer en él, cruzando las piernas y dejando que el tobillo descansara sobre la rodilla, poniéndose cómodo. Billie se me acercó, mostrándome los diamantes y recitándome claridad, talla, color y todos los detalles. No había más que decir, la mujer conocía

sus piedras preciosas.

—Siento que debería estar celoso —refunfuñé.

Sonrió dulcemente.

—¿De qué? ¿De los diamantes?

Puse los ojos en blanco.

—Eso, y mi mejor amigo.

Me miró fijamente, con las cejas fruncidas.

—No lo entiendo.

Gruñí, apoyando las palmas de las manos en su espalda y recorriendo sus omóplatos. Debería negarlo, pero me importaba una mierda. Debía hacerle saber que no compartiría, ni siquiera algo tan simple como sus sonrisas.

—Cada sonrisa, cada vez que brillen tus ojos... —Tragué con brusquedad—. Es mío.

Tal vez de repente me volví un peso ligero y el alcohol se me subió a la cabeza, o tal vez solo era esta mujer. No lo sabía. Lo único que tenía claro era que quería acaparar todos estos momentos. Mi codicia no conocía límites cuando se trataba de ella.

—¿Cuánto hace que se conocen? —La voz de Asher interrumpió nuestro momento y ella sonrió, aunque mantuvo su vista fija en mí.

—Un rato —respondí.

—No mucho —declaró Billie al mismo tiempo. Le dirigí una mirada mordaz y suspiró—. ¿Qué? Soy una mentirosa terrible —susurró para que solo yo pudiera escucharla.

Dio medio paso atrás y se giró para descubrir que Asher nos observaba con interés.

—Oh, amor joven —comentó, sus ojos brillando con diversión. Desgraciado.

Y entonces me di cuenta. Dos días. Cuarenta y ocho horas. Estaba tan metido que no sabía cómo salir. ¿Qué pasaría cuando pasara una semana? ¿Un mes?

Jesucristo.

La quería. Su lealtad. Sus días buenos y malos. Su todo.

«Cuando la encuentres, aférrate a ella. Se merecen lo mejor, hijos míos. No se conformen con menos. No se conformen como yo».

Era algo que *Ma* quería para todos mis hermanos, pero no fue hasta ahora cuando sus palabras cobraron de repente un significado completamente nuevo.

Me había enamorado de la mujer que estaba a mi lado con suaves iris dorados y larga melena rubia. Me invadió una calma renovada. Sería un hombre mejor por ella y me moriría antes de dejar que alguien le hiciera daño.

Era toda mía. En sentido figurado y literal.

Capítulo Dieciocho



Billie

Fue surrealista.

El sol de la mañana aún se colaba por las ventanas del castillo de Winston, ahora *nuestro*, mientras observaba como él y Asher hablaban en voz baja, con la copa de coñac sujeta en el agarre de mi marido.

Sospechaba que su alcoholismo era un problema más grave de lo que había pensado en un principio. Pero en comparación con el anillo en mi dedo, ni siquiera arañaba la superficie de mis propios problemas.

Casada.

Seguía esperando que acabara esta pesadilla, despertarme y darme cuenta de que todo había sido un mal sueño. El lado bueno era que el brazalete que Asher me regaló debería salvar el hospital de papá. Ayudaría a mi hermana a pagar la escuela de medicina.

Mis ojos se desviaron hacia la caja de terciopelo que había sobre la mesa. Un par de millones de dólares apoyados despreocupadamente sobre una mesa en un castillo del siglo diecisiete. Mierda. Si no lo hubiera visto con mis propios ojos, no lo creería. ¿Cómo era esta mi vida?

Al sentir la atención de Winston clavada en mí, levanté la cabeza. Estaba apoyado en el marco de la puerta, con la corbata aflojada y las manos en los bolsillos del pantalón de vestir. Tenía todo el aspecto del hombre de negocios que era, a diferencia de la primera vez que lo vi en *Le Bar Américain*.

Había una mirada en sus ojos, algo posesiva y oscura, que me ponía nerviosa. Se esforzaba demasiado por parecer relajado y poco imponente, aunque había que estar ciega para no ver al asesino detrás de aquella sonrisa despreocupada. Además, uno de los artículos que leí mencionaba que todos los hermanos Ashford habían servido en las Fuerzas Especiales.

¿Era esa la razón detrás del aura dañada de Winston?

Unos minutos más tarde y Asher se marchó. El silencio que reinaba en el lugar cuando se fue podía romperse con un picahielo. Winston sacudió sutilmente la cabeza y se dirigió al minibar. Mis pensamientos se arremolinaban, aun así, mantendría la boca cerrada al respecto.

Discutir su probable adicción no era la mejor manera de empezar un matrimonio.

—¿Y ahora qué? —pregunté, quitándome los tacones y moviendo los dedos de los pies. Me encantaba la moda, y más aún los diamantes, pero no había nada mejor que andar descalza.

Winston destapó la botella de coñac.

—Ahora nos relajamos. O comemos. —Me miró por encima del hombro—. O follamos. Lo que quieras.

Esto último era tan tentador. «*Espera. ¿Qué?*». Eso era lo último que debíamos hacer. Necesitábamos hablar. Llegar a algún tipo de acuerdo *real*. Tomar caminos separados.

—Creo que ya hemos hecho demasiado de eso —reflexioné, con el corazón agitándose peligrosamente mientras me sentaba en el diván.

Se dio la vuelta, con una sonrisa elevándose en sus hermosos labios.

—No. Nunca puede haber suficiente sexo cuando se trata de ti, esposa.

Esposa. Mi corazón se aceleró, entonando alguna ridícula canción de amor, mientras un escalofrío recorría mi espalda ante la imagen de él follando.

—¿No te preocupa que esto haya sido demasiado precipitado? —inquirí con voz ronca—. ¿Un error?

Silencio. Tampoco debería sorprenderme. Este hombre sobresalía en esto de no dar respuestas.

Winston me observaba, su mirada ardía como un cerillo encendido. Mi *maman* creía en los cuentos de hadas, aunque empezaba a pensar que ella me advertiría contra este hombre. Teníamos una especie de versión retorcida de un cuento de hadas que podía acabar mal si no tenía cuidado.

Se me erizó la piel de los brazos mientras esperaba a que mi esposo diera el primer paso, que estableciera el tono de lo que fuera a ser *esto*.

Sin embargo, ni siquiera se inmutó. Esperó con la paciencia de un santo.

Así que, como una mujer débil, incapaz de resistirme, me levanté y caminé hacia él. Teníamos que establecer algunas reglas básicas, pero las líneas se estaban difuminando por esta atracción que ardía entre nosotros.

Entrando en su espacio, agarré el extremo de su corbata.

—Entonces, ¿cómo vamos a hacer esto?

—¿Hacer qué?

Inhalé profundamente, arrastrando su aroma masculino hasta lo más profundo de mis sentidos.

—Este asunto del matrimonio secreto.

—¿Cómo quieres que funcione? —Me encontré con su mirada, mi corazón se detuvo antes de estirarse de una manera poco natural. Había cierta oscuridad tras sus orbes. Me lamí los labios nerviosamente, y sus ojos siguieron el movimiento, pesados y ardientes. Volví a pensar en su confesión de antes sobre que le pertenecía, y me pregunté por primera vez si estaría sintiendo las mismas cosas aterradoras que yo.

—¿Por qué tengo la idea de que hay algo muy importante que no me estás contando? —La pregunta salió de mis labios por una fuerza invisible—. ¿No crees que debería saberlo ya?

Desvió la vista hacia un lado antes de devolvérmela. Aquellos ojos azules sin fondo escondían secretos que hacían que mi corazón palpitara pesadamente.

—Nada importante. —Se acercó, el aroma ahumado de su colonia llegó hasta mí. Embriagándome. Y de repente ansiaba sus manos en todas partes. No había nada mejor que el sonido de su gruñido cuando me besaba. Cuando se corría. Volví a desecharlo todo y, de repente, nada parecía tan importante como conseguirlo.

Me puse de puntitas y apreté los labios contra su mandíbula, mientras su erección se presionaba contra mi estómago.

Su barba había desaparecido, dejando su piel suave, y no pude resistirme a dejar un camino de besos a lo largo de su garganta, mareándome con su sabor y su olor.

Se llevó el vaso a la boca como si no lo estuviera besando.

—No tenemos que ser un secreto.

Sacudí la cabeza y le pasé la lengua por la garganta. Bajé la palma de la mano para acariciar su erección.

—Probablemente sea lo mejor. Después de todo, intenté robarte.

Apoyé la mano sobre su bulto y froté toda su longitud. Capturó mi boca en un beso y se tragó mi gemido. Era húmedo y áspero, nuestras lenguas se deslizaban en esa danza tan familiar mientras una llama cobraba vida en mi interior.

Me mordió el labio inferior.

—Lo que es mío es tuyo.

—El sueño de toda mujer.

—Solo me importa mi mujer.

—Tuya. —Respiré contra sus labios. Era tan adictivo pensar que era suya. Saber que él era todo mío—. No comparto.

Bajó el vaso, me agarró por la nuca y me besó hasta que jadeé y el corazón me palpitó entre las piernas.

—Bien —declaró con voz ronca, apartándose ligeramente—. Yo tampoco.

Un frenesí recorrió mi sangre, quemándola. Apreté mi cuerpo contra el suyo, pasé mis uñas desafiladas por su estómago y tiré de la hebilla de su cinturón. Emitió un sonido severo con la garganta y sus labios devoraron los míos.

Pero pronto se apartó y gemí de frustración.

—¡Winston!

Su pulgar se acercó a mi boca, rozándome el labio inferior magullado.

—Pensé que habías dicho que esto era un error.

Suspiré.

—Nunca dije que el sexo fuera un error —protesté—. Aunque el sexo no es difícil de encontrar. —El amor, en cambio, sí lo era—. Los hombres no son difíciles de encontrar si eso es todo lo que buscas.

—¿Estás diciendo que te has acostado con otro hombre desde que nos conocimos? —Su gruñido vibró a través de mí.

Sonreí, parpadeando inocentemente.

—Nunca dije eso.

—Bueno, ¿lo hiciste?

Era mejor dejar de torturarlo, mas no estaba segura de que no mereciera sufrir.

—Después de volver a casa aquella primera noche... —Se tensó visiblemente y no pude evitar sonreír con suficiencia—. Me masturbé hasta correrme... fuerte mientras pensaba en ti.

El rubor me quemaba por todo el cuerpo. Estaba segura de que cada centímetro de mi piel estaba teñido de carmesí mientras el corazón me latía como si hubiera corrido una maratón.

Su cuerpo se paralizó durante una fracción de segundo.

—¿De verdad?

Me puse de puntillas y apreté los labios contra su oreja.

—Sí. En la ducha, y otra vez cuando me metí en la cama. Deslicé mis dedos dentro de mí y fingí que eran tuyos.

Tum tun. Tu tum. Tu tum.

Pasaron tres latidos antes de que gimiera:

—Buena chica. Tu coño y tu boca se han ganado mi polla. —Llevó su mano a mi cuello, colocándola sobre mi pulso—. Esto. —Apretó ligeramente—. Tu corazón latirá solo para mí.

Me agarró por las caderas y me levantó, juntando mi boca con la suya. Le rodeé la cintura con las piernas y su erección se presionó contra mi cuerpo, haciéndome estremecer con necesidad por él. Mis manos se enterraron en su cabello, agarrando sus mechones mientras me hacía retroceder hacia las escaleras.

Me besó como si estuviera intentando comerme viva, lamiendo y mordiendo. Como si me necesitara.

Me recorrió el cuello con la boca mientras le desabrochaba los botones de la camisa. Quería su piel contra la mía. Le saqué la camisa blanca de los pantalones y pasé las manos por la piel caliente de su estómago y su pecho. Se me escapó una bocanada de aire cuando cayó sobre mí en la cama.

Parpadeé, sorprendida de que estuviéramos en el dormitorio, pero antes de que pudiera analizarlo más, me jaló el vestido y se oyó un rasgón al soltarse los tirantes.

—Me gustaba ese vestido —susurré contra sus labios.

—Te compraré diez más. —Me bajó el sujetador y tomó un pezón entre sus dientes. Jadeé cuando me chupó el pecho. Sus manos me amasaron el trasero, apretándolo con fuerza, y suspiré cuando sus dedos se deslizaron dentro de mis bragas, rozándome el clítoris y provocando la entrada.

—Joder, mi esposa está mojada —gimió. Le recorrió un temblor mientras me besaba la mejilla y la mandíbula, y luego murmuró contra mis labios—: ¿Quieres mi polla?

—Sí. —Jadeé—. Por favor, dámela.

Se estremeció. Su mirada se hizo líquida y me observó mientras introducía su dedo. Estaba muy excitada. Un rubor calentó mi cuerpo mientras me retorció, jadeaba y gemía bajo sus caricias.

—Siento cómo tus paredes se contraen alrededor de mis dedos.

Su respiración se volvió agitada y su cuerpo se tensó. Dos de sus dedos entraron y salieron, y gemí cuando empezó a moverlos con una lentitud agonizante. Me besó la garganta y me estremecí debajo de él mientras sus dedos me follaban.

Casi parecía que me estuviera haciendo el amor. Se me cerraron los ojos. Apreté las sábanas en un puño y clavé los talones en la cama, con el cuerpo temblando de intenso placer.

—Winston... oh... Dios...

—Abre los ojos —gruñó—. Mírame poseerte, Billie.

Con la mirada entrecerrada, jadeé cuando sus dedos entraron y salieron de mi coño, y me corrí con un violento estremecimiento. Se tragó mis gemidos con su boca. Besos húmedos y duros con un toque de desesperación y deseo carnal. Me succionó la lengua.

Cuando bajé de mi orgasmo, me mordió el labio inferior y sus dientes chocaron con los míos.

—Voy a follarte ahora —me anunció al oído—. Y no pararé hasta que me lo supliques.

Hizo justo eso.



Abrí un ojo y sentí cómo un dedo se deslizaba perezosamente por mi columna vertebral. Estaba acostada boca abajo, desnuda, y me dolía todo el cuerpo en los lugares correctos.

Su dedo me recorrió los omóplatos y me estremecí. Había perdido la cuenta de cuántas veces mi marido había deslizado su enorme longitud dentro de mí.

—Sé que estás despierta. —Dios, me encantaba su voz ronca.

—¿No deberías estar durmiendo?

Hizo un sonido divertido, su mano viajando entre mis nalgas.

—Son las dos de la tarde.

—Tengo que irme a casa —informé, empujando mi trasero contra su áspera palma.

—Esta es tu casa.

No contesté. Mi padre y mi hermana eran mi hogar. Winston era... Aún no sabía la respuesta a eso. Además, necesitaba salvar el hospital de mi padre, y estar aquí tirada entre estas sábanas con Winston no era propicio para ese plan.

Me apretó duro el trasero.

—¿Qué está pasando en esa bonita cabeza tuya?

Respiré hondo y me di la vuelta. Su rostro masculino parecía relajado y en sus labios había

un atisbo de sonrisa desgarradora.

—Necesito ayudar a mi familia con algunas cosas.

Su sonrisa desapareció, pero me acunó la cara.

—Dime cómo puedo ayudarte.

Sus palabras hicieron que me diera una punzada y me tragué un nudo en la garganta.

—No, no tienes que preocuparte por nada. —Tenía un brazalete multimillonario para encargarme de lo que mi padre necesitaba. Sí, él había ofrecido su dinero antes, no obstante, algo acerca de tomarlo se sentía... mal. Me hacía sentir barata, a pesar de que él me *había* forzado a este matrimonio. Debería aceptar el pago. *Ugh* ¿Cuándo se complicó tanto mi vida?

Su mirada recorrió mi clavícula.

—¿Winston?

—¿*Mmm*? —Me agarró el pecho y rozó con su pulgar el pezón. Me mojé al instante y retorcí las piernas entre las sábanas. Su mirada seductora se cruzó con la mía.

—¿Por qué querías casarte conmigo?

Sentí que la tensión de su cuerpo aumentaba como si se la estuvieran inyectando y, sin más, su expresión relajada fue sustituida por una máscara. La que ocultaba tantas cosas.

—Deberíamos ducharnos y vestarnos —replicó en su lugar.

Pasé las manos por su pecho desnudo, intentando no sentirme herida por haberse cerrado de nuevo. Pero tampoco yo era un libro abierto con él. Encajábamos perfectamente en la cama; desafortunadamente, ahí empezaba y terminaba nuestra compatibilidad.

Forcé una sonrisa. «*No importa*», intenté convencerme. Conseguí lo que necesitaba, de forma indirecta, y él consiguió claramente lo que buscaba.

—¡Winston! —bramó una voz atronadora desde el piso de abajo y me tensé.

—Mierda. Aquí vamos. —«¿*Qué?*». Quería preguntar quién era el hombre, pero la fría expresión en el rostro de Winston me detuvo. Se levantó y se puso los *jeans*, lanzándome una mirada exasperada—. Quédate aquí.

—De acuerdo.

Lo vi salir de la habitación. Contuve la respiración durante el minuto siguiente, escuchando cómo las voces se volvían más acaloradas.

—¿Qué demonios está pasando? —susurré mientras saltaba de la cama y agarraba la camiseta de Winston para ponérmela.

Abrí la puerta sin hacer ruido y bajé las escaleras descalza. Con cada paso, las voces subían de tono y las palabras se hacían más duras. Y más frías.

—Mi esposa es una cazafortunas. —La voz airada de Winston retumbó en el castillo, llena de veneno y odio—. ¿Es eso lo que necesitabas oír? Pues escúchalo otra vez. Mi esposa es una maldita cazafortunas. La estoy utilizando, y ella me está utilizando. ¿Qué mierda más quieres?

Un sentimiento enfermizo se agolpó en mi corazón, sofocante y doloroso. El hilo invisible que había empezado a unirnos se rompió, y estaba cayendo en un largo trecho hacia el duro y frío suelo de la realidad.

—¡Destruí a su padre! ¡La destruiré a ella también! —gritó la voz desconocida, y casi me desplomé sobre el suelo de mármol al perder la sensibilidad en las piernas—. Acaba con ella, Winston. O lo haré yo.

Mis manos temblaban de rabia. De miedo. Asomándome por la esquina, con cuidado de no ser vista, encontré a Winston de pie, frente a una versión avejentada de sí mismo. Tenía que ser su padre.

—No serás quien de las ordenes —advirtió Winston, con tono aburrido. Menos de

veinticuatro horas y este falso matrimonio se había ido al infierno. ¿Cómo demonios se había enterado su padre?

—Tú mismo lo dijiste, es una cazafortunas. Nuestra familia no necesita una de esas.

Tomé respiraciones profundas, con miedo de terminar vomitando delante de mi esposo y mi suegro, que me odiaba incluso antes de conocerme.

La furia y la amargura me invadieron mientras giraba sobre mis talones y subía las escaleras. Las frágiles brasas de la lujuria se habían apagado y en su lugar habían aparecido el hielo y el odio. Esto solo podía significar una cosa: los Ashford debían de estar detrás de la destrucción de papá, detrás de que perdiera su amado hospital. Podía perdonar muchas cosas... ¿pero esto?

La luna de miel había terminado. Había tenido razón desde el principio. Que este hombre me rompiera el corazón era algo que se veía venir... pero me tardé demasiado.

Capítulo Diecinueve



Winston

—¿Qué quieres decir con que destruiste a su padre? —cuestioné, entrecerrando los ojos hacia mi padre.

—Hice que le embargaran el hospital. —Su voz era petulante, incluso orgullosa, y perdí la cabeza.

Mi puño chocó con su mandíbula. Tuve que ejercer todo mi autocontrol para no seguir golpeándolo. No había nada que me gustaría más.

Sacudí la cabeza y exhalé un suspiro sardónico.

—Lárgate. —Ya estaba harto de él y de su veneno—. O juro por Dios que acabaré con tu miserable vida, Padre —escupí, la última palabra quemándome la garganta.

—Si le dices una palabra de esta mierda a alguien —amenazó, limpiándose la sangre de la boca—, me aseguraré de que lo pierdas todo.

Agarré una botella de *whiskey* que tenía cerca y me la llevé a los labios, bebiéndola a grandes tragos a pesar de que sentía como si me clavarán agujas en la garganta. Aunque la habitación ya daba vueltas y el sudor me cubría la frente.

Con un movimiento rápido, lancé la botella por los aires, apuntando a la cabeza de mi padre y fallando por unos centímetros. El sonido de cristal roto llenó el aire, fragmentos volando por todas partes.

Salí de ahí y me dirigí a mi esposa sin mirarlo dos veces. Debería haber sabido que el desgraciado no iba a aceptar tranquilamente la noticia de mi matrimonio. Debió de pensar que estaba engañándolo cuando se enfrentó a mí en el yate de Byron el otro día. Tampoco me importaba. Los votos habían sido pronunciados, los anillos intercambiados y las promesas hechas. No había acuerdo prenupcial, así que no había forma de divorciarme sin darle a Billie la mitad de mis bienes.

Aunque a mí no me importaba, a mi padre sí.

«*Mataste a tu madre*». Sus palabras estaban quemadas en mi cerebro, retumbando en mis oídos. Maldición, era un hombre hecho y derecho, y aún me dolía escucharlas. No era un santo, pero oír a mi propio padre acusarme de matar a mi madre siempre me destrozaba. Debería haber sabido que se las arreglaría para arruinar un día perfectamente bueno.

Maldita sea.

La ducha se cerró cuando entré en el dormitorio, la neblina roja de nuestro encuentro aún cubría mi visión. Puse un cerrojo a mis emociones, no dispuesto a mostrarle a mi joven esposa lo jodida que estaba mi familia.

Me serví una copa de coñac, necesitaba eliminar los recuerdos y los acontecimientos desde que apareció mi progenitor. Un vaso no sería suficiente, así que agarré la botella. Justo cuando eché la cabeza hacia atrás y bebí un trago, la puerta del baño se abrió y Billie cruzó la habitación. Al verla con mi camisa puesta, mi ira se fue disipando poco a poco. Mierda, se veía y se sentía como mi mujer.

Caminó hacia la pila de ropa de anoche, que ahora descansaba sobre la cama destendida que habíamos compartido antes, y se deshizo de mi camisa para ponerse la suya, ignorándome por completo. ¿Pero qué demonios...?

—¿Qué estás haciendo?

—¿Qué parece? Me estoy vistiendo —pronunció con calma. Con demasiada calma.

—Pero no había terminado contigo —gruñí.

—Oh, pero ya terminé contigo —reviró entre dientes, el escudo quebrándose por el esfuerzo de mantenerlo.

Me le acerqué y sentí cómo me golpeaba en la cara con el puño. Escuché un crujido siniestro antes de retroceder sobresaltado.

—¿Qué mierda, Billie?

La sangre me chorreaba por la barbilla y, a juzgar por el dolor que irradiaba desde el lado derecho de la cara, iba a tener un ojo morado, mas no creía que me hubiera roto la nariz.

—Sí, Winston, eso es. ¿Qué mierda? —siseó.

Parpadeé confundido, sin saber de dónde venía esto.

—Sabía que eras un imbécil. Más problemas de los que vales —murmuró mientras se sentaba en la cama y se ponía sus *flats* con movimientos bruscos—. Cazafortunas —acentuó entre dientes apretados, agarrando el otro zapato y asegurándoselo al pie.

Me le acerqué de nuevo, comprendiendo por fin. Debió de haber escuchado mi conversación con mi padre.

—Eran solo palabras, Billie. Sin sentido.

Soltó una carcajada maníaca.

—*Sin sentido* —repitió con sorna—. ¿Te refieres como esta farsa de matrimonio? Quiero el divorcio. Y tienes razón. Te dejaré sin nada, como la buena *cazafortunas* que soy —remarcó las palabras haciendo comillas con los dedos.

Sus ojos recorrieron la alcoba hasta que vio su teléfono y se acercó a él agachándose para tomarlo.

Luego se dirigió hacia mí, con sus iris castaños ya no suaves, sino llenos de odio. Era una cabeza más baja que yo, sin embargo, en aquel momento, por la forma en que me miraba, cualquiera diría que medía dos metros y medio.

—Manténganse alejados de mí y de mi familia, o me aseguraré de hacérselos pagar —amenazó—. Estas también son solo palabras, pero no carecen de sentido, así que deberías prestar atención a la advertencia.

Le mostré una sonrisa fría.

—No te gustará lo que te pase si intentas dejarme.

—¿Qué vas a hacer? ¿Destruirme como tu padre destruyó al mío? —Pude ver que las lágrimas empezaban a concentrarse en sus ojos, aunque las contuvo valientemente—. ¿Y también bailarás sobre mi tumba? —Me lanzó una mirada venenosa llena de odio y desdén—. Me importa una mierda lo que haga, *señor Ashford*. Hemos terminado aquí. Quiero el divorcio, y será mejor que me lo des, o haré que te arrepientas de haberte cruzado conmigo.

Su mano voló por los aires, pero la atrapé antes de que pudiera asestar otro golpe.

—Me perteneces, Billie Ashford. Termina este matrimonio y verás lo que sucede.

—La única persona a la que pertenezco es a *mí* misma. —Se zafó de mi agarre, con la huella de mis dedos aún en su piel.

—Y la única forma de que vuelvas a estar soltera es si me matas.

Me dedicó una sonrisa salvaje, aunque en sus ojos ardían lágrimas. Las lágrimas que estaba desesperada por contener.

—Esa sí que es una buena idea. Puede que lo haga.

—Haz lo mejor que puedas, cariño. Y asegúrate doblemente de que estoy frío antes de marcarme como muerto y desaparecido. De lo contrario, seré tu sombra por el resto de tus días.

Puso los ojos en blanco, claramente poco impresionada.

—Acércate a mí y acabaré contigo. Y la carrera de tu padre.

Estaba a punto de advertirle que meterse con el senador Ashford no era inteligente cuando algo me golpeó en la cabeza.

El mundo se tambaleó y, mientras caía de rodillas, la vi salir a toda prisa por la puerta, mirándome por encima del hombro.

El mundo se volvió oscuro cuando mi esposa desapareció de mi vida.



«Cuando la encuentres, aférrate a ella. Se merecen lo mejor, hijos míos. No se conformen con menos. No se conformen como yo».

Las palabras de mi madre tenían que ser una maldición. No se me ocurría ninguna otra razón del porqué seguían regresando a mí.

Cuando me desperté, Billie se había ido, no obstante, debió de volver mientras estaba inconsciente. Dejó una nota y las cenizas de nuestro certificado de matrimonio en la encimera del baño. Jesucristo, tal vez la mujer estaba loca.

Me vendría bien de todos modos. La locura estaba hecha para mí.

Me senté en el balcón y vi llover sobre el mar. Los truenos se escuchaban a lo lejos y supe que se avecinaba una tormenta. El día había empezado perfectamente, pero se había vuelto sombrío y oscuro, como mi estado de ánimo.

Seguí repasando los acontecimientos de la noche anterior y de esta mañana. La forma en que Billie se veía retorciéndose debajo de mí. La forma en que se veía cuando recitó sus votos. La forma en que todo me hizo sentir. Solo para terminar... aquí.

Debería haberlo sabido. No había felicidad en el mundo de los Ashford. Solo dinero, corrupción y muerte. Los sucesos de hoy magnificaban la situación y me hicieron sentir especialmente desquiciado. Mis hermanos y yo éramos producto de ese ambiente, y probablemente era lo mejor que Billie se fuera cuando lo hizo. Antes de que también pudiera corromperla.

No era que estuviera de acuerdo con el divorcio. Ahora mismo, era lo único que mantenía a raya a mi padre y sus planes con la familia Popov. En lo que a mí respectaba, nuestro matrimonio estaba escrito en piedra.

La lluvia golpeaba las ventanas con toda su fuerza, devolviéndome al momento. Era ruidoso y furioso, como todas esas emociones que azotaban mi pecho. Aquellas lágrimas brillantes y sin derramar aparecieron en mi mente y cerré los ojos, arrepentido.

—Tu bebida.

Al abrir los ojos, encontré a Asher de pie con un vaso extendido, el suyo en la otra mano.

—Vi a tu esposa en la ciudad. Me mostró el dedo medio, así que decidí visitarte. —Dejé escapar una risa amarga—. ¿Quieres contarme qué pasó?

—La verdad no.

Levantó la ceja.

—Así de mal, ¿eh? —Me froté la mandíbula con cansancio y di otro trago a mi bebida—. Estaba con alguien. Algún hombre. —La tensión se apoderó de mí con solo pensar en ella con alguien más—. Mátao. Mejor aún, tráemelo para que yo lo mate. —Asher me observó divertido

—. ¿Tienes su nombre?

—No. —La presión en mi pecho se volvió demasiado ante la mera idea de que Billie siguiera adelante sin mí tan fácil mientras yo estaba aquí, ahogando mis penas en alcohol—. Probablemente sea lo mejor.

Podría haberme reído, pero no lo encontré ni ligeramente gracioso.

—¿Qué? —señalé secamente—. ¿No vas a hacer un chiste sobre el matrimonio más corto de la historia?

Se sentó a mi lado y me miró el ojo morado.

—Hay estrellas de cine y cantantes que ya tienen esos récords. Además, que yo sepa, todavía sigues casado.

Si fuera mejor persona, iría a verla, me disculparía y le daría el divorcio que demandó. Quizás incluso le rogaría que me diera otra oportunidad. Pero ¿qué sentido tenía? Se arruinaría más tarde de todos modos. Era mejor cortar por lo sano antes de que me hundiera tanto que no pudiera encontrar el camino de vuelta.

—Lo quiero muerto —declaré, dando un sorbo al líquido que estaba en mi vaso. No importaba lo que fuera, siempre y cuando me borrara el sabor amargo de la boca y me hiciera olvidar.

—¿Quién? ¿El hombre con el que estaba Billie?

—No. Bueno, sí. Pero me refería mayormente a mi padre.

—¿Por qué no hago que eso suceda por ti? —Asher ofreció.

—Porque probablemente haría un pacto con el diablo y volvería enseguida. —Negué con la cabeza. Mi padre se había hecho muy valioso para el mundo político. Salir impune de su asesinato sería difícil, si no imposible.

—Bueno, soy el diablo, así que te aseguro que no habrá nada que él pueda ofrecer que aceptaría.

Le lancé una mirada irónica.

—Es bueno saberlo.

—¿Estuvo bien la luna de miel, a pesar de lo fugaz que fue? —preguntó.

La brisa soplaba desde el mar, con los suaves gemidos de Billie en ella. Me ardía el antebrazo donde me había mordido, marcándome para siempre.

—Bueno, le prendió fuego al certificado de matrimonio y me dejó una nota de odio —comenté secamente—. Así que supongo que se puede decir que fue estándar.

—¿Una nota de odio?

Metí la mano en el bolsillo y se la entregué. La leyó en voz alta.

—Esta cazafortunas quiere un reembolso completo, idiota. Me llevé mi regalo de bodas. Me lo gané. —Me devolvió el papel y lo metí en mi bolsillo—. ¿Qué pasó exactamente?

Me encogí de hombros.

—Billie oyó al senador Ashford profesar su papel en la destrucción de su padre. Eso no se perdona. No en su mundo, donde la familia significa sacrificio. Ah, y me oyó decirle al viejo y querido papá que era una cazafortunas. Eso también salió bien.

Fue lo mejor. Billie estaba mejor *lejos* de mi familia. Pero... tracé la línea en la parte de seguir adelante con alguien más. Solo era humano, después de todo.

Capítulo Veinte



Billie

O dette y yo estábamos sentadas en el pequeño balcón de la casa de nuestro padre, sumidas en nuestros pensamientos. La mesa gastada y familiar se interponía entre ambas mientras contemplábamos la oscuridad, admirando nuestros propios demonios.

Marco, el pobre imbécil que suspiraba por Odette, ya había ido y venido, ofreciendo sus sugerencias no solicitadas sobre cómo debíamos salir del lío con el hospital. Mientras tanto, ideas y posibilidades se arremolinaban en mi mente como un huracán.

Al salir del castillo de Winston, agarré la pulsera que Asher nos había regalado. No, no a nosotros. A mí. Era mía, justamente. Sí, amaba los diamantes y me encantaría conservar aquella increíble pieza, sin embargo, mi familia era más importante para mí.

—Escucha, *Soeur*. —Empecé, y Odette se giró para mirarme—. ¿Y si consigo algo de dinero? —Levantó las cejas. Nuestros ahorros eran inexistentes y todo nuestro dinero estaba invertido en el hospital—. Si pudiera... conseguir un préstamo. Eso ayudaría, ¿no?

Preferiría morir antes que pedirle un préstamo a Winston, mi marido secreto, aunque podría vender las joyas.

—No creo que un préstamo ayudaría a papá y a su hospital —murmuró—. Por lo visto, ya han empezado a trasladar pacientes. El edificio ya no es nuestro.

—Pero te ayudará —argumenté. Ya había empezado a hablar de dejar los estudios y buscarse un trabajo para aligerar la carga de papá. Eran sus primeras vacaciones de primavera en la facultad de medicina y tenía que volver a Estados Unidos dentro de una semana. Planeaba terminar su año en Stanford, pero aún le quedaba mucho camino por recorrer—. No quiero que dejes la escuela de medicina.

Se estiró y me apretó la mano.

—Tampoco quiero dejarla, aun así, no sé si haya muchas opciones. Tampoco quiero que renuncies a tu sueño de trabajar en París. Pero aquí estamos.

Hice un gesto con la mano.

—Cuando seas una cirujana rica, puedes adelantarme algo de dinero.

Se rio entre dientes.

—Dios, Billie. No sabía que tu imaginación fuera tan salvaje.

No me reí. De hecho, hablaba muy en serio. Sí, el diseño de modas era mi pasión. *Maman* y yo nos parecíamos en eso. Mientras que ella ganaba todo su dinero modelando y luego canalizaba sus ganancias en sus diseños, yo no estaba hecha para eso. Sabía que, cuando llegara el momento, necesitaría apoyo financiero para poner en marcha mi plan de negocios. Pero no podía decirle exactamente a mi hermana que *tenía* suficiente y algo más, escondido en un cajón en mi habitación, mientras estábamos aquí sentadas esta noche. Necesitaba que ella hiciera realidad sus propios sueños. Sabía que lo haría por mí si los papeles fueran invertidos.

—Lo conseguiré —juré.

—¿Cómo?

Abrí la boca para responder cuando un disparo rompió el silencio.

Corrimos por la casa a la vez, nuestros pasos golpeando contra la madera dura. Y el pavor, pesado como el plomo en la boca del estómago, comprendió de algún modo lo que significaba aquel disparo.

Entré en el despacho de Papá y mi peor pesadilla se materializó ante mí. La sangre salpicaba

por todas partes. Su cabello gris estaba teñido de rojo en las sienes. Había *demasiada sangre*.

Incapaz de respirar, mis pulmones ardían mientras contemplaba el espectáculo que tenía adelante. El mundo dejó de girar. Todo se silenció y lo único que quedó fue dolor.

Crudo. Moliente. Insoportable.

Su mano se había agarrotado alrededor de la pistola y su rostro estaba casi irreconocible. Mi atención se dirigió directamente a la alfombra que él y *Maman* compraron en su luna de miel en El Cairo. Cuánta maldita sangre.

Mis extremidades finalmente se despegaron y corrí hacia él, maldiciendo como una loca. Odette apareció con toallas, apretándolas contra su sien. La primera toalla se empapó de inmediato, y añadió otra. No tuve valor para decirle que parara.

—¿Está respirando? —No estaba segura de dónde había encontrado mi voz.

Mi hermana se quedó inmóvil, mirándome a los ojos como si ni siquiera hubiera pensado en tomarle el pulso. Sus finos dedos se dirigieron al cuello y soltó un grito horrorizado.

Algo brillaba en la otra mano de papá. Anillos ensangrentados, suyos y de *Maman*. Casi me derrumbé al verlos. Con dedos temblorosos, los alcancé y los agarré con fuerza.

—¿Por qué, papá? —Mi voz estaba ronca por las emociones contenidas que se desbordaban en mi interior. El padre de Winston había destruido al mío. No había vuelta atrás. Quería hacerlos pagar, pero no tenía forma de hacer que sucediera. La furia y el dolor burbujeaban en mi interior, subiendo cada vez más hasta que no pude contenerlos más.

Grité, ahogándome en la histeria y la culpa, mientras las montañas de fechorías y secretos me tragaban entera.

Algo me decía ya entonces, mientras me arrodillaba en la alfombra empapada de sangre, que la muerte de nuestro padre nos pondría en un camino que cambiaría nuestras vidas para siempre.

Capítulo Veintiuno



Winston

Mi esposa enterró hoy a su padre.

Me quedé de pie en la parte de atrás de la iglesia llena, atrapando vistazos de Billie. Sostenía la mano de su hermana, con una expresión congelada en el rostro. Parecía agotada, con los ojos enrojecidos por las lágrimas que estaba conteniendo.

Debería estar allí con ella, consolándola y cuidándola. Era mía. El pensamiento era estúpido, pero aquí estaba, de pie con mi hermano, que parecía tan miserable como yo me sentía.

La lluvia golpeaba las ventanas y el tejado de la iglesia. El aguacero no había cesado en todo el día, casi como si el cielo también estuviera de luto.

—Las dos parecen muertas —murmuré, con mi corazón apretándose dolorosamente.

—Acaban de perder a su padre —refunfuñó Byron—. Es comprensible que estén disgustadas.

Le lancé una mirada irónica.

—Si nuestro padre muriera, no derramaríamos ni una lágrima. Ninguno de sus hijos lo haría.

Resultaba muy tentador acabar con el viejo, pero mientras más alto estuviera en la jerarquía política, más difícil sería lograrlo. Aunque parecía capaz de destruir vidas a su alrededor. Incluyendo la del padre de Billie.

—¿Era agradable su viejo? —le pregunté a mi hermano en su lugar—. Parece que tiene una gran base de *fans* por el número de asistentes y las lágrimas. Incluso sus hijas lo amaban... Imagínate.

Byron asintió escuetamente.

—La familia Swan son cercanos. —Luego, recordando dónde estábamos, añadió—: Eran.

Eran. Una palabra sencilla, pero que me trajo el recuerdo de golpe.

Conducíamos en nuestro convoy bajo el ardiente sol africano. En cualquier otra circunstancia, sería un espectáculo impresionante: arena del desierto a un lado y mar azul al otro. Era uno de los lugares más hermosos que jamás había visto. Sin embargo, sabía que no era más que otro desierto, un continente diferente, hectáreas vacías asoladas por guerras civiles, abandono y piratas.

—Maldición, no veo la hora de llegar a casa. —Bradley nació y se crio en Alaska. Se unió al ejército para escapar de las gélidas temperaturas y la monotonía de un pequeño pueblo en la nada—. Nunca pensé que echaría de menos las gélidas temperaturas de Alaska, pero mierda, sí las extraño muchísimo.

—Alaska no es un lugar para mí —refunfuñó Dick, un soldado de mi unidad—. No a menos que haya una mujer esperándome allí para calentarme.

—Ninguna mujer en Alaska va a follarte. —Se rio Bradley—. Saben muy bien lo que quieren. —Sus ojos se dirigieron a mí—. Se cogerían a Winston.

—¿Por qué se lo follarían a él y no a mí? —Casi parecía ofendido. Puse los ojos en blanco y reprimí una sonrisa—. Sería igual de bueno entre las sábanas.

—Porque las mujeres de Alaska huelen el dinero a kilómetros de distancia. —El tono de Bradley era seco, como si fuera un hecho bien conocido. Odiaba señalárselo, mas no lo era.

—Y yo que pensé que dirías que es porque soy tan guapo —repliqué secamente.

—Eres guapo, de acuerdo —se burló Dick—. También lo es mi culo. Lamentablemente, ninguno es tan bonito como tu dinero.

—Bueno, nuestras caras bonitas y nuestro dinero no nos servirán de nada aquí —señalé—. Por si lo olvidaste mientras soñabas despierto o veías tu espejismo, estamos en el desierto, donde no hay mujeres en al menos un radio de dieciséis kilómetros. Deja de malgastar tu aliento.

Levanté la ceja, retándolos a que dijeran algo. A menudo bromeábamos mientras viajábamos en caravana. Era una forma de pasar el tiempo mientras estábamos encerrados en un espacio reducido, con la energía inquieta recorriéndonos a la espera de saber qué otro infierno encontraríamos al final de nuestro viaje.

—Apuesto a que el feo trasero de Leif está follando en Escocia ahora mismo. —El comentario de Dick no fue recibido con el entusiasmo habitual. En su lugar, reinó un silencio tenso, nuestra preocupación por Leif tan fuerte como nuestros egos.

—Leif es fuerte. Él estará... —Mi frase se cortó cuando una súbita vibración recorrió el aire. El convoy se desvió de repente. No tuve tiempo de parpadear antes de que rodáramos. Mi cabeza golpeó el techo del vehículo y, a pesar del equipo de protección, el dolor fue insoportable. La cabeza me daba vueltas, inclinando el mundo una y otra vez mientras me zumbaban los oídos.

Luego la calma. Excepto que todo estaba inclinado hacia un lado. Mis compañeros gemían, intentando moverse. Todo estaba amortiguado. Intentando sacudirme la desorientación, me arrastré fuera de la camioneta volcada.

Fue entonces cuando estalló el caos. Las balas empezaron a volar. Haciendo un esfuerzo fornido para respirar, me puse en pie lentamente. El dolor rugía en cada hueso de mi cuerpo, pero lo ignoré.

Era una situación de vida o muerte.

Las balas llovían a mi alrededor. Sobre mi segunda familia. Agarré mi pistola y empecé a disparar, apretando los dientes por el dolor cegador que sentía cada vez que apretaba el gatillo. Poco a poco, los hombres aparecieron en mi enfoque. Algunos ya yacían en el suelo, agarrándose las heridas.

Me dio esperanza.

Todavía podía salvar a mis compañeros. Seguí disparando. Una y otra vez. El número de enemigos disminuía, la esperanza crecía. Una Land Rover Destroyer verde militar apareció de la nada, conduciendo hacia mí a toda velocidad.

Apunté y empecé a disparar al parabrisas, solo para descubrir que era a prueba de balas. Apunté a los neumáticos a continuación. Bang. Bang. El vehículo giró fuera de control hasta que...

Boom.

Una explosión ensordecedora sacudió el desierto. La temperatura se disparó, una combinación del calor del aire y el fuego de la explosión. El vehículo no me dio, no obstante, chocó contra la camioneta justo cuando vi las piernas de uno de mis hombres salir por la abertura. El chirrido nauseabundo de metal contra metal.

Gritos agonizantes.

Di un paso en su dirección antes de que otra explosión me hiciera perder el equilibrio.

Esta trajo consigo un silencio espeluznante. La amarga verdad abría su negra boca: la muerte y la pérdida me seguían a todas partes.

Los relámpagos atravesaron el cielo mientras los truenos rompían el silencio, reflejando la grieta en mi corazón. La lluvia empezó a caer con fervor, golpeando los vitrales de la iglesia. Un silencio incómodo entre mi hermano y yo sofocó la capilla, y me di la vuelta.

No dejé de caminar hasta llegar a la licorería, sabiendo perfectamente que mi hermano me pisaba los talones.

—Winston, no puedes seguir ahogándote en alcohol. —La voz de Byron llegó desde detrás de mí mientras daba un trago directo de la botella.

—Lo sé —admití—. Pero déjame esta noche.

Me observó en silencio durante unos segundos antes de asentir. Sabía lo que tenía que hacer. El entumecimiento en el fondo de la botella no me serviría a largo plazo. Tal vez, solo tal vez, podría organizar mi vida ahora que estaba casado.

Incluso cuando mi esposa no quería tener nada que ver conmigo.

El resto del camino de vuelta al yate transcurrió en silencio, y una incómoda tensión llenó el espacio que nos separaba. No ayudaba el triste sonido de trompeta que flotaba en el aire, siguiéndonos desde la iglesia, con una melodía enfermizamente dulce.

Byron y yo no suspiramos de alivio hasta que dejamos de escuchar la música, con *Villefranche-sur-Mer* de fondo y los pies firmes en el yate.

Aquella noche, bebí hasta caer en el olvido, observando la tormenta que se cernía sobre mí mientras una tormenta invisible se desencadenaba en mi interior. La luna se rio cuando me senté en la cubierta superior, con la espalda apoyada en la pared y los ojos cerrados. O tal vez se compadeció de mí. Ya había tenido suficiente.

Entré en mi habitación dando un portazo y me dirigí al baño. Me quité los pantalones y los bóxers y abrí la ducha, disfrutando del agua caliente derramándose sobre mí. Demonios, la deseaba. Me agarré la polla y bombeé con tanta fuerza que casi me dolía. Las imágenes del apretado coño de mi esposa estrangulando mi longitud pasaban por mi mente. La maldije mientras las olas del orgasmo me hundían, ahogándome.

Cambié el agua a fría y aspiré una bocanada con la primera ola helada.

Era exactamente lo que necesitaba.

Estaba demasiado embriagado para pensar y seguía sin poder olvidarla. Supuse que si estaba lo suficientemente borracho, no dolería tanto. Qué equivocado estaba. Necesitaba despertarme de una maldita vez.

Porque me *estaba* ahogando. La vida me estaba ahogando.

Tenía que poner mi vida en orden.

Capítulo Veintidós



Seis años después

Winston

El tiempo corría.

El ecosistema de la selva tropical de Atiwa, en el sureste de Ghana, era increíblemente biodiverso: pantanos y ríos exuberantes, y un paisaje que cultivaba algunos de los animales y plantas más raros.

Y, casualmente, el diamante de María Antonieta que mi esposa decidió empeñar por centavos. Literalmente una maldita miseria. Doscientos mil por una pieza que valía *millones*.

Llevaba años siguiéndole la pista, solo para enterarme de que había caído en manos de contrabandistas de diamantes de sangre.

Pero no por mucho tiempo.

La pulsera era mía. Aunque la volví a comprar en la joyería el día que la empeñó, a mi mensajero lo atracaron a menos de dos manzanas, y desde entonces la había estado rastreando.

Estaba decidido a recuperarla.

Volví a centrarme en la tarea que teníamos entre manos. Las plantas tropicales formaban un denso refugio de hojas anchas y brillantes, y nos habíamos escondido entre la maleza alrededor de una pequeña cabaña de bloques de hormigón. Kingston tenía la mandíbula apretada, las mangas de su camisa café se asomaban por debajo del chaleco negro *kevlar* manchado de sudor, y su cabello oscuro estaba empapado. Asher y Royce iban vestidos de forma parecida, y todos teníamos la cara pintadas con marcas de camuflaje, que hacían brillar el blanco de nuestros ojos.

Compartí una mirada con Asher y mis hermanos. Tendríamos que movernos rápido o volveríamos a perder la pulsera. Ya había estado en todos los malditos países de África y nos había llevado por todo el continente.

El sudor me corría por los costados y exhalé lentamente, calmando mi pulso. No era el inminente combate lo que hacía que se disparara. Eran los pensamientos sobre mi esposa, a la que no había visto en seis años. A la que no había tocado, besado ni follado.

¿Quién dijo que el matrimonio era dulce? Era una maldita tortura.

—¿Seguro que quieres hacer esto? —susurró Royce, con el rifle preparado. Sus ojos sonrientes se posaron en mi antebrazo expuesto, el tatuaje de la marca de la mordedura de mi esposa claramente visible—. Podrían volver a morderte.

Supuso que lo hacía por una mujer. Lo hacía, pero no exactamente como él insinuaba. Pensaba devolver esta pulsera a su legítima propietaria algún día, suponiendo que alguna vez volviéramos a encontrarnos. Sin embargo, no era tan ingenuo como para pensar que eso resolvería todos mis problemas.

Solo tenía que esperar que ayudara.

A pesar de sus peticiones de divorcio. A pesar de su negativa a hablar conmigo. La primera ronda de papeles no tardó en llegar a través de una dirección de correo electrónico que no permitía respuesta. La segunda llegó poco después. Luego la tercera. Tardaron unos seis meses en llegar de manos de un mensajero personal. Los quemé y envié las cenizas a la dirección de Stanford de su hermana, ya que mi información me decía que vivían juntas.

Poco a poco, fue entendiendo el mensaje. Ahora las exigencias eran menos frecuentes.

Con el tiempo cesarían, y ella aceptaría el hecho de que no me iba a ninguna parte. Nos daría una oportunidad, me aseguraría de ello.

—Es un mordisco de amor, idiota —comentó Asher.

—*Oh*, lo siento. —Royce no sonaba apenado en absoluto—. ¿Tuyo? ¿Eso te convierte en mi cuñado?

Asher le mostró el dedo medio, sin molestarse en decir nada.

Nadie sabía que me había casado en secreto con Billie Swan, excepto Asher, cuya única señal era un leve tic en el labio. Y mi padre, que había permanecido bastante hermético al respecto, para mi gran sorpresa.

Mi mirada se cruzó con la de Asher, quien me observó con severidad. Era el momento perfecto para contárselo a mis hermanos. Diablos, debería habérselos dicho hacía seis años, mas no lo hice y no lo haría. Me encargaría de Billie a mi manera.

—Al menos no estoy acosando a la amiga de nuestra hermanita —repliqué secamente. Todos menos Willow sabían que Royce estaba loco por ella. Lo puso firmemente en la zona de amigos, y mi pobre hermano no podía encontrar la manera de salir de ella.

Parecía que todos los Ashford estaban condenados cuando se trataba de amor.

—¿Cuándo voy a conocer a Willow? —preguntó Kingston, decidido a unirse a nuestras ridículas bromas. Hacía poco que había vuelto a nuestras vidas, cuando Alexei Nikolaev, mi cuñado, conectó con Aurora. Todos sabíamos que debíamos proceder con cuidado, dado que aún nos quedaba mucho trabajo por hacer antes de que nuestra relación con él se arreglara por completo. Tanto yo como cada uno de mis hermanos estábamos tan decididos como siempre.

—Tengo que mantenerte alejado de ella —espetó Royce secamente—. Eres exactamente el tipo que busca. Los problemáticos.

Unas risitas suaves recorrieron el lugar, haciéndome consciente nuevamente del aire caliente y de lo difícil que era respirar.

—Entonces no veo ninguna razón por la que no pueda ser tuya —aseveró Kingston—. Eres el mayor problemático de todos nosotros.

Royce le mostró el dedo medio, provocando una sonrisa de nuestro hermano pequeño. Kingston era el más joven, pero había pasado por la peor mierda. Y por eso, odiaba a nuestro padre aún más.

—¿No se te ha ocurrido, Royce, que tal vez no la amas lo suficiente? —cuestioné, y la mirada que me lanzó estaba llena de horror. Sinceramente, era ridículo que estuviéramos teniendo esta conversación en una selva, con el sudor rodando por nuestras espaldas mientras estábamos a punto de atacar a unos contrabandistas de diamantes.

—¿Qué demonios quieres decir? —exigió, con voz indignada.

—Bueno, está claro que no tienes problemas para conseguir chicas. ¿No estabas en la ciudad del pecado para esa orgía la semana pasada? —Kingston intervino.

—Tengo que satisfacer mis necesidades. No me anoté para ser célibe. —Royce sonaba demasiado a la defensiva.

—Tal vez Willow se niega a darte una oportunidad *porque* no tienes ningún problema en “satisfacer tus necesidades” cuando dices desearla. Si todo lo que ve es que te tiras a cualquier cosa con un coño, ¿por qué arriesgaría su confianza...?

—Y corazón —agregó Asher, provocando que Royce pusiera los ojos en blanco.

Asentí con la cabeza.

—Así es. ¿Por qué arriesgaría todo eso por ti?

Apretó el agarre en su arma y sospeché que estaba resistiendo el impulso de dispararnos a todos.

—Dios mío, ¿por qué están confabulando contra mí? —Luego me lanzó una mirada irónica—. ¿Y desde cuándo *eres* un experto en el amor?

Levanté las manos en un gesto de *No le dispaes al mensajero*.

—No lo soy.

—Claramente, ya que tienes treinta y nueve y sigues soltero. —No lo corregí—. Además, solías hacer lo mismo. Peor aún —señaló—, eras un mujeriego.

No obstante, una vez que Billie Swan entró en mi vida cambió el juego. Si mis hermanos lo supieran, nunca me dejarían en paz.

—Bien, centrémonos en nuestra inminente misión —siseé.

—¿Qué?—La voz de Royce era malhumorada y sarcástica—. ¿Quieres decirme que no van a entregarlo sin más?

—No es probable —declaré, poniendo los ojos en blanco. Estaba claro que había pasado demasiado tiempo en Hollywood, acechando a Willow, olvidando cómo funcionaban las cosas en la realidad.

—Eso no es para lo que me anoté —gimió.

—Tienes razón —apuntó Kingston—. Es mejor. Te encanta hacer explotar mierda. Ahora tienes tu oportunidad.

Royce sonrió, mostrándonos esa sonrisa loca que le valió su apodo en el entrenamiento de operaciones especiales. Maldito *Berserker*. Un día se volaría a sí mismo jugando con cerillos.

Kingston sacó un dispositivo, cuya pantalla parpadeaba odiosamente con una señal verde.

—Deberíamos rodear el lugar y acabar con todos ellos antes de que tengan la oportunidad de huir.

Un gesto seco con la cabeza y todos se marcharon, mientras permanecí en mi sitio. Los teníamos rodeados, un tipo a cada lado de la cabaña.

—En posición a las tres en punto. —La voz de Royce era baja en mi oído.

—Subiendo a las nueve. —El inconfundible acento de Asher lo siguió rápidamente.

—Listo a las seis. —Estábamos todos en posición, rodeando la casucha sin distintivo. Las ventanas eran negras, agujeros descubiertos con el espacio justo para empujar las armas y empezar a disparar. Cualquier cosa podía esconderse al otro lado de esos cuadrados vacíos.

—Sin ruido. Sin prisioneros. —Di la orden, firme y clara—. No nos llevaremos nada más que ese brazalete.

Podrían tener más joyas y diamantes allí, pero tomar algo que no era nuestro pondría un blanco en nuestras espaldas. Matar a sus hombres, no tanto. Era ojo por ojo en el mundo del contrabando de diamantes.

Arrodillándome, levanté lentamente el ocular de mi rifle y fijé la vista en la puerta principal. Habíamos estado rastreando señales de radio, correos electrónicos y direcciones IP, y su descuido, o, más bien, su falta de seguridad, nos condujo hasta aquí. Al corazón de la jungla africana.

Royce se reportó desde su punto, y vi cómo Asher se arrastraba por la fachada de la estructura, acercándose a la puerta de madera. Llevaba la pistola en el pecho. El silencio que siguió fue ensordecedor mientras esperábamos. Nadie respiraba. Nadie hablaba. Me miró y asentí. Yo estaba adelante y en el centro, listo para cubrirlo.

Mi corazón latía como un mazo contra mis costillas. Había aprendido muy pronto que toda operación era imprevisible, volátil. Siempre que estuviéramos atentos, tendríamos el factor sorpresa.

Derribó la puerta de una patada y estalló el caos. La sombra de Kingston surgió de la maleza en el extremo opuesto de la casa y apuntó, apretando el gatillo. Puede que mi hermano pequeño no tuviera el mismo nivel de entrenamiento que el resto de nosotros, pero era igual de hábil. Si

no más, ya que se vio obligado a luchar desde muy joven como medio para sobrevivir.

Tenía la mejilla pegada al fusil y el ruido de las cigarras crecía como un coro a nuestro alrededor. Cada vez más fuerte, como una advertencia, casi superando el sonido de los disparos. Un hombre salió corriendo por la puerta y apretó el gatillo. *Bang*.

Asher le dio una fuerte patada a la puerta lateral, haciéndola volar con un estruendo que hizo temblar los árboles. Volvió a estar de espaldas a la pared y recibió otra lluvia de balas. Se giró rápidamente y atravesó el espacio, balanceando su arma de un lado a otro.

Se había acabado antes de empezar.

Todos nos apresuramos a entrar, pisando cadáveres para alcanzar el premio gordo.

—Ahí estás —murmuré, sosteniendo el brazalete de María Antonieta en el aire.

Un día me follaría a mi esposa sin que llevara nada más que esta pulsera y el collar a juego. Mi polla se puso tiesa a pesar del desastre que me rodeaba. No podía evitarlo. No hacía falta mucho más que pensar en ella para excitarme.

—Bien, ¿estamos listos para salir de aquí ahora? —cuestionó Kingston mientras empezaba a recoger los dientes de cada uno de los objetivos abatidos. Negué con la cabeza, mas no hice ningún comentario. Por suerte, Royce tampoco, aunque lo observaba con inquietud. Se guardó el último diente y me miró a los ojos—. ¿O piensas mudarte aquí?

Era la especialidad de mi hermano: aparecer, joder mierda y desaparecer.

Asentí con la cabeza.

—Sí, salgamos de aquí.

Justo cuando me di la vuelta, vi una bolsita de terciopelo negro. La tomé y me encontré con varias docenas de piedras que me miraban fijamente.

—Maldición. Eso valdría una fortuna. —La voz de Royce llegó desde por encima de mi hombro—. Cartier pagaría una fortuna por ello. —Tenía razón, lo harían—. ¿Deberíamos quedárnoslo?

—No agarraremos nada que no nos pertenezca.

Devolví la bolsa de terciopelo al lugar donde la encontré, me metí la pulsera de diamantes en el bolsillo y salí de allí.

—Tenemos que hacer que te chequen eso —le dije a Asher, echando un último vistazo a la cabaña. Se había metido en una pelea de cuchillos con uno de los guardias, y no tenía buena pinta.

—No es nada. —La terquedad de Asher sería un día su perdición.

—No sabemos si el cuchillo estaba limpio. No seas idiota, ve al médico.

Considerándolo todo, salimos ilesos.

Si hubiera sabido lo cerca que estaba de *ella*. Si hubiera sabido lo que había puesto en marcha.

Capítulo Veintitrés



Billie

El anillo de su mamá. Mi anillo de boda.

Me quedé mirando la elegante joya que tenía en la palma de mi mano. Debería haberla enviado por correo y devuelto. En lugar de eso, la había mantenido a salvo, llevándola conmigo a donde fuera. Simbolizaba... ¿qué?

¿Amor? Desde luego que no. ¿Lujuria? Probablemente. ¿Error? Seguramente.

Suspiré, guardándolo de nuevo en el compartimento oculto de mi estuche antes de echarme agua fría en la cara, intentando refrescarme.

El calor sofocante dificultaba la respiración y empecé a cuestionar nuestra cordura por quedarnos en Ghana. Llevábamos aquí un año y pensábamos quedarnos mientras durara la residencia de Odette. Me había mantenido ocupada certificándome como gemóloga, estudiando metales preciosos y continuando mi trabajo en diseño de modas. África era la meca de las minas y los diamantes, y aproveché para poder entrenarme con los lugareños.

No obstante, echaba de menos nuestro hogar en la Riviera Francesa. Extrañaba la comida casera. Echaba de menos a mi amiga Violet, que ahora era una distinguida psicóloga que trabajaba en Italia, atendiendo las mentes de la mayor parte del bajo mundo de Europa. Extrañaba el maldito sexo.

De acuerdo, esto último podía encontrarse en cualquier parte del mundo. La estúpida noción romántica que se negaba a morir me impedía acostarme con cualquier hombre que no fuera el enfermo que se negaba a concederme el divorcio.

Jesucristo.

Se suponía que era un acuerdo temporal, sin embargo, seis años después seguía casada con él. Solicité el divorcio a través de un sitio web de mala calidad que presumía de un “divorcio rápido, garantizado” y fracasé. Debería haber sabido que era una farsa. Todo lo que recibí a cambio fueron cenizas. Sí, podría pedir el divorcio usando a un abogado y hacer un gran escándalo, pero entonces el mundo lo sabría. Mi hermana lo sabría.

Y estaba desesperada por mantenerlo en secreto. Era mi pequeño y sucio secreto, y después de todo lo que había pasado, se sentía como una bofetada en la cara de Odette teniendo en cuenta que Byron resultó ser un idiota aún mayor que su hermano.

En cuanto fuera una mujer divorciada, sería como si nunca hubiera ocurrido. El matrimonio secreto se convertiría en el divorcio secreto.

Pensé en el último correo electrónico que recibí suyo. Se parecía a mi respuesta cuando me pidió sexo por FaceTime, el idiota.

Winston: 🍌🍌🍌

Tan maduro.

—Tía Billie, ¿estás molesta otra vez? —La voz de Ares me sacó de mi preocupación y sonreí mientras me agachaba a su altura.

—Por supuesto que no. —La verdad era que mi sobrino tenía un radar sobre nuestras

emociones, y cada vez que pensaba en Winston Ashford, veía rojo. Ojalá pudiera ser como mi hermana, que era una especialista en mantener las suyas bajo control.

—Tenías esa raya entre los ojos —señaló, acercando su pequeña mano para alisarme mi ceño.

Me reí entre dientes.

—Estaba pensando en un nuevo diseño.

Asintió con seriedad.

—Tienes que seguir tu sueño.

A los cinco años, Ares era demasiado listo y serio para su propio bien. Definitivamente no heredó eso de mí. Tal vez un poco de Odette, y ciertamente de su padre. Otro Ashford. Que Dios nos ayudara.

Aunque, no lo cambiaría a él por nada. Nos había transformado la vida. Durante el embarazo de Odette, leímos todos los libros sobre bebés y asistimos juntas a las clases de *Lamaze*. Nada de eso nos preparó adecuadamente para ese primer año. Hubo días y noches en los que la situación era precaria. Tanto mi hermana como yo nos poníamos a llorar, cansadas y malhumoradas, preguntándonos cómo íbamos a sobrevivir un día más.

Sin embargo, las sonrisas y los arrullos de Ares valían la pena. Sabía que era duro para Odette dejar a Ares conmigo mientras iba a la escuela durante el día, así que empecé un diario digital y anotaba todo lo que podía para que no se perdiera ninguna “primera vez”.

Su primera rodada. Su primer gateo. Su primera palabra. Su primer paso hacia mí. Sus primeros pedales en un triciclo. Dios, *cuántas primeras veces*. Me pusieron nostálgica.

—Creo que tienes razón —concordé—. Pero primero daremos un paseo por la selva. Tal vez encontremos algunos diamantes aquí, ¿eh?

—O flores para *Maman* —propuso esperanzado.

Sonreí cálidamente.

—O flores. Son igual de especiales.

Con su manita en la mía, nos adentramos más profundo en la selva. Nuestros pies se arrastraban por la maleza y los restos de hojas caídas, rompiendo el silencio a nuestro alrededor. Ares, vestido con pantalones caqui, una camisa a juego y un sombrero de safari de ala ancha, parecía un pequeño aventurero. Mientras que él encajaba a la perfección, yo era el polo opuesto. Llevaba un vestido de verano amarillo que yo misma diseñé y botas de lluvia negras aptas para el fango de la selva. Las primeras semanas en África llevé ropa informal para encajar, pero no tardó en volver mi antiguo yo. Estaba harta de los tejidos de colores neutros, así que volví a lo que más me gustaba. La moda.

Dejé escapar un suspiro. Si bien había dibujado tantos diseños, tanto de prendas como de joyas, aquel sueño no iba a ninguna parte. Cada uno de los que enviaba era rechazado o directamente robado, dejándome estupefacta por el hecho de que esos desgraciados se apoderaban de mis cosas de esa manera. Así que, sin ninguna prueba para respaldarme legalmente en medio de Tombuctú, dejé de enviarlos.

Un día tendría mi propia joyería y vendería allí mis diseños. Nadie se atrevería a robar mis bocetos entonces. Imbéciles. Estaba imaginando varios escenarios creativos para vengarme de esos idiotas, tenía una larga lista, cuando el zumbido de un motor cercano lanzó una alarma por mi cuerpo.

—¿Oyes eso? —murmulló Ares, con los ojos muy abiertos.

Mi mirada recorrió los árboles de cacao observando un claro a lo lejos sin nadie a la vista. Alcé la vista al cielo, pero fui incapaz de encontrar la fuente. Los pájaros chillaban

siniestramente y tuve la sensación de que debíamos irnos. Estaba a punto de darme la vuelta cuando Ares me soltó la mano y echó a correr.

—Ares —le hablé gritándole a su forma que se retiraba—. Ares, detente ahora mismo —ordené. Aceleré el paso, demasiado concentrada en intentar moverme con sigilo por el barro como para no darme cuenta de que mi vestido se había enganchado. El sonido de mi vestido desgarrándose mezclado con mi propia respiración agitada hizo que mi pánico aumentara. No estaba ni mucho menos en forma. «*Ejercitarme no estaba hoy en mi lista*», pensé, respirando agitadamente. «*Ni mucho menos*».

Corrí tras él, con los pulmones ardiendo y los pies pisoteando el suelo de la selva.

Al detenerme en el claro donde Ares estaba con los ojos muy abiertos, mirando la cabaña llena de agujeros de bala, lo regañé de inmediato.

—¡No vuelvas a hacer eso!

Mis palabras eran entrecortadas. Mi respiración aún más agitada. Y todo el tiempo, mantuve mi atención cautelosa en la cabaña, aunque mi instinto me decía que no deberíamos estar aquí.

—Mira, tía Billie, alguien estuvo aquí. —Señaló las huellas cubiertas de tierra. Ares se había convertido en todo un rastreador, viviendo en la naturaleza. El pobre chico no tenía nada más que hacer. Nuestros juegos del escondite solo llegaban hasta cierto punto, y a mi sobrino le gustaba ser desafiado en todos los ámbitos. Necesitábamos a Odette, a mí y a toda la villa para mantenerlo estimulado.

—Quédate aquí —establecí y me acerqué a la choza. El hedor se hizo insoportable a medida que me acercaba, y mi corazón se detuvo cuando vislumbré un pie. Maldición, había un cadáver ahí dentro.

Entré. Había cadáveres por todas partes, pero mis ojos se fijaron en una bolsa de terciopelo negro. Estaba allí, entreabierta y demasiado tentadora. Me dirigí hacia ella, sin hacer ruido al pisar el desvencijado suelo de madera, con el corazón en la garganta.

La tomé, luego me di la vuelta y corrí hacia mi sobrino. Teníamos que salir de aquí.

—¡Mira! —exclamó Ares, señalando una parte cercana donde había rastreado varios grupos de grandes huellas que se dirigían hacia el sur. Sus ojos se clavaron en la bolsa de terciopelo que yo sujetaba—. ¿Qué es eso?

Sentía tanta curiosidad por todo como yo. No sabía si eso era bueno o malo.

Ares alargó la mano para agarrarla, pero se lo impedí.

—No, no sabemos qué puede ser —reprendí en voz baja mientras lo agarraba con más fuerza.

—¿Por qué lo tocas, entonces, tía Billie?

Chico listo. Buena pregunta. Antes de que pudiera contenerme, abrí la bolsita y me encontré con las piedras más brillantes que jamás había visto.

—Mierda —murmuré. Con esto podría recuperar el hospital de nuestro padre y arrancar mi carrera, y *aun así* seríamos ricos.

—Wow—declaró mi sobrino mientras mi mente gritaba con emoción.

No tenía mi microscopio de 10 aumentos para examinarlos, pero había estudiado lo suficiente para poder distinguir la claridad de los diamantes. Y estos fueron clasificados excepcionalmente.

—Es una señal —susurró Ares, comprendiendo que no debían oírnos ni encontrarnos aquí.

—¿Qué es? —pregunté distraídamente, hipnotizada por la brillante bolsa. Debería haber nacido Valquiria, ya que se rumoreaba que estaban enamoradas de las piedras preciosas.

—Deberías tomarlas y poner tu tienda de diamantes.

Mi cabeza se giró hacia el niño. Mi parte razonable sabía que no era una señal. La parte

inteligente sabía que era un problema. Sin embargo, como una maldita idiota, fui incapaz de resistir la tentación.

—¿Sabes qué, amiguito? Creo que tienes razón. *Es una señal.* —Le di un beso en su regordeta mejilla y lo abracé emocionada—. Y mantendremos este pequeñito secreto entre tú y yo. No le diremos a mami.

—De acuerdo, tía Billie.

Ni que decir que no permaneció en secreto por mucho tiempo.

Capítulo Veinticuatro



Winston

Estaba parado en la ventana de mi *penthouse* y contemplé Washington D.C., la ciudad que bullía con codicia y corrupción. Con las manos en los bolsillos del traje, no podía contener la extraña sensación que me quemaba el estómago.

Billie Swan Ashford. Hermosa, inteligente y orgullosa.

Durante los últimos seis años, había intentado borrarla de mi mente. La sobriedad no ayudó. Lo había aceptado, pero olvidarla había sido imposible.

No podía olvidarla. Su aspecto, su olor, la curva de sus pechos a través del vestido de seda. El fuego en sus ojos. Ahora que estaba sobrio, la atracción y la necesidad por ella eran aún más fuertes.

Tomé asiento en mi escritorio y repasé mentalmente las palabras que debía decirle antes de llamarla. Mis hermanos me criticarían si supieran lo fuerte que me latía el corazón cuando pensaba en ella, pero ellos no estaban casados, así que no podían entenderlo.

Excepto, quizás, Byron.

Hice rodar el bolígrafo bajo mis dedos, de un lado a otro, y luego exhalé con fuerza mientras marcaba su número.

—*Hola* —respondió ella.

Cerré los ojos al escuchar su voz... *sexy*... ronca... tan tentadora.

—Hola, Billie.

Siguió el silencio durante dos latidos.

—¿*Quién es?*

Puse los ojos en blanco y solté un gruñido. Mi preciosa sabelotodo. Ella tenía mi número. Me había enviado suficientes mensajes como para reconocerlo.

—Tu esposo. —Apreté los dientes.

—*No estoy casada* —contestó con frialdad.

—El certificado en mi caja fuerte dice lo contrario —refunfuñé. ¿Por qué se empeñaba tanto en poner las cosas difíciles? Esperé a que dijera algo, mas guardó silencio—. Tenemos que hablar.

—*No hay nada de qué hablar.*

Mi mandíbula se tensó y mis dedos se apretaron alrededor de mi teléfono.

—Sí, lo hay. Extraño follar a mi esposa.

—*Maldita sea, Winston. Estoy intentando activamente no ser tu esposa nunca más. Han pasado años, supéralo.*

—Eres mía, y eso no cambiará nunca —afirmé entre dientes—. Ahora, puedes aceptarlo y podemos trabajar en ello. O puedes pelear conmigo, y seguiremos casados. Es tú elección.

—*Toma esto, imbécil.* —Mi teléfono zumbó al instante y eché un vistazo a la pantalla.

Esposa: 🍷🍷🍷🍷

Cerré los ojos, decepcionado por su respuesta. Era tan testaruda que me volvía loco.

—Billie, no puedes seguir enviándome emojis del dedo medio y pidiéndome el divorcio. Resopló.

—*También me has enviado unos cuantos emojis del dedo medio cuando sigues negándome el divorcio.*

—Porque no quiero uno.

Se quedó en silencio. Esa sensación familiar que solo me ocurría cuando pensaba en ella y hablaba, bueno, enviaba correos electrónicos, con ella empezó a calarme hasta los huesos.

—*¿Por qué no?*

—*¿Por qué iba a hacerlo?* —respondí, y enseguida fruncí el ceño. No era una buena respuesta.

—*Porque soy una cazafortunas.* —Dios, esas palabras otra vez. La primera conversación real que estábamos teniendo y me estaba aventando esa maldita frase a la cara—. *Ahora, ¿qué es lo que realmente quieres?* —soltó impacientemente.

Mi mente se quedó en blanco. Mierda, ¿por qué esta mujer tenía tanto impacto en mí?

—*¿Winston?* —inquirió.

—Quería saber si te gustaría cenar conmigo el sábado por la noche.

Mis ojos se cerraron horrorizados... ¿Qué demonios estaba haciendo? Tendría más éxito secuestrándola. Además, ni siquiera estaba seguro de si estaba de vuelta en los Estados Unidos.

Permaneció en silencio, y cuando respondió, sonaba sorprendida.

—*¿Como en una cita?*

Eché la cabeza hacia atrás y cerré los ojos.

—Quiero empezar de nuevo. Como debería haber sido hace seis años.

Me soltó una risita condescendiente.

—*Tienes que estar bromeando. No saldría contigo ni aunque fueras el último hombre sobre la tierra.*

Ouch. El rechazo dolía peor estando sobrio. Al menos el alcohol había adormecido esas repugnantes emociones humanas.

—*¿Por qué no?* —Dios mío, realmente me lo estaba buscando. «*Deja de hablar, Winston.*»

—*Porque eres un frío desgraciado, drena almas* —siseó—. *Búscate otra tonta a la que entretener. Te quiero en un rincón profundo y oscuro de mi pasado. Quiero el divorcio. Métetelo en la cabeza.*

Escuché un clic cuando colgó. Me quedé mirando el teléfono mientras la adrenalina recorría mi cuerpo. No debería sorprenderme. Al fin y al cabo, la mujer llevaba seis años rechazándome.

Ya debería estar acostumbrado.

Capítulo Veinticinco



Billie

Debía de ser la peor maldita ladrona de este planeta.

La última vez que robé algo, me atraparon *in fraganti* esa misma noche. Esta vez, los contrabandistas de diamantes tardaron exactamente diez días en hacerlo.

—¿Qué demonios hago, Violet? —Mi mejor amiga me miró fijamente a través de la pantalla del iPad. Se retorció el collar en lo que sabía que era un tic nervioso—. ¿No tienes ningún amigo entre esos delincuentes que ves habitualmente?

Sus movimientos se detuvieron durante dos segundos antes de reanudarse de nuevo.

—¿*Se lo has dicho a Odette?* —La miré con cara de ¿*Qué crees?*—. *Empieza por ahí.*

Dejé escapar un suspiro frustrado y agarré la aguja y el hilo. Coser era lo único que me tranquilizaba.

—¿Qué hay sobre algunos de los criminales que ves? ¿No pueden ayudarnos?

—*No quieres involucrarte con ellos.* —La voz de Violet era tranquila, como de costumbre, y su expresión era indiferente. No aceptaba ridiculeces de nadie y era buena ocultando sus pensamientos tras una expresión impasible. Por eso era una excelente terapeuta.

Excepto que no estaba ayudando a mi frenético estado mental actual.

—Danso Sabir me persigue —susurré, y luego, por si no sabía quién era, añadí—: Es un maldito asesino a sueldo de contrabandistas de diamantes.

—*Al menos no son contrabandistas de carne.* —Parpadeé confundida, sin entender qué tenía que ver una cosa con la otra.

—¿Te refieres a ese loco de *El silencio de los Inocentes* que pelaba la carne de sus víctimas?

Sacudió la cabeza.

—*No, los comerciantes de carne trafican con humanos.* —Violet miró detrás de mí—. *Hola, Odette.*

Me quedé helada, luego me obligué a relajarme y sonreír a mi amiga.

—De acuerdo, tengo que irme.

—*Pero...*

—Gracias por no ser de ayuda. Te avisaré si morimos. —Terminé la llamada y me giré para ver a mi hermana con Ares. Ambos vestían *shorts* caqui que les había diseñado con una camiseta blanca y un sombrero de paja, cada uno con una caña de pescar apoyada en los hombros en posiciones casi idénticas. La única diferencia era la mirada entrecerrada de mi hermana, que me observaba siniestramente—. *Hola a ambos. ¿Qué tal la pesca?*

—No atrapamos nada —explicó Ares, con una clara decepción en la voz—. *Maman* no paraba de tirar piedras al río y ahuyentaba a todos los peces.

Reprimí una sonrisa. A pesar de que Odette podía cortar a un humano sin inmutarse, si le dabas un pez para que lo limpiara, se atragantaba como un bebé a punto de vomitar. Era una de las cosas que Ares y yo solíamos hacer juntos, pero hoy los envié fuera para poder pensar.

—*Awww*, lo siento, amigo. La próxima vez iré y me aseguraré de que pesquemos algo.

—Entonces cenaremos pescado —informó. Asentí y volví a observar a Odette. Su mirada nunca se apartó de mí. Conocía esa mirada. Los problemas eran inminentes.

—Ares, ¿puedes guardar tu caña de pescar, por favor? —preguntó mi hermana. No fue hasta que él desapareció en la otra habitación que volvió a hablar—. ¿Qué demonios está pasando?

Me tembló el pulso y luego el corazón me latió con más fuerza. Fruncí los labios.

—¿Qué quieres decir?

Mierda, ¿por qué tenía que temblarme la voz así?

—Paré en el hospital cuando volvíamos del río. Danso Sabir entró y te estaba buscando.

Eso no podía ser bueno. Danso iba y venía, dependiendo de sus tratos. Odette lo conocía porque más de una vez había llevado a un herido al hospital. Los lugareños sabían que era un hombre peligroso, los rumores de sus conexiones con los sindicatos del crimen de Ghana y Córcega eran más que un rumor.

Inhalé profundamente, tragué saliva y hablé.

—¿Lo hizo?

—¿Por qué te busca? ¿A nosotros? —indagó, con un tono inquebrantable, como sus manos quirúrgicas. Su espalda permanecía rígida, la alarma en sus ojos—. Él es malas noticias, Billie. Espero que no estés saliendo con él.

Una risa estrangulada burbujeó en mi garganta, pero me la tragué. Hubo silencio durante unos instantes antes de que soltara un suspiro tembloroso.

—Supongo que quiere matarme —admití en un suave susurro.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Tomé algo que le pertenecía a su jefe. —Tragué saliva—. Diamantes.

Estaba segura de que su chillido podía oírse en toda la villa.

—¿Qué diamantes?

—Los que encontré por ahí. —Técnicamente no estaba mintiendo. Solo que estaban “por ahí” entre cadáveres, en una choza a la que probablemente no debería haberme acercado. Especialmente no con mi sobrino.

—Bueno, devuélvelos.

—¡Caramba! ¿Por qué no se me ocurrió eso? —disparé secamente.

Me miró molesta.

—Por favor, no me digas que los has vendido o perdido.

—No los perdí —murmuré—. Ni los vendí. —«*Todavía*».

—¿Por qué siento que hay algo que no me estás diciendo? —Puso las manos en las caderas, dejándolas descansar ahí como solía hacer nuestra *maman* cuando me metía en problemas.

—¿Porque estás paranoica? —objeté.

—Billie, no es momento para bromas. Devuelve los diamantes antes de que pierda a mi hermana favorita.

—Soy tu única hermana —le recordé—. Además, no puedo devolverlos, porque no los tengo conmigo.

Su ceño se frunció.

—¿Dónde están? —Tragando saliva, busqué mi voz. Se me revolvió el estómago porque sabía muy bien el nivel de desastre en el que nos encontrábamos—. ¿Y bien? —insistió.

El corazón me retumbaba en el pecho. La primera vez que intenté robar, acabé en un matrimonio secreto. Esta vez, podría acabar muerta. Lo peor era que había arrastrado a mi hermana y a mi sobrino a mi lío.

—Los envié a Cartier para su valoración —anuncié con voz ronca—. Ahora deben de estar en Las Vegas.

Su respiración agitada me lo dijo todo. El silencio se prolongó durante largos segundos antes de que los hombros de Odette se desplomaran.

—Supongo que tenemos que ir a Las Vegas, entonces.

Y así lo hicimos. Durante los seis meses siguientes, viajamos de ciudad en ciudad, persiguiendo mis diamantes robados para poder devolvérselos a los contrabandistas de diamantes y evitar que nuestras vidas se desmoronaran.

Capítulo Veintiséis



Seis meses después

Winston

Entré en el restaurante en New Orleans y miré a mi alrededor hasta que encontré una cara conocida.

Era nuestro almuerzo familiar mensual con mi hermana menor y su familia. No importaba lo que pasara, siempre procurábamos vernos con regularidad. Alessio y su familia, Aurora y la suya, Byron, mis hermanos y toda la familia de mi cuñado también.

Había ocasiones en las que algunos no podíamos asistir, y parecía que esta era una de ellas. Royce estaba ausente, Alessio y su familia no estaban por ninguna parte, y los Nikolaev parecían llegar tarde como siempre. En apariencia, los Nikolaev no se parecían en nada a nosotros, pero de alguna manera, funcionábamos. Teníamos mucho más en común si nos fijábamos en lo que importaba: la familia, la lealtad y los negocios.

Byron me vio y me saludó con la mano.

Me acerqué justo a tiempo para captar las gruñonas palabras de Byron.

—... Ha estado follándose todas las faldas del mundo. Durante décadas. Entonces ¿Por qué ahora?

—No es posible que estés hablando de mí —interrumpí a modo de saludo.

Suspiré cuando Byron se levantó para dejarme deslizar en la cabina. A regañadientes, empujé mi cuerpo demasiado grande hacia el asiento. Demonios, odiaba sentarme en una cabina. Cualquier persona en su sano juicio conocía los peligros de estar acorralado, pero en este maldito restaurante parecían disfrutar de ello.

—¿Cómo lo sabes? —Byron comentó, levantando la ceja—. Si mal no recuerdo, tuviste tu ración de seguidoras.

«No desde que me casé», pensé.

No había tenido sexo con una mujer desde que mi esposa se fue. De alguna manera, ninguna otra se comparaba con Billie Swan. Corrección: *Billie Ashford*. Me recorrió un estremecimiento de excitación al pensar en el tiempo que pasamos juntos seis años atrás, pero lo ignoré. No tenía elección; ella no quería saber nada de mí.

Le daba igual que fuera la única mujer que me ponía la polla dura. ¿Cuántos *emails* le había enviado mientras estaba borracho? Por el amor de Dios, incluso le sugerí sexo por FaceTime. Ella podría mirarme y estaría duro como una roca. Mi mano se encargaría del resto.

Como siempre, la respuesta fue breve y directa, en forma de emojis con el dedo medio.

No había lugar para malas interpretaciones. Ni que decir, a mi verga también le gustaba esa bravuconería suya. Jesucristo. Todavía tenía que encontrar algo que a mi longitud no le gustara de ella. No era saludable. Pero nunca me habían gustado los hábitos saludables.

—Las fanáticas ya no están de moda —afirmé con naturalidad.

Sasha Nikolaev, el hermano de mi cuñado, dio un sorbo a su *whisky*.

—Tienes razón. No hablábamos de ti. Eres prácticamente un santo.

Byron me lanzó una mirada suspicaz. No se le escapaba que hacía seis años había pasado de los tríos al celibato total. Estar casado te hacía eso, supongo. Por muy disfuncional que fuera el acuerdo. Hubo años en los que me dejé ahogar en la botella, fumando cigarrillos como si fuera a pasar de moda. Dejé la botella, aunque los cigarrillos no tanto.

Puse los ojos en blanco.

—Así que debemos estar hablando de Royce.

Byron enarcó una ceja.

—¿Así que lo sabes?

—¿Saber qué? —No estaba de humor para andarme con rodeos.

—Royce anunció sus próximas nupcias —anunció Sasha con calma, como si fuera lo más casual del mundo.

Llegó mi San Pellegrino y bebí un sorbo.

—¿Así que él y Willow finalmente llegaron a un acuerdo?

Todos sabían que le gustaba, pero la sonrisa de Sasha me decía que no era exactamente el tipo de entendimiento que se vería con buenos ojos.

—Es una forma de decirlo.

—Él no la secuestró —informó Byron a la defensiva—. Conocemos a Willow desde que era una niña. Royce nunca la haría pasar por eso.

Mis cejas se alzaron.

—¿La secuestró?

—No lo hizo, joder. Acabo de decirlo. —Byron estaba de mal humor. Probablemente preocupado por el desastre de relaciones públicas si se corría la voz.

—De acuerdo —afirmé, imperturbable ante nuestro hermano mayor—. Digamos que se la llevó de vacaciones sorpresa.

Sasha soltó una risita.

—Eso suena como él. Resulta que tenemos mucho más en común, ¿eh?

Todos sabíamos que Royce no podía planear nada. Era un tipo espontáneo.

—Juro por Dios que si le hace daño... —Byron se pasó la mano por el cabello, probablemente dispuesto a arrancárselo todo. Me sorprendió que no estuviera calvo a estas alturas—. Ni una palabra a Aurora sobre esto.

Me recosté en mi asiento despreocupadamente, feliz de que el foco de atención se hubiera desplazado hacia nuestro hermano pequeño.

—Y yo que pensaba que podíamos empezar la reunión de hoy anunciando que Royce secuestró a su mejor amiga.

El puño de Byron cayó sobre la mesa, haciendo temblar los vasos.

—No la secuestró, maldita sea.

—Alguien es optimista —ironizó Sasha inexpresivo.

—Sí, ese es el segundo nombre de Byron —opiné—. Señor Optimista. Desde que se folló a una guapa y pequeña doctora.

—Alguien ha estado manteniendo información. ¿De qué se trata eso? —Los ojos evaluadores de Sasha se clavaron en los de Byron. Ya que se unió a nuestra familia hacía pocos años, no sabía nada de la desastrosa aventura entre la doctora Swan y Byron.

Byron hizo un gesto evasivo con la mano.

—No es nada. Solo una aventura casual de una noche. —Su tono contenía una pizca de amargura. No sabía si Byron se había admitido así mismo lo perdido que estaba por su doctora. Probablemente en la misma línea que mi propia situación. Podríamos parecernos a nuestro padre, pero definitivamente heredamos las tendencias románticas de nuestra madre—. Casi me olvidé de la doctora Swan —añadió, como si trataba de convencerse a sí mismo.

El silencio se vio interrumpido por fuertes burlas.

—Eso parece —declaré.

—Si te gusta la mujer, ve tras ella. Si no, alguien se abalanzará y te la robará, maldito idiota.

Sasha dio un sabio consejo.

—No me importa —alegó Byron—. Las mujeres son un dolor de cabeza que no necesito.

—Lo mismo digo —musité en voz baja, con imágenes de mi esposa dándome un puñetazo pasando por mi mente. Tuve suerte de tener la cara dura como el mármol y de que el ojo morado se me curó bien.

—Ambos son unos malditos idiotas.

Sasha tenía razón, lo éramos. Con gusto iría por Billie. Para sacarla de mi sistema, si no otra cosa. Sin embargo, la mujer preferiría darme un puñetazo en las pelotas antes que apuntarse a esa lógica. Nunca me daría ni la más mínima oportunidad de intentar *hacerla* que se enamorara de mí.

Sonó la puerta del restaurante y Byron se apresuró a saludar a nuestro sobrino y a nuestra familia política mientras Sasha y yo permanecíamos en nuestros asientos, mi recién encontrado hermano Kingston se nos unió.

—Winston, necesito que me prestes tu *jet* un día de estos. —La voz de Kingston me sacó de mis pensamientos y le lancé una mirada sorprendida.

—Hola a ti también —saludé secamente.

Se deslizó en la cabina.

—No me quedará mucho tiempo.

Nunca lo hacía, y no podía culparlo por ello. Había estado en el infierno y había vuelto, y prefería la soledad.

—¿Por qué necesitas mi avión? Tienes el tuyo. —De hecho, tenía varios aviones, yates y helicópteros. Estaba lleno de dinero, había construido un imperio por su cuenta. Con sangre. Literalmente.

Los ojos oscuros de Kingston se volvieron fríos como el hielo y las comisuras de sus labios apenas se inclinaron hacia arriba.

—Pero el tuyo puede salirse del radar y no ser rastreado.

Ah, ahí estaba. Sabía que al final se vengaría.

—Cuando lo necesites, solo tienes que decirlo.

Ladeó la cabeza.

—¿No me dirás que no haga algo ilegal?

Me encogí de hombros. Ya habíamos superado ese punto. Después de todo, Kingston era conocido como *Ghost* en el bajo mundo gracias a sus actividades.

—Lo único que te pido es que si necesitas ayuda, me llames.

Asintió escuetamente y no hizo falta decir nada más. Sus ojos se desviaron hacia Byron y nuestra hermana, que se acercaban con los Nikolaev pisándoles los talones.

—No le digas nada a Byron.

—Entendido.

Quienquiera que fuera el objetivo de Kingston no tendría ninguna oportunidad.

Capítulo Veintisiete



Billie

—**E**stos malditos tacones —murmuré mientras me esforzaba por caminar sobre los adoquines del *French Quarter*. Odette, siempre la lista, llevaba *flats* y parecía perfectamente cómoda. Ares la tomaba de la mano, con los ojos asimilando la belleza del *French Quarter*. Mi mano salió disparada para agarrar su brazo, usándola para estabilizarme.

—Más vale que esto funcione, Billie. —«*O estaríamos muertas*».

Las palabras no pronunciadas eran más fuertes que los borrachos que nos rodeaban. Donde mirábamos, todo bullía de vida, risas y buenos momentos. El aroma de los *beignets* llenaba el aire, junto con la orina y el alcohol. Era una ciudad... *única*. Agradable para visitar, pero no estaba segura de querer vivir en ella.

Elegantes edificios históricos nos rodeaban. Un trompetista tocaba cerca, sus tristes melodías viajaban sobre la brisa. El olor rancio del alcohol flotaba en el aire. Multitudes de gente deambulaban por las calles, con sus risas, bailes y coloridas vestimentas que daban a esta ciudad la vitalidad por la que era conocida. El *Mardi Gras* estaba a punto de estar en su apogeo, aunque a juzgar por la cantidad de gente que había hoy aquí, cualquiera diría que ya se estaba celebrando.

Capté la expresión preocupada de Odette, la angustia que intentaba ocultar. No quería alertar a Ares, nuestro pequeño *preocupón*. La culpa y el pavor me invadieron, enroscándose con fuerza en la boca del estómago. Los últimos seis meses, desde que caí en la estúpida tentación y robé aquellos diamantes, se habían sentido surrealistas. Habíamos estado huyendo desde aquel puto día. Todos los días.

¿Por qué, oh, por qué seguía tomando decisiones tan descuidadas?

Debería haber aprendido la lección hacía tantos años.

—Funcionará. Conseguirán su mierda y nuestra vida volverá a la normalidad. —«*Espero*».

Sentí la mirada precavida de mi hermana mientras soltaba un suspiro frustrado.

Sabía lo que estaba pensando. A los treinta años, debería haber sabido que sería un error. Y lo hacía. Pero vi una oportunidad, y estaba tan harta de poner mi vida en espera.

Lo quería todo. Una familia. Una carrera de la que estuviera orgullosa. Una tienda con joyas únicas diseñadas por *mí*. Sexo. Me encogí por dentro. Maldición, ¿sabría siquiera como tener sexo? Habían pasado seis años. Largos y solitarios años en abstinencia de contacto humano. Era prácticamente una virgen renacida.

—¿Tienes todo en tu bolso? —preguntó Odette, y casi me volvía a tropezar. Esta vez no por falta de equilibrio. Si tan solo supiera los pensamientos que corrían por mi mente en este momento.

Suspiré.

—Sí, hermanita. Todos los diamantes están en la bolsa —aseveré—. Brillante y caros.

—¿Por qué diablos llevas tacones? —siseó, viéndome tropezar como un cervatillo recién nacido.

Puse los ojos en blanco y la miré molesta.

—Quería verme bien.

Mi hermana y yo nos miramos en una batalla de voluntades. Estaba malhumorada, la falta de sueño y los constantes desplazamientos la estaban afectando poco a poco.

—Te ves bien, tía Billie —halagó Ares, y mi expresión se suavizó al instante. Con sus

grandes ojos azules y su cabello oscuro, Ares sería un rompecorazones cuando creciera. Igual que su padre, que le rompió el corazón a mi hermana pequeña. Igual que su tío... bueno, no me rompió el corazón, pero sí que me dañó.

A los cinco años, Ares sabía cómo cautivar corazones.

—Solo porque llevo tacones —declaré juguetonamente, levantando el pie para mostrárselo.

Odette puso los ojos en blanco, pero su expresión siguió siendo suave. Una vez que esto terminara, volveríamos a la Riviera Francesa y formaríamos un verdadero hogar. Para Ares. Para nosotras.

—Ahí está. —Señalé el letrero de *St. Louis Street*, donde habíamos quedado con Sabir.

Odette se agachó y puso los ojos a la altura de su hijo.

—Ares, cuando entremos en este restaurante, irás con la tía Billie mientras me encargo de algunas cosas del trabajo. ¿De acuerdo?

Asintió obedientemente.

—De acuerdo.

—Buen chico —murmuró, dándole un beso en la mejilla.

—No te preocupes, *Maman* —comenté, tratando de sonar positiva—. Todo terminará pronto.

Debería ser yo quien se reuniera con el criminal, pero Odette insistió. Supongo que le preocupaba que empeoraría las cosas. Probablemente tenía razón.

Mi hermana se enderezó y me miró a los ojos.

—Sigue el plan, Billie. No te desvíes de él. Pase lo que pase. Y si sucede algo...

—No lo digas. —La corté—. Da mala suerte.

Cerró los ojos, probablemente pidiéndole paciencia a algún ser divino.

—Mantenlo junto a ti. Y mantente fuera de la vista.

Asentí con la cabeza. Me tendió la mano, metí la mano en el bolso y saqué la pequeña bolsa. Diez millones de dólares en un paquete tan pequeño. Era suficiente para poner nuestras vidas patas arriba. Tenía el potencial de hacernos la vida más cómoda durante el resto de nuestros días.

Ah, bueno. No funcionó, y juré que sería la última vez que intentaría mi carrera criminal.

Odette metió los diamantes en su bolso y nos dirigimos a la esquina, deteniéndonos justo en la entrada de *The Sazerac Bar*.

Levanté a Ares y entramos en el restaurante. Mis ojos recorrieron el amplio lugar. Tenía el ambiente de la vieja New Orleans, con las paredes pintadas de colores intensos y decoradas con fotografías antiguas. El sonido del trompetista se colaba por las grandes ventanas abiertas. Un candelabro de cristal dominaba el lugar.

Cada segundo que pasaba, mi pulso retumbaba más fuerte y rápido, robándome el aliento. Mantenía la compostura, pero por dentro me estaba desmoronando.

—Hola —nos saludó una *hostess* con una amplia sonrisa—. ¿Tienen una reservación?

Odette y yo compartimos una mirada.

—Sí —anunció con voz ronca—. Diamante de sangre.

Esos idiotas tenían un sentido del humor enfermizo. A favor de la *hostess*, ni siquiera pestañeó.

—Por aquí.

Nos abrimos paso por el lugar, pasando mesas y cabinas, cuando la *hostess* hizo una pausa. Odette me hizo un leve gesto con la cabeza, indicándome que era hora de que desapareciéramos en el baño, cuando una voz familiar se filtró hacia mí por el pasillo.

—¿Billie? —La voz detrás de nosotros sonaba demasiado familiar—. Billie Swan.

Mi rostro palideció cuando por fin percibí la voz. Lentamente, me giré para mirar a su dueño.

Winston Ashford. A menos de tres metros de nosotros, sentado en una mesa repleta de lo que solo podía suponer que era su familia. Mi marido, mi pasado secreto, estaba allí sentado con expresión alarmada, con los ojos moviéndose entre Ares y yo.

Byron, su hermano mayor, también estaba aquí, mirando a Odette como si hubiera visto un fantasma.

¡Maldición! Este no era el momento para que mi pasado hiciera acto de presencia.

Capítulo Veintiocho



Winston

Seis malditos años.

En cuanto la vi, todo se detuvo. Su cabello dorado brillaba bajo el resplandor del candelabro. Ahora lo llevaba corto, apenas le rozaba los hombros. Se pasó un mechón por detrás de la oreja y luego apartó sus suaves ojos castaños.

Dios, esos ojos de dormitorio. La imagen suya de rodillas, a cuatro patas, estaba incrustada en mi memoria. Seis malditos años, y mi verga por fin se agitaba por una mujer de carne y hueso. Ya era hora, carajo.

La abstinencia era algo espantoso, lo desaconsejaba en su totalidad. Otras mujeres podían desfilas desnudas a mi alrededor y nada. Absolutamente nada. Pero un vistazo a mi esposa, y estaba completamente erecto.

Se veía tan hermosa como la recordaba. Elegante. Fuerte. El aroma a coco y a aire salado me embriagaba los sentidos. Mi maldita polla palpitaba dolorosamente. Después de tanto tiempo, seguía deseándola con la misma intensidad que el día que se marchó.

—Winston Ashford —refunfuñó mi esposa, con un tono lleno de disgusto. Estaba claro que estaba encantada de verme—. Exactamente el hombre que no quería volver a ver.

No se alegró de verme. Para. Nada.

—Hola, Odette —saludó mi hermano a la hermana de Billie—. ¿O debería llamarte doctora Swan?

—Doctora Swan —contestó tensa, con tono cortante. Al parecer, a Odette tampoco le agradaba mi hermano. Me preguntaba si a él también le enviaban correos electrónicos con hileras de dedos del medio.

—Felicidades. Pero, nunca dudaste de tus habilidades, ¿verdad?

Mi hermano podría haber estado recitando la Biblia en japonés para lo que me importaba. No le presté atención. Me fijé en Billie con una mirada que prometía problemas. Le dije sin palabras que esta vez lucharía por ella. La perseguiría.

Giró la cabeza para susurrarle algo al niño que tenía en brazos, y fue como si todo encajara al mismo tiempo.

Me quedé paralizado. El mundo se inclinó sobre su eje y se me hizo un nudo en la garganta mientras miraba al niño. El niño que era la viva imagen mía cuando era un chico. Sus ojos azules se apartaron de Billie y se dirigieron hacia mí por un instante.

Cristo.

Esto lo cambiaba todo. Si hubiera sido un buen hombre, le habría dado el divorcio cuando me lo pidió. Pero no lo era, y en ese momento todo estaba decidido.

Al carajo todo. Esta vez escribiría nuestra historia, y para eso Billie necesitaba estar a mi lado. Solo necesitaba tiempo con ella para que viera lo bien que podíamos estar juntos. Su camino la había llevado de vuelta a mí por alguna razón.

De repente, todos los demonios que me habían estado atormentando pasaron a un segundo plano. Había luchado contra ellos por ella y había ganado, en su mayor parte. Ahora tenía otra razón para luchar contra ellos. *Nuestro hijo*.

Mis demonios no me vencerían.

Era en mi esposa en quien pensaba mientras luchaba contra mi adicción, a pesar de los recuerdos de la guerra que amenazaban con destruirme. El terapeuta me dijo que me centrara en

algo, alguien, que me hiciera querer ser un hombre mejor.
Esa era Billie.

Capítulo Veintinueve



Billie

Su mirada se clavó en mí. Sentí que mi corazón estaba a punto de detenerse y la piel me ardía. Teníamos que salir de los alrededores de los Ashford antes de que hiciera algo estúpido. Como saltar sobre los huesos de mi esposo.

Pero solo porque hacía tanto tiempo que no tenía sexo.

—Vamos, *Soeur*, no necesitamos esta mierda. Los Ashford son una maldita plaga en este planeta. Mejor mantener la distancia para no contagiarnos de nada.

Justo como con un pene.

—Me alegro de verte. —Por supuesto que Byron Ashford sería un caballero. Pero le rompió el corazón a Odette. No había vuelta atrás de esa mierda. Tal vez toda la familia estaba dañada de una manera irreparable. Tenía que ser eso. Era la única explicación que tenía sentido.

—Señor Ashford. —Los ojos de Odette se congelaron, las motas de oro en ellos de repente nadando en un mar de hielo—. Diría que me da gusto verlo, pero sería mentira.

Esa era mi hermana. Esbocé una sonrisa despiadada a mi marido y le dimos la espalda a nuestro pasado.

Odette me apartó de un codazo mientras yo le lanzaba una mirada exasperada. Esto no había empezado bien y estaba segura de que podía leer la desesperación en mis ojos.

—Apégate al plan —murmuró, mientras todo en mí gritaba que abortara el plan y huyera. Prefería que me persiguieran unos criminales a que mi marido secreto estuviera cerca.

—¿Quién es? —preguntó Ares, con sus ojos azules clavados por encima de mi hombro.

—Nadie importante, cariño.

Los ojos de mi hermana se cruzaron con los míos y ambas supimos que nunca había dicho una mentira tan grande.

Con Ares en brazos, caminé por el baño de mujeres por lo que se sentía la enésima vez.

Sonó un fuerte golpe en la puerta y me puse rígida. Odette no estaría tocando. La puerta se abrió y el corazón cayó hasta mis pies.

Mi esposo estaba de pie en el umbral de la puerta, su mirada ardía con tantas emociones que era difícil leerlas todas. Se veía bien, incluso mejor que seis años atrás. Algo en él gritaba control y poder a otro nivel.

Llevaba una camisa de vestir blanca y la corbata gris ligeramente suelta, como si hubiera tirado de ella demasiadas veces en su camino al baño. Sus ojos me recorrieron hasta que nuestras miradas se encontraron. Sus azules estaban nublados con algo oscuro y excitante. Posiblemente aterrador. Se me aceleró el pulso.

—Este es un baño de mujeres —acusé con voz ronca, bajando a mi sobrino.

Eso no lo disuadió. Entró en el baño y cerró la puerta tras de sí.

—Guardabas un secreto, esposa. —Sus ojos se clavaron en mí y en Ares, y me siguió mientras yo caminaba hacia atrás. Su tono exigía una respuesta, pero no podía pensar. Mis pensamientos estaban aturridos, incapaces de captar el significado de sus palabras—. ¿No es cierto?

Sacudí la cabeza.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando. —Respiré.

Su mirada relampagueó con algo sardónico.

—Me ocultaste a mi hijo.

Tragué saliva al darme cuenta. Creía que Ares era suyo. Mi espalda golpeó la pared del baño mientras me agarraba a un clavo ardiendo, cualquier cosa que me permitiera salir de aquí sin exponer el secreto de mi hermana. Ares era el hijo de Byron, de la noche que pasaron juntos seis años atrás. La misma noche, la primera, que pasé con Winston.

—No corras más, esposa. —Un susurro de oscuridad recorrió su voz mientras avanzaba. No podía ver bien, no con lo caliente que estaba mi cuerpo y lo que la reverencia en su mirada me hacía sentir—. ¿Entendido?

Necesitaba ganar tiempo. Encontrar una forma de sacarnos a Ares y a mí de aquí. Odette lo entendería una vez que se lo explicara. Jesucristo, ¿sería así como finalmente le contaría todo?

—Dime que lo entiendes, Billie. —Asentí—. Bien.

Apoyó las manos en la pared, a ambos lados de mi cabeza. Tenía los ojos fijos en Ares, que observaba todo el intercambio con fascinación.

—Todo estará bien ahora.

La aspereza de su voz me erizó el vello de los brazos. Con una mano, busqué algo en la superficie lisa del lavabo. Tenía que hacer entrar en razón a Winston. ¿No me había escuchado cuando le dije que tomaba la píldora anticonceptiva?

Susurró sus siguientes palabras en mi oído.

—Te he echado de menos, esposa. —Me estremecí ante la cruda necesidad en su voz. Inhalé cuando sus labios rozaron mi cuello—. Siempre he pensado en ti. No ha habido otra mujer desde que dijimos nuestros votos.

Su confesión me hizo cosas. Me hizo estúpida. Me cegó. Me hizo desearlo, lo cual era ridículo ya que mi sobrino estaba a mi lado.

Tragué saliva.

—Lo mismo digo. —La admisión se produjo sin mi permiso, pero debió de complacerlo enormemente porque dejó escapar un gruñido.

—Tienes suerte de no haber dejado que ningún otro hombre te tocara, Billie, porque estaría ocupado cazándolos. Realmente no me gusta cuando la gente toca mis cosas.

Algo sobre sus palabras me hacía arder por dentro. Estaba tan cerca, olía tan bien, su calor corporal me calentaba la piel, y llevaba tanto tiempo sin un hombre.

—No lo asustes —declaré con voz ronca, buscando profundamente en las reservas de mi cordura antes de cometer una estupidez.

—No estoy asustado —afirmó Ares, y había que reconocer que no parecía asustado en absoluto.

—Bien. Los Ashford protegemos a nuestra familia.

—Oh. —Las pequeñas canicas de Ares trabajaban duro mientras trataba de entender eso. Qué maldito enredo—. ¿Eso significa que eres de la familia?

Dejé escapar un gemido frustrado mientras Winston sonreía, observándolo como un padre orgulloso con tanto amor y afecto en los ojos que hizo que se me apretara el corazón. Tenía que salir de aquí antes de que salieran a la luz secretos equivocados.

—Sí. Y vendrás a casa conmigo.

Mis ojos se abrieron de par en par. Maldición, no. Aunque Ares fuera su hijo, nunca dejaríamos que se lo llevara. Resoplé suavemente. Sí, parecía que los Ashford todavía solo tomaban y destruían.

Mis dedos chocaron con algo frío y dirigí un vistazo al espejo. Un pesado jarrón de cristal. Era lo único que había sobre la encimera. No lo pensé, simplemente lo agarré y me balanceé, golpeando a mi esposo en la cabeza.

La confusión brilló en sus ojos y soltó un gruñido de dolor. Hice una mueca de dolor.

—Lo siento —murmuré, llena de arrepentimiento. Mas no tenía elección.

El cuerpo grande y fuerte de Winston se desplomó en el suelo con otro gruñido justo cuando la puerta del baño se abrió de nuevo. Mi hermana se quedó boquiabierta, intentando asimilar la escena.

—¿Q-Q pasó?

Sus ojos se clavaron en Winston, tirado en el suelo del baño.

—Tenía que noquearlo —me excusé, con la voz baja y demasiado a la defensiva—. Cierra la puerta antes de que alguien nos vea.

Sacudió la cabeza.

—Jesucristo, Billie. Tendrás a cada maldita persona tras nosotras para cuando termines. ¿Por qué lo noqueaste?

—Quería llevarse a Ares.

Frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Pensó que Ares era suyo.

La sorpresa marcó sus facciones cuando comprendió.

—Billie ¿Por qué pensaría eso?

Mi mirada encontró la suya y solté un gemido frustrado.

—Porque me metí con el imbécil esa noche que tuviste sexo con su hermano.

Los ojos de mi hermana se abrieron de par en par.

—Yo... ¿Qué? Pensé que no lo soportabas.

Me encogí de hombros.

—No lo soporto. —Mis ojos se desviaron hacia el cuerpo inconsciente en el suelo—. Todavía no puedo. Obviamente.

—Pásale por encima y dame a mi hijo —ordenó Odette, su paciencia comprensiblemente agotada—. Luego salgamos de aquí antes de que alguien lo encuentre.

El remordimiento me invadió al ver su cuerpo. No moriría. Podía ver su pecho subir y bajar.

—Lo siento, Winston —musité—. Tienes suerte de que no te haya matado.

Nos dirigimos hacia la parte trasera hasta llegar a la salida de emergencia. Era la única salida, a menos que quisiéramos arriesgarnos a salir por el frente. Así que empujamos la puerta y sentimos la luz del sol en la cara justo cuando sonó la alarma.

Entonces, salimos corriendo del restaurante y nos lanzamos por el callejón adoquinado como si el mundo estuviera en llamas.

Mientras tanto, la alarma sonaba detrás de nosotras, prometiendo que los problemas estaban por llegar.

Capítulo Treinta



Winston

«**C**uando la encuentres, aférrate a ella. Se merecen lo mejor, hijos míos. No se conformen con menos. No se conformen como yo».

El recuerdo de la voz de mi madre atravesó mi adolorido cráneo. Intenté concentrarme y encontrar el origen del caos. Tardé un rato en darme cuenta de que había sonado la alarma, de que el chillido me perforaba los tímpanos y parecía sacudir todo el edificio.

Me obligué a abrir los ojos y vi la baldosa de mármol italiano, su fría superficie presionada contra mi mejilla. Demonios, ¿por qué estaba en el suelo? Mierda, quizá me había desmayado.

Pero entonces todo se precipitó hacia mí. Mi esposa. Mi hijo. Su brazo levantado, jarrón en mano.

Dios mío, la mujer me quería muerto.

El zumbido de la alarma persistió, y me puse de pie a trompicones, buscando cualquier rastro de Billie y el chico, aunque sospechaba que ya hacía tiempo que se habían ido.

Salí tambaleándome del baño, observando que la señal de la puerta de emergencia parpadeaba. Sí, hacía tiempo que se había ido. Me dirigí a la parte delantera del restaurante y la conmoción allí.

—Llévatelos. Nos veremos en un rato. —Byron daba órdenes. No sabía bien a quién, el golpeo en el cráneo me impedía pensar.

—Tiene a mi hijo —murmuré—. Ese es mi hijo.

Me balanceé sobre mis pies cuando todo el mundo se dio la vuelta. Di un paso adelante, con las manos temblorosas por la adrenalina. Mi esposa tenía un tremendo puñetazo.

—¿Tu hijo? —preguntó Byron en un siseo. Dios, por qué no podía tomar mis palabras al pie de la letra y callarse de una maldita vez—. ¿Cómo ibas a tener un hijo con...?

Vi cómo se daba cuenta. La noche en *Le Bar Américain* en la que se metió con su guapa doctora mientras Billie y yo discutíamos como dos adolescentes. Joder, esa fue una buena noche.

—Sí, mi hijo. ¿No entiendes inglés? —solté. Estaba viendo doble.

Byron apretó la mandíbula mientras me miraba. Probablemente podía adivinar lo que pasaba por su mente en este momento.

—¿Estabas bebiendo allí atrás? —Byron se las arregló para decir mientras Kingston sonreía detrás de él, dándome un pulgar hacia arriba.

—Me golpeó en la cabeza —expliqué—. Quería hablarle sobre nuestro hijo, pero la muy loca me golpeó el cráneo. —Literalmente—. Luego se largó. Billie y su hermana activaron la alarma. —Byron me lanzó una mirada incrédula, así que añadí frustrado—: No tomé ni una maldita gota de alcohol.

La verdad era que ni siquiera podía culparlo por sus sospechas. Había adormecido mis problemas y mi dolor de esa manera con demasiada frecuencia. Era la razón por la que solía compartir mujeres. Era más fácil perderse en un mar de cuerpos que dejar que se formara una conexión emocional.

Dios mío, ¿por qué era todo esto tan complicado?

—¿De qué estás hablando? —La voz de Aurora contenía incredulidad mientras aparecía de la nada—. ¿La doctora de Byron te golpeó?

—No, su hermana me noqueó.

—Fuerzas especiales, y una mujer te noquea —pronunció Byron en voz baja.

Pero entonces se me ocurrió una idea y sonreí. La dejaría embarazada otra vez y esta vez se quedaría conmigo para siempre. Sí, eso funcionaría. No me importaba lo iluso que me hiciera parecer. Encontraría la manera de demostrarle lo serio que estaba para mejorar las cosas entre nosotros. El diablo que tenía en el hombro estaba totalmente de acuerdo, mientras que el ángel que tenía en el otro permanecía en silencio, probablemente juzgándome. «Únete al club, amigo».

La mirada que me echó mi hermano mayor me dijo que quería limpiar mi sonrisa engreída con desinfectante.

Los ojos de Kingston se cruzaron con los míos y tuve la sospecha de que sabía lo que estaba planeando, aunque no dijo nada. Solo me dio dos pulgares arriba. Tres hermanos contra uno. Las probabilidades estaban a mi favor.

Byron abrió la boca para decir algo, pero apareció Sasha Nikolaev.

—Alguien salió por la puerta de emergencia, eso es lo que activó la alarma.

Alguien por fin ya la había apagado, y el silencio era casi tan ensordecedor como las sirenas. Me dejé caer en el asiento de nuestra mesa.

—Te lo dije. Las hermanas Swan escaparon por ahí. Se llevaron a mi hijo.

Y los recuperaría a ambos. Byron tendría que lidiar con la doctora Swan. «De nada, hermano».

El restaurante estaba vacío en ese momento, Aurora y Byron tomaron asiento también, manteniendo sus ojos en mí. Estaban preocupados. Probablemente deberían estarlo.

—¿Qué te hace pensar que es tu hijo? —Byron presionó.

Sasha y Alexei también se sentaron, Kostya en el regazo de su padre. Mi sobrino no se inmutaba. Si explotaba una bomba al lado, Kostya miraría los daños sin pestañear.

—Tiene la edad correcta y el mismo color de ojos que los míos. Exactamente igual —anuncié, haciéndole señas a un mesero para que se acercara. Maldición, mataría por un *whiskey* en este instante—. Agua. Y un poco de hielo, por favor. —Necesitaría tener la cabeza despejada para engañar a Billie—. ¿Qué beben y comen los niños de cinco años?

El camarero me miró sin comprender. Inútil.

—Umm, no sé. *Nuggets* y jugo de manzana, tal vez —respondió, con ojos tentativos—. No tengo hijos.

Google me ayudaría más que este imbécil. O mi hermana y mi cuñado.

—Tráele agua —demandó Byron, ignorando al mesero—. Quizá también un cerebro que funcione —añadió con sarcasmo.

Tan pronto el camarero estuvo fuera del alcance del oído, Aurora, siempre la razonable, dijo:

—Winston, no creo que debas sacar conclusiones precipitadas. Muchos niños tienen los ojos azules.

—Se parece a nosotros en nuestras fotos de bebé. —¿Estaban ciegos mis hermanos?

—¿Conseguiste alguna información de tu mujer? —Sasha le preguntó a Byron. No tenía sentido que vinieran a reunirse con un contrabandista internacional de diamantes.

—No. —Mi hermano apretó los dientes. Parecía que la doctora Swan estaba tan loca por Byron como Billie por mí. Ah, jodido amor.

—Si alguna de las mujeres está implicada en el contrabando de diamantes —reflexionó Alexei con calma—, pondrá a todos en peligro. Y no dudarán en matar al chico.

Se disparó en mi cuerpo un miedo inigualable.

—Byron, ¿no puedes preguntarle a tu doctora? —Aurora cuestionó a Byron en voz baja. Siempre había sido la romántica de la familia, siempre había querido una familia grande con sobrinas y sobrinos.

Sasha respondió:

—No parecía muy dispuesta a verlo. —Byron fulminó con la mirada al ruso, probablemente dispuesto a matarlo—. Sería mejor enviar a otra persona. Alguien más encantador.

A juzgar por los puños apretados de Byron, estaba luchando contra el impulso de asesinar al ruso.

—No se preocupen. Le sacaré la verdad a Odette.

No importaba, porque tendría a Billie y a mi hijo. De una forma u otra.

Capítulo Treinta Y Uno



Billie

En las afueras de New Orleans, el hotel en el que nos alojábamos no era el mejor de la zona ni mucho menos. Por desgracia para nosotros, eso no significaba que no era igual de costoso. Una noche, por no hablar de varias noches, haría hoyo en nuestro presupuesto. Con suerte, una vez que todo este asunto con los contrabandistas de diamantes quedara atrás, estaríamos de vuelta en Francia y de vuelta al trabajo.

Tal vez volveríamos a la normalidad. Ares necesitaba normalidad. De hecho, todos la necesitábamos, algo que no habíamos tenido desde aquella fatídica noche de hacía tantos años. Mi mirada recorrió la pequeña habitación. Dos camas matrimoniales. Nuestras maletas desparramadas. Una habitación vacía. Vivir solo de maletas ya se estaba volviendo tedioso, y no era bueno para ninguno de nosotros.

Especialmente Ares. Mi mirada se suavizó al posarla en su silueta dormida. Roncaba suavemente, con una pierna colgando de la cama. Las gotas de lluvia caían sobre la ventana de cristal y, por enésima vez, recorrí la pequeña habitación, esperando a que Odette regresara.

«¿Dónde está?».

No debería llevar tanto tiempo ir al banco. ¿Quizás conseguir un préstamo de un millón de dólares requería mucho papeleo? Se había ido cuando aún era de día, y eso ya hacía varias horas.

La culpa se deslizó a través de mí. El día anterior, creímos que nos libraríamos de los contrabandistas tras devolverles los diamantes, pero nos engañaron. Ahora querían un millón de dólares en intereses. No podía conseguir un préstamo. No había tenido un trabajo de verdad desde que nació Ares. Me dedicaba sobre todo a cuidarlo y a hacer pequeños trabajos aquí y allá: vestidos de novia, diseños personalizados y cosas así.

Dios, esperaba que este plan funcionara, aunque una vocecita en el fondo de mi cabeza se burlaba de mí.

Ares se incorporó en la cama, sacándome de mis preocupaciones. Se frotó los ojos, girando la cabeza de derecha a izquierda, confundido. En los últimos seis meses, se había despertado a menudo a mitad de la noche, sin saber dónde estábamos y preocupado por el entorno desconocido.

—¿Maman? ¿Tía Billie?

Sin perder tiempo, me apresuré a él.

—Shhh. Todo está bien.

Giró la cabeza en mi dirección y abrió las manos para darme un abrazo. Me acerqué y lo envolví en un abrazo, murmurando palabras reconfortantes.

—Estoy aquí.

—¿Dónde está Maman? —inquirió somnoliento. Me preguntaba lo mismo, pero no lo dije. Él no necesitaba preocuparse por más cosas de lo que ya lo hacía.

—Volverá pronto —aseguré en voz baja.

—No me gusta estar aquí, tía Billie. —Se me apretó el corazón. Era la única responsable de este desastre y me sentía impotente. Debería ser la que lo arreglara, no tener a Odette deambulando de banco en banco. Sin embargo, aquí estábamos.

—Lo sé, amiguito —susurré—. Nos iremos pronto. Espera a que volvamos donde Maman y yo crecimos. Te va a encantar.

No respondió, sino que jaló de mi brazo.

—¿Puedes quedarte conmigo y contarme una historia?

Sabía que eso se traduciría a “¿puedes acostarte conmigo hasta que me duerma?” y suspiré, incapaz de negarme. Me tumbé encima de las mantas de la cama que compartía con Odette y empecé con “Había una vez”, mezclando hechos de varios cuentos de hadas hasta que ambos nos quedamos dormidos.

Al menos durante un rato.

Un suave gemido me despertó. Abrí los ojos, preocupada de que Ares estuviera en medio de una pesadilla. Pero no era él. Estaba profundamente dormido.

Me di la vuelta y encontré un cuerpo desplomado contra la puerta de nuestra habitación. Con cuidado de no despertar a mi sobrino, caminé por el suelo hasta mi hermana. Un jadeo rompió el silencio al ver su maltrecho estado.

Con cuidado de no hacerle daño, le di un codazo.

—*Soeur*. Odette, ¿qué demonios te pasó?

Parpadeó y se pasó el dorso de la mano por los ojos.

—Nada.

La rabia creció lentamente en mi interior ante su estado.

—No me vengas con estupideces. Está claro que pasó algo. Estás moreteada.

Sus ojos se encontraron con los míos y dejó escapar un fuerte suspiro.

—¿Es malo?

—Se podría decir que sí. Tienes el labio partido e hinchado. Tu mejilla... —La agarré por los hombros—. Dime quién hizo esto —exigí.

—El contrabandista de diamantes —respondió cansada. Lo único que me quedaba era una culpa asfixiante y dolor por ella.

Por un momento, no pude respirar. Tenía la garganta apretada y un peso en el estómago. Yo debería haber recibido esos golpes. No mi hermana. Ella y Ares eran inocentes en todo esto.

No fue hasta que limpié sus heridas y la metí en la cama, horas más tarde, cuando por fin pude asimilarlo todo. Cerré los ojos, apoyé la cabeza en el cabecero barato y deseé poder volver atrás en el tiempo. Lamenté haberme llevado aquellos diamantes, obviamente.

Pero aún más, me arrepentí de no haber buscado a Winston para que nos ayudara. Quizá si me hubiera quedado y me hubiera convertido en la cazafortunas que él decía que era, les habría ahorrado a mi hermana y a mi sobrino todos estos años de penurias.

Mis ojos se abrieron de golpe, sabiendo la respuesta. Me permití ser totalmente sincera conmigo misma, reflexionando sobre los últimos seis años. Cada momento. Cada correo electrónico. Cada palabra hablada con Winston.

Se acabó la negación.

Aunque había disfrutado de cada caricia de mi marido, por fugaz que fuera nuestro tiempo juntos, sabía que no podía vivir en un matrimonio en el que fuera menos que él. Con el tiempo, lo habría odiado y a mí misma sin remedio. Más allá del reconocimiento.

Mi madre siempre decía que mi orgullo sería mi perdición, y empezaba a ver la verdad en esas palabras.

Capítulo Treinta Y Dos



Winston

Habían pasado unos días desde la última vez que vi a Billie, así que la noticia que acababa de recibir era lo último que esperaba.

Me pasé una mano temblorosa por el cabello, estremecido hasta lo más profundo de mi ser. El niño era hijo de la doctora Odette Swan, no de Billie. Maldición, si hubiera vigilado mejor a mi esposa, lo habría sabido.

El desprecio se extendió como la congelación en mi pecho. Hacia mí mismo. Hacia Billie. Hacia mi hermano. La decepción tenía un sabor amargo. Una mezcla de furia y arrepentimiento ardía en mi pecho.

Me temblaban las manos. De envidia. De rabia.

Había sobrevivido a despliegues en zonas de guerra, al entrenamiento de las Fuerzas Especiales, a vivir bajo el techo de mi padre, y nunca nada me había dolido tanto como esto. Amaba a mi hermano, a todos mis hermanos, pero mentiría si dijera que no había una pequeña parte de mí que estaba celoso en ese instante.

—¿Estás bien? —preguntó Byron, con tono vacilante.

—Sí, solo necesito... —«Una bebida»—. Café. —Su ceño se frunció, claramente no me creía. Estábamos en el centro, en su oficina, y acabábamos de colgar con Nico Morrelli tras recibir la devastadora noticia.

Me dirigí al minibar, mirando el alcohol como si mi vida dependiera de ello. Mierda, mierda, mierda. Me serví un poco de café negro y le di un trago, el líquido caliente era un pobre sustituto del adormecimiento que me proporcionaba el alcohol.

—Tú y Billie...

—No —interrumpí—. Mi deseo de hablar de ella coincide con tu deseo de hablar de la doctora Swan. Así que no lo hagas.

Asintió, y lo curioso era que probablemente sí lo entendía, porque la hermana de Billie también lo había rechazado.

Resopló.

—Somos un par, ¿no? Ambos suspirando por las hermanas Swan, nuestro amor por ellas no correspondido.

Una amarga diversión me llenó. Billie era la única mujer que me había rechazado, ignorado y molestado. Durante seis años, había intentado olvidarla. Fingir que no importaba. Incluso fingí que no existía cuando estaba en África. Me había hecho creer que la distancia y la lejanía podían borrarla con éxito.

Sin embargo, todo el tiempo sabía que me estaba mintiendo a mí mismo.

Era mi tentación. La razón de mi existencia. La razón de mi sobriedad. Cada vez que pensaba en ella o cada vez que estaba cerca, todo lo que quería hacer era encontrar una manera de adorarla.

—Tal vez necesiten un poco más de persuasión —interpreté, ocultándome tras mi máscara una vez más.

—¿Tal vez los Ashford no están destinados a tener suerte en el amor? —Byron teorizó con naturalidad, casi como si lo hubiera aceptado—. Míranos. Royce persiguiendo a Willow. —Nuestro hermano menor había hecho una especie de arreglo con Willow, donde ella le daba migajas y él estaba demasiado feliz para quejarse. «Parecía justo». Inclinandose hacia atrás en su

silla, continuó—: Tal vez todavía hay esperanza para Kingston.

El tono de Byron no contenía mucho. El hermano que conocíamos ahora se mantenía cerrado y a raya. Lo aceptaríamos de cualquier forma, mas era imposible ignorar el hecho de que había pasado por cosas que ni siquiera podíamos empezar a comprender.

—Aurora está felizmente casada —señalé antes de beber otro trago del líquido negro.

—No creí que quisieras hijos.

Me encogí de hombros. La verdad era que nunca había pensado en tener hijos, no obstante, ver a Billie con uno me hizo darme cuenta de que podía ser una segunda oportunidad: en la vida, en el amor. ¿Una mala razón para ello? Probablemente. ¿Una estupidez? Seguramente. Pero se sentía tan correcto.

La idea que había florecido con tanta naturalidad hacía unas semanas volvió con fuerza. Se encendió una bombillita y mi mente empezó a trabajar frenéticamente. Solo necesitaba a Billie en mi cama y todo lo demás vendría por añadidura.

—No me gusta esa expresión en tu cara —soltó inexpresivo Byron, mirándome con los ojos entrecerrados.

Sonreí con suficiencia.

—Pero a mí sí.

—¿Tienes una idea?

—Tal vez. —Antes de que pudiera interrogarme más, lo detuve—. Y no, no la compartiré contigo.

Su silla se balanceaba de un lado a otro mientras me estudiaba. Byron y yo éramos parecidos en algunas cosas, aunque muy diferentes en otras. Él no estaba dispuesto a cruzar las mismas líneas que yo. Por la mujer y la familia que quería, demonios, sí, las cruzaría todas.

La puerta se abrió y Royce entró como si fuera la gran cosa, sentándose en una silla y subiéndole los pies en el escritorio de Byron. Una vena palpitó en la sien de mi hermano y sonreí con satisfacción.

—Solo mis hermanos terminarían enamorándose de hermanas —se mofó perezosamente. Byron y yo gemimos en voz alta. Tenías que ser un santo para lidiar con Royce—. Tan aburrido.

—Solo tú terminarías enamorándote de la mejor amiga de nuestra hermana. —señalé secamente—. Todavía la recuerdo con *brackets*.

Royce se limitó a sonreír.

—Sí, yo también. Era tan linda.

Byron y yo compartimos una mirada.

—Si la jodes, Aurora no te lo perdonará nunca —le recordó Byron, intentando inculcar algo de sentido común a nuestro imprudente hermano.

—Sí, lo hará. ¿Sabes por qué?

Byron y yo preguntamos al mismo tiempo:

—¿Por qué?

—Porque soy su hermano favorito. —Pusimos los ojos en blanco mientras la estruendosa risa de Royce llenaba el espacio. Ambos empezaron un juego de palabras, pero dejé de escuchar.

Tenía que intentar ver a mi esposa. Tal vez la colmaría de diamantes y eso la apaciguaría lo suficiente como para ver las cosas a mi manera.

«No, idiota». Mi monólogo interior no me dejaba descansar. «Tienes que hacerlo mejor que eso».

Mientras mis dos hermanos discutían, me escabullí.



Detuve mi Aston Martin frente a la casa de Byron, con los dedos golpeando el volante.

Habían pasado dos días desde que supe que no había un hijo que nos uniera a Billie y a mí. Dos días desde que Byron se casó con la doctora Swan y todos se mudaron a su casa. Dos días para que mi esposa me evitara. No quería quedarme en casa de Byron, pero por todos los infiernos, no podía alejarme cuando ella estaba aquí.

Salí del coche y me dirigí al interior, con un traje nuevo y gafas de sol. No importaba lo mucho que no quisiera estar aquí, quería a Billie. Quería hijos, una madre cariñosa... el paquete completo.

Todo lo que tenía que hacer era conseguir que Billie estuviera de acuerdo con mi plan y sería mía para siempre.

«*Maldito idiota*». Casi podía oír las voces de mis hermanos diciéndome lo estúpida que era la idea. Estaba a punto de dirigirme al despacho de Byron cuando vislumbré una cabellera dorada en los jardines. Una risa suave siguió, y me detuve en seco.

—Tu hermano está en el estudio —mencionó el mayordomo de Byron, señalando a la derecha, como si fuera la primera vez que venía. Conocía cada rincón de esta casa.

—Estoy buscando a otra persona —informé, viendo cómo Billie jalaba las flores y luego se las entregaba a mí... *nuestro* sobrino, sin darse cuenta de que la miraba. Hablaba con viveza, y lo que fuera que estuviera diciendo hizo reír al chico—. Puedes irte. —No podía apartar la mirada de ella—. Sé dónde encontrarla.

El mayordomo siguió mi línea de visión y sacudió sutilmente la cabeza. Probablemente *también* pensó que era un idiota. Me daba igual. Mi esposa estaba allí, caminando alrededor con el cabello dorado como la miel recogido en una trenza holandesa, vestida con *jeans*, un suéter blanco y unos *flats* que parecían demasiado andrajosos para sus delicados pies.

Me apoyé en el marco de la puerta, con las manos metidas en los bolsillos delanteros, y observé con deleite.

Mi sobrino dijo algo y le devolvió las flores que había arrancado. Billie fingió sorpresa y una sonrisa curvó sus labios carnosos. Hizo una reverencia y tomó las flores, hundiendo la cara en los suaves pétalos.

Ambos estallaron en carcajadas.

—Así es como convences a las mujeres, Ares —explicó, con una sonrisa en la voz—. Tienes talento natural. Espera y verás. Las chicas comerán de tu mano.

Fue entonces cuando se fijó en mí, nuestras miradas se cruzaron y su sonrisa se desvaneció al instante.

—Tía Billie, ¿te agrada el tío Winston? —La inocente pregunta de Ares la hizo estremecerse, como si estuviera físicamente enferma solo por mirarme.

Me crují los nudillos.

—Sí, Billie. Cuéntanos. ¿Te agrado? —indagué.

Si las miradas mataran, ya estaría muerto.

—No me agrada —declaró a Ares. Ni siquiera se molestó en ser discreta, me miró como si acabara de matar a su cachorro—. ¿Qué estás haciendo aquí?

La mujer era terca como una mula y orgullosa como una reina.

—Esta es la casa de mi hermano.

—Exacto. —Puso las manos en las caderas, tentándome. Nada me apetecía más que echármela al hombro y llevarla a mi dormitorio—. Es la casa de tu hermano. Entonces, ¿por qué

estás aquí?

—Estoy aquí para verte.

—Preferiría que no lo hicieras.

—Bueno, no depende de ti —objeté entre dientes mientras la cabeza de Ares oscilaba entre nosotros.

Ladeó la cabeza y entrecerró los ojos.

—Bien, como quieras. —Giró sobre sí misma, ofreciéndome una vista de trescientos sesenta grados de esas curvas. La polla se me puso tiesa en el pantalón y gemí por dentro. No era el momento ni el lugar—. Ya está. Me viste. Ahora, por favor, vete.

Se me aceleró el pulso mientras intentaba controlar mi frustración. Sexual y mental.

—Amiguito, ¿qué tal si te vas a jugar? Tengo algo importante que hablar con tu tía.

Ares dio un paso cuando la voz de Billie lo detuvo.

—Ares, quédate aquí conmigo.

Con el pie aún en el aire, seguía mirando entre nosotros, inseguro de a quién escuchar.

—Pero...

—No me dejes sola con el enemigo —siseó, sin dejar de observarme, con animosidad en esos hermosos ojos dorados.

—Adelante, Ares. Te prometo que tu tía estará a salvo conmigo.

Ares dio el primer paso vacilante alejándose de nosotros, luego otro, mientras Billie lo observaba con nostalgia, moviéndose sobre sus pies.

Esos iris dorados volvieron a encontrarse con los míos y se me retorció el pecho. La deseaba tanto que me dolía. ¿Era normal? Sus labios se fruncieron y no pude evitar imaginarme cómo se verían envueltos en mi polla. Era como si volviera a ser un chico de catorce años, ansioso por explorar el concepto de la sexualidad y follármela en todas las posturas imaginables.

Frustrado conmigo mismo y con ella, busqué los cigarros en el bolsillo y encendí uno. Nunca en mi vida una mujer me había hecho sentir tan nervioso.

—Querías hablar —señaló, con un ligero temblor en la voz. Bien, tal vez ambos estábamos nerviosos. Igualdad de condiciones y toda esa mierda—. Habla.

Se cruzó de brazos y me observó con una inclinación desafiante de la barbilla. No pude resistir llevar mi mano libre a su barbilla y rozar con los nudillos su suave piel. Una descarga eléctrica me recorrió la espalda.

Bajó las pestañas, se lamió el labio inferior y su mirada se aferró a la mía. Ahora que la miraba, el corazón vibraba en mi pecho con cada latido. ¿Ella también lo sentía? Normalmente no era tan difícil leer a la gente.

Demonios, tenía tantas ganas de besarla que me temblaban los dedos al llevarme la mano a la boca. Inhalé una profunda calada de mi cigarro, dejando que la nicotina se extendiera por mis venas de un tirón relajante y me quemaba los pulmones. Era una de las únicas adicciones que me permitía últimamente.

Si no contabas a esta mujer, que se mantuvo erguida y orgullosa frente a mí.

—¿Por qué me estás mirando así? —Tenía la voz entrecortada y las mejillas sonrojadas. Como era un imbécil, me acerqué un paso más a ella hasta que su pecho rozó el mío y el aroma que echaba de menos me embriagó.

—Porque eres mi esposa.

Sus ojos estudiaron a su alrededor antes de volver a observarme.

—Por favor, deja de decir eso. Alguien podría escucharte.

Sonreí.

—El mundo debería saberlo. —Mi vista bajó a su mano izquierda—. ¿Dónde está tu anillo?
Abrió la boca, sin duda para soltarme un comentario listillo, pero luego cambió de opinión y bajó los hombros.

—Está en mi neceser. Lo he mantenido a salvo para que puedas tenerlo de vuelta.

La satisfacción me llenó.

—Lo quiero en tu dedo.

Puso los ojos en blanco, aunque su expresión se suavizó.

—No me lo voy a poner en el dedo, Winston. Solo me casé contigo porque me chantajeaste.

—Solo me casé contigo porque quería asegurarme de que nadie más pudiera tenerte.

Cuadró los hombros, aferrándose a su resistencia como si fuera su oxígeno.

—No soy un objeto.

—Así es. Eres mi esposa. —Dejó escapar un suspiro frustrado—. Y como tal, la próxima vez que estés en problemas, acudirás a mí. —Frunció el ceño, parecía adorable y tan besable—. Cuando me casé contigo, prometí cuidarte y protegerte. ¿Cómo voy a hacerlo si te escondes cuando tienes problemas?

Me miró sorprendida durante un segundo, casi como si nunca se le hubiera pasado por la cabeza. No podía decidir si eso me enfadaba o me dolía.

Abrió la boca, la cerró y volvió a abrirla.

—¿Nos habrías ayudado? —La incredulidad en su voz era evidente. No estaba segura de lo que decía de mí o de este matrimonio, aun así, estaba decidido a arreglarlo.

—Sí.

Su palma se acercó a mi pecho y mi corazón latió contra ella. Fue una caricia tan sencilla e inocente, pero me hizo estremecer.

—Ojalá... —Dejó escapar un pesado suspiro—. Bueno, ya es demasiado tarde. Odette se casó con tu hermano y pagó por mi estupidez.

—¿Qué estupidez?

Otro profundo suspiro.

—Encontré una bolsa de terciopelo negro llena de diamantes, y me la llevé.

La sospecha parpadeó en mi interior.

—¿Dónde los encontraste?

—En África, donde Odette estaba trabajando.

Cristo.

—¿En Ghana? ¿En una choza destartada?

Asintió, pero luego soltó un grito ahogado.

—Espera. ¿Cómo sabías que estaba en Ghana, o sobre esa choza?

—¿Entraste en esa cabaña? —gruñí, recordando todos los cadáveres que dejamos atrás.

—¿Cómo sabes sobre eso? —repitió.

Le acuné la cara.

—Billie, ¿en qué estabas pensando? Cuando ves cadáveres, te das la vuelta y huyes. No vas a explorar.

Se lamió los labios.

—No estás contestando a mi pregunta. ¿Cómo lo sabes?

—Porque fui quien mató a esos hombres. —Sacudí la cabeza, el significado de “pequeño mundo” nunca tuvo más sentido que en este momento—. Robaron la pulsera que Asher te regaló por nuestra boda. Fui a recuperarla, pero nunca, joder, les robas diamantes a los contrabandistas.

Dejó escapar una risa seca.

—No me digas. Además, vendí esa pulsera. No me la robaron.
Sacudí la cabeza.

—La vendiste. La volví a comprar. Esos idiotas me la robaron.
Sus cejas se fruncieron.

—¿Por qué volverías a comprarla?

—Porque es tuya. Siempre protejo lo que es mío, y tú, esposa, eres mía.
Y nunca planeaba dejarla ir.

Capítulo Treinta Y Tres



Billie

Habían pasado dos semanas desde mi encuentro con mi marido secreto en New Orleans. En esas dos semanas, Odette fue obligada a casarse con el padre de Ares. Para protegernos de los contrabandistas de diamantes. Para saldar la deuda y arreglar el desastre que yo sola había creado. La culpa era una carga pesada de llevar.

Escuchar a Winston decir que nos habría ayudado me hizo sentir aún peor. Podría haber librado a Odette de todo esto.

Mientras tanto, me vi obligada a soportar la presencia de Winston y su constante sonrisa burlona mientras me observaba con una expresión calculadora en sus ojos. Mierda, sabía que no sería un buen augurio para mí, sobre todo cuando Winston estaba siendo... amable.

Sus palabras de hace dos semanas aún resonaban en mis oídos. «*Siempre protejo lo que es mío, y tú, esposa, eres mía*».

Cada fibra de mi ser me instaba a huir, pero, por otro lado, quería asegurarme de que mi hermana y mi sobrino estuvieran bien atendidos. Mi precipitada decisión nos había metido en este aprieto; lo menos que podía hacer era estar aquí para ellos.

Así que aquí estaba, en la sala de juegos de mi Ares. Llevábamos en la mansión de Byron más días de los que me importaba, y la presencia constante de Winston me ponía nerviosa.

Tarde o temprano, tendría que largarme de aquí.

—Oye, amiguito. ¿Está bien si juego...? —«*Me escondo*»—. ¿Aquí contigo?

Sus ojos azul oscuro se levantaron de su set de trenes y me mostró una sonrisa espectacular.

—Por supuesto, tía Billie. —Le vi animarse con interés—. Pero tienes que tener cuidado.

—Siempre tengo cuidado. —Aunque me miró dudoso, se quedó callado. Bajando sobre mis rodillas, agarré un tren, porque realmente qué tan difícil podría ser esto.

—No, ese tren no —me indicó rápidamente, y me quedé quieta—. Ese es demasiado rápido para las chicas.

Al parecer, jugar con trenes era un asunto delicado.

—De acuerdo, entonces dime cuál es el mío y competiremos. —Me dio el más feo que había. Típico. Reprimiendo una sonrisa, lo agarré—. ¿Y ahora qué? —Esperé instrucciones.

—Ahora lo pones aquí —comunicó seriamente—. Y el mío estará aquí. Te dejaré ir primero porque eres una chica y soy un caballero.

Me reí por lo bajo, lo que me valió que mi sobrino frunciera el ceño. *Encantador*. Apenas llevaba unos días alrededor de su padre y sus tíos y ya estaba adoptando algunos atributos cuestionables.

—Bien, ¿pongo en marcha mi tren y me alcanzas? —inquirí, mi expresión sería una vez más.

Asintió, y justo cuando empujaba mi tren hacia delante, una voz que esperaba evitar sonó detrás de mí.

—Ah, aquí estás, esposa. —Encontré a Winston apoyado en el marco de la puerta, con las manos metidas en los bolsillos de su traje de diseñador. Tuve que admitir que se veía bien.

Los ojos de Ares se desviaron hacia mí.

—La tía Billie no se casó contigo.

Me puse rígida y le lancé a Winston una mirada de advertencia que prometía venganza.

—¿Cómo está tu cabeza? —indagué entre dientes, insinuando que no me importaría noquearlo de nuevo.

—Mucho más clara ahora que estás alrededor —contestó, mostrándome una sonrisa que revelaba sus dientes perfectamente blancos. Dios mío, ¿ahora hasta sus dientes eran *sexy*? Esta sequía estaba jodiendo con mi libido a lo grande.

—No te acostumbres. —Giré la cabeza e incliné la barbilla hacia Ares—. Tu turno, amiguito. Veamos si tu tren puede vencer al mío.

Winston se acercó y se puso de rodillas.

—¿Quieres que te ayude, Ares?

«*Di no, di no*», coreaba en mi cabeza.

—Sí, gracias.

Entrecerré los ojos. Traidores, ambos.

—De acuerdo. Si jalas del tren hasta atrás y consigues tracción, pasará volando por delante del de tu tía.

Ares siguió la instrucción con seriedad y, con toda seguridad, su tren pasó por delante del mío sin esfuerzo. Mi sobrino saltó de emoción, sus ojos brillaban emocionados.

—¿Los aviones también pueden hacer eso?

—Los de juguete, sí —manifestó Winston, alborotándole el cabello y sonriendo por su emoción.

—Quiero ser piloto algún día —anunció con determinación—. Y voy a alistarme en las Fuerzas Especiales. —Fruncí el ceño, preguntándome dónde había escuchado eso. Ni mi hermana ni yo habríamos hablado de eso delante de él—. Voy a pilotear un *Super Hornet* para la Marina.

Justo cuando abrí la boca para preguntarle qué era eso, Winston se me adelantó.

—Aunque los *Super Hornet* son aviones geniales, mejor esperamos a que seas adolescente antes de decidir si el ejército es algo para ti.

Al menos no estaba animando al chico.

—¿Tu papi también piloteaba aviones?

La expresión de Winston se ensombreció.

—Sí.

—*Oh*. —Ares miró al suelo—. Quiero ser como mi papi, pero no lo conozco... —El arrepentimiento y la pena me invadieron. Quizás Odette y yo deberíamos haberle hablado de su padre; no obstante, al principio fue demasiado doloroso para ella, y los siguientes años habían pasado volando sin darnos cuenta.

—Lo siento, amiguito. Todos te amamos y tenemos suerte de tenerte.

Ares asintió con seriedad, jugueteando con otro tren.

—Ahora tendremos una gran familia, y Byron puede ser mi papi. ¿Verdad?

Tragué saliva. Demonios, Odette tendría que hablar con Ares más temprano que tarde. El chico ni siquiera sabía que Byron era en realidad su padre, y sin embargo, ya se estaba encariñando con el hombre.

Los ojos de Winston se clavaron en mí, haciéndome un agujero en la mejilla, pero mantuve la mirada en mi sobrino.

—Lo que sea que sientas, está bien.

Una expresión de preocupación cruzó su rostro mientras me miraba.

—¿Mamá y tú no se enfadarán?

Se me escapó una risa ahogada mientras los ojos me ardían con lágrimas. Tal vez habíamos fracasado en esto de la crianza. Ares nunca nos dio ninguna señal de que estar sin padre le hubiera molestado.

Me aclaré la garganta, con cuidado de que no me temblara la voz.

—Claro que no, amiguito.

Frunció el ceño.

—Tengo que decírselo a *Maman* ahora.

Asentí y, al instante, Ares salió corriendo de la sala de juegos. El corazón se me estrujó en el pecho. Me aclaré la garganta de nuevo y me encontré con los ojos de mi esposo clavados en mí.

—¿Qué? —solté, agitada porque había presenciado nuestro fracaso.

Un ligero tic levantó la comisura de sus labios.

—Por fin solos. —Ronroneó—. Me has estado evitando, esposa. —Dios, si tuviera un centavo por cada vez que me llamaba esposa, sería realmente rica. Debía de ser su palabra favorita. Pero no estaba exactamente equivocado. Desde el matrimonio acelerado de Odette, había perfeccionado el arte de evitarlo—. A partir de ahora, haremos las cosas a mi manera.

Puse los ojos en blanco.

—No *vamos* a hacer nada.

Me puse de pie y me siguió. Maldición, solo quería mantener espacio entre nosotros. Como todo un continente. Puede que no amara a este hombre, pero diablos, mi cuerpo sí.

Su mirada se deslizó por mis curvas, calentándose como el ardiente sol africano. El aire palpitaba, igualando el aleteo de mi corazón y el pulsar entre mis piernas, extendiéndose por cada centímetro de mí como el fuego.

«*Mantén la distancia, Billie*». No necesitaba los problemas que venían con Winston Ashford. Recordaba bien sus demonios. Ni siquiera podíamos dormir en la misma cama. Y por supuesto, pensaba que yo era una cazafortunas.

«*Siempre protejo lo que es mío, y tú, esposa, eres mía*».

¿Por qué las palabras de Winston hacían estragos en mi tranquilidad? Cada vez que pensaba en esa frase, mi corazón se agitaba. Como si quisiera salir volando de mi pecho y directo a sus brazos. No me gustaba.

—No puedes seguir ignorando el hecho de que estamos casados.

Por desgracia, mi coño parecía estar de acuerdo con sus constantes recordatorios porque palpitaba dolorosamente por él cada vez que lo decía. Mis respuestas y sentimientos hacia él eran volubles, me molestaban. Es más, empezaban a asustarme.

—No seré tu esposa durante mucho más tiempo —susurré, y luego miré por encima del hombro para asegurarme de que no había moros en la costa antes de continuar—: ¿Puedes dejar de llamarme así? Y deja de sonreír, por el amor de Dios.

Mi humor, normalmente alegre, se había desinflado y se había vuelto gruñón. Eso era lo que seis años sin sexo le hacían a una persona. Necesitaba divorciarme ayer mismo para encontrar a un francés guapo que me follara el recuerdo de este hombre fuera de mí. No tenía ni idea de por qué sentía la necesidad de serle fiel a este imbécil, pero aquí estábamos.

—¿Qué? —exclamó, todavía sonriendo. Dios, quería borrarle esa sonrisa de la cara—. ¿No puedo sonreír con mi esposa? Después de todo, se acerca nuestro aniversario.

—*Shhh*. —Miré a mi alrededor horrorizada. Con mi suerte, seguro Odette aparecería en el momento equivocado y escucharía—. Olvida el maldito aniversario. —No reaccionó, solo sonrió más—. ¿Por qué me sonríes así?

—Porque tú y yo, mi querida esposa, vamos a empezar esto de nuevo.

—¿*Esto*?

—Sí, esto. Nuestro matrimonio. Vamos a hacerlo de la manera correcta esta vez.

Entrecerré los ojos.

—¿Estás borracho?

Su expresión no vaciló.

—No. Hace años que no bebo. A partir de ahora follaremos sin una jodida gota de alcohol.

Resoplé.

—No lo creo. —Abrió la boca, pero me apresuré a interrumpirlo—. Y ni se te ocurra amenazarme con el supuesto intento de robo. Eso ya prescribió hace tiempo. Quiero. El. Divorcio.

—¿Por qué?

Parpadeé confundida.

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué quieres el divorcio?

Dejé escapar un suspiro furioso.

—Porque me llamaste cazafortunas. Porque tu padre destruyó al mío. Está *muerto* por su culpa —expliqué, odiando la forma en que me temblaba la voz. No quería sentirme vulnerable—. Porque no te soporto y encontré a alguien más —mentí.

Apretó los dientes.

—Entonces lo mataré, porque esto... —Su mano se movía de un lado a otro entre nosotros—. No acabará nunca.

Mis pulmones se apretaron. Mi garganta se sentía demasiada apretada. Algo en su expresión me desgarró el corazón.

Dio un paso hacia mí. Di uno atrás. Siguió acercándose, hasta que mi espalda quedó presionada a la puerta.

—Voy a huir —susurré. No confiaba en este hombre. En absoluto. Debía tener una agenda oculta—. No quiero este matrimonio. No quiero... —A ti.

La palabra no pronunciada flotaba en el aire.

—Puedes correr, pero no puedes esconderte. Esta vez, pondré el mundo patas arriba para encontrarte.

No había ninguna emoción detrás de esas palabras. Solo un hecho frío y duro. Sin embargo, sus ojos ardían con el fuego azul que prometía que me perseguiría hasta el fin del mundo.

Enderecé los hombros con la intención de demostrarle que sus palabras no me afectaban. Por desgracia, mi bravuconería hizo que mis pechos empujaran contra el suyo, provocándome un escalofrío. Hacía mucho tiempo que no sentía el toque de un hombre.

Su mirada destellaba oscuridad, llena de lujuria y de algo que yo misma había estado sintiendo. Me estremecí ante su calor, como si estuviera cerca de un horno a punto de quemarme.

—Sé un caballero y cállate, Winston. —Respiré.

La punta de su nariz rozó suavemente la mía.

—Ser gentil es lo último que voy a ser.

Nos mirábamos a los ojos, con un sentimiento espeso e inestable gestándose entre nosotros. Consumidor, como la necesidad. Como algo que solo había visto una vez. Entre mamá y papá.

Una parte de mí sabía que esto no podía, *no iba a*, acabar bien. Aun así, cedí al impulso de sentirlo, solo una vez más. Cerré el espacio entre nosotros, y era todo lo que necesitaba.

Sentirlo contra mí era como volver a casa. Me dolía, aunque en el buen sentido. Desgarraba cada célula de mi cuerpo, dejando tras de sí algo desesperado. La idea de alejarme, de volver a la vida fría e incolora que había vivido antes de él, despertó en mí emociones inoportunas.

—Nunca volveré a dejarte ir. Es una promesa, Billie. —Un susurro de oscuridad recorrió su voz mientras apoyaba las manos contra la pared a ambos lados de mí. Deberían estar sonando

alarmas. Pero no lo hicieron. No podía concentrarme, no con lo caliente que estaba mi cuerpo.

—Voy a follarte ahora. —La aspereza de su voz me erizó el vello de los brazos y aspiré cuando sus labios rozaron mi cuello—. Seis años es mucho tiempo para estar sin sexo, sin tu coño. —Me estremecí ante la insinuación. ¿Significaba...?

—¿M-me estás diciendo que no has tenido sexo en seis años? —musité.

—¿Crees que me follaría a otra mujer después de probarte? —gruñó.

—Sí.

—Te equivocas. —Sus ojos se clavaron en los míos—. Y recuerda esto. No. Soy. Infiel. —Tragué saliva—. Y voy a encontrar a todos los hombres que te han tocado y acabaré con ellos. —Fue un gruñido que bajó hasta convertirse en una amenaza.

—Quién me toque no es asunto tuyo.

—Es asunto *mío*, porque eres *mía*. —Algo en sus palabras, su reclamo, me quemaba por dentro. Estaba tan cerca y olía tan bien. Sabía que era inútil resistirse.

El calor floreció bajo mi piel, apretándose en mis pechos y quemando un sendero bajo.

—Yo... —Los latidos de mi corazón se hundieron entre mis piernas, palpitantes con deseo. Dejé caer la cabeza contra la pared, acercando los ojos entrecerrados a los suyos—. Tampoco fui infiel.

Separé los labios cuando me pasó el pulgar por la comisura. Sus manos se deslizaron por mi cintura, mis caderas, rozando la parte exterior de mis muslos. La caricia era lenta, reverente, como si estuviera recordando el mapa de mi cuerpo.

Su mirada posesiva me observó mientras me subía el vestido por las piernas, dejando al descubierto la tela de encaje. Mi cuerpo se estremeció en anticipación. Metió la mano por debajo e introdujo los dedos con brusquedad, arrancándome un sonido estrangulado.

—Mierda, estás mojada —gimió. Me agarré a su cintura y mis caderas empezaron a balancearse contra su mano por sí solas—. Veo que sigues deseando mi verga. No te preocupes, la tendrás.

El principio de un orgasmo ya avivaba el fuego en mi interior.

Sacó dos dedos de mi coño y me los llevó a los labios, deteniendo mi protesta.

—Chupa —ordenó. Todo el sentido común que me quedaba se evaporó, abrumado por un charco de lujuria. Me metí los dedos en la boca y succioné, su mirada se ensombreció y me prometió la follada de mi vida. Saboreé mi excitación y ese olor familiar a él que, de algún modo, no había olvidado.

Raspé los dientes contra sus dedos cuando volvió a sacarlos y metió de nuevo la mano entre mis piernas. Me ruboricé mientras me retorció, jadeaba y gemía bajo su tacto. Deslizó los dedos dentro y fuera, lenta y perezosamente, drenando toda mi cordura. Y entonces me frotó el clítoris por última vez, y las manchas explotaron detrás de mis párpados.

Me levantó por la cintura y me sacó de la sala de juegos mientras su boca me devoraba. No sabría decir si caminó tres pasos o tres kilómetros. Se me escapó un grito ahogado cuando aventó todo de la encimera del baño y luego me dejó caer sobre ella con un movimiento brusco. Los cristales se hicieron añicos. Los productos repiquetearon. La ropa voló.

Me bajó las bragas y, con dedos temblorosos, retiré la hebilla de su cinturón. Estiré la mano por debajo del pantalón y lo tomé en mi mano. Tan caliente y duro. Tan familiar.

Me abrió las piernas y me penetró de un solo empujón. Me ahogué. Siseó y sus ojos se centraron en el lugar donde estábamos conectados. Sus manos se aferraron a mis caderas y seguro me dejaría marcas.

—Oh Dios, más —supliqué, agarrándome a sus brazos. No necesitaba que se lo volviera a

pedir.

Ambos nos estremecimos cuando volvió a penetrarme. Gemí mientras el placer me recorría las venas. Los dos temblábamos cuando se retiró para volver a embestirme. Le pasé los dedos por el pecho y me agarré a sus hombros mientras me cogía lentamente en el borde de la encimera.

Ambos vimos su longitud desaparecer dentro y fuera de mí. Era erótico. Se sentía mejor de lo que recordaba.

Sus labios rozaron los míos.

—¿Quién te está follando?

—Tú —gemí. Un ruido de satisfacción retumbó en su pecho, y luego, con la respiración agitada, siguió follándome con violentas arremetidas que arrancaban aún más jadeos y gemidos de mi garganta.

Me levantó de la encimera, me apretó contra el espejo y me jodió profundo y duro. En el lado opuesto de la pared, un reflejo borroso de nosotros en la ventana nos devolvía la mirada. Con cada embestida de Winston, los músculos de su cuerpo se contraían, erizándome la piel.

Con su mano en mi garganta y mis piernas envolviéndolo, seguí un camino hasta su trasero y apreté. Cada contacto entre nosotros era enloquecedor, y supe que necesitaba llevar menos ropa.

—¿Me estás viendo poseerte, esposa? —preguntó con voz ronca, sus besos descuidados y distraídos, sus manos hambrientas—. Nunca te dejaré ir. —*Embestida*—. Mía.

Algo se deshizo en mi pecho. No lo entendía. Era solo sexo. Me encantaba el sexo. Sin embargo, con cada palabra susurrada contra mi piel y cada reclamo, me derretía como la mantequilla por *este* hombre.

Y eso me aterrorizó. Sin embargo, antes de que el pánico pudiera resucitar, el orgasmo me golpeó con fuerza, disparando estrellas entre mis ojos y dejándome sin aliento.

Agarré un puñado de su cabello y lo mordí ligeramente en el punto en que su hombro se unía a su cuello. Con un ruido áspero, se corrió dentro de mí.

Aunque no era nada romántico, había algo en todo aquello, o tal vez era el alucinante orgasmo, que hacía aflorar una parte tierna de mí. Con las piernas todavía alrededor de él, le di un beso en el cuello, impregnándome de su olor.

Apoyó las manos en mis caderas, respirando con dificultad mientras le besaba la mandíbula, las mejillas, los labios.

Algo se deslizó por mi muslo y mis ojos se abrieron de golpe. Mi euforia del sexo se evaporó y se convirtió en hielo en mi estómago. También debió de notarlo, porque se tensó.

—¿Qué pasa?

—Sin condón. —Respiré—. No tomo la píldora.

—¿No hay acceso a métodos anticonceptivos en Ghana? —Una sospecha se coló en mi mente, hurgando en ella, pero como una idiota, la ignoré.

—No, era demasiado complicado y... —Y no tenía sentido ya que no estaba teniendo sexo con nadie.

Sonrió, esos labios que tanto placer podían provocar se curvaron con un atisbo de sonrisa burlona en ellos.

—Perfecto. —Su mano acarició mi espalda, sin cesar su movimiento mientras cada fino vello de mi cuerpo se erizaba—. Mi esposa —murmuró las ásperas palabras contra mis labios, y supe que vio el rubor que surgió cuando pasó un dedo por mi mejilla—. Ya era hora.

Y entonces lo vi. La mirada en sus ojos que me dijo que planeó esto. El imbécil me quería embarazada.

—Desgraciado —reviré—. ¿Ni siquiera pensaste en preguntarme qué quiero?
Era el colmo. Era hora de salir de aquí para siempre.

Capítulo Treinta Y Cuatro



Winston

Billie me empujó, con expresión furiosa.

La solté, más bruscamente de lo que pretendía, mientras la ira se apoderaba de mí. Pero al instante me invadió una punzada de arrepentimiento.

La mujer no tenía ni idea de lo profundamente comprometido que estaba con este matrimonio: una necesidad visceral de hacerla mía, de que esto funcionara. Era un hambre que rugía en mi pecho y sangraba en mis venas.

Mi esposa había avivado el fuego de mi obsesión durante años. Puede que la farsa ahuyentó a mi padre, mas eso no impidió que la deseara de verdad.

—Llevamos seis años casados. —Ignoré las suaves curvas de su cuerpo mientras se recostaba en el espejo contra el que acababa de follármela.

—No es un matrimonio de verdad —lanzó, como si la idea le provocara pesadillas. El desprecio se extendió como hielo en mi pecho. ¿Cuánto tiempo habíamos perdido cuando podríamos habernos conocido mejor? ¿Construyendo una vida que significara algo?

—El certificado y la iglesia dicen lo contrario. —Mi atención cayó en su dedo desnudo—. Será mejor que vuelvas a ponerte mi anillo en tu dedo, porque pienso anunciarle al mundo que estamos casados.

La ira rugió en sus ojos.

—Jódete. No estamos casados. Solo accedí porque me chantajeaste.

—No entiendo por qué le estás dando a todo tanta importancia. —Me incliné hacia ella y rocé su oreja con mis labios. Cerré los ojos, inhalando su aroma—. Me perteneces. Para siempre. Y me *darás* hijos.

Más que verla, sentí que daba un paso atrás. Con la cabeza inclinada hacia arriba y la columna rígida, me empujó, con la respiración entrecortada y agitada.

—El matrimonio es más que tener hijos —expresó con tono cortante.

—¿Qué es lo que estás diciendo, Billie? —declaré, con una sonrisa macabra elevándose en mi rostro.

Tomó otro respiro que sacudió todo su cuerpo.

—No tendré hijos contigo —siseó, y se dio la vuelta, dejándome solo. Otra vez. Pero no importaba. Le daría la noche para que se calmara y volveríamos a empezar al día siguiente.

Un día más y el anuncio se haría público. Entonces, si era necesario, la secuestraría y la encerraría hasta que llegáramos a un acuerdo mutuo. Sonreí.

Gran plan.



—¡Despierta!

Sentí que una bota con punta de acero me daba una patada en el estómago. Intenté hacerme una bola para protegerme las costillas, que seguramente tenía rotas. Otra patada y apreté los dientes para no emitir ningún sonido.

—¿Seguro que es el hombre que quería el senador? —preguntó uno de ellos, haciendo que me pusiera rígido.

—Sí. Quiere que le demos una lección.

Había cien senadores estadounidenses, no obstante, solo uno se propuso como misión de vida darme una lección. Una y otra vez. Sabía que mi padre se aseguraba de que me dieran las peores asignaciones, pero esto... Era incomprensible, aun así, debería haberlo visto venir.

Mi padre era un desgraciado hasta lo más profundo de su ser.

Estaba en una celda, tirado en el suelo de cemento. Esperé mi momento, evaluando cuántos guardias había en esta pocilga. La distribución del recinto era bastante básica, ya que estos tipos eran idiotas. Nunca me vendaron los ojos para ocultar mi ubicación. Probablemente asumieron que nunca saldría de aquí con vida. Otros no habían tenido tanta suerte.

Se me revolvió el estómago al recordar a las mujeres y niños frágiles y maltratados en las celdas de camino a la mía. Me enfurecía, me daban ganas de luchar. Y lo hice, dejándome dominar por mis emociones incluso antes de llegar a los barrotes de hierro forjado.

Quizá cometí un error al dejar que estos hombres me llevaran prisionero, pero ellos también. Sin venda ni capucha, pude comprobar cuántas celdas me rodeaban y dónde estaban las salidas.

Tras unos días de tortura, me habían quitado las ataduras de brazos y piernas, pensando que me habían roto. Novatos.

Le siguió otra rápida patada y me incorporé más despacio de lo necesario. El guardia me dio un empujón y me lanzó por el pasillo cuando sonó una bala, seguida inmediatamente de un grito que me atravesó el cráneo.

Mis ojos encontraron el cadáver de una mujer, con el rostro oculto tras un burka. No la reconocí, pero al chico sí. Venía a menudo al recinto a vender revistas caducadas y fruta fresca.

—¡Desgraciados! —bramé—. Es solo un niño. Métanse con alguien de su tamaño.

A los guardias no les importó, sus frías expresiones permanecieron impasibles mientras miraban a la mujer muerta y al niño sangrando.

—Traidores. Los ayudan —escupió la palabra uno de los guardias, que inmediatamente se sentó en el mugriento suelo.

—¡Mama! —gritó un niño pequeño tendido en el charco de sangre. Imágenes que esperaba olvidadas inundaron mi mente—. ¡Mama! —Sus gritos me resultaban inquietantemente familiares.

Nadie ayudaba. Había batallas y guerras en todo el mundo, algunas visibles y otras no tanto. En casa, mi guerra era invisible: contra mi pasado, mi padre y los errores que condujeron a la muerte de mi madre. Aquí, en el desierto de un país desconocido, luchábamos en una guerra diferente, pero no estaba seguro de quién iba ganando. Las mujeres y los niños, desde luego, no.

Tenía la cara magullada, los ojos negros y azules, las lágrimas saladas le hacían estremecerse al empaparle las mejillas.

El cruel guardia se reía. Se reía, el cabrón. Y un interruptor se encendió dentro de mí. Se activó algo, y no fue hasta que estuve de pie entre montones de cadáveres y hombres malos que la vi. Otra mujer. No, no una mujer. Una niña. No tendría más de quince años. Una bomba, que parpadeaba en un rojo furioso, atada a su cintura, y sus dedos envueltos alrededor del delgado dispositivo que parecía delgado como un lápiz.

—Déjame ayudar...

Boom.

Me senté de golpe, empapado en sudor y con los susurros de las pesadillas aún en mi mente. Un

sudor frío cubría mi piel mientras estaba sentado en la comodidad de mi cama en la mansión de Byron mientras un silencio ensordecedor me rodeaba.

Me levanté de un salto, sin que mis pies hicieran ruido en el suelo. Mientras tropezaba al armario para ponerme algo de ropa, mi mente repetía las imágenes que estaba desesperado por olvidar. No tenía cicatrices en el cuerpo como Byron, pero el recuerdo constante seguía ahí, presionando cada rincón de mi mente.

Era la razón por la que nunca pasaba la noche con nadie. También era la razón por la que era incapaz de formar vínculos. No quería testigos de mi closet lleno de fantasmas jodidos. Billie había estado a punto de verlo. No necesitaba una repetición.

Me puse unos pantalones y una camiseta, salí de la habitación y bajé las escaleras, hasta que me golpeó el aire frío. Me caló hasta los huesos y me robó el aliento, pero aun así encontré consuelo en él.

La oscuridad me dio el espacio y la soledad que necesitaba. Era una forma segura de ahuyentar la pesadilla de mi mente dispersa.

Me senté en la terraza de la mansión de Byron, mirando las estrellas. Era bastante más de medianoche y, a pesar de estar cansado, no podía dormir. Si bien nunca dormía bien, al menos dormía mejor cuando estaba en mi propia casa.

Las tumbonas junto a la piscina de mi hermano estaban listas para su uso. Insistía en que todo estuviera perfecto, en cualquier época del año.

—¿Estás de mal humor? —La voz de Kingston vino de detrás de mí.

—¿No eres demasiado mayor para acercarte sigilosamente a la gente? —Me recosté contra la tumbona, cerrando los ojos.

Tomó asiento a mi lado.

—Nunca se es demasiado viejo para eso.

Bostecé, luchando contra el sueño. Mi conciencia culpable hacía de las suyas, y las palabras de Billie seguían resonando en mi cabeza, haciendo difícil apagar mi cerebro. Tal vez debería haber hablado con ella sobre tener un bebé *antes* de tomar cartas en el asunto.

«¿*Tú crees?*». Demonios, ahora mi propio cerebro se burlaba de mí. Sabía que estaba mal cuando decidí tener sexo con ella sin protección. Maldita sea, se suponía que tenía que hacer que se olvidara de todo. El plan era llevarla a mi cama y mantenerla allí.

Durante días, semanas, meses. Para siempre.

—Te ves como si necesitaras compañía —comentó Kingston.

Incliné la barbilla hacia el bar situado en la esquina de la piscina, repleto de las mejores marcas.

—¿Quieres una bebida?

Sacudió la cabeza.

—No, no me gusta el alcohol.

—Ojalá pudiera decir lo mismo —repliqué. Me levanté y me dirigí a la barra—. ¿Quieres un aperitivo?

—¿Como *Twinkies*? —bromeó.

Solíamos comer esa mierda como si fuera a pasar de moda antes de que se lo llevaran. Los pasábamos a escondidas de nuestra cocinera y niñera, y luego los devorábamos como los secretitos sucios que eran.

—Sí, eso estaría bien ahora mismo.

Bostezó.

—Mejor que lo que estás a punto de hacer.

Me encontré junto a la barra, con un *whiskey* en la mano. Lo agarré como si mi vida dependiera de ello. La parte razonable en mí sabía que debía parar mientras pudiera. Era una pendiente resbaladiza con un solo trago de alcohol en mi lengua, pero ansiaba el olvido.

Lo anhelaba, maldición.

—Un trago no hace daño —declaré mientras servía *whiskey* en un vaso.

—Famosas últimas palabras.

No escuché. Eché la cabeza hacia atrás y me bebí el líquido de un trago, con el amargo alcohol quemándome la garganta.

Se sentía bien. Se sentía mal. «*Mierda, mierda, mierda*».

Me quedé observando el cielo nocturno, preguntándome si a Billie le gustaba mirar las estrellas como a mí. No importaba en qué parte del mundo estuviera, pensaba en ella. En... todo. Su tacto, su sabor, su olor. El mundo exterior podría explotar, y no me importaría.

Repasé mentalmente las últimas horas. Podía ser que la hubiera jodido en mi entrega, pero ¿qué esperaba ella? ¿Qué simplemente me diera por vencido?

Me estremecí al recordar la expresión en su rostro. Al darse cuenta de que se había arriesgado a quedar embarazada y de que lo había planeado. El preservativo era lo más alejado de mi mente; aunque no podía decir con la cara seria que lo había olvidado por completo. Estaba totalmente eufórico por la posibilidad de un hijo, de que alguien la atara a mí.

Habíamos pasado menos de un día juntos durante nuestro “matrimonio”, y ya era hora de que eso cambiara.

Una vez me dijo que quería casarse por amor. Tal vez esa era la pieza que faltaba. Al crecer, el amor no era algo que presencié entre mis padres, no obstante, ella sí. Tuvo un asiento en primera fila para ver cómo era la imagen de un matrimonio perfecto. Y entré en ese cuadro con una granada de mano, lo hice pedazos y luego prendí fuego a esos pedazos cuando la chantajeé para que se casara conmigo.

«*Amor*». La palabra resonó en mis oídos.

Tal vez si quería hacer las paces y recuperarla, debería empezar por ahí.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Todo en mi vida me había llevado a donde estaba hoy. *Quién* era. ¿Y si ella me quitaba las capas y las encontraba feas?

Tomé otro trago de la bebida, el líquido marrón sabía tan amargo como la promesa de una vida sin ella.

Durante décadas, me había sentido inquieto, ¿pero cerca de ella? El mundo dejaba de girar. El zumbido en mis oídos cesaba. Los fantasmas se escondían en las sombras, casi como si tuvieran miedo de la luz que ella traía.

Mis labios se curvaron en una sonrisa.

Probablemente le *tenían* miedo. Ella también los golpearía. Maldita sea, la necesitaba conmigo, en mi cama, en mi casa, cerca de mí. Todo parecía inútil sin ella. Negué lentamente con la cabeza, aún no dispuesto a creer que prefiriera divorciarse a ver lo que podíamos construir juntos.

—Más despacio, Winston. —Me serví otro trago, bajé la botella de golpe y casi rompí la encimera del bar. Aproveché la oportunidad para plantar mi semilla en ella. ¿Por qué no podía ver lo correcto que era? «*Porque tiene metas, idiota*». Mi cerebro no tuvo reparos en señalar los fallos de mi pensamiento. Obviamente, quería empezar una vida juntos, sin embargo, despojar a Billie de su independencia y felicidad no me haría ganar puntos—. No la recuperarás si estás borracho.

Podía sentir los ojos de mi hermano clavados en mí mientras me dirigía hacia él, con la

botella en la mano. Claramente, lo ignoré.

—¿Qué pasó para que estés tan alterado? —cuestionó. No iba a admitirle que había intentado dejar embarazada a mi esposa secreta a propósito. «*No secreta por mucho más tiempo*».

—No estoy alterado.

Sonrió satisfecho.

—Ni siquiera el imbécil de nuestro padre te hace tocar la bebida. Pero unos minutos alrededor de una mujer y estás listo para vaciar la añejada colección de Byron.

—¿Por qué asumes que esto tiene algo que ver con una mujer? —inquirí.

Se encogió de hombros.

—Suele ser así.

Encontré sus ojos. Marrón oscuro como los de nuestra hermana y Royce.

—¿Hablando por experiencia?

Se rio entre dientes.

—Mierda, no. He visto suficientes problemas con eso como para saber que debe evitarse a toda costa.

—¿Así que no necesitas mi avión para una mujer?

No contestó, prefirió mirar fijamente a la piscina.

—Define “mujer” —respondió, desinteresado—. Necesito un helado.

—Te vas a convertir en un maldito helado.

—Probablemente —alegó, claramente despreocupado. Miré hacia la ventana de la habitación de Billie. Todas las luces estaban apagadas. Era bueno saber *que* no tenía problemas para dormir. «*Mujer exasperante*»—. ¿Qué estás mirando? —preguntó.

—Comprobando algo.

—¿Qué es algo?

—Nada.

Se rio suavemente, un sonido raro estos días.

—¿Seguro que no es nada? ¿Porque podría jurar que estabas obsesionado con la hermana rubia de la nueva esposa de Byron?

Entrecerré los ojos mientras lo miraba.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Tal vez la forma en que no puedes apartar la mirada de ella.

—¿Y cómo lo sabes? Ni siquiera la conoces.

—Tal vez los estoy acosando —ironizó.

Sonreí ante su insinuación. Estaba *seguro* de que acechaba, pero no a Billie. Lo había perfeccionado tanto que nunca lo escuchabas ir ni venir.

Me puse en pie, con la bebida aún en la mano, y empecé a caminar.

—La mujer me odia. He esperado seis años. Seis malditos años, Kingston. ¿Sabes cuánto tiempo es eso sin tener sexo?

—Puedo adivinarlo.

—Me salieron ampollas en la mano de tanto masturbarme. No quería ser como nuestro padre. —Kingston me miró fijamente. Caminé de un lado a otro del patio mientras mi mente se aceleraba—. Me maneja a su antojo sin siquiera intentarlo. Y lo único que sigue exigiendo es un maldito... —Dios, casi se me escapaba. No era que importaría en unos días—. Quiere que *terminemos*. —Kingston frunció las cejas, confundido. Imaginé que no se le escapaba que no había mucho que *terminar* en primer lugar—. Es la única palabra que menciona conmigo.

Kingston lo pensó un momento y luego afirmó, completamente imperturbable:

—Deberías ampliar su vocabulario.

—¿Sabes lo que ella es? —Lo señalé—. Exasperante. Testaruda. —Me pasé la mano libre por el cabello—. Tan hermosa con un coño que me hace olvidarme de todo. —Me dejé caer para sentarme y exhalé pesadamente—. *Todo*, joder.

—¿Y qué vas a hacer al respecto? —Mis ojos se desviaron hacia la ventana—. ¿Masturbarte un poco más?

Puse los ojos en blanco, con tantas ideas reproduciéndose en la cabeza.

—Probablemente.

Volví a mirar las estrellas, soñando con una Billie embarazada. No me detendría ante nada para atar a mi esposa a mí. Debí haberlo hecho hacía seis años. Ahora que había vuelto, era impensable vivir sin ella. Algo en ella encajaba conmigo, igual que años atrás. Entonces la dejé ir, por el bien de ambos. Tenía algunos *problemas*, como a mi familia le gustaba llamar a mi adicción y al trastorno de estrés postraumático, que resolver. Seguí observando las estrellas, deseando que me dieran soluciones. Tal vez algo parecido a lo que mi hermano tuvo con la hermana de Billie.

El movimiento de una silla a mi lado desvió mi mirada de las constelaciones. Kingston me estudió con expresión preocupada.

—¿Por qué la recaída? —Kingston rompió el silencio.

Solté un suspiro frustrado y dejé caer la cabeza hacia atrás.

—Creo que mi esposa está asustada.

Silencio.

—¿Tu esposa?

Giré la cabeza para mirar a mi hermanito. El hermano que debería haber tenido una vida despreocupada, pero que acabó en los pozos del infierno. Sabía que no había terminado con su venganza. No es que lo culpaba. Mierda, si me pidiera ayuda, estaría a su lado, ayudándolo a conseguirla. No obstante, como a todos los Ashford, a Kingston le gustaba trabajar solo.

—Sí, me casé con ella hace seis años para evitar la insistencia de mi padre en que me casara con Nicki Popova. —Se me revolvió el estómago ante la sola idea de que esa zorra formara parte de mi vida—. Billie apareció por casualidad en mi casa, intentando robar algo. Una cosa llevó a la otra, y era seguir mi plan o ir a la cárcel. Así que se llegó a un acuerdo.

Kingston dejó escapar un silbido.

—De acuerdo, eso sí que no me lo veía venir.

—No vi venir a Billie —expliqué—. O tal vez sí, pero estaba demasiado ciego. Esa boca descarada suya. Ese fuego.

—Así que llevan seis años casados en secreto. —Asentí—. ¿Se veían de vez en cuando o...? Resoplé.

—Ojalá. Llevo seis años recibiendo correos de mi esposa pidiéndome el divorcio.

Kingston negó con la cabeza.

—Me parece que no le diste mucha opción en primer lugar.

—No, al principio no. Pero luego nosotros... —«*Follamos como conejos*»—. Lo resolvimos.

—¿Qué cambió?

—Me oyó llamarla cazafortunas a papá. —Hizo una mueca—. Sí. Exactamente como ella se siente al respecto —murmuré.

—¿Lo decías en serio?

Me encogí de hombros.

—Para ser franco, no me importaba una mierda lo que era en ese entonces. Aunque ahora, sé

a ciencia cierta qué no lo es.

—¿Cómo es eso?

—Bueno, en seis años, no me ha pedido ni un centavo. Solo quiere el divorcio.

—Que te niegas a conceder.

—Por supuesto —declaré entre dientes—. No me rindo.

Me miró con cara de “eres un tonto”. Odiaba admitirlo, pero no estaba muy equivocado.

—Y ahora está de vuelta.

Las comisuras de mis labios se inclinaron hacia arriba con amargura.

—Sí.

—Pues debe de estar contenta sobre eso, si esta noche acabaron en tu dormitorio. —La sonrisa en la cara de mi hermano no se me escapó, aunque la diversión nunca entró del todo en sus ojos oscuros. Era raro que Kingston sonriera con los ojos.

Mi esposa se había sentido tan increíble como recordaba. No, tacha eso. Se había sentido aún mejor. Nunca había experimentado una conexión tan fuerte. Nunca. Tal vez fue el hecho de que era mi esposa. O tal vez fue su admisión de que no había sido infiel mientras estuvimos separados.

Tenía que contar para algo. ¿Verdad?

Apreté la mandíbula y las muelas me rechinaron dolorosamente. Si al menos no hubiera empezado a pensar en los malditos anticonceptivos. Se empeñaba en no tener nada que la atara a mí.

—Oh no, conozco esa mirada. ¿Qué hiciste? —A diferencia de Kingston, que había aprendido a mantener su expresión en blanco, una máscara fría para sobrevivir, el resto de nosotros éramos libros abiertos—. ¿Qué hiciste, Win?

—Nada —mentí, luego cedí—. No usamos protección.

—¿A propósito?

—Lo olvidó. Yo también... más o menos. La quiero embarazada.

—Jesucristo, Win. Realmente te gusta, ¿eh? —Me pasé las manos por el cabello—. Te sermonearía sobre los males de dejar embarazada a tu esposa a propósito, pero tengo la sensación de que ya los conoces.

—No es que ninguno de los dos se esté volviendo más joven. Tengo casi cuarenta años. Ella treinta. Llevamos seis años casados. —Aunque nada de ese tiempo lo pasamos juntos...

—Dios mío, hombre. Contrólate.

Le lancé una mirada exasperada.

—No estás ayudando.

Se encogió de hombros.

—¿Cómo demonios quieres que te ayude?

—No puedes. —Sacudí la cabeza sutilmente—. Hablaré con ella por la mañana. Quizá podamos llegar a algún tipo de acuerdo. Tener hijos a cambio de lo que ella quiera de mí. Seguir teniendo sexo mientras le dé lo que quiera.

—¿Incluso un divorcio? —Por supuesto Kingston haría las preguntas lógicas.

—Nada de divorcio. No necesito a papá ni a Nicki Popova en mi vida. —Me froté los ojos y moví el cuello de un lado a otro para aliviar la tensión en mis hombros. Realmente no entendía por qué mi padre no se casaba con ella. Esos dos eran una pareja hecha en el infierno. Perfectos el uno para el otro.

—Winston.

—Hmmm —respondí distraídamente.

—¿Qué tiene Padre sobre ti? —Mi cabeza se giró hacia un lado, encontrándome con la mirada de mi hermano—. Si quieres librarte de él para siempre, no puedes mantenerlo en secreto. Lo que sea.

—¿Qué sabes sobre eso? —exigí, mi voz más aguda de lo previsto.

Kingston negó con la cabeza.

—Nada, pero sé que te está chantajeando. Con el dinero que le has dado podría haberse comprado una isla privada en algún lugar tropical. —Valió la pena para no perder a mis hermanos y a mi hermana. Habría cedido toda mi fortuna—. Puedo decir por la mirada obstinada en tu cara, que no vas a hablar.

—Tampoco hablas de ciertas cosas —señalé—. Ninguno habla de sus cicatrices.

La expresión de Kingston se ensombreció.

—*Touché*.

Sus demonios estaban grabados en su piel, cada tatuaje y cada pesadilla.

—¿Dónde está Royce cuando lo necesitas para aligerar el ambiente? —murmuré en voz baja. Royce era el comediante de nuestra familia. Ya fuera si lo intentaba o no, siempre conseguía que todos nos olvidáramos de la maldita mierda que nos agobiaba.

—¿Quién sabe? —replicó secamente—. Aunque apostarí mi vida a que probablemente está dondequiera que esté Willow. —Kingston sacudió la cabeza, con una sonrisa sardónica en el rostro—. ¿Qué les pasa a los Ashford con eso de querer siempre lo que no pueden tener?

—Tal vez tenga que ver con el fragmento de sangre DiLustro que todos llevamos dentro. —Solté una risita. Los hombres DiLustro eran codiciosos, pero siempre por amor. Las mujeres que no podían tener. Las mujeres que no eran suyas. En resumen, buscaban el amor en los lugares equivocados. Bastaba ver el desastre que armó nuestro primo Basilio cuando secuestró a su novia.

Nuestra madre era una DiLustro, hija de un Capo que se casó con nuestro padre. Ella lo amaba. Fue un error, porque todo lo que nuestro padre sabía hacer era tomar y tomar y tomar hasta que no quedaba nada de una persona.

—Quizás. —Aceptó pensativo. Se levantó bruscamente—. Tengo que irme.

—¿Adónde?

—A alguna parte.

Nunca era muy hablador.

—¿Por qué parece que estás tramando algo?

Se encogió de hombros.

—Así es. Encontré algo de información en la *dark web*.

Hubo un silencio antes de que respondiera.

—De acuerdo.

—Menciona a alguien que creía muerto. Y una subasta de mujeres que Perez Cortes planea organizar en el futuro. —Me puse rígido. La trata de blancas era una línea que nadie cruzaba en nuestra familia, ni siquiera en el bajo mundo criminal al que ahora estábamos conectados por el matrimonio de Aurora con Alexei Nikolaev—. Se dice por ahí que mi enemigo estará ahí.

Demonios.

—¿Tu enemigo es una mujer? —Normalmente se comerciaba con mujeres, aunque no siempre.

Kingston asintió.

—Sofia Catalina Volkov. —Una fría sonrisa apareció en el rostro de mi hermano. Del tipo que prometía una fría retribución—. He encontrado su punto débil. —Permanecí callado,

observando a mi hermano pequeño, cuyos ojos parecían más viejos que los míos.

—¿Cuál es su debilidad?

—Su hija.

Bueno, doblemente jodido. Podría decirle que los inocentes nunca debían pagar, pero, por desgracia, así era en nuestro mundo. Lo único que podía desear ahora mismo era que el antiguo Kingston resurgiera cuando llegara el momento. El hermano pequeño que protegía ferozmente a los niños vulnerables en el patio de juegos y en la escuela.

—¿Para eso quieres mi *jet*? ¿Para pasar desapercibido? —pregunté en voz baja.

—Alguien tiene que pagar —respondió, con tono gélido—. Sobre tu esposa... Si la quieres en tu vida, tendrás que aprender a hablar con ella e incluirla en tus decisiones. Ya sea para embarazarla o para negociar los términos de tu matrimonio. Lo que sea. Nada más funcionará.

—Genial, mi hermanito es más sabio que yo.

Kingston me dio una palmada en el hombro.

—Siempre he sido más listo que el resto de ustedes.

Perdido en mis pensamientos y con la mirada fija en las estrellas, le dije:

—En eso no te equivocas, hermanito.

Luego, fiel a su apodo, *Ghost* desapareció en la noche.

Capítulo Treinta Y Cinco



Billie

Tum tun, tu tum, tu tum.

Los latidos de mi corazón tamborileaban en mis oídos, dolían como nunca. En realidad, una vez más, por el mismo hombre, cuando me llamó cazafortunas. Se me llenaron los ojos de lágrimas estúpidas y sentí una extraña punzada en el pecho. Me sentí... utilizada. La mirada en los ojos de Winston lo delató. El hombre estaba tratando de embarazarme, y siendo la idiota que era, caí en su trampa.

Sacudí la cabeza con disgusto.

Me dirigí a mi habitación y cerré de un portazo, poniéndole llave. No me extrañaría que se colara aquí mientras dormía y me tomara desprevenida.

¿En qué demonios estaba él pensando?

Me enjuagué las estúpidas lágrimas con rabia. Odiaba estar llorando, con la cara arrugada. Entré en el baño y, por un momento, me quedé inmóvil, sin saber qué hacer. O tal vez esperando escuchar a Winston correr detrás de mí para disculparse.

Sin embargo, sabía que no lo haría. Tampoco se disculpó en aquel tiempo.

La tierra se movió bajo mis pies al recordarlo, y ese dolor familiar me atravesó el corazón. Entonces, sin previo aviso, un sollozo me desgarró los labios y el corazón se me partió. Juraba que podía oír el sonido rebotando en la lujosa baldosa de la casa de Byron.

No tenía ni idea de cómo me había metido en la ducha. Me quedé bajo el agua caliente con la cabeza entre las manos. Mis sollozos se negaban a cesar, el corazón me latía rápido y fuerte en el pecho. Dolía.

Ni siquiera me atrevía a ir con mi hermana. Byron la veía como papá miraba a *Maman*, y todo lo que Winston quería de mí era un bebé. Primero un matrimonio secreto, luego me llamó cazafortunas, y ahora un heredero.

¿Cuánto más esperaba que aguantara?

Me tapé la boca con las manos e intenté contener mis sollozos desgarradores. El dolor de mi pecho palpitaba, un enorme agujero que crecía con cada latido.

Todo este tiempo, cuando había rechazado mi petición de divorcio, lo había hecho con la intención de utilizar algún día mi cuerpo y embarazarme.

Arrugué la cara y me deslicé por las baldosas hasta caer al suelo de la ducha, con el agua caliente golpeándome la espalda, sola y desconsolada.

Dejé que me hiciera llorar otra vez.



Toc, toc, toc.

El suave sonido resonó en el oscuro vestíbulo, el sol aún no estaba listo para colarse por las grandes ventanas.

Mi hermana abrió la puerta de su habitación, con aspecto desaliñado.

—Billie. —Parpadeó varias veces—. ¿Está todo bien?

Mis ojos se posaron en el collar que llevaba. El mismo collar que intenté robarle a Winston seis años atrás. La misma pieza que me había metido en problemas, la razón por la que me

chantajearon con un matrimonio secreto y una noche de sexo de luna de miel.

—Billie, me estás preocupando.

La voz de Odette me sacó de mis preocupaciones e inmediatamenteforcé una sonrisa.

—Sí, solo quería que supieras que me iré antes de que te despiertes por la mañana. —Me pasé la mano por mis mechones rubios—. Bueno, en unas horas, supongo.

Alzó las cejas, sorprendida, y miró a su espalda antes de salir al pasillo.

—¿No es demasiado rápido?

Me encogí de hombros, bajé y tomé asiento en la alfombra, con la espalda apoyada en la pared.

—Tengo casi treinta años. Definitivamente no es demasiado pronto para estar por mi cuenta.

—Sonrió cansada y se sentó a mi lado en la alfombra de felpa—. Además, no puedo sentarme aquí y esperar.

—Comprendo.

No estaba segura de si lo sabía o no, pero no tenía energía para hablar de mi loco matrimonio temporal y secreto con Winston Ashford, ni de su furtiva forma de intentar dejarme embarazada.

—Te ves... bien. Plenamente jodida —señalé, y las mejillas de Odette se tiñeron de carmesí, arrancándome una suave carcajada—. Es algo bueno.

Ladeó la cabeza, observándome pensativa.

—Siento que estás huyendo, *Soeur*.

Puse los ojos en blanco.

—No lo hago. —Era exactamente lo que estaba haciendo, pero no podía divulgar mi plan sin entrar en todos los estúpidos detalles de ser chantajeadapara casarme con Winston y todo lo que eso conllevaba.

—¿Nunca me explicaste por qué Winston pensó que Ares era suyo?

Me ardían las mejillas mientras soltaba un suspiro exasperado. Supongo que estábamos llegando a ese punto.

—Me acosté con él.

—Me lo imaginé...

Levanté la mano, agitándola arriba y abajo.

—Entonces, ¿por qué preguntaste?

—Porque creo que hay algo más.

—Por supuesto que lo hay —siseé—. El tipo es problemático.

—Todos los hombres lo son —murmuró—. Pero parece que solo tiene ojos para ti.

—Y es un chantajista. —Por fin comprendí sus palabras—. Espera. ¿Qué?

Sonrió.

—Te ve cómo Papá miraba a *Maman*. Como si fuera a morir sin ti.

Parpadeé, negando inmediatamente con la cabeza, descartando esa posibilidad.

—Winston no se parece en nada a nuestro padre. Manipula, chantajea y... y... ¡llama a las mujeres cazafortunas! —Las últimas palabras salieron de mí unos decibeles por encima de lo normal, y por la extraña mirada que me dirigió, se había dado cuenta.

—*Hmmm*, probablemente ha estado rodeado de cazafortunas durante gran parte de su vida adulta dado lo adinerado que es.

Me encogí de hombros mientras intentaba actuar como si aquellas palabras no me molestaran. No me gustaba pensar en Winston con otras mujeres.

«Seis años es mucho tiempo para estar sin sexo, sin tu coño». Sus palabras me zumbaban con cada latido, repitiéndolas como una mala canción de amor. No había nada romántico que hubiera

dicho o hecho.

«*Es hora de que quedes embarazada*». Sí, déjame subirme a ese tren loco. *No, gracias.*

Aun así, una parte de mí creía que había algo más que su repentino deseo de embarazarme.

Luego estaba todo lo que vi pasar a mi hermana. No podía olvidar sus gritos y aullidos de dolor durante el parto, ni su corazón roto después. Al menos ella había logrado algo en los últimos seis años. Yo no había logrado nada, y mi esposo... se había vuelto aún más rico.

—Me llamó cazafortunas ante su padre —expliqué, odiando la forma en que mi voz vacilaba. Me hacía sentir vulnerable.

—El senador Ashford es un imbécil.

—Que destruyó a nuestro padre.

Me puse rígida, aunque antes de que pudiera decir algo, hizo un gesto con la mano.

—No me hagas empezar. Estoy a favor de salvar a la gente, pero me encantaría matar a ese hombre.

—Lo mismo digo —musité.

—Así que lo que intento decir, Billie, es que vayas a dejar tu huella en el mundo. Haz tus sueños realidad, aunque si has encontrado lo que nuestros padres tenían, no lo dejes ir por tu obstinado orgullo.

Se me hizo un nudo en la garganta aún más grande. Los últimos seis meses habían sido estresantes, nuestro principal objetivo era evitar a los traficantes y sobrevivir. Ahora que su marido nos había sacado de aquel lío, la vida podía volver a la normalidad. Solo que ya no estaba segura de lo que era normal.

—Necesito hacer algo por mi cuenta —confesé—. Siento que no he logrado nada.

Después de ayudar a Odette a criar a Ares mientras terminaba la carrera y de seguirla a Ghana, donde hizo la residencia, sentí que había perdido mi propósito. Mi sueño estuvo en pausa durante un tiempo, y quizás esta era mi señal para volver a ello. Abrir una joyería y combinarla con mis aspiraciones en el mundo de la moda.

Se le cayó la cara de vergüenza.

—No digas eso. Nunca habría podido terminar la carrera de medicina sin ti. Ares no habría tenido una infancia increíble si no fuera por ti.

—Lo siento, probablemente sueno malcriada.

Negó con la cabeza.

—No, no, absolutamente no. Lo entiendo, y lo que sea que quieras hacer, te apoyo, Billie. —Sabía que lo hacía. Siempre me apoyaba—. Quiero que persigas tus sueños. Solo quiero que sepas lo mucho que los últimos seis años han significado para mí. Has hecho tanto. Por mí. Por Ares.

—Para eso están las hermanas —susurré suavemente.

—Quiero que uses el dinero que conseguí de Byron.

—¿Estás segura? Me siento un poco mal.

Negó con la cabeza.

—Sí. Se lo pedí y le pareció bien darte ese dinero. —Su esposo compartió gustosamente su Amex negra con Odette y mi hermana no dudó en retirar una cantidad considerable. Sería suficiente para financiar mi viaje y permitirme quedarme en París.

La puerta se abrió y Byron salió, vestido solo con pantalones deportivos grises. Mierda, realmente había algo en los hombres en pantalones deportivos. Y sus abdominales. Jesucristo. ¿Todos los hermanos Ashford tenían abdominales duros como rocas?

Miró entre nosotras.

—¿Todo bien?

Me levanté de un salto, quitándome el polvo inexistente de los pantalones de la pijama.

—Sí, estábamos hablando.

Odette sonrió.

—Cosas de hermanas. —Asintió y nos devolvió nuestra privacidad—. Podemos hablar más, Billie. No es como si mañana tuviera que salir corriendo a un trabajo.

Le sonreí con simpatía. A mi hermana le encantaba trabajar en el hospital, el caos de la sala de emergencias. Respiraba esa mierda y sabía que no tardaría en volver a ella. Si Byron fuera inteligente, reconocería que lo necesitaría para ser realmente feliz. Si tan solo pudiera darle a su hermano el mismo consejo.

—Lo sé, pero mi vuelo sale temprano.

Me estrechó entre sus brazos y me abrazó con fuerza.

—Nada, ni el dinero que por fin pude darte gracias a Byron ni ninguna otra cosa en este mundo, será nunca suficiente para pagarte lo que has hecho.

Sonreí.

—Sé mi hermana. Siempre. Es lo único que te pido.

Capítulo Treinta Y Seis



Winston

Un fuerte dolor de cabeza persistía en la parte trasera de mi cráneo.

Aquella sensación familiar, boca seca, las articulaciones rígidas, era sin duda una señal de mi resaca infernal. Me obligué a abrir los ojos, el sol en lo alto del cielo me cegaba. El entorno borroso se fue enfocando poco a poco mientras me seguían zumbando los oídos.

La casa de Byron. Habitación vacía. Mi ropa arrojada descuidadamente por el suelo del dormitorio. Una botella de *whiskey* tirada.

¡Mierda, mierda, *mierda*!

Mi estupidez me produjo una decepción instantánea, pero no pude afligirme porque alguien irrumpió por la puerta. Antes de que pudiera pensar en tirarle algo a la cabeza, apareció el hombre en cuestión.

Mi padre.

Un aire de suficiencia llenó el dormitorio cuando sus ojos se posaron en mí. Sus iris azul oscuro brillaban con pura maldad y arrogancia. Era el vivo ejemplo de los políticos corruptos de todo el mundo.

Bajé los pies de la cama, agarré unos *jeans* limpios y me los puse, dejándome los pies y el torso desnudos. Me tomé mi tiempo y me giré hacia mi padre.

—¿A qué debo esta desagradable e inoportuna visita?

Sus labios se curvaron con desagrado.

—Eres un maldito ignorante.

Me encogí de hombros.

—Hago lo que puedo. Mientras no me parezca en nada a ti, descansaré tranquilo por las noches.

Su mirada prácticamente me hizo un agujero en el cráneo.

—Te crees mucho mejor que yo, ¿verdad? —Evidentemente era el tono que utilizaba con cualquiera que consideraba por debajo de él, que era el noventa y nueve por ciento de la población—. Pero no lo eres. De hecho, eres *igual que yo*. —Se alisó la fea corbata borgoña mientras me imaginaba estrangulándolo con ella—. De hecho, parece que tu pequeña esposa secreta no te soporta, igual que mi esposa no me soportaba.

—Cierra la maldita boca —siseé, apretando mis dedos a los lados y deseando tener una pistola para poder vaciar su cargador en el cuerpo de mi padre—. No compares mi matrimonio con el tuyo —declaré con la mayor calma que pude reunir—. Humillaste y engañaste a mi madre en todo momento, lo cual es algo muy bajo a lo que nunca me rebajaría.

Una sombra oscura cayó sobre sus facciones. Desde que *Ma* lo jodió y dejó su fortuna a sus hijos en lugar de a su infiel marido, nos lo había estado echando en cara. A veces me preguntaba si amenazaba y chantajeaba a mis hermanos como lo hacía conmigo.

Hacía mucho tiempo, cuando apenas podía caminar, quise ser como él, pero eso duró poco. Padre vivía para usar y abusar, preocupado solo por la gente que podía beneficiarlo o de la que podía aprovecharse. Sus hijos no eran una excepción.

—Última oportunidad, Winston. —Padre intentó sonar amenazador, sin embargo, lo único que consiguió fue que saliera desesperado. Trató de contener el pánico que acechaba en sus ojos—. La deuda con la familia Popov no puede seguir postergándose. Es hora de pagar.

—Eso suena mucho a un problema personal. —Me importaba una mierda su deuda o sus

problemas—. Bueno, me gustaría poder decir que ha sido agradable hablar contigo, pero... —Me encogí de hombros, mirándolo fijamente a los ojos y negándome a dejarlo ver la agitación y el daño que había dentro de mí. No tardaría en aprovecharse de ello—. No fue así. Ya sabes dónde está la puerta.

Su rostro se tiñó de un profundo tono púrpura, aun así, mi expresión permaneció impassible.

—Deberías haber vuelto del desierto como un hombre más fuerte. —Al parecer hablaríamos de aquello.

—Sí, sí. Todos sabemos los hilos que movías. —Agarre el teléfono y me di cuenta de que ya era casi mediodía. ¡Maldición! Tenía que encontrar a Billie—. Ahora, si fueras tan amable de desaparecer de mi vista.

Apretó la mandíbula.

—Te toleré durante años, pero incluso mi paciencia tiene un límite.

Resoplé.

—La paciencia del senador Ashford se está agotando. Imagínatelo. Admítelo de una maldita vez, Padre. Te decepcionó que volviera de mis despliegues. No querías hacerme un hombre más fuerte; me querías muerto. Lo intentaste con todas tus fuerzas, pero parece que soy más difícil de matar de lo que pensabas.

Su labio superior se curvó en un gruñido.

—Puede que seas difícil de matar, pero apuesto a que tu pequeña esposa secreta no lo es.

En el siguiente respiro, estaba sobre él, con la mano alrededor de su cuello, y su cuerpo se estampó contra la pared, haciendo temblar los cimientos. El sonido de cristales rompiéndose llenó el espacio. Toda mi atención estaba puesta en el desgraciado que me había dado la vida.

—Si siquiera *miras* en su dirección, juro por Dios que acabaré contigo.

La puerta de mi *suite* se abrió de golpe, aunque no me molesté en ver quién era. Mantuve la atención en mi padre mientras contemplaba la posibilidad de asesinarlo. Aquí y en ese instante.

Miró por encima del hombro y esbozó esa sonrisa condescendiente.

—Ah, Byron. El hijo menos malo.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —El tono de voz de Byron me dijo que las palabras de adulación fingida de mi padre no lo estaban llevando a ninguna parte. Solté mi agarre de su garganta.

—Nada. Tu hermano y yo estábamos simplemente *estrechando lazos*. —Padre me dio una palmadita en el hombro antes de agacharse bajo mi brazo—. Ya voy de salida.

Dejé que el imbécil jugara con mi cabeza. Ahora sabía que Billie era mi debilidad. Esperaba que supiera lo serias que eran mis amenazas. La rabia palpitó en mis tímpanos y agarré el objeto más cercano, jalando hacia atrás y apuntando, pero me detuve antes de lanzárselo a la cabeza.

En su lugar, me encontré con la mirada preocupada de Byron.

—¿Está todo bien? —Byron preguntó después de que se fuera.

—Amenazó a Billie. —Se puso rígido, sabía muy bien que nuestro padre era capaz de cumplir sus amenazas.

—Quizá fue bueno que se haya ido —refunfuñó—. Aun así puedo poner a alguien que la siga para asegurarme de que está a salvo.

Mi cerebro se quedó atascado en su primera afirmación.

—¿Qué acabas de decir?

—Puedo...

—No, lo otro.

—Billie se fue. —Esta vez, el objeto que tenía en la mano salió volando por la habitación y el

jarrón de cerámica casi golpeó el grueso cráneo de Byron—. ¡Jesucristo, Winston! ¿Qué demonios? ¿Estás intentando matarme?

—¿Cómo pudiste dejar que se fuera?! —grité, poniéndome las botas.

—Bueno, no puedo exactamente atarla y mantenerla prisionera. —En realidad, eso sonaba como una buena idea—. ¿Qué pasa entre ustedes?

—Nada. —Me miró como si estuviera loco de remate, sin molestarse en ocultar que sabía que había algo más entre Billie y yo. El maldito entrometido probablemente sabía la verdad de todos modos—. Estamos casados.

Entrecerró los ojos.

—Si no te conociera mejor, diría que estás enamorado de tu esposa.

Las palabras me golpearon el pecho con una fuerza que me hizo retroceder. «¿*Enamorado de mi esposa?*». No, no podía ser. Habíamos pasado seis años separados, apenas nos conocíamos. ¿Así funcionaba el amor?

No tenía ni la más mínima maldita idea.

Estaba tan roto que ni siquiera podía filtrar mis propios sentimientos. Todo lo que sabía era que ella se sentía como mi hogar.

Un violento escalofrío me recorrió, junto con una impactante revelación.

De alguna manera, me había enamorado de mi esposa. Quizá por eso la necesitaba tanto y estaba dispuesto a atraparla por todos los medios necesarios.

—Sí, eso es tonto. Aunque, tengo que admitirlo, yo habría hecho lo mismo. —La voz de Byron me sacó de mis pensamientos.

Parpadeé mientras me miraba con esa sonrisa de hermano mayor. Quería borrarla de la cara. O abrazarlo por ello.

—¿Qué? —pregunté. ¿Dije toda esa mierda en voz alta?

—No la atraparás embarazándola. —Demonios, a lo mejor todavía estaba borracho—. Las hermanas Swan crecieron... —Byron buscó una palabra, y finalmente se encogió de hombros—. Normales, supongo. Sus padres se amaban y realmente querían estar juntos. No se parecían en nada a los nuestros. Creo que eso es lo que buscan ellas.

Tenía el corazón en la garganta.

Latía, fuerte y rápido.

Duro y fuerte.

Vivo.

—Habrá un anuncio en el periódico sobre mi matrimonio con Billie —le comenté finalmente, con las emociones alcanzando nuevos niveles—. Quiero que todo el mundo lo sepa. —Mi hermano asintió—. ¿Cuándo se fue?

Sus ojos se desviaron hacia el reloj de pie, que ahora marcaba las dos de la maldita tarde.

—Al amanecer.

Me sentía vacío ante la idea de mi esposa vagando sola por el mundo, huyendo de mí. Mi cerebro y mi corazón ansiaban un adormecimiento dichoso, mas no del tipo que proporcionaba el alcohol. Ya no lo necesitaba. La necesitaba a ella.

—¿No deberías estar con tu familia? —cuestioné, algo sobre ello me cortó el pecho. También debería tener una familia; lamentablemente, de alguna manera el destino seguía lanzando golpes contra mí.

—*Estoy* con mi familia. —Me agarró de los hombros, gruñendo algo por lo bajo.

—Para —protesté, sintiéndome como un mal hermano—. Esta resaca es una mierda.

La atención de Byron se desvió hacia la botella vacía en mi habitación, pero no hizo ningún

comentario al respecto.

En lugar de eso, entrecerró los ojos hacia mí.

—No volverá a ocurrir —aseguré entre dientes, castigándome de nuevo por ello. Si no hubiera tocado el alcohol, quizás habría oído a mi esposa marcharse esta mañana.

—Winston, eres mi hermano y siempre serás mi familia, pero te juro por Dios que no puedo seguir viendo cómo te castigas. —Parpadeé confundido y soltó una retahíla de maldiciones frustradas—. ¿Crees que estoy ciego?

—Tal vez.

—Pues no. —Se acercó y me sacudió por los hombros—. Desde que *Ma* murió, has estado en este camino de autodestrucción. —Me apretó más fuerte—. Su muerte no fue tu culpa.

El alivio ante sus palabras no llegó. Él no sabía que mi estúpido trasero había arrastrado a *Ma* fuera del camino solo por un estúpido juego.

—Lo es —informé monótonamente—. Insistí en que fuéramos a esa tienda de juegos, sabiendo muy bien que la seguridad no estaba controlada.

Sus cejas se fruncieron.

—Sí, lo estaba.

Negué con la cabeza.

—No, no lo estaba. Nunca debimos estar allí.

Byron me miró fijamente.

—Revisé el horario de ese día. Papá anticipó que ella tomaría esa ruta a casa, y lo único en toda esa calle que alguno de nosotros visitó fue esa tienda de juegos.

El significado de sus palabras me golpeó. Todos estos años...

—Él me culpó por ello.

Byron negó con la cabeza.

—No. Es. Tu. Culpa. —De repente, me sentí un poco más ligero. Mis respiraciones llegaban en grandes jadeos—. Pero si pierdes a tu esposa, será culpa tuya.

Y comprendí la realidad. Tenía que luchar por ella.

—Tengo que irme. No lo olvides, mañana, todos los periódicos importantes tendrán el anuncio de mi matrimonio.

Tenía que asegurarme de que cada rincón de esta tierra recibiera la noticia.

Byron sonrió.

—Ve por ella, hermano. Ahógala con amor.

Si Billie buscaba amor, lo obtendría. Porque se merecía el mundo.

Capítulo Treinta Y Siete



Seis semanas después

Winston

Después de despertarme con resaca y descubrir que Billie no estaba, tenía aún menos idea de lo que haría con ella una vez que la encontrara. ¿Golpearle el pecho y gruñir “mía”? ¿Atarla a mi cama? ¿Encerrarla en una torre y follármela hasta el olvido? Los pensamientos irracionales se arremolinaban, pero ninguno de ellos se acercaba siquiera a lo que estaba haciendo en realidad.

Acechándola. Manteniéndola a salvo después de la amenaza de mi padre.

Llevaba así seis semanas, dos días y doce horas. Se sentó en varias terrazas de cafés, a pesar del clima frío que azotaba París. Comió muchos *croissants* de chocolate. Recorrió varias veces el *Pont des Arts* y *Port de L'Archevêché*, ambos puentes que encarnaban el amor. Se reunió con banqueros una y otra vez, decidida a conseguir un préstamo y abrir su joyería de diseños personalizados. Cada vez la rechazaban, y cuando investigué, descubrí que la razón era siempre la misma: fondos inseguros. Básicamente, como no tenía los medios para conseguir los diamantes y otras piedras preciosas para ponerlas en las joyas que diseñaba, la consideraban una candidata inadecuada.

Así que compré el banco e hice que el director que la rechazó volviera a llamarla y le ofreciera un préstamo comercial. Por supuesto que financiaría a mi mujer. Incluso había ido y resuelto el asunto de los recursos comprándole una mina de diamantes. Ahora solo tenía que conseguir que hablara conmigo.

Billie podía ser testaruda, yo era decidido.

Toleraría muchas cosas viniendo de ella, ¿pero celebrar su préstamo con otro hombre? De ninguna manera. Claro, había otra mujer allí con ellos, y Billie parecía bastante aburrida, no obstante, el desgraciado estaba coqueteando con ella sin parar.

Me senté al fondo del bar, observando sus interacciones. Billie llevaba un vestido rojo vino oscuro que abrazaba sus curvas al moverse y sus ojos brillaban con emoción mientras explicaba algo. El imbécil se sentó a su lado mientras su otra amiga se sentaba frente a ella. No me agradó para nada. Sus dos amigos me resultaban familiares, aunque no lograba ubicarlos. No con los celos que me corrían por las venas al verlos tan cerca.

Billie se llevó un tenedor de pasta a la boca y empezó a comer al mismo tiempo que el idiota llevaba su dedo a la comisura de sus labios, limpiándole la salsa.

Mis dedos agarraron el vaso, amenazando con romperlo. Pensé en formas creativas de asesinar al hombre. Parecía demasiado ansioso. Le sacaría los ojos. Luego le cortaría las orejas. Luego le rebanaría los dedos. Tal vez incluso la lengua, porque estaba seguro de que sus gritos me pondrían los nervios de punta.

Sonreí amenazadoramente, imaginando la sangre que correría, cuando el zumbido de mi teléfono me distrajo.

Doctor Tristan Bennetti y doctora Violet Freud.

Entonces recordé. Los había visto a ambos seis años atrás en el funeral del padre de Billie. Habían estado con ella cuando estaba en su punto más bajo... De acuerdo, le pondría una pausa al asesinato, pero aun así conseguiría echarlos de aquí.

Sorbí mi bebida, el agua mineral burbujeando en mi lengua. A veces estar sobrio era un dolor de cabeza, aunque valía la pena. Por Billie. Por mi familia. Por *nuestra* familia.

Le di las gracias al camarero y le dejé una generosa propina, luego me di la vuelta y me dirigí

a la mesa de Billie. No estaba seguro de lo que haría una vez allí, sin embargo, aquí estaba. Necesitaba volver a su órbita. Estaba cansado de acecharla desde la distancia. Odiaba que hubiera otro hombre más cerca de ella que yo. Quería compartir sus celebraciones y sus logros.

Necesitaba todo lo suyo para mí, su luz y sus sonrisas.

Agarré una silla y la coloqué entre ella y el doctor Bennetti.

—Oye, ¿qué estás...?

Los ojos de Billie se abrieron de par en par cuando se dio cuenta de que era yo.

—Hola, esposa —susurré en su oreja, deslizando mi brazo alrededor de su cintura—. ¿Me extrañaste?

Observé con deleite cómo se le erizaba la piel.

—Ni un poco —respondió secamente—. Lo siento, pero esta es una fiesta para tres.

Sus amigos observaron el intercambio con fascinación, y cuando se dio cuenta, un rubor tiñó sus mejillas.

—Bien, entonces este imbécil... —Le dirigí al doctor Bennetti una mirada punzante—. puede largarse y alejarse de una maldita vez de mi esposa.

Billie puso los ojos en blanco.

—Exesposa.

Le mostré una sonrisa fría.

—Todavía no.

Apartó su silla de mí, casi aterrizando en el regazo de su amiga.

—Pronto. Como fuiste un idiota y le anunciaste al mundo que llevábamos seis años casados, al día siguiente solicité el divorcio por la vía normal.

Ah, cierto. Ignoré a propósito esa maldita tontería. Había iniciado el procedimiento con algún abogado *pro-bono* que el mío se masticaría para el desayuno. Además, no había conseguido notificarme correctamente, así que el proceso no había comenzado oficialmente.

Mis ojos se posaron en su mano izquierda, observando su dedo sin anillo. Aunque había empeñado la pulsera, sabía que conservaba el anillo de mi madre, aunque todavía no se lo había puesto. Aun así, lo tomé como una buena señal. ¿Patético? Tal vez.

Necesitaba aferrarme a cada pequeño signo de esperanza que pudiera.

Me incliné sobre ella y le mordí con fuerza el lóbulo de la oreja, arrancándole un pequeño gemido.

—No habrá divorcio, Seductora. No mientras lleves a mi hijo —avisé con voz ronca, con la polla palpitando contra mis pantalones. *Demonios*, ¿no podría esa idiota descerebrada relajarse un poco?

Billie dejó escapar una exhalación temblorosa.

—Yo... ya tengo mi periodo.

Miré a los dos distinguidos médicos que nos observaban boquiabiertos.

—¿Nos disculpan, por favor? —les pedí, sonriendo—. Vayan a coger, comer, lo que quieran. Solo piérdanse para que mi esposa y yo podamos tener una conversación privada.

La doctora Freud le lanzó a Billie una mirada vacilante. Conocía esa determinación en sus ojos. Si Billie le pedía que se quedara, lo haría. El doctor Bennetti no estaba lejos. Necesitarían un incentivo.

—A menos que quieran que destruya sus carreras y joda sus planes de venganza, les sugiero que se vayan. —Violet y Tristan compartieron una mirada fugaz. El asombro se reflejó en la cara de Billie, confirmando que sabía algo de la misión de Violet para vengar a su familia. Como nadie se movió, les lancé una mirada firme y añadí—: Ahora mismo.

Tictac. Tictac. El silencio palpitaba como una bomba de tiempo.

—Está bien —les aseguró finalmente Billie, tranquilizadamente—. Puedo encargarme de él.

Sonreí con satisfacción, aunque dudaba que su definición de *encargarse de mí* fuera la misma que la mía. Si supiera cuánto poder tenía sobre mí. Solo tenía que sonreír y estaría de rodillas a su merced.

—Pero...

—Solo váyanse —interrumpió a sus amigos—. Ahora.

Se levantaron y salieron del restaurante, echando una última mirada por encima del hombro mientras desaparecían de su vista.

—Ah, por fin solos —opiné.

—Eres un idiota, ¿lo sabías?

Sonreí.

—Pero amas mi polla, esposa.

Entrecerró los ojos.

—Me encanta cualquier polla. La tuya no es nada especial.

Mi boca encontró su cuello, mordisqueando y chupando, mientras mis dedos jugaban con el dobladillo de su vestido.

—¿Es por eso que te mantuviste fiel?

Se estremeció y un suave gemido se le escapó cuando mi mano rozó su muslo.

—Yo... Dios... te odio.

—Afirmas que me odias, pero apuesto a que si metiera la mano debajo de este vestido, encontraría pruebas que demuestran lo contrario.

—No amo *nada* tuyo. —El temblor de su voz coincidía con el de sus dedos. Estaba decidida a resistirse. Eso era inaceptable.

—Sigue diciéndote eso. —Su respiración se entrecortó cuando mi mano libre la rodeó por la nuca y mis dedos dibujaron pequeños círculos sobre sus bragas de seda, justo encima de su clítoris—. Ahora vamos a tener una charla. Si te resistes o mientes, haré que te corras, aquí mismo, en medio del restaurante, gritando mi nombre para que todos en esta ciudad sepan que me perteneces.

Gimió, el sonido que pasaba por sus labios era una melodía deliciosa.

—Detente.

—Ahora volvamos a hablar de tu embarazo. —No podía distraerme con sus suaves ruidos ni con su cuerpo caliente. Primero hablaríamos y luego follaríamos—. Pero déjame advertirte, cada mentira resultará en que te coja con los dedos. Aquí mismo, en este restaurante.

Enganchando el dedo en el dobladillo, enfaticé las palabras soltando el elástico con un chasquido.

Siseó.

—Estás loco.

—Te gusta. —Su rubor se extendió por el cuello y desapareció bajo el vestido.

—¿Ha empezado tu ciclo desde la última vez que tuvimos sexo? —Silencio. Rocé con mis dientes la piel sensible del lóbulo de su oreja mientras mis dedos se acercaban a su entrada caliente. De repente me alegré de que ella y sus amigos hubieran elegido la mesa más apartada del restaurante.

—No. —La satisfacción me invadió. Si bien me hubiera encantado seguir adelante, saber que habían pasado casi dos meses y todavía no había tenido su menstruación era aún mejor—.

Aunque eso no significa nada. —Otro estremecimiento—. Podría simplemente tener un retraso.

No estaba seguro de lo que haría una vez que habláramos de todo lo que había ido mal en nuestro matrimonio, o como fuera que se llamara *esto* entre nosotros. Solo sabía que estaba desesperado por hacer que funcionara. Mi hermano menor tenía razón. Tendría que incluir a Billie en mis, *nuestras* decisiones, para que pudiéramos darle a esto una verdadera oportunidad.

—Lo siento —me disculpé, y sus ojos se clavaron en mí con sorpresa y confusión a la vez—. Siento no haber hablado antes contigo de que quería tener hijos. Fue un error.

Vi como su delicado cuello tragaba saliva con fuerza.

—De acuerdo. —Aún parecía dudosa en confiar en mí. No era como si le hubiera dado alguna razón para hacerlo.

—Quiero empezar de nuevo.

Negó con la cabeza.

—Nunca empezamos nada, Winston. Solo fue una noche... tres noches —se corrigió rápidamente, recordando la última vez que tuvimos sexo, justo antes de que se largara como alma que lleva el diablo.

—Entonces empecemos esto... —Hice un gesto entre nosotros—. Empecemos nuestra vida juntos ahora.

—La conclusión es que no nos conocemos. Sigo sin entender por qué forzaste este matrimonio.

—Tengo una propuesta para ti.

Soltó un suspiro y puso los ojos en blanco.

—La última vez que tuviste una de esas, no salió tan bien.

Ignoré su comentario.

—Vamos a salir en citas. —Seguía mirándome, casi como si no entendiera mi inglés. ¿Quizá debería repetirlo en francés?—. Me gustaría que tuviéramos la oportunidad de conocernos. Sin mentiras ni planes ocultos. —Bufó suavemente—. Tuvo que haber una razón para que te acercaras a mi mesa aquella noche en *Le Bar Américain*.

Se encogió de hombros.

—Eras sexy, y yo estaba cachonda.

De acuerdo, no era exactamente lo que esperaba escuchar, pero era un comienzo.

—Tenemos química.

Negó con la cabeza.

—Y casi me ahorcas hasta matarme esa noche.

Me puse rígido ante el recordatorio. Fue uno de mis momentos más vergonzosos, ponerle la mano encima a una mujer. La imagen de cuando por fin recobré el sentido y vi su expresión de horror se me había quedado grabada en la mente.

—Tenía...tengo algunas cosas que... —Mierda, no quería exponer todas mis debilidades. Quería que me viera por mis fortalezas, y luego, una vez que estuviera completamente enamorada de mí, *tal vez* la dejaría ver mi lado jodido. Mis cicatrices invisibles. Me aclaré la garganta—. Estoy trabajando en algunas cosas.

Ladeó la cabeza pensativa y me pregunté qué estaría viendo mientras me observaba. ¿Un error? ¿Un reflejo de mi corrupto y codicioso padre? ¿O algo completamente distinto?

—¿Tu problema con el alcohol? —Maldita sea, esto era demasiado.

—Lo tengo controlado. —En su mayor parte. No había tenido una recaída desde mi conversación con Kingston. Antes de eso, habían pasado meses.

—Eso nunca desaparece, sabes. —No la tomé por alguien que hubiera experimentado la

adicción—. ¿Por qué bebes?

—No lo hago. Ya no.

Me di cuenta de que no lo dejaría ir.

—Pero ¿qué te hizo empezar?

Busqué cigarros en mi bolsillo y los golpeé contra la mesa.

—Quería olvidar.

Justo cuando pensaba que iba a seguir indagando, se detuvo y desvió la conversación hacia otra dirección.

—¿Por qué me llamaste cazafortunas cuando fuiste tú quien me obligó a casarme contigo? — Su labio inferior tembló, lo que solo sirvió para hacerme sentir como una mierda.

—Billie, sabes que no lo eres. No has intentado tomar ni un centavo desde que te fuiste. — Sus ojos brillaban con lágrimas que amenazaban con derramarse, y mi pecho se apretó ante la visión. Mi padre siempre hacía llorar a mi madre. Me negaba a ser como él—. Escúchame...

—No quiero tus disculpas. No significan nada viniendo de alguien que no tiene ni idea de sentir remordimiento. —Se me revolvió el estómago ante la posibilidad de haberla perdido incluso antes de que me hubiera dado una oportunidad. Aunque tuve la tentación de decir algo brusco y arremeter contra ella, me contuve.

—De acuerdo, quizás no lo siento por atraparte en un matrimonio. O intentar embarazarte. Sin embargo, siento no haber venido por ti antes. Siento haber estado demasiado borracho y tonto para ver que por algún golpe de suerte se me otorgó una mujer hermosa e inteligente. Siento no haber trabajado antes para recuperarte. En vez de eso, me enfoqué en la pulsera que empeñaste solo para recuperar ese pedazo de ti.

Joder, estaba dejando todo ahí. Por primera vez desde la muerte de mi madre, me había metido de lleno. Ya no quería fingir que no me importaba.

—Necesitábamos el dinero. Y supuse que tu padre nos lo debía, así que... —A pesar de que su voz sonaba frágil, casi vergonzosa, se negó a acobardarse. Así era Billie Ashford. Una guerrera—. Todo el mundo sabe que la novia se queda con los regalos.

—¿Es eso cierto?

Entrecerró los ojos.

—Así es. Tu padre arruinó al mío.

La culpa me quemaba por dentro, hirviendo como un géiser. Mi padre arruinó muchas vidas.

—¿Es esa la razón por la que quieres el divorcio?

Apretó los labios.

—Una de ellas. —Respirando hondo antes de exhalar, continuó—: Mi familia lo es todo para mí, y tu padre destruyó eso. El dinero de la pulsera debía servir para recuperar el hospital de mi padre y cuidar de mi hermana.

Ojalá hubiera acudido a mí. La habría ayudado, le habría dado toda mi fortuna si fuera necesario.

—La empeñaste por muy poco. —No contestó, se miraba los dedos. ¿Por qué tenía que molestarme que no llevara mi anillo? Quería marcarla para que el mundo supiera que estaba fuera de los límites—. Entonces, ¿qué dices, esposa?

—¿A qué? —Levantó la mano e hizo señas a un mesero para que le trajera la cuenta.

—A que tengamos citas. —No quería ser el tipo que perdió a la chica antes de realmente tenerla. El mismo que se escondía detrás de una botella y pesadillas. Odiaba la soledad paralizante que me azotaba cada día. Quería sentirme cómo me sentía cada vez que esta mujer estaba cerca de mí: como un hombre digno. Estaba decidiendo ser mejor con ella. Seguiría

intentándolo hasta que nos viera como yo. Destinados a estar juntos.

El camarero dejó la cuenta y ella la tomó.

—¿Qué estás haciendo?

Señaló su plato, que estaba limpio, y su vaso de agua mineral. Otra confirmación que me hizo sospechar que estaba embarazada.

—Pagando mi cena.

Capítulo Treinta Y Ocho



Billie

Una expresión de horror apareció en el rostro de Winston.

—Cuando estás conmigo, pago todo —gruñó—. Pago las cuentas. Te cuido. Te toco.

—Vaya, no sabía que eras de la época medieval. —No era que me molestara que mi cita pagara la cuenta, pero esta no era una. Se coló en mi cena de celebración.

—Tienes una cosita aquí, por cierto —comentó, acercando una mano a mi cara.

—¿Dónde? ¿Aquí? —Estaba agarrando la servilleta que tenía en el regazo cuando se inclinó hacia delante y me lamió la comisura de los labios.

—Ya no está. —Mis ojos recorrieron el restaurante mientras mis mejillas ardían de la vergüenza. Este hombre era un descarado. Sentí las yemas de sus dedos en mi mejilla y mis ojos se cerraron por un momento. Los abrí y encontré su boca tan cerca de la mía—. No dejes que otro hombre te toque. Me hace cometer locuras.

Estaba celoso, me di cuenta. De Tristan. La idea era ridícula. Tristan era más amigo de Odette que mío, pero como estaba en París y no conocía a mucha gente aquí, se me ocurrió comunicarme con él. Después de terminar la carrera de medicina en Stanford, se comprometió a hacer su residencia en París. Le gustaba mucho el estilo de vida europeo y parecía que le divertían mucho mis historias sobre la residencia menos glamurosa de Odette en Ghana.

—Es un amigo —declaré en voz baja—. Nada más.

Asintió con la cabeza como si estuviera satisfecho con mi respuesta, y fue entonces cuando me di cuenta de que había agarrado la cuenta y le estaba entregando su Amex negra al mesero.

—Winston —regañé. Esta versión del hombre que conocí seis años atrás era aún más atractiva, lo que me daba más miedo, porque podía verme fácilmente enamorándome de él. Solo así tendría más posibilidades de destrozarme el corazón. Había visto lo que le pasó a papá cuando murió *Maman*. Esto sería como eso, tal vez incluso peor, porque él todavía caminaría por esta tierra—. No es justo que pagues cuando ni siquiera cenaste.

—Pero es justo que pague la cena de celebración de mi esposa.

Abrí la boca, mas la cerré de inmediato, entrecerrando los ojos.

—¿Por qué iba a ser una cena de celebración? —La sonrisa en su rostro fue mi respuesta—. ¿Qué hiciste?

—No mucho.

Lo observé, tratando de leer su expresión de suficiencia. Luego, con horror, pensé en cómo de repente me habían aprobado un préstamo después de ser rechazada tantas veces.

—¿Qué hiciste? —Antes de que pudiera responder, añadí—: Recuerda que antes dijiste “sin mentiras”.

Se rio entre dientes.

—Y aquí estaba preocupado de que no hubieras oído una sola palabra de lo que dije.

—Winston, ¿estás o no detrás de la aprobación de mi préstamo?

Y con una media sonrisa que me destrozó, mi esposo contestó:

—Sí, aunque solo porque creo en tu visión. —Entrecerré los ojos mirándolo mientras mi corazón traidor se estremecía de placer—. De verdad sí, Billie. Tuve la idea de aventurarme en la joyería hace seis años, pero me desvié del camino. Ahora, quiero ayudarte a triunfar.

Me quedé allí sentada, considerándolo, tratando de decidir qué motivo oculto podría tener para ayudarme. No era estúpida. Sabía que haría cualquier cosa para mantenerme encadenada a

él; no obstante, por alguna razón, le creí. No estaba segura de por qué, ya que en realidad no se había ganado mi confianza, pero no creía que tuviera un motivo oculto para ayudarme. No necesitaba mis conocimientos. Estaba segura de que podría encontrar a los mejores del sector y poner en marcha su línea de joyería antes de que yo pudiera decir cucú.

—¿Por qué una cazafortunas? —Volví a preguntar. No podía explicar por qué me molestaba, no obstante, lo hacía. Tal vez estaba siendo inmadura o demasiado sensible, sin embargo, no podía estar bien viviendo con un hombre que me consideraba cualquier cosa menos su igual. Y la etiqueta de cazafortunas me irritaba mucho. A decir verdad, me dolía mucho que pensara así de mí—. Tu padre hizo lo que hizo, y *aun así* me hiciste quedar como la mala.

La ira que solía roerme por dentro cada vez que pensaba en Winston se silenció. Resultó que mi amiga Violet tenía razón. Se sintió bien sacar a la luz las cosas que me habían molestado durante tanto tiempo.

—Tienes razón —afirmó—. Y eso estuvo mal. Debería haber acabado con él allí mismo. —Habíamos perdido seis años, y empezaba a pensar que tal vez todo había sido en vano—. Mi padre es tóxico —continuó—. Algún día será inevitable acabar con él. —Su mano agarró la mía con fuerza—. Pero de lo que estoy seguro es de que hace seis años yo también era tóxico. —Consideré sus palabras, sorprendida por su admisión. Todavía recordaba los demonios y vicios que había presenciado durante nuestro corto tiempo juntos—. Maldición, todavía tengo mierda en la que trabajar, pero necesito que sepas esto, Billie. *Nunca* fuiste la mala. Nunca fuiste la cazafortunas. He conocido a muchas de esas, y ni te acercas en lo más mínimo.

Resoplé en silencio, negándome a dejar que las lágrimas inundaran mi rostro.

—¿Entonces por qué me llamaste así?

Sus profundos ojos azules se encontraron con los míos, desviando todo el oxígeno de mis pulmones.

—Te diste cuenta que no te hice firmar un acuerdo prenupcial. —Asentí. Fue una tontería de su parte, para ser sincera, pero no lo mencioné—. Lo hice a propósito. Mi padre es un desgraciado codicioso y me estaba forzando a un matrimonio que le ayudaría a impulsar sus aspiraciones políticas. Primero empezó con Byron y luego siguió conmigo. Por algún giro del destino, ya le había dicho que estaba casado cuando apareciste esa noche, intentando robar el collar de mi madre.

—Así que aprovechaste la oportunidad.

—Sí. —Esbozó una sonrisa juvenil—. Eso es lo que soy, Billie. Un oportunista.

—No me digas —expresé con ironía—. ¿Así que deduzco que tu padre y tú no son cercanos?

Lamenté las palabras, porque su sonrisa se borró de inmediato y fue sustituida por una expresión tormentosa y sombría.

—Ninguno es cercano con nuestro padre.

—Lo siento. —No podía imaginar tener otra cosa que una relación amorosa con mis padres. Papá se quitó la vida, pero sabía que nos amaba. Cuando *Maman* murió, estaba perdido y triste, aun así, aguantó por nosotras—. Perdona que te diga esto, mas no pareces precisamente alguien débil. ¿Cómo podría tu padre obligarte a hacer algo?

—Me tenía amenazado. —Mi corazón se rompió por él—. Algo que pasó cuando era niño y yo... —Tragó con fuerza, claramente disgustado—. Es algo que no podía dejar que supieran mis hermanos, aunque parece que me manipuló. Mi padre siempre se ha destacado en eso.

Extendí la mano y cubrí su gran mano con la mía.

—Lo siento. ¿Quieres que lo mate? —inquirí para aligerar el ambiente, pero lo aterrador era que la idea no me molestaba tanto como debería.

Sus labios se curvaron en una pequeña sonrisa, la vulnerabilidad en sus ojos me destripó.

—¿Quieres que mate a mi padre por llamarte cazafortunas? Sería justificable.

—Irías a la cárcel.

—Solo si me atrapan —contestó medio en broma—. Además, lo valdrías.

Sonreí ante su razonamiento, tenía algo de romántico. No obstante, solo en teoría. Su padre lo manipuló durante décadas. Ya era hora de dejar de darle poder sobre nuestras vidas. Mas no quería insistir en ello y arruinar la velada que de pronto parecía prometedora.

—¿Y si realmente fuera una cazafortunas?

Se encogió de hombros.

—Entonces me lo habría merecido si me hubieras dejado sin nada. Habría valido la pena no tener que casarme con Nicki Popova. —Si bien el nombre me sonaba, no conseguía ubicarlo—. Es una modelo. Viene de una familia muy influyente.

Entonces me acordé. Era la mujer que intentó interponerse entre Odette y Byron. ¿Quién se creía que era, yendo de hermano en hermano de esa manera?

—Hay que acabar con esa zorra —murmuré.

Se hizo el silencio a nuestro alrededor antes de que me diera cuenta de lo que acababa de decir. Winston, en cambio, sonrió como si hubiera ganado el premio de su vida. Lo suficientemente grande como para que sus hoyuelos hicieran acto de presencia. Tan guapo.

—Me gusta cuando me reclamas.

Puse los ojos en blanco.

—No lo hice.

Su atención se desvió hacia mí.

—No me dejes en ascuas, esposa. ¿Estás dispuesta a darnos una oportunidad?

Lo miré, considerando sus palabras. Tenía razón cuando decía que teníamos química, pero ¿era suficiente? El hecho de que ni siquiera pudiera comenzar a *pensar* en sexo con otro hombre tenía que significar algo. No obstante, tendría que ser cuidadosa con este. Era como hacer un trato con el diablo. Tenía que poner todas las condiciones que se me ocurrieran en este contrato, aunque fuera verbal. Poniendo mi mano en su grueso muslo, dije:

—Si lo estuviera, cualquier sexo que tengamos tendría que ser sexo con protección.

Sus ojos se abrieron de par en par como si no pudiera creer su suerte.

—¿Tendrías sexo conmigo mientras estamos saliendo en citas?

Le apreté el muslo.

—Bueno, una chica tiene que tener sexo, y nos llevamos bien en ese aspecto. Y el sexo es parte de cualquier relación sana.

Sus orbes azules se posaron en mis labios y luego, como si recordara dónde estaba, se levantó de un salto, me tomó de la mano y prácticamente me jaló para ponerme en pie y arrastrarme fuera del restaurante.

—Vamos a casa.

Me reí de su reacción cuando una voz nos detuvo por detrás.

—Señor. Señor, su tarjeta.

Winston ni siquiera se molestó en mirar al hombre cuando agarró la tarjeta y se la metió en el bolsillo.



Un paseo *romántico* por la ciudad más romántica del mundo.

Pasamos el resto del día hablando, riendo y besándonos por todo París. En algún momento, empecé a sentirme más a gusto. Tal vez fue su aroma a brisa marina. O tal vez fue su promesa de hacer esto de la manera correcta. No estaba segura de lo que era, pero se sentía tan bien.

—Por cierto. —Me giré para observar a Winston—. Tenemos que establecer algunos límites. Dejó escapar una risita.

—¿Qué tenías en mente, Seductora?

Al escuchar su cariñoso apodo, mariposas estallaron en mi estómago. Era el único que me había llamado así.

—Cuando estoy comiendo con amigos, no puedes llegar sin avisar. No puedes ser gruñón y brusco con la gente en mi vida. —Conté con los dedos—. No más chantajes, y...

—Acepto. —Bueno, eso fue demasiado fácil—. Una advertencia. Si un hombre asiste a tu almuerzo, necesito hacer una verificación de antecedentes.

La tensión en sus hombros era palpable. Los celos de Winston eran lindos, aunque fuera de lugar. No era una infiel.

—Puedo lidiar con eso. —Acepté sonriendo—. Y a su vez, no intentarás embarazarme sin hablarlo antes conmigo. De hecho, discutiremos todos los aspectos relacionados conmigo.

Sonrió, dejando escapar un suspiro sardónico. Dios, cuando este hombre sonreía, hacía que mi corazón palpitara de una manera extraña.

—Eres una dura negociadora.

—Démonos la mano. —Estrechó mi mano en su gran palma—. Ahora dime, ¿qué has estado haciendo en los últimos seis años? —inquirí, queriendo más destellos del verdadero Winston.

Con mi mano segura en su gran palma, me lanzó una mirada.

—Poniéndome sobrio. —Su voz ronca de barítono y su confesión reverberaron en mí. Nuestras miradas se cruzaron y sus fosas nasales se ampliaron—. No es algo de lo que me sienta orgulloso. Cuando estaba en el ejército, la bebida se convirtió en mi forma de... olvidar.

Apreté su mano en señal de consuelo.

—¿Olvidar qué? —indagué, mirándolo de reojo para ver cómo se le tensaba la mandíbula.

—Mis jodidas. Las de mi padre. —Sus fosas nasales se abrieron al mencionar a su padre—. Me alisté en el ejército para escapar de mi padre y acabé en el infierno. Resultó que la muerte me seguía a todas partes porque él lo controlaba todo, incluso mientras servía a mi país.

El senador Ashford sonaba cada vez más como el mayor imbécil en este planeta.

—Tal vez te exigiste demasiado —señalé finalmente. No podía entender las cosas por las que había pasado.

Dejó escapar una risita, pero no era cálida.

—Tal vez.

Lo observé fijamente, y por un momento reinó un silencio tenso. Había una suavidad oculta tras sus ojos, y el corazón me dio un vuelco antinatural.

—¿Sabes lo que siempre hace que Ares se sienta mejor?

Las comisuras de sus labios se curvaron.

—¿Qué?

Me acerqué más, hasta que su traje me rozó y su colonia se filtró en mis pulmones. Cada célula de mi cuerpo temblaba con anticipación.

—Helado. —Respiré, inclinando la cabeza y rozando mis labios con los suyos—. Déjame invitarte al mejor helado de la ciudad.

Lo jalé, ambos nos reímos y dejamos atrás el pasado sombrío. Al menos por un rato.

Pasaron dos horas antes de que Winston me arrastrara por un callejón tranquilo y me

empujara contra la pared de piedra. Puede que le costara subirme el vestido por encima de las caderas, mas su boca no tuvo ningún problema en devastarme el cuello. Entonces supe que era hora de volver a mi apartamento.

El pasado y las fechorías de su padre tendrían que ser puestas en pausa mientras deliberaba sobre cómo manejar nuestra “nueva” relación. Sabía que haría cualquier cosa para protegerlo del dolor. Debería haberme alarmado, pero Winston estaba sufriendo, y no había nada que deseara más que retroceder en el tiempo y proteger al niño al que el senador Ashford le había hecho tanto daño.

Sin embargo, ya habría tiempo para eso. Por ahora, haríamos esto. Salir, follar, intentar encontrar algo en común. No lo sabía.

—Puerta, esposa. —Jadeó—. Abre la maldita puerta.

Tanteé con la llave, pero me las quitó cuando se hizo evidente que no lo haría rápido. Sus manos debían de estar un poco más firmes, porque al instante entramos en mi pequeño apartamento tipo estudio. El aire crepitaba con electricidad. Todo mi cuerpo palpitaba, necesitaba tocarlo.

—Quítate la camiseta.

Se lamió los labios y siguió mi petición mientras sus ojos recorrían mi cuerpo. Me quedé sin aliento al ver su pecho ancho y musculoso. Dios, podría haber babeado solo por sus abdominales. Cada gramo de su cuerpo palpitaba con poder y me tenía doliendo.

Su piel aceitunada. Sus musculosos bíceps. Esos antebrazos en forma.

Mis ojos se abrieron de par en par cuando se despojó de la fina camisa de algodón, mostrando un grupo de círculos tatuados en el antebrazo. Estiré la mano y recorrí cada uno de los pequeños círculos que formaban la marca ovalada, y entonces me di cuenta de que allí también había algo más.

Una fecha.

Las mariposas volaron en mi estómago, elevándose en mi pecho.

—¿Has...? —Inhalé un gran suspiro antes de exhalar—. Es esa...

No, no podía ser. Solo que... estaba bastante segura de que lo era. Había tenido que dársela al abogado al menos diez veces en el último mes cuando le pedía el divorcio.

—Es la marca de tu mordida —declaró con voz ronca—. Y la fecha en que nos casamos.

Una risa estrangulada se apresuró a salir de mis labios, pero, por alguna razón, se mezcló con tantas emociones que salió como un llanto. Resoplé e hice una pausa, poco acostumbrada a analizar tantos sentimientos a la vez.

Si bien sospechaba que conocía el motivo detrás de ello, no estaba dispuesta a admitirlo.

Al pasar el dedo por encima, su calor entró en mí, calentándome los huesos. Admiré la obra con un toque ligero como una pluma. Mi corazón palpitó tan rápido que ahogó todo menos un sentimiento que no me atreví a identificar. *Tum tun. Tu tum. Tu tum.*

—Tus pantalones. También quítatelos —suspiré, retirando mi mano.

De un azul brillante, sus ojos se clavaron en los míos mientras se abría la bragueta y sacaba su longitud. Gruesa, dura y lista para mí. Mi pecho subía y bajaba mientras lo miraba, con el corazón latiéndome desbocado. No había duda de quién mandaba aquí, a pesar de que yo daba las órdenes. Algo en este hombre gritaba pura dominación masculina.

Era difícil negar la química que existía entre nosotros: cruda, sincera, consumidora. Había estado ahí desde el primer momento en que nos conocimos.

Empezó a masturbarse lentamente, y había algo tan *sexy* en ello. Los músculos de sus hombros y los brazos se flexionaban mientras se masturbaba perezosamente. Mi interior se

agitaba de placer, mi sexo palpitaba con necesidad por él. Era como ver mi propio espectáculo personal. En realidad, tacha eso. Era *mucho* mejor. Estaba a punto de explotar y él ni siquiera me había tocado.

—Te necesito desnuda —gruñó, sin dejar de bombear. Apretó la mandíbula y sus movimientos vacilaron cuando me agarré el dobladillo del vestido y me lo quité por encima de la cabeza. Me quedé en bragas rojas y un sujetador de encaje a juego.

Su presemen brillaba, me lamí los labios, necesitando saborearlo. Sentía cómo se me contraía el vientre, cómo el placer se agolpaba en la superficie. En un rápido movimiento, estaba a mi lado, bajándose las bragas y dejándolas caer al suelo. Mi sujetador se unió poco después.

Luego se detuvo y bajó la mirada por mi cuerpo. Volvía a estar desnuda y vulnerable. Pero él también lo estaba.

—Algún día —murmulló en voz baja—, cuando estés preparada... —Su mano rozó mi vientre plano—. Tu vientre crecerá con nuestro bebé.

Había un trasfondo de oscuridad fusionada con ternura que ondulaba entre nosotros. No lo entendía; nunca había sentido nada parecido.

—¿Y si no tenemos un bebé? —cuestioné en un susurro—. ¿Será suficiente lo que tenemos?

Me tomó en brazos y me besó profundamente mientras me sujetaba la cara con las manos.

—Lo es para mí. Y si no lo es para ti, dime qué necesitas. Cualquier cosa —pidió suavemente, lo que alivió mis miedos. Tomó mi boca y su lengua se deslizó lentamente por mis labios abiertos con la cantidad justa de exploración—. Seré lo que quieras que sea. Solo déjame ser tuyo —murmuró.

Todo mi corazón amenazaba con desintegrarse en mi pecho ante sus palabras rozando mis labios.

Me acostó y me abrió las piernas, besándome mientras descendía por mi cuerpo.

—Mira lo mojada que estás, Billie. Vas a estropear estas sábanas.

Un escalofrío me recorrió mientras veía al techo, y mi respiración sonora envolvía la habitación silenciosa. Levantó mis piernas y las enganchó sobre sus fuertes hombros. Estaba completamente abierta a él y no perdió el tiempo, agachó la cabeza y succionó con fuerza.

Me moví en la cama.

—Ohhh... ¡Dios! —exclamé.

Introdujo tres de sus gruesos dedos en mi sexo y empezó a bombearme mientras su lengua trabajaba mi clítoris, chupándolo. Clavaba los dedos en las sábanas y cada movimiento de su lengua me producía escalofríos. El calor estalló en mi interior, haciéndose líquido en mis venas. Me lamió desde la entrada hasta el clítoris, y un gruñido de satisfacción vibró en mi interior.

Mi cuerpo empezó a temblar, como siempre hacía por él. No tardé en convulsionarme violentamente mientras un orgasmo me recorría por dentro.

—Buena chica —elogió, aparentemente satisfecho con sus propios esfuerzos. Se inclinó hacia mí y volvió a besarme. Su lengua acarició la mía y mis piernas se abrieron más, invitándolo a entrar.

Fue a levantarse cuando le rodeé el cuello con los brazos.

—¿A dónde vas?

No podía haber terminado ya conmigo.

—Condón —me recordó suavemente—. Hasta que estés lista.

Mi mirada encontró sus ojos, parpadeantes con algo pesado. Después de la conmoción que me produjo su intento de atraparme, me di cuenta de que no odiaba la idea de tener un hijo con él. Odiaba la idea de lo que perdería por estar con él. Mas Winston me escuchó. Mi corazón

tropezó consigo mismo, latiendo con fuerza en mis oídos.

Me levanté sobre los codos, con los pechos apretados contra su pecho duro, y le di un suave beso en la comisura de los labios. Una de sus manos se introdujo en mi cabello y enrolló los largos mechones alrededor de su puño mientras profundizaba el beso.

—Date prisa. —Jadeé contra sus labios.

Nunca se me retrasaba la menstruación. Así que o ya estaba embarazada o estaba a punto de tener mi periodo, no obstante, para mí era importante que tomáramos juntos decisiones importantes como esta. Se puso un condón y deslizó su dura longitud por mis empapados pliegues, luego me dio otro beso abrasador. El mundo se salió de su eje, o tal vez mi cabeza se mareó, mientras le besaba el cuello, succionando su piel áspera.

Cayó de espaldas, jalándome sobre él y arrastrando mi cara hacia la suya.

—Móntame la verga, esposa —exigió contra mis labios—. Luego te follaré. Me debes seis años de gemidos y gritos.

Sonreí contra su boca mientras me sentaba a horcajadas sobre él. Su grueso miembro presionado contra su estómago y guio mis caderas para que se acomodaran sobre las suyas.

—Ahhhh —gemí. No era de extrañar que nunca pudiera olvidarlo, se sentía como si fuera hecho para mí.

—Me estás empapando las pelotas como una niña buena —alabó.

—Winston. —Respiré, estremeciéndome con su longitud a medio camino dentro de mí. Con la respiración agitada, ambos vimos cómo me deslizaba sobre ella—. Te sientes tan bien.

—Echabas de menos mi gran polla ¿verdad? —cuestionó con voz ronca.

—Deja de presumir —gemí.

Soltó una risita oscura mientras me acunaba los pechos. Seguía sabiendo exactamente cómo tocarme. Me balanceé contra él, adaptándome a su tamaño. Seis años era mucho tiempo sin un hombre tan bien dotado.

—Lo tomarás todo, esposa —demandó con voz ronca, agarrándome por las caderas, jalándome hacia abajo y llenándome hasta la empuñadura. Me quedé con la boca abierta de placer y me estremecí a su alrededor, clavándole las uñas en los hombros.

Me cogió profunda y duramente, respondiendo a cada embestida con una brutalidad devastadora. Nunca me había sentido tan cercana a nadie como a él.

—Tan apretada —gruñó. Me movió lentamente arriba y abajo, dejándome sentir cada centímetro de su grueso y palpitante eje. Tenía los ojos pesados con placer mientras me miraba fijamente.

Me incliné hacia delante y lo besé desordenadamente, lamiendo su boca abierta.

—Tu verga es la mejor —halagué, haciendo que se estremeciera y que sus ojos se pusieran en blanco—. Me arruinaste para cualquier otro.

—Porque somos tú y yo, dulzura. Para siempre. —Me agarró por las caderas y se volvió a meter de golpe, gemí ante la abrumadora sensación de ser dirigida por sus manos—. Voy a llenarte con mi semen.

—Por favor —supliqué—. Dámelo todo.

Él estaba perdiendo el control, y yo también. Me incliné hacia delante y chupé con fuerza su lengua mientras lo cabalgaba.

Siseó antes de perder completamente el control. Se movió, salió de mí y me tiró de espaldas. Entró de golpe, sacándome el aire de los pulmones.

—Más fuerte —gemí—. Necesito tu polla.

—¿Tu coño está llorando por mí?

—Sí, sí. —Me apreté a su alrededor y me penetró con más fuerza—. ¡Oh... Dios... sí!

Levantó de nuevo mis caderas y arremetió más profundamente. Mi cuerpo alcanzó nuevos niveles de placer, palpitando con la promesa de una nueva euforia.

—¿Quién te está follando? —rugió, empujando dentro de mí, cada vez con una oleada de calor recorriéndome la espalda. Estábamos alineados uno contra el otro, con su mano en mi garganta y mis piernas rodeando su torso.

—Tú.

—¿A quién le perteneces?

—A ti. —Dio justo en el punto exacto y grité. Cada una de sus caricias era perfecta. Me estaba desgarrando solo para volver a unirme—. Más —supliqué—. Mierda, necesito más.

Bombeó dentro de mí a ritmo de pistón. Me agarré a sus hombros mientras me convulsionaba a su alrededor, exclamando su nombre. Con una última embestida severa, me penetró hasta el fondo y se estremeció contra mi cuello. Sentí cómo su pene se sacudía al llegar al orgasmo, cómo se retorció dentro de mí.

Jadeábamos pegados el uno al otro, empapados por el esfuerzo. Me besó a lo largo de la garganta y por el pecho, acurrucándose contra mí.

—Mía —murmuró contra la suave piel ahí—. Nadie se compara contigo.

Algo cálido se desenredó en mi pecho y supe que lo había dejado entrar. Y no podía imaginarme un escenario en el que saliera ilesa de su órbita.

Capítulo Treinta Y Nueve



Winston

Estaba profundamente dormida. Completamente muerta para el mundo. La cansé, tanto por la forma salvaje en que me la había follado como por el baño que le preparé cuando terminamos.

Me dejó alucinado con su voluntad de darle, *darnos*, una oportunidad. Era tan pequeña y suave, pero tan fuerte y testaruda. Acostada boca arriba, con el cabello dorado ondeando sobre la almohada y las pestañas proyectando sombras sobre sus mejillas, no podía dejar de observarla.

Mi atención se posó en su mano izquierda, sus dedos ligeramente enroscados sobre su suave vientre. Aunque estaba desnuda bajo aquellas sábanas, tentándome, sabía que necesitaba descansar. La observé durante unos segundos porque no podía apartar los ojos de ella, pero luego me aparté.

Con cuidado de no hacer ruido, me puse de pie. Mi entrenamiento me había condicionado a funcionar con muy pocas horas de sueño. A veces pasábamos días sin dormir. Esta noche sería una de esas noches. No podía arriesgarme a quedarme dormido y hacerle daño.

Especialmente si estaba embarazada de nuestra noche juntos cuando no se utilizó protección.

Exhalé mientras veía fijamente su mano sin anillo. Sabía que estaba siendo paranoico. Que ella desaparecería y no volvería antes de que tuviéramos la oportunidad de poner a prueba nuestra compatibilidad. Podríamos... no, estaríamos bien juntos. Yo quería un bebé, niños para mimar. Quería dejar un rastro de Billie y de mí para que, cuando desapareciéramos, el mundo seguiría teniendo pruebas de nuestro amor vagando por esta tierra.

De acuerdo, quizás no nuestro amor. Mi amor. Sin embargo, si me daba una oportunidad, sería el hombre que necesitaba que fuera. No era lo suficientemente decente para dejarla ir, así que me esforzaría el resto de mis días para ser alguien que la mereciera.

Con la energía inquieta recorriendo mi cuerpo, deambulé por su santuario, fijándome en su apartamento. Era pequeño, pero acogedor, con vistas directas a la Torre Eiffel y sus resplandecientes luces. Me pregunté si sabría que teníamos un *penthouse* en esta ciudad y en todas las demás grandes ciudades de Europa.

Probablemente no.

El suelo de madera estaba impecable, aunque en el lado *vintage*. De las paredes colgaban innumerables dibujos de moda y joyas. Los muebles eran mínimos, mas algo me decía que a ella no le gustaba mucho la decoración.

Abrí el cajón de su mesita de noche y se me cortó la respiración. El anillo de boda, el anillo de mi madre, estaba allí junto a otros dos. Los tomé, les di la vuelta, los examiné y vi los nombres borrosos. «*Los anillos de matrimonio de sus padres*». Algo se me apretó en el pecho.

Quizá debí haber matado a mi padre hacía décadas. Le habría ahorrado a mi esposa el dolor de perder a un padre por suicidio. Nos habría dejado huérfanos a mis hermanos y a mí, aun así, al menos no hubiéramos tenido que lidiar con su presencia maligna.

Tomando asiento en el único sillón del apartamento, observé a Billie dormir mientras mis pensamientos volvían al día en que todo cambió.

—¿Por qué estaban tú y tu madre en downtown? —Papá llevaba días preguntando lo mismo. El funeral había sido esta mañana. Aurora y Kingston no habían dejado de llorar, y Byron, Royce y yo nos turnábamos para consolarlos a pesar de nuestros propios corazones destrozados.

Lo único que le importaba a papá era por qué mamá estaba en downtown.

—Te hice una pregunta, chico.

—De compras —comenté entre dientes, odiando a mi padre ahora más que nunca.

—No hay ninguna tienda en toda esa manzana que le gustara —espetó agarrándome del brazo. Era casi tan alto como él. Uno o dos años más y sería más grande y fuerte. Byron ya lo era, y esa era la razón por la que ya no se metía con él. No podía esperar a que llegara mi turno—. ¿Estaba viendo a un hombre?

Parpadeé confundido. No era ningún secreto que papá tenía amantes. No se esforzaba en ocultarlo y algunas veces incluso se atrevía a traerlas a casa, lo que no dejaba de enfurecer a Mama. Ella no lo soportaba, y sus gritos resonaban por toda la casa.

Me agarró el brazo con fuerza y se lo quité de un tirón.

—No, no lo estaba. Eso es lo que tú haces.

—¿Entonces por qué estaba en esa cuadra si no era para encontrarse con un hombre? —Su furia por el asunto era incomprensible. Mamá estaba muerta, y todo lo que él estaba haciendo era degradar su memoria—. Haré que me entreguen cada video de vigilancia de esa cuadra.

—¡Me llevó a una tienda de videojuegos! —grité—. Quería el juego que acaba de salir. ¿Estás contento ahora?

El silencio asfixiante coincidía con la culpa que me había estado tragando por dentro desde el momento en que le dispararon a mi madre y la vi desangrándose sobre el asqueroso pavimento del centro de Washington.

Una risa maníaca que crecía cada vez más fuerte.

—¿Así que está muerta por tu culpa? —Parpadeé y aparté mis lágrimas ardientes, negándome a dejarlas caer. Ni siquiera recordaba la última vez que había llorado. Sin embargo, no podía negar este golpe. Algo en la forma en que Padre pronunció aquellas palabras me azotó la cara—. Mataste a tu madre —afirmó, con una risa aún persistente en su voz—. Tus hermanos te odiarán cuando se enteren.

Me puse rígido. Mis hermanos y mi hermanita eran mi mundo. No podía perderlos a ellos también.

—Por favor, Padre, no se los digas. —La expresión en su rostro me dijo que lo haría, y la desesperación me arañó el pecho. Byron nunca me perdonaría. Egoístamente quise ir a la tienda de juegos, sabiendo muy bien que nuestra seguridad estaba planeada a detalle y no incluía esa parada. Nuestro guardaespaldas incluso se lo había advertido a Ma.

No me importó, la nueva edición de mi juego favorito era lo único que tenía en mente. Y por eso, mi madre estaba muerta. Por mi culpa.

—¿No sabes, hijo, que todo secreto tiene un precio? —Mi corazón se heló, la mirada del hombre que me dio la vida era fría y calculadora—. ¿Estás dispuesto a pagarlo?

Traqué saliva, sabiendo que este hombre nunca había sido un verdadero padre, y ahora me arriesgaba a perder a mis hermanos si no hacía lo que él demandaba.

Un gemido me sacó de mis recuerdos y me trajo al presente, donde el cuerpo caliente en la cama, a pocos pasos de distancia, se retorció de angustia.

Me levanté y me dirigí hacia ella, encendiendo la lámpara de la mesita de noche.

—Demasiado. —Billie se retorció en la cama, con su cara pálida—. Papá, despierta.

El dolor en su voz me estrujó el corazón. Dolor causado por mi padre. Todo lo que ese hombre tocaba, lo destruía. Pasé los dedos por su cabello húmedo, peinando las sedosas hebras.

—*Shhh*. Está bien. —Se ahogó en un sollozo, partiéndome el corazón por lo que debió sentir. También lo había sentido una vez, y eso se quedaba contigo para siempre—. Estoy aquí —musité, dándole un beso en la frente.

Finalmente, se calló, se movió y enterró la cara en la almohada.

Permanecí cerca mientras recordaba a mi padre. Durante décadas, lo único que había deseado era alejarme de él. Sin embargo, ahora que sabía que me manipulaba y me utilizaba de una forma tan cruel e imperdonable, no deseaba otra cosa que buscarlo y acabar con él. Me hizo imposible vivir sin esta culpa cuando, en realidad, yo era inocente. En todo caso, sospechaba que mi padre podría haber tenido algo que ver.

Maldición, me alisté en las Fuerzas Especiales para alejarme de él. No importaba la misión... no importaba que él fuera la marioneta responsable de enviarme al ojo del huracán. Pero bueno, cualquier cosa era mejor que estar en el mismo continente que él.

Mis prioridades por fin habían cambiado. Esta mujer era todo lo que quería, y la protegería con mi vida. Pondría el mundo y mi amor a sus pies.

Capítulo Cuarenta



Winston

Los últimos días, Billie y yo nos alternamos en iniciar las citas. La había llevado a un desfile de modas; ella me había llevado a un museo de guerra. Al día siguiente, la llevé de compras por París. Visitamos *Le Place Vendôme* y *Boulevard Haussmann*.

Después la llevé a *Les Galeries Lafayette Haussmann* a comprar ropa. No era la idea más original, pero ella amaba la ropa y se quejaba de que nada le quedaba bien, así que aquí estábamos.

Revisaba mi teléfono, leyendo correos electrónicos y ocupándome de mis asuntos, mientras una hilera de vendedoras le iba mostrando más vestidos hasta que por fin las detuvo. Al parecer, a mi esposa le encantaba diseñar, mas probarse ropa no era lo suyo.

Se oyó un gruñido procedente de su vestidor y me puse en pie de un salto, dirigiéndome hacia ella. Aparté la cortina y vi que se esforzaba por subirse la cremallera.

—Mierda, creo que estoy engordando —murmuró, el quiebre en su voz me hizo cosas estúpidas.

Sin pensarlo, me le uní en el vestidor, cerrando la cortina tras de mí.

Billie levantó la cabeza.

—¿Qué estás haciendo?

—Juzgando por mí mismo —informé, estudiando las hermosas curvas ocultas por un vestido atemporal Chanel en blanco y negro. Billie no seguía las últimas tendencias, lo que la hacía destacar. Era lo que más me gustaba sobre ella.

—Eres impresionante —elogié, ignorando la forma en que su cuello se sonrojaba. Mis pelotas se tensaron al instante al sentir una sutil nube de perfume floral, ya que nuestra proximidad acentuaba su aroma. No importaba que tan seguido me follaba a mi esposa, nunca era suficiente. Incluso en ese momento, me sentía como si fuera a morir de bolas azules.

—¿Ah, sí? —Sonrió.

—Sí. —Dando un paso adelante, rocé con los nudillos la suave piel de su clavícula, apartando de mi camino sus largos mechones rubios y provocándole un escalofrío.

Mi polla saltó al instante.

—Siéntate en el banco.

Me sostuvo la mirada y negó con la cabeza.

—Nos oirán, Winston.

La vacilación se reflejó en sus rasgos antes de que la determinación se apoderara de ella y bajara al banco.

Me arrodillé frente a ella y le separé los muslos.

—Si no estuviéramos ya casados, pensaría que estás a punto de pedirme matrimonio —se burló. Me quedé quieto un momento y luego regresé rápidamente a lo mío.

Me agaché e inhalé su coño. Maldición, su excitación era el mejor tipo de afrodisíaco. Pasé la nariz por su clítoris, arrancándole un gemido.

—El coño de mi esposa está empapado —pronuncié—. Siempre tan necesitada.

Le lamí la abertura a través de sus bragas de encaje y se corcoveó, echando la cabeza contra la pared. Levanté la mano y bajé la tela por sus delgadas piernas. La lamí por todas partes menos el clítoris.

Se retorció, gritando lo bastante fuerte como para llamar la atención. Me llevé un dedo a los

labios y le dirigí una mirada que esperaba que la hiciera recordar nuestros alrededores.

—Necesito más —suspiró.

—Todavía no. —Levantándole el trasero con las palmas de las manos, le comí el coño, lamiendo sus jugos como un hombre hambriento. Sus muslos se apretaron a mi alrededor y sus dedos me agarraron del cabello. Estaba cerca, estremeciéndose y gimiendo mi nombre.

Mordisqueé su clítoris y amasé sus muslos, llevándola finalmente al orgasmo. Se movió contra mi cara como la seductora codiciosa que era.

Una vez saciada, me puse de pie y acerqué mi boca a sus labios entreabiertos.

—Mi esposa es el mejor postre.



Al día siguiente, le tocó a Billie decidir una cita, y no podía hacer otra cosa más que observarla, sin palabras.

—Sube, Winston. —Billie mostró una amplia sonrisa, moviendo las cejas en señal de desafío—. A menos que tengas miedo.

Como para acentuar sus palabras, la bestia de caballo relinchó. El cochero tiró de las riendas, tratando de controlar al enorme caballo que probablemente quería levantarse sobre sus patas traseras y noquearme.

—N-no p-puedes hablar en serio —balbuceé, mientras observaba el destartalado carruaje. Parecía que era del siglo quince—. Vamos a apestar a mierda de caballo.

¿Dónde demonios había encontrado un carruaje y un caballo para alquilar? Me daban ganas de ir y quemar aquel negocio hasta los cimientos. Como si el gigantesco caballo hubiera oído mis pensamientos, relinchó su protesta.

—Deja de quejarte y entra. Dijiste que eligiera una cita, y esta es mi cita.

—Billie —protesté—. Me refería a una cena en un yate o una caminata bajo las estrellas. No pasear en un carruaje decrepito.

—¿No es genial? —Me miró sonriente y, al ver mi expresión no tan entusiasmada, añadió—: Si me sigues el juego, podemos volvernos locos entre las sábanas aquí atrás.

La multitud que nos rodeaba se acercaba y los niños gritaban, poco acostumbrados a ver un caballo con un lujoso carruaje en pleno centro de París.

Empezó a sonar música y, para mi sorpresa, procedía del interior del vagón.

—¿Dónde está el radio?

—No te preocupes por eso, viejo. —Billie se rio, su sonrisa se estiró aún más mientras extendía la mano—. Vamos, o no tendré más remedio que decirle a todo el mundo que eres un gallina. —Un copo de nieve aterrizó en mi nariz, y se inclinó, apartándolo—. Vamos, esposo. Esta es mi cita, y tienes que seguirme la corriente.

Siguieron más ráfagas de nieve. Los niños empezaron a chillar y a corretear alrededor mientras intentaban atrapar la nieve con la lengua. Billie se rio hacia el cielo, intentando atrapar una ella misma, y no pude evitar sonreír. Era como si la mujer que conocí hacía seis años se hubiera esfumado y una versión más feliz hubiera ocupado su lugar.

Subí y me deslicé hasta el asiento de al lado.

—¿Es legal hacer esto en París? —pregunté—. No tengo ningún deseo de pasar la noche en una cárcel francesa.

Echó la cabeza hacia atrás y soltó una risita, despreocupada, mientras sus ojos brillaban como diamantes. Tenía que admitirlo, me amaba esta versión.

—No te preocupes, pagaré tu fianza.

Mi cara se torció.

—Eso es reconfortante. Toma mi Amex negra. El PIN es...

Me tapó la boca con su pequeña mano.

—No te preocupes. Te tengo. Me casé con alguien rico, por lo tanto no necesito *tu* dinero. Tengo el mío.

Se le escapó otra risita fácil, y maldición, amaba cómo sonaba.

Extendí la mano y la atraje hacia mí, envolviéndonos con mi abrigo de lana. Sus manos se apoyaron en mi pecho y sus ojos se clavaron en los míos. Encajaba perfectamente en mis brazos, arropada y segura, donde podía protegerla del frío y de toda la oscuridad del mundo, incluida la mía.

Un mechón de su cabello ondeaba al viento, arrastrándose por su cara. Acaricié el mechón y se lo pasé suavemente por detrás de la oreja. Cada vez que la tocaba, me zumbaba la piel.

Estaba locamente enamorado de mi esposa y no sabía cómo demostrárselo. Quería gritarle al mundo *que amaba a Billie Ashford*, pero sospechaba que las palabras por sí solas no bastarían. Le acaricié la mejilla, sus ojos dorados brillaban con placer.

Todo a nuestro alrededor se ralentizó cuando bajé la cabeza. Me encontró a medio camino y nuestros labios se rozaron. Acercó su suave cuerpo y se acurrucó contra mí. La energía crepitó a nuestro alrededor. Su cuerpo tembló y sus dedos arañaron la tela de mi traje mientras la besaba como si fuera mi última oportunidad.

Mi lengua acarició la suya mientras me rodeaba el cuello con los brazos. Sabía cómo si hubiera sido diseñada para mí. Hecha para mí. Destinada a mí. Me tragué sus gemidos y me alimenté de ellos como un adicto. Gemí mientras se apretaba contra mí, deseando que estuviéramos en cualquier sitio menos aquí, deseando...

—¡Achú!

Se apartó y me miró con los labios hinchados.

—Salud —dijo, sonriendo.

Otro estornudo.

—Salud otra vez. —Dejó escapar una suave risita—. Si estornudas una tercera vez, asumiré que no ha funcionado y que eres un demonio que debe ser destruido.

—Achú. —De repente me empezó a picar la piel. Sentía la cara... rara. Siguieron otros dos estornudos violentos.

Mierda, mis ojos empezaban a cerrarse por sí solos, la sensación era tan extraña como si alguien me hubiera dado un puñetazo.

—Winston, ¿estás bien? No te ves muy... bien. —Me acarició el rostro, sus manos frías me calmaron. Alguien debió de haberle prendido fuego a mi piel—. Maldición, creo que tienes alergia.

Su voz era distante y distorsionada mientras cada parte de mí se sentía a punto de estallar por dentro.

Capítulo Cuarenta Y Uno



Billie

Una hora después, estábamos sentados en una habitación de hospital, con Winston lleno del equivalente francés al Benadryl.

Para el momento que llegamos al hospital, en un maldito *carruaje*, Winston apenas estaba consciente.

Por suerte, el cochero ayudó. Cada uno agarró un brazo y cargamos su enorme cuerpo al hospital mientras pedía a gritos un doctor. Gracias a Dios que Tristan estaba allí.

—Está fuera de peligro—repitió Tristan mientras yo miraba fijamente a Winston, que dormía profundamente en la cama del hospital, todavía con las botas y el abrigo puestos. Quería meterme en la cama con él y no dejarlo nunca—. Probablemente sea prudente llevar una EpiPen contigo en todo momento, y mantenerse alejados de los caballos.

Sonreí tímidamente.

—Pensé que sería romántico.

—No creía que te interesaba todo eso —expresó, divertido. Me encogí de hombros con indiferencia, sin molestarme en dar más detalles. Cuando crecías viendo florecer un romance sincero entre tus padres, claro que luchabas por conseguirlo—. ¿Y cuánto tiempo llevan casados?

Sabía que esa pregunta iba a llegar. La verdad era que me sorprendió que Tristan tardara tanto en hacerla.

—Seis años. —Me froté los ojos con cansancio—. No preguntes detalles porque no los tendrás.

Levantó las manos y soltó una risita.

—De acuerdo, no pregunto, pero intuyo que hay una historia aquí.

Rodé los ojos.

—Menos mal que no eres escritor, entonces.

Me abrazó.

—Tienes razón. Soy pésimo escribiendo cualquier cosa menos recetas médicas. Intenta descansar. —Aunque por los altavoces se oyó una llamada, la habitación era prácticamente insonorizada para que los pacientes pudieran descansar—. Si me necesitas, pídele a cualquier enfermera que me llame.

Le apreté el brazo.

—Gracias de nuevo.

Se fue y me dirigí a la cama, pasando los dedos por la cara de Winston. Luego, en contra de la política y probablemente de la cordura, me metí en la cama junto a él y rodeé su enorme cuerpo con los brazos.

—Lo siento —susurré por millonésima vez. Mi corazón se apretaba cada vez que lo miraba. Al menos ya no tenía la cara hinchada—. Lo siento mucho.

Winston abrió los párpados.

—Es imposible que supieras que soy alérgico a los caballos —mencionó entrecortadamente—. Ni siquiera yo lo sabía.

Tragué saliva, con el estómago hecho un nudo.

—Podría haberte matado. —Solo pensarlo hizo que un sudor frío recorriera mi piel. No fue hasta ese momento cuando me di cuenta de lo enamorada que estaba de él. Fui una tonta al pensar que podría vivir sin él. Su agarre sobre mí era granito invisible desde el primer día.

La comisura de sus labios se torció.

—Y habrías sido una viuda muy rica.

—Ni se te ocurra bromear con algo así. —Negué con la cabeza, hundiendo la cara en su pecho y dando las gracias a cualquier ser superior que estuviera ahí arriba moviendo los hilos.

—Busca en mi bolsillo —murmuró, y le lancé una mirada fulminante.

—¡No te voy a masturbar!

—No, pero no me tientes. El bolsillo de mi *chaqueta*. Tienes una mente sucia, mujer.

Mis mejillas se enrojecieron, mas puse los ojos en blanco y le resté importancia. Metí la mano en el bolsillo de su chaqueta y saqué una larga caja de terciopelo.

—¿Qué es esto? —cuestioné, retorciéndolo entre mis dedos.

—Ábrela y verás.

Me moví y la abrí lentamente.

—El brazalete. —Respiré, mi mano subió a mi corazón—. Mi brazalete de boda.

Asintió con la cabeza.

—He querido dártelo en el momento perfecto, pero pensé que sería mejor hacerlo ahora. Por si me muero de la alergia. —Se me escapó una risa estrangulada cuando me tomó la muñeca y la rodeó con la pulsera—. Ahora eres mía.

Me reclamó, y eso me causó cosas. Quería sentarme a horcajadas sobre él y besar cada parte suya, decirle que también era mío. Que extrañaba su toque más de lo que estaba dispuesta a admitir. No el tacto de un hombre, no. El *suyo*.

Lamentablemente, no era el momento.

—Tenemos que hablar —glosé en su lugar.

Su brazo se enganchó alrededor de mi cintura, su mano me apretó con fuerza.

—No hay tiempo como el presente.

Sacudí la cabeza.

—Casi mueres, Winston. Mañana, cuando estés descansado.

—Ya estoy mejor. —Su nariz rozó la mía, su susurro me calentó por dentro—. Además, eres la mejor medicina.

Su mano bajó hasta el interior de mi muslo y se me escapó una risa ahogada.

—Ni se te ocurra. Casi te mueres. Nada de sexo esta noche, por muy cursis que sean tus frases.

Su boca rozó mi mejilla.

—Pero podemos tocarnos. —Me aparté, entrecerrando los ojos—. Podemos *hablar*. —Me soltó con un suspiro exasperado, y no pude evitar sonreír ante su reacción. Los chicos siempre serían chicos, suponía—. Tenía que llenar unos documentos.

Acarició su cara contra mi cuello.

—Eso suena *sexy*.

—No lo fue —susurré—. Había un cuestionario y me di cuenta de que no sé nada de ti. No sabía si tomabas algún medicamento.

—No lo tomo.

—O si tienes antecedentes de alguna enfermedad cardíaca.

—No.

Agarré su rostro entre las palmas de mis manos y le sostuve la mirada.

—La cuestión es que no sabía ninguna información importante. Ni siquiera pude llenar un formulario de admisión. Se supone que estamos *casados*.

—¿Así que quieres mi historial médico? —bromeó.

—Supongo que podemos empezar por ahí —afirmé, echando la cabeza hacia atrás y soltando el aire.

—De acuerdo, también quiero el tuyo. —Me dio un beso en la mejilla y me abrazó más fuerte—. Supongo que tu hermana lo tiene.

Estaba frustrantemente sereno para un hombre que, hacía menos de una hora, había estado a punto de ser conectado a un respirador artificial, aun así, lo deseaba en toda su cruda y expuesta vulnerabilidad. Quería saber qué lo motivaba. Quería saber qué amaba y qué odiaba. Aparte del sexo, claro. En ese aspecto, éramos compatibles.

—¿Winston?

—Hmmm.

—¿Crees que alguna vez podremos dormir juntos? —Se puso rígido, y aparté mis nervios antes de continuar—: En la misma cama. Así. —Se quedó ahí acostado como un maniquí mientras intentaba calmar mis nervios. No podría decir si estaba molesto por mi pregunta—. Realmente quiero que esto funcione —susurré.

No solo porque sospechaba que estaba embarazada, sino también por mí. Estaba cansada de luchar contra esta atracción, cansada de fingir que no lo deseaba.

Paseé los dedos por su mandíbula, por su espalda, por el tatuaje con la fecha de nuestra boda que tenía en el brazo. Me costó un poco, pero al final se relajó.

—No quiero lastimarte. —Su voz era tan baja que casi no la escuché.

—Quizá fue cosa de una sola vez —repliqué mientras la esperanza susurraba en cada fibra de mi ser.

—No lo es. Mis pesadillas... Me llevan de vuelta a la guerra, a ser torturado, y olvido dónde estoy. He atacado a mis propios hermanos cuando han intentado despertarme. Podría haber... —Una respiración temblorosa calentó el espacio entre nosotros—. Nunca me perdonaré haberte hecho daño.

Algo en la forma en que sus hombros se hundieron rompió un dique dentro de mí, enviando lágrimas calientes por mis mejillas. Me mordí el labio inferior, con tantas emociones acumuladas.

—Mis padres... —Se me quebró la voz, así que la aclaré yforcé las palabras a salir de mis labios—. Eran tan felices. Y enamorados. Fue casi una maldición presenciarlo, porque hizo que mi hermana y yo quisiéramos lo mismo. —Las palabras salieron de mis labios mientras las lágrimas mojaban mis mejillas, humedeciendo su almohada. Me secó una lágrima con el pulgar, los tubos adheridos a la parte superior de su mano me recordaron que realmente *debía* dejarlo descansar. Pero lo único que consiguió la suave caricia fue arrancarme la verdad de la garganta—. Quiero lo que tuvieron, y empiezo a ver que su amor y su felicidad fueron un esfuerzo conjunto. Algo por lo que se esforzaron y lucharon juntos. Así que, tus fantasmas Winston, déjalos que también sean míos. De lo contrario, la posibilidad de un futuro feliz solo seguirá siendo eso... una posibilidad. Un sueño no realizado.

Podía evitar todos estos sentimientos que parecían amontonarse y mantenerme protegida por muros de tres metros, no obstante, me arrepentiría de no haberle dicho la verdad. Me arrepentiría de haber actuado como si no me importara.

—Puede que no te guste tanto.

«En realidad, me da miedo permitirme pensar en lo mucho que lo hago».

—Pruébame —murmuré en voz baja. Su mirada estuvo a punto de lanzarme por el precipicio en el que me tambaleaba. El silencio se extendió mientras los fantasmas empañaban su expresión—. Por favor, háblame, Winston.

Tum tun. Tu tum. Tu tum.

—Mis acciones llevaron a la muerte de mi madre. —Una inhalación aguda, la mía. Una exhalación, la suya—. Es lo que mi padre usa para amenazarme. Es la razón por la que me uní al ejército. Para escapar. Una parte de mí no esperaba sobrevivir, y la otra desearía no haberlo hecho después de todo lo que vi.

La desesperación absoluta en su expresión me destripó. Apoyé la palma de la mano en su mejilla.

—¿Por qué crees que tus acciones condujeron a su muerte? —Una pausa agobiada. Alcancé la segunda manta y nos envolví en ella, luego lo abracé con fuerza.

—Porque insistí en ir a esa tienda.

—¿Y tus sueños? —inquirí en voz baja, recordando los recortes de prensa que había leído—. ¿Son sobre presenciar el asesinato de tu madre o...?

Sacudió la cabeza.

—Cuando sueño, es disperso. La guerra. El día que le dispararon a mi madre, sangrando en medio de la calle. La mierda que les pasó a las mujeres y niños cuando luchaba en el extranjero.

Nunca habría imaginado que sus problemas fueran tan oscuros. De repente, la culpa por cómo reaccioné ante él me sacudió hasta lo más profundo. Quizá debí haberme esforzado más por solucionar las cosas hacía seis años en lugar de abandonarlo, pero lo cierto era que todo se vino abajo: el suicidio de mi padre, el embarazo de Odette, el intento de superar nuestras dificultades económicas y mentales. Seis años atrás no había espacio para Winston y para mí. Él tenía problemas que resolver, y yo también.

—Tengo una amiga —susurré suavemente—. Es terapeuta, y estoy bastante segura de que llamaría a eso terrores nocturnos. Lo ha visto sobre todo con exmilitares. —Permaneció en silencio—. Winston, si esto va a funcionar, tenemos que ser honestos el uno con el otro. No puedes esconderte de mí. Lo quiero todo: lo bueno, lo malo, lo feo.

Sus hombros cayeron. Era como si luchara consigo mismo, tan empeñado en mantener a todo el mundo a distancia.

Sin embargo, no se lo permitiría. Le demostraría que esta vez no me iría a ninguna parte.

Capítulo Cuarenta Y Dos



Winston

Aunque quería soltarlo todo, no podía arriesgarme a que supiera toda la mierda que había hecho. Se había alejado de mí cuando tuvo una pequeña visión de lo jodido que estaba. Si supiera el alcance de la oscuridad, seguramente huiría y nunca miraría atrás.

—Te lo contaré todo con una condición. —Era un desgraciado, pero *necesitaba* que se quedara.

Se apartó un poco y pasó los dedos por mi tatuaje. Parecía obsesionada con él, y mentiría si dijera que no me encantaba.

Me miró fijamente con ojos que brillaban con anhelo.

—Cualquier cosa.

—Quédate conmigo el resto de tu vida. —Una furiosa posesividad se había apoderado de mí, y la atraje con una mano pegada a la parte baja de su espalda. No se resistió, simplemente apretó su mejilla contra la mía.

—¿Y qué pasa si tú no acabas queriéndome por el resto de mi vida? ¿Y si al final te cansas de mí? —Se veía tan vulnerable.

—Nunca sucederá. Di que te quedarás.

Buscó en mi rostro hasta que encontró lo que buscaba.

—Lo haré.

—Prométemelo.

Me besó la comisura de los labios.

—¿Por qué necesitas una promesa?

—Porque no puedo soportar vivir otro día sin ti. —Los últimos seis años habían parecido siglos. Ahora que llevábamos días y semanas juntos, intentándolo de verdad, me había vuelto adicto. Pasar un día sin ella era envejecer una década.

—Lo prometo, aunque tengo una condición.

—Cualquier cosa, Seductora.

—Siempre que necesites ayuda, estaremos ahí el uno para el otro. Pase lo que pase. No me importa si cometes el crimen más horrible, no me lo ocultes. —Sentí su sonrisa traviesa en mi mejilla—. Y lo mismo va para mí.

Frunció los labios, casi como si tuviera en mente un crimen y un objetivo concretos, y giré la cabeza para lamérselos.

—Si quieres que maten a alguien, dímelo y me encargaré.

Se rio entre dientes, levantando la barbilla.

—Tu padre está cerca de encabezar esa lista, pero por ahora no hay necesidad de asesinatos. —Asentí con la cabeza—. De acuerdo, tenemos un trato, señor Ashford.

—Señora Ashford.

—Ahora retomemos nuestro tema —exigió. Debería haber sabido que no se distraería—. Sospecho que tu padre hizo algo sucio.

—Le dispararon a mi madre delante de una tienda. —Empecé—. Era nuestra última parada, imprevista, antes se suponía que iríamos a buscar a Byron. Lo único que me importaba era el lanzamiento del último videojuego. Tenía que tenerlo. Fue por mí que fuimos a esa tienda, y el asesino se anticipó. Mi madre era claramente el objetivo, y sospecho que sé quién ordenó el golpe. —Sus cejas se arrugaron en una línea, la confusión salpicando sus delicadas facciones—.

Mi padre me hizo creer que era culpa mía, lo utilizó en mi contra durante años y amenazó con decirle a mis hermanos que yo la había matado. La culpa me carcomía.

—*Jesucristo*. —Mierda. Esto era exactamente por lo que no quería que nadie lo supiera—. ¿Cuántos años tenías?

—Doce. —«*Me dejará*». Ese pensamiento me estremeció. Ni siquiera el saber que mi padre lo planeó todo borraba la culpa, la vergüenza. Había sido mi identidad durante tanto tiempo que era imposible no pensarlo—. Es difícil ignorar que si ese niño malcriado no hubiera insistido en ir a esa tienda de videojuegos, podría haber salvado la vida de mi madre.

Me incorporé despacio y ella soltó un suspiro frustrado mientras tiraba de mí hacia la gastada camita de hospital.

—¿Adónde vas?

—¿No quieres espacio ahora?

Me agarró con más fuerza.

—No, no quiero. Winston, eras un niño. Era imposible que supieras lo que iba a pasar. —Me agarró por los hombros y sus ojos se clavaron en los míos—. ¿No lo ves? Podría haber ocurrido en cualquier momento, delante de cualquier tienda. Y tu padre debió habértelo dicho, no culparte sobre eso. Es un imbécil manipulador, y lo sabes.

La versión adulta de mí lo entendió, pero aun así no desterraba casi tres décadas de culpa. Era imposible. Se convirtió en parte de mi existencia, como todo lo demás.

—¿Las pesadillas son sobre eso? —preguntó en voz baja. Demonios, ahora mismo daría lo que fuera por un buen trago. Quizás era bueno que estuviéramos en el hospital—. ¿Aquella noche que te retorcías mientras dormías y no te despertabas por mucho que dijera tu nombre?

El nerviosismo en su voz me afectó más que nada.

—Es una mezcla de cosas. Sin razón alguna, la verdad.

—¿Has ido a un terapeuta? —indagó, con la pena llenándole la cara. No quería compasión; me hacía sentir menos. Ya sabía que estaba muy jodido.

—He visto a un terapeuta de vez en cuando. Dice que es una mierda de trastorno de estrés postraumático.

Sonrió con tristeza.

—Probablemente sí. ¿Supongo que ya no tienes sesiones?

—No. —Me cansé de hablar sobre problemas y no encontrar soluciones significativas—. Dejé de beber. Aparentemente era mi mecanismo de supervivencia. Tú misma viste lo destructivo que era.

Asintió.

—No es el mejor. —Estuvo de acuerdo, pero no había juicio en sus ojos—. Quizá valga la pena volver a hablar con un terapeuta.

—Si quieres que vea a un psiquiatra, lo haré. Si quieres que queme este mundo, lo haré. Haré y seré lo que quieras que sea. Solo déjame ser tuyo, Billie.

Me importaba una mierda que eso me hiciera parecer un debilucho dominado. Estaba tan metido que no sabía cómo salir. Peor aún, no *quería* encontrar la salida. Aquí era exactamente donde necesitaba estar.

Entrelazó sus dedos con los míos y su pulgar rozó el interior de mi muñeca. Podría permanecer aquí acostado y dejaría que esta mujer me tocara todo el día.

—Eres mío, Winston —declaró en voz baja—. Y soy tuya. Ambos, juntos. Métetelo en la cabeza, ¿de acuerdo?

Me quedé quieto, seguro de no haberla escuchado bien.

—Dilo otra vez. —Mi voz era ronca.

—Eres mío —susurró. Luego, tomando una respiración profunda, me miró a los ojos—. No me he hecho una prueba, pero estoy segura de que estoy embarazada. Nunca me retraso. Mi apetito ha estado descontrolado y he subido de peso. —Aspiró, sus iris empañados se encontraron con los míos—. Soy tuya, y también lo es este bebé... si eso es lo que acaba ocurriendo. Si nos aceptas.

Una sonrisa se elevó en mis labios cuando sentí el alivio estrellándose contra mí. Mis labios se presionaron contra su oreja y prometí.

—Te tendré con todo mi corazón. —No pasé por alto el atisbo de sonrisa de su bonita boca, ni el brillo de emoción en sus orbes. Le aparté un mechón de cabello de la cara y se lo coloqué sobre el hombro—. Tú y nuestra familia. Eso es todo lo que quiero.

—¿Cómo sé que no lo dices solo por el bebé? Tal vez solo quieres continuar tu linaje.

Acuné sus mejillas, mis ojos se clavaron en los suyos.

—No me importa mi linaje. —Sonrió suavemente, y su mirada me atravesó el pecho—. Byron o cualquiera de mis hermanos pueden continuar el maldito linaje Ashford. Por mí, me quedo con tu apellido.

Elevó una ceja.

—Pero llevamos casados seis años.

—Y me di cuenta de que conservaste tu apellido —señalé—. Tal vez deba tomar el tuyo para que todos sepan que eres mía. Quiero el anillo en tu dedo, mi nombre tatuado en él para que nunca pueda borrarse.

—¿Así que no te importa si tenemos una niña en lugar de un niño? —Su inseguridad era otra cosa. Siempre había sido una fiera de voz ronca y un cuerpo tentador. Ahora, Billie estaba mostrando un lado completamente diferente de sí misma. Tal vez eran las hormonas del embarazo, o tal vez había estado ocultando ese lado de sí misma todo el tiempo. No sabía cuál era, pero también me encantaba esta parte suya.

—Dame hijas con tu testarudez y tu mente cualquier día. —Mi sangre palpitaba al ver a un montón de niñas parecidas a Billie corriendo a nuestro alrededor—. Dame hijas con tus hermosos y cálidos ojos marrones y tu cabello dorado. Quiero que dentro de cien años el mundo sepa que anduviste por esta tierra y vea tus rastros en nuestras hijas.

Se quedó quieta un momento antes de susurrar su propia promesa.

—Entonces seremos tú y yo, amor. Para siempre.

Entonces supe que estábamos juntos en esto. Para bien o para mal.

Capítulo Cuarenta Y Tres



Billie

La vida era buena. La única manera de que las cosas siguieran así era vivir plenamente. Sin miedos, sin remordimientos, sin orgullo. Y con todo el corazón.

Como me lo dijo *Maman*.

Winston hizo que su chofer llevara su Rolls-Royce al hospital en la madrugada. Insistió en conducir y se abrió paso entre un París dormido. Se detuvo en un mirador, estacionó el coche y, acurrucados en mantas, vimos salir el sol sobre la ciudad del amor mientras sonaba *I Don't Want This Night To End* de Luke Bryan en los altavoces de época.

Era viejo y nuevo, pasado y presente. Nuestro futuro.

No hablamos. Nos quedamos sentados, rodeada por sus brazos, observando cómo la ciudad despertaba lentamente.

—Esta es la mejor cita hasta ahora —susurré. Con mi mano en su pecho, su fuerte corazón latía en sincronía con el mío.



Habían pasado veinticuatro horas desde nuestro fiasco con el caballo. Atendí a Winston a pesar de que estaba totalmente recuperado de su reacción alérgica; sospechaba que ansiaba la atención. Pasamos un tiempo ridículo pensando en muchos nombres para nuestra hipotética niña o nuestro hipotético niño. Puede que no llegara a nada y que realmente solo tuviera un atraso, pero en cualquier caso estaríamos preparados. Lo único que realmente me importaba era que estábamos en el camino de arreglar nuestra relación.

—¿Qué tal Fifi para una niña? —Quiso saber.

Me estremecí al ver sus ojos en el reflejo del espejo. Ya estaba vestido en un esmoquin y se mostraba más reservado que de costumbre sobre nuestros planes para esta noche.

—¿Qué tal si le ponemos una pausa a los nombres hasta que nos hagamos una prueba de embarazo? —sugerí, riendo—. Puede que estemos locos aquí. —Aunque mi intuición femenina me decía que no. No recordaba ninguna ocasión en la que me hubiera reído para después echarme a llorar.

Se acercó por detrás y me rodeó la cintura con los brazos.

—Está bien, no más nombres hasta que veamos ese signo positivo rosa en el palito de plástico.

Me reí entre dientes, con un vuelo de mariposas despegando en mi vientre. La promesa de un paquetito de alegría nos tenía emocionados y nerviosos. Si bien ambos estábamos en la edad perfecta para formar una familia, era difícil no estar nerviosa. Acompañé a Odette en todo momento durante su embarazo, pero ahora que podría ser yo quien lo estuviera se sentía diferente.

—Te amo —susurré. Las palabras apenas habían salido de mi boca cuando me jaló hacia él y apretó sus labios contra los míos. No fue un beso dulce. Fue feroz y devorador. Todo lo que necesitaba.

—No tienes ni idea de cuánto tiempo he esperado para oír esas palabras —expresó con voz ronca.

—Siento haber tardado tanto en darme cuenta —me disculpé avergonzada.

—Será mejor que me ames incluso cuando las hormonas abandonen también tu cuerpo. Ahora no hay forma de librarse de mí —advirtió—. No es que antes hubiera probabilidad de ello. Sonreí, respondiendo a sus caricias.

—Me parece bien.

—Me quedaré contigo para siempre. —Intenté parpadear para repeler las lágrimas que empezaban a formarse, sintiéndome abrumada por las emociones. *Otra vez.*

—Más te vale —advertí.

—Por fin estamos de acuerdo. —Dejó escapar una suave risita mientras me levantaba la barbilla—. ¿Estás lista para nuestra aventura de hoy?

Asentí.

—¿Me veo apropiada para lo que sea que tengas en mente? —Me recorrió con la mirada. El sedoso tejido dorado se deslizaba por mis curvas, brillando bajo la tenue luz de mi apartamento tipo estudio. Di un paso atrás, y la abertura del muslo dejaba ver lo justo. No me abrigaría mucho, pero era demasiado bonito para no ponérmelo. Cuando se quedó callado, murmuré—: Dijiste que me pusiera algo elegante.

—Eres deslumbrante. No podré apartar la vista de ti en el coche. Es más que un poco peligroso. —Mis mejillas se sonrojaron, su mirada estaba llena de ese afecto indescriptible que toda mujer deseaba de su hombre. Se dirigió a mi armario y volvió con una bolsa de ropa colgada del brazo—. Necesitarás esto.

Tiré de la rígida cremallera del bolso y se me cayó la boca al suelo.

—¿Un abrigo de piel?

Asintió con la cabeza.

—¿Adónde me llevas exactamente? —inquirí, tan emocionada como curiosa. Después del desastre del día anterior, estaba más que feliz de dejar que Winston tomara las riendas, por así decirlo.

Se rio ante mi entusiasmo.

—Ya verás.

La verdad era que me encantaban las sorpresas y los regalos. Quizás esa fue la razón por la que su uso del término “cazafortunas” me llegó. Siempre se burlaban de mí, porque me encantaban las cosas bonitas.

Maman decía que no había nada malo en ello, siempre y cuando nos esforzáramos por conseguir esas cosas nosotras mismas. Y eso era exactamente lo que intentaba hacer.

Desde que decidimos darnos una oportunidad, no había día que no pasáramos juntos. Me había llevado a citas. Me sorprendió con un almuerzo. Caminamos por un costado del Sena con su brazo alrededor de mí mientras le contaba mis miedos más profundos.

Salimos del apartamento y bajamos a la calle. Cada uno de sus pasos coincidía con dos de los míos mientras caminábamos por el viejo París. A pesar de que no habíamos crecido a pasos agigantados, íbamos en la dirección correcta.

La gente pasaba a nuestro lado sonriéndonos, casi como si supieran que algo importante estaba ocurriendo.

—Siempre he querido caminar por París bajo la cálida lluvia primaveral. —Me reí ante la tontería de que alguna vez eso me pareció romántico. Me congelaría y atraparía una pulmonía si lo fuéramos a hacer ahora, mas un corazón romántico se negaba a entrar en razón—. Quizás una llovizna, para que mi novio y yo no nos enfermemos. Y luego me besaría sin sentido y me haría olvidarme del frío.

Tomó eso como su señal para abrirse su largo abrigo de lana y envolverme con él. Mis manos serpenteaban alrededor de su cintura mientras algunos transeúntes nos lanzaban miradas fugaces. Parecíamos una pareja en nuestra luna de miel.

—De alguna manera, siento que ser llamado tu novio es un descenso de categoría.

Algo sobre hoy se sentía diferente. No podía precisarlo. El tacto de Winston era posesivo, más que de costumbre. Sus manos recorrían constantemente mi cuerpo y sus labios nunca estaban lejos de mi piel.

—De acuerdo, entonces te llamaré mi esposo no tan secreto, quien deseo que me bese sin sentido bajo la lluvia.

Sentí sus labios contra mi frente y suspiré. Era irreal lo mucho que me gustaba su toque. Su todo. Durante la última semana, sentí como si realmente estuviéramos saliendo. No, no salíamos. Era como si estuviéramos casados, y estaba amando cada minuto.

Se quedó conmigo en mi apartamento tipo estudio, sin quejarse ni una sola vez de la falta de espacio. Seguía durmiendo en la silla, no obstante, ya estaba lista para el siguiente paso. Que durmiera en la cama conmigo. Quizás esta noche.

Hablábamos. Planificábamos. Le conté mis ideas y aportó las suyas. Me entusiasmaba la idea de abrir la tienda de mis sueños. Él sabía exactamente lo que estaba haciendo.

Sosteniendo la mano de Winston, paseábamos por las calles iluminadas por las farolas y, a pesar del aire frío, me sentía cálida gracias al hombre que tenía a mi lado.

—¿Cuántos hijos quieres? —solté de repente, la pregunta surgió de la nada.

Se pasó un pulgar por el labio inferior, pensativo.

—¿Cuántos quieres darme?

Levanté una ceja.

—¿Es mi decisión?

Asintió con expresión seria.

—Tú tienes todas las cartas, dulzura. Lo que sea que quieras, es tuyo.

Hice una pausa.

—Supongo que tendremos que tener mucho sexo —reflexioné, apenas manteniendo la cara seria—. Porque puede que quiera un equipo de fútbol completo.

—Mientras a mis hijas les guste el fútbol —señaló, recordándome nuestra conversación de no hacía mucho. La felicidad floreció en mi pecho mientras le sonreía.

Me miró con reverencia, esos intensos océanos arrastrándome a sus profundidades, y reanudamos la marcha.

—La vida contigo es... —Se interrumpió, aparentemente para recomponerse—. Felicidad. Paz. Satisfacción.

Ladeé la cabeza y lo miré con el ceño fruncido. Hoy estaba actuando un poco raro.

—¿Eso es bueno?

—Lo mejor. —Me giré hacia él y tomó mis labios en un beso rápido, su lengua rozando la mía—. Es lo que he estado buscando toda mi vida.

Me instó a seguir. Como si no pudiera esperar a lo que venía después.

De repente se detuvo, y mis ojos se desviaron, observando un lujoso barco que nos esperaba.

—¿Una lancha rápida? —inquirí sorprendida. Asintió y me quedé mirándolo—. Pero nos congelaremos.

Se rio.

—No te preocupes. No dejaré que eso ocurra.

Luego me empujó hacia delante, sin querer decir nada más.

—Winston...

Se subió y me levantó con poco de esfuerzo.

—No creo que pueda soportar dos citas desastrosas seguidas.

Todavía me sostenía en sus brazos, al estilo nupcial, inclinó la cabeza, con su áspera voz en mi oído.

—Confía en mí, Billie. Vamos a empezar de nuevo. —Exhalé bajo su intensidad—. ¿Confías en mí?

Asentí, sorprendiéndome a mí misma. Sus ojos se iluminaron con satisfacción antes de ponerme en pie.

No podía dejar de mirarlo mientras le daba órdenes a nuestro capitán. Lo deseaba de todas las formas posibles. Aunque lo que más deseaba era darle lo que necesitaba. Ser lo que él necesitaba.

Se giró hacia mí con una botella de *champagne* y dos copas, lo que me hizo estallar en carcajadas.

—¿Dónde encontraste eso?

Sonrió.

—Es para que celebremos.

Miré la botella con desconfianza.

—¿Una botella de *Champagne Brut Goût de Diamant*? —No sabía mucho de vinos añejos, pero sabía que este era uno costoso. Me mordí el labio nerviosamente, insegura de si debía decir lo obvio, aun así, no pude contenerme—. ¿Es inteligente tomar alcohol? —susurré.

—Odio el *champagne*, así que es seguro. —Nos sirvió dos copas, dándome una—. Por nosotros, esposa.

La agarré y chocamos nuestras copas.

—Por nosotros —repetí.

Tomé un sorbo del vino burbujeante, viéndolo hacer lo mismo. Su lengua apenas lo tocó.

Me puse de puntillas y lo besé, tan feliz que me sentí lista para enfrentarme al mundo. Cuando me aparté, algo feroz y posesivo se encendió en los ojos azules de Winston. Era todo lo que necesitaba saber para estar segura de que estaba, *estábamos*, haciendo lo correcto.

—Tengo algo para ti. —Empecé cuando el barco se detuvo. Miré a mi alrededor, el repentino silencio que nos rodeaba cuando el conductor de nuestro barco saltó al agua—. ¿Qué demonios? —exclamé, agarrando la mano de Winston y sacudiéndola con fuerza—. Nuestro capitán se quiere suicidar. Dios mío, Winston. Haz algo.

Winston gruñó.

—No se está suicidando.

El hombre resurgió de las oscuras aguas del Sena, empapado y con una sonrisa salvaje.

—*Au revoir!* —exclamó, despidiéndose con la mano, y se fue nadando.

—Se va a congelar —murmuré, dándome la vuelta para encontrar a Winston en una rodilla, con una caja de terciopelo en la mano. Olvidé al hombre del río, lo único que podía hacer era observar fijamente a este hombre que tenía adelante, preguntándome qué estaba pasando. Podía ser que las burbujas lo afectaron después de todo.

Una suave melodía flotaba en el aire. Las luces de la Torre Eiffel parpadeaban en perfecta armonía con la melodía de la canción que podría haberme sonado familiar si mi cerebro no hubiera estado tan aturdido.

—Billie Swan, ¿me harías el honor de convertirte en mi esposa, por segunda vez? —La voz profunda y ronca de Winston hizo que se me llenaran los ojos de lágrimas, mientras el diamante

del tamaño de un camión brillaba—. No puedo imaginar esta vida sin ti. Debería haberlo hecho bien desde el principio, porque en cuanto te vi, te deseé. Solo que tardé un poco más en darme cuenta de que también te necesitaba.

—Dios mío —comenté con la voz ronca y distante. Me agaché y canturreé—: ¡Sí. Sí. Sí!

Entonces metí una mano en mi bolsillo y abrí los dedos, mostrándole lo que tenía en la palma.

—Quería darte esto esta noche. —Por un momento, se quedó mirándolo, congelado, y la inseguridad serpenteó a través de mí—. Era de mi padre, pero...

Me detuvo con un beso. El beso más perfecto de todos.

—Sí, será un honor. —Respiré en su boca y nuestros cuerpos se rozaron. Cuando rompió la sensual danza de nuestros labios, apoyó su frente en la mía—. Ponlo en mi dedo, señora Ashford.

Tomé su mano entre las mías y deslicé el anillo de mi padre en su dedo.

—Yo, Billie Swan, prometo amarte por el resto de mis días. Prometo mi fidelidad, y todo mi amor, en las buenas y en las malas.

Le quedaba perfectamente. Estaba destinado a ser.

—Mi turno —anunció con voz ronca, sosteniendo el anillo de compromiso más bonito que jamás había visto y deslizándolo junto al anillo de su madre—. Con este anillo, prometo amarte, adorarte y estar a tu lado el resto de mis días.

Levantó la cabeza, mirándome con seducción, y me besó como si no pudiera respirar. Como si fuera la fuente de su oxígeno y me necesitara para sobrevivir. Igual que yo lo necesitaba.

Me pasó un pulgar por los labios, sonriendo. Nunca lo había visto tan relajado.

—¿Qué tal si compramos la prueba de embarazo y lo descubrimos juntos?

—Eso me gustaría. —Le sonreí soñadoramente antes de recordar a nuestro capitán, mi cabeza buscándolo—. ¿Dónde está nuestro capitán de barco? ¿Se congeló?

Winston me tomó la barbilla con la mano.

—Llevaba un traje de buceo debajo de la ropa. Te lo prometo, está bien.

Exhalé un suspiro de alivio, luego reí suavemente, enterrando mi cara en su pecho.

—Winston Ashford. ¿Quién iba a pensar que mi esposo acabaría siendo tan romántico?

Durante la hora siguiente, disfrutamos del espectáculo de luces y música que Winston había preparado para el evento. Incluso nos trajeron la cena. Sí, al barco.

Cuando terminamos y atracó el barco, apareció una mujer de la nada. Era impresionantemente guapa, con una larga melena rubia y ojos azules, llevaba un costoso vestido de Valentino y... demonios, ¿eran esas zapatillas rojas Christian Louboutin Daffodile Strass? Un pequeño monstruo verde se posó en mi hombro, instándome a noquear a la mujer y robarle los zapatos. El ángel en mi otro hombro le comentó que se callara. Estaba casada con Winston Ashford, podíamos permitirnos las zapatillas. No obstante, aquella niña que hojeaba las revistas de moda de su madre quería comprárselos para ella.

—Winston, cariño. —Ronroneó mientras avanzaba, ignorándome por completo. Fue en ese mismo instante que decidí que no me agradaba. Sin embargo, su sonrisa fría como el hielo la delató, esta mujer era problemática.

Se rozó contra Winston y le sonrió, con las manos moviéndose demasiado libres para mi gusto. Estaba dispuesta a darle una lección. Winston la miraba con indiferencia, sin animarla pero aparentemente demasiado conmovido para detenerla.

Al parecer tendría que tomar cartas en el asunto porque esta zorra tenía que apartarse de una maldita vez.

—Quita tus sucias garras de mi hombre.

Capítulo Cuarenta Y Cuatro



Winston

Parpadeé y Billie estaba empujando a Nicki, haciéndola tropezar y caer de nalgas. Me quedé mirándola, con una sonrisa que hablaba por sí sola.

—¡Oh, Dios mío! —Nicki gritó—. Me atacó.

Billie ladeó la cabeza, retándome a decir algo, y lo único que pude hacer fue sonreír. ¡Por fin! Mi esposa *por fin* me había reclamado. Algunos peatones se apresuraron a ver qué pasaba.

—Winston, ¿no vas a ayudarme? —Nicki lloriqueó, fingiendo luchar para ponerse de pie—. Esta mujer es un animal.

—Esta mujer es mi esposa —comuniqué, mi tono una clara advertencia—. Así que será mejor que cuides tus próximas palabras.

Quizás eso me convertía en un cobarde, mas no podía fingir que las acciones de Billie no me hacían feliz. Lo había estado esperando y, aleluya, por fin había llegado. Quería echármela al hombro y llevarla a casa, luego follármela despacio como recompensa.

Mierda, era un buen plan.

Nicki se puso de pie mientras seguía gritando obscenidades.

—¿No lo ves, Winston? Ella y su hermana son ladronas. ¡*Criminales!* —La mujer estaba loca de remate. No sabía cómo seguía sorprendiéndome después de todos estos años. Dio un paso hacia Billie, reviró—: ¡Voy a acabar contigo por esto! —Hizo el amago de empujar a mi esposa con el dedo, pero lo atrapé antes de que tuviera oportunidad de tocarla.

—Ya es suficiente —advertí—. Deberías alegrarte de no haberla tocado, o te habría arrancado las manos.

Nicki, la zorra tonta que era, no comprendió la gravedad de mi amenaza.

—¡Lo están destruyendo todo! ¡Nuestros padres nunca aceptarán su matrimonio! ¡La destruirán a ella y a su hermana!

Gritaba como una lunática. Nada de eso me importaba. Se atrevió a amenazar a mi esposa. *Eso* nunca lo pasaría por alto.

—La próxima vez que te atrevas a amenazar a Billie, acabaré contigo. Y si acabas tras las rejas, será por piedad.

—Toma eso, perra —siseó Billie—. Y encuentra a un hombre soltero al que acosar.

Nicki murmuró algo sobre volver a D.C. mientras yo rodeaba a mi mujer con el brazo y pasábamos alrededor de una Nicki furiosa.

—Esta noche fue perfecta —dije arrastrando las palabras.

Los hombros de Billie se desplomaron.

—Lo siento. Simplemente no podía quedarme allí y ver cómo estaba toda sobre ti.

Me reí entre dientes.

—No lo entiendes. —Sus ojos se desviaron hacia mí, llenos de preguntas—. *Eso* fue parte de lo perfecto.

Sonrió.

—Y...

La detuve presionando mis labios contra los suyos, saboreando la curva de su sonrisa.

De repente, el mundo parecía perfecto. Perfecto como debería haber sido siempre.

Capítulo Cuarenta Y Cinco



Billie

En cuanto volvimos al apartamento, Winston se detuvo en seco.

—Maldición.

—¿Qué? —Lo miré de frente, preocupada por si algo estaba mal. Después del encontronazo con *Cruella*, caminamos de regreso a casa en silencio. Tomados de la mano. La forma en que me había defendido. Y aquella proposición... Se la contaría a nuestros hijos durante años.

Fue la propuesta de matrimonio más romántica de la historia.

—La prueba de embarazo.

Me estremecí al recordarlo.

—¿Cómo pudimos olvidarlo? —musité—. ¿Qué dice eso de la clase de padres que seremos?

Se rio entre dientes.

—Bueno, nos distrajimos. —Me acarició la cara y me dio un beso en la frente—. Lo siento. Quería que esta noche fuera todo y más.

—Lo fue —le aseguré rápidamente—. La... la amé. —Maldita sea, me estaba atragantando otra vez. Inclino la cabeza, rozando la punta de su nariz con la mía—. Esta noche *ha sido* perfecta —suspiré contra sus labios, y su lengua recorrió mi labio inferior—. ¿Me querrás cuando esté grande y gorda?

Enredó sus dedos por mi cabello.

—Te he deseado desde el primer momento en que puse mis ojos en ti. Tu primer comentario sarcástico, y quedé embelesado.

Me reí ante su dulce confesión y una lágrima rodó por mi mejilla.

—Lo mismo digo, esposo. —Mi estómago eligió ese momento para gruñir, rompiendo el momento, y un rubor feroz coloreó mis mejillas—. *Ups*.

—Voy a traerte algo de comer —susurró contra mis labios—. Y una prueba de embarazo.

—Eres el mejor padre del mundo y el bebé ni siquiera ha nacido. —Mi estómago volvió a rugir—. ¿Puedo tener gomitas de osos, *waffles* y helado, por favor?

—Todo lo que mi mujer quiera, lo tiene.

Sonreí.

—Eres el mejor.

—Pero que sepas que también planeo ser el mejor marido del mundo.

—Es bueno tener metas —pronuncié, riendo entre dientes. Dios, ¿era legal ser tan feliz? Otro beso y salió por la puerta con la promesa de volver pronto.

Con Winston afuera para conseguirmos unos *snacks*, me dirigí a la ducha. Una vez dentro y de pie bajo el agua humeante, dejando que cayera sobre mí y lavara la noche, la rabia que había sentido antes se fue por el desagüe. Era mi esposo.

Mío.

Al parecer, era tan posesiva con mi hombre como él lo era conmigo. Mis labios se elevaron en una suave sonrisa al recordar cómo me había defendido. Solo podía imaginar cómo se pondría una vez que realmenteuviéramos la confirmación de nuestro embarazo.

Acababa de cerrar el grifo y me había envuelto en una suave bata cuando escuché abrirse la puerta.

—¿Ya volviste? —vociferé. No obtuve respuesta. Me envolví la cabeza con una toalla y salí del baño hacia el dormitorio.

Mis pasos vacilaron y me quedé helada, mirando al extraño que estaba en mi dormitorio. No lo reconocí, pero no presagiaba nada bueno que hubiera atravesado la puerta cerrada con llave, y eso sin tener en cuenta que a Winston probablemente le faltaba al menos media hora para volver.

Quería correr. *Necesitaba* correr. Excepto que se interponía entre mí y la única salida de esta habitación. «¡*El baño!*!». Me encerraría en el baño y ganaría algo de tiempo antes de que Winston llegara a casa.

Sin embargo, antes de que pudiera moverme, algo pesado cayó sobre mi cabeza.

Todo se volvió negro.

Capítulo Cuarenta Y Seis



Winston

La puerta abierta de par en par fue mi primera pista. El silencio sepulcral cuando entré en el apartamento fue la segunda.

—¿Billie? —No hubo respuesta. Solo un silencio siniestro. Mis pasos resonaron por todo el pequeño apartamento. La cocina. Dormitorio. Baño.

Algo brillaba en el suelo. *Sus anillos.*

Mi corazón se detuvo por completo antes de volver a latir, retumbando en mis oídos. ¿Huyó? ¿Me estaba dando una falsa sensación de seguridad para que no pensara que me iba a dejar?

Sacudí la cabeza y mi mirada cayó en mi dedo. No me habría dado el anillo de su padre si eso era lo que planeaba. No lo habría desechado tan descuidadamente. No había otra explicación. Se la habían llevado.

¿Pero quién? ¿Cómo?

Solo me vino una respuesta a la mente. Mi padre. El pulso me retumbaba en los oídos y, a pesar de estar en pleno París, en la calidez de la casa de Billie, de repente me sentí como si estuviera de vuelta en una zona de guerra.

Donde las mujeres y los niños siempre pagaban el precio.

Las imágenes en mi cabeza empezaron a dar vueltas y supe que no tenía tiempo para ellas. Llevaba fuera al menos cuarenta minutos. Cada minuto contaba si alguien se la había llevado. Y no dudé de que así fue.

Mi teléfono vibró en mi bolsillo.

Número desconocido: He terminado de perder el tiempo con ustedes, Ashford.

No podía procesar la información lo bastante rápido. Sonó otro mensaje.

Número desconocido: Paga o tu esposa pagará el precio.

El suelo tembló bajo mis pies. Mi cerebro se nubló, las imágenes de todas las mujeres muertas que había presenciado en mi vida se burlaban de mí. Hasta ahora no había podido salvar a ninguna.

El teléfono volvió a vibrar. Una foto de mi esposa acostada en una cama. Con las manos y las piernas atadas. Estaba inconsciente. Un bulto inflamado en su cabeza se veía claramente a través de la imagen borrosa. Se me heló la sangre.

El miedo me consumía. Empezó en mi corazón y se extendió por mis pulmones y mi alma como un veneno, hasta que fue lo único que retumbaba en mí.

El sonido de la ciudad era un ruido de fondo distorsionado. La bolsa de las compras se me escurrió de los dedos y su contenido se derramó por el suelo.

Mis ojos se clavaron en la prueba de embarazo y caí de rodillas.

Junté las manos sobre el estruendo incontinente de mi propio pulso resonando en mis oídos, luchando por recuperar cierta apariencia de control.

Apreté las manos y cerré los ojos, pero me arrepentí inmediatamente cuando volvieron las imágenes de muerte.

La sangre encharcada en el pavimento, el olor a cobre, la pólvora, el desierto... todas las imágenes distorsionadas se mezclaban hasta descontrolarse.

Nunca había sentido un miedo como este, y a través de todo ello, una voz llegó.

—Contrólate, Winston. —Levanté la cabeza, con el ceño fruncido. ¿Qué hacía Asher aquí?

Me ayudó a levantarme de donde estaba arrodillado en el suelo. Tenía que calmarme, maldición. No podía derrumbarme. No había tiempo. Necesitaba actuar rápido antes de que ese maldito psicópata enviara otra foto.

—¿Qué haces aquí? —Mi propia voz sonaba apagada.

—Vine en cuanto me enteré.

—¿Enterarte de qué?

—Tu padre hizo un trato con la familia Popov. —Me puse rígido, mas no dije nada—. Este imbécil habló mientras estaba en su... —Se interrumpió un momento, aclarándose la garganta—. En su fiesta, un evento para... cosas. —El silencio se extendió entre nosotros, interrumpido por su mención de *cosas* y mi conocimiento de sus actividades extracurriculares—. En fin, tu padre llegó a un acuerdo con el padre de Nicki, aunque el viejo Popov ya no es el jefe de esa organización.

—¿Así que renunció oficialmente?

Se rumoreaba que lo dirigía todo. En los últimos veinte años, los grupos delictivos de los Balcanes Occidentales se habían convertido en actores clave del tráfico mundial de drogas. Las redes balcánicas estaban implicadas en la producción y el tráfico de heroína, cocaína y *cannabis* desde América Latina a puertos de Europa occidental y sudoriental. Y supuestamente, Danil Popov estaba detrás de todo ello.

—No, su hijo, Danil, tomó las riendas y ahora da las órdenes. —Desaprobó Asher—. El viejo Popov estaba dispuesto a dejar pasar la deuda de tu padre un tiempo más, pero Nicki corrió hacia su hermano. Está desesperada por casarse con tu familia.

La loca no tenía ni idea de lo jodida que estaba esta familia. Tal vez incluso más que la suya.

—¿Qué clase de trato hizo mi padre?

—Una unión entre sus familias.

Resoplé.

—Eso nunca sucederá.

—O renunciar a la mina de diamantes Ashford... —De la que era propietario y, por suerte, fui lo bastante listo como para ponerla a nombre de mi esposa—. Y renunciar a su puesto en la política, respaldando a un miembro de la familia designado por Popov como su sustituto.

—Solo hay una cosa que a mi padre le gusta más que el dinero, y es el poder. Parece que hizo un mal trato, porque ninguno de sus hijos se casará con Nicki Popova.

Asher asintió.

—De todos modos, Danil Popov, el hermano de Nicki, dio la orden de matar a tu viejo o secuestrar a su nuera que está en París. De alguna manera se enteró de que su nombre estaba en la escritura de tu mina de diamantes. Considerando que tu esposa está en París...

Mierda, ¿por qué Danil no pudo acabar con mi padre? Joder.

Mis manos se cerraron en puños y miré fijamente a mi buen amigo.

—¿Por qué no llamaste?

—Lo intenté. No respondías. —Mi mandíbula se tensó, los músculos en mi cuerpo gritaban. Había apagado el teléfono durante nuestra noche en el río.

No defraudaría a mi esposa. La salvaría aunque fuera lo último que hiciera. Una respiración. Otra. Tres respiraciones profundas, y cuadré mis hombros.

—Necesito toda la información que tengas —demandé mientras le escribía un mensaje a Danil.

Yo: Un moretón, una hebra de su cabello fuera de lugar, y tendrás una guerra en manos.

La respuesta fue casi instantánea.

Danil: No estás en posición de tomar las decisiones.

—Quiere la mina de diamantes —interrumpió Asher.

—¿Por qué? —Necesitaría toda la ventaja posible y, por lo que sabía, la familia Popov no se dedicaba a la minería.

—La mina de diamantes es su forma de controlar el bajo mundo en África.

Le lancé una mirada de sorpresa.

—Aspira alto, ¿eh? —Asher se encogió de hombros—. ¿Cómo se enteró de que soy el dueño? —pregunté. No había anunciado exactamente que había comprado la mina. De hecho, no había compartido esa información con nadie más que con Kristoff Baldwin, quien aseguró la compra a través de su empresa. Y apostarí mi vida a que él no compartiría esa información con nadie—. ¿Y cómo lo sabes tú?

Sonrió.

—Estaba en la subasta.

Dejé escapar un suspiro sardónico. Asher, al igual que Danil, tenía una agenda.

—Si esa maldita mina de diamantes es lo que quiere, puede tenerla. —Le daría toda mi fortuna si eso significaba recuperar a Billie ilesa—. Pero juro por Dios que lo mataré por acercarse a mi esposa.

Asher refunfuñó en voz baja:

—¿Puedo quedarme con la mina de diamantes, entonces? —Decidí ignorarlo. Necesitábamos refuerzos. Marqué primero a Royce, que contestó al primer timbrado.

—*No estoy de humor para otra ronda de sermones, Winston.*

—Te necesito —notifiqué—. Mi esposa ha sido secuestrada.

—*¿La esposa que has tenido durante seis años? ¿De la que he tenido que leer en el periódico?* —reprochó sin expresión.

—Esa misma, sí.

—*¿Estás seguro de que no te dejó?*

—Jesucristo, Royce. La secuestró la mafia por culpa de Padre. —Silencio, ensordecedor y sofocante—. ¿Puedes traer tu trasero aquí o no?

—¿Dónde es aquí?

—París.

—Mierda. —Eso no sonaba prometedor—. *Acabamos de aterrizar en Australia y mi piloto se fue. Puede que tarde un tiempo en llegar a ti.* —Mi mente trabajaba furiosamente, aun así, en el mejor de los casos, Royce no estaría en París hasta mañana por la tarde—. *Pero Kingston está en París.*

Le eché un vistazo a Asher.

—¿Kingston está aquí? —Se encogió de hombros—. ¿Qué está haciendo en París? —cuestioné a mi hermano.

—*No tengo ni la más mínima maldita idea. Algo sobre una chica.*

No tenía la energía para preocuparme de si era la hija de Sofia Volkov. Debería matar a su madre y estar a mano. No era que pudiera culparlo por necesitar esa venganza.

—Quédate en Australia —comenté finalmente—. Y no jodas las cosas con Willow, o nuestra hermana hará que te cuelguen de las pelotas.

Terminé la llamada y le marqué a Kingston.

—*Ahora no, Winston.*

¿Por qué todos mis hermanos tenían que elegir *este momento* para estar en medio de algo? Apostaba a que si llamaba a Alessio y Byron, su saludo no estaría muy lejos del que había recibido hasta ahora.

—Mi esposa ha sido secuestrada. Mafia balcánica. Danil Popov la tiene. Necesito tu ayuda.

—*Mierda, ¿no podían haber hecho esto ayer?*

—Puede que lo hayan planeado para ayer. Estaba ocupado teniendo una reacción alérgica a un caballo, así que pasamos la noche en el hospital.

—*¿Eres alérgico a los caballos?*

Asher soltó una risita. Mis ojos se dispararon hacia él y rápidamente se pasó una mano por la boca en un pobre intento de ocultar su diversión. Mi mirada se oscureció, listo para ponerme impulsivo.

—Larga historia. ¿Puedes ayudar o no? Seremos solo nosotros tres, Asher será la tercera rueda.

Mi amigo puso los ojos en blanco y me mostró el dedo medio.

—*Claro, recógeme.*

Recitó la dirección y la memoricé mientras salía por la puerta, con Asher a mi lado.

Salvaría a mi chica aunque fuera lo último que hiciera.

Capítulo Cuarenta Y Siete



Billie

Abrí los ojos de golpe y me invadió una nueva oleada de terror.

Estaba acurrucada en un rincón, abrazando mis rodillas. Una toalla estaba a mi lado, y la reconocí como aquella en la que me había envuelto el cabello. Bajé la vista y me encontré vestida solo con una bata. Los acontecimientos de la noche anterior me vinieron a la mente poco a poco.

Mis manos heladas recorrieron mis piernas, mis muslos, sin embargo, no sentí ninguna abrasión. Aunque suspiré aliviada, el miedo seguía presente.

—¿Hola? —llamé, con la garganta seca. No hubo respuesta. Tal vez se trataba de un caso de identidad equivocada.

Estaba oscuro, la única luz entraba por la rendija bajo la puerta. Giré lentamente la cabeza para observar la habitación, e inmediatamente me estremecí de dolor.

—*Ouch*. —Me llevé la mano a la sien y me pasé los dedos por el cráneo. Había un chichón allí, pero aparte de eso, parecía estar bien. Me moví despacio, con la pared de piedra gris rodeándome. La habitación apestaba a orina y moho, provocándome náuseas.

¿Qué diablos estaba pasando?

Apoyé la frente en mis rodillas, el cansancio se apoderó de mí. Tal vez esto no era más que un mal sueño. Una pesadilla. Después de todo, veías cosas así en las películas. Una persona normal no experimentaba secuestros. ¿Casarse con la familia Ashford con un suegro muy turbio? Sí, definitivamente no era una familia promedio.

Unos pasos sonaron afuera de la puerta, deteniendo mis pensamientos. El corazón se me aceleró y el instinto me empujaba a que huyera. Me apreté más en la esquina, insegura de lo que esperaba. Un escalofrío me recorrió y empecé a temblar.

Salté al escuchar el ruido de llaves sacudiéndose. Al momento siguiente, la puerta se abrió con un fuerte crujido, dejando que la luz brillante se filtrara en mi prisión.

Mi estado de alerta aumentó al verlo. Era alto y musculoso sin ser excesivamente corpulento, y no era la imagen de un criminal estereotipado. Aparte de los tatuajes que se asomaban por debajo de su impecable camisa blanca. Parecía como militar.

«*Así como Winston*».

—¿Qué está pasando aquí? —pregunté, mi mirada se desvió hacia su rostro, y por un momento, me sentí golpeada. *Jesucristo*. Sus rasgos eran sorprendentes. Oscuros, afilados y aterradoramente inexpresivos.

Era guapo de una manera pulcra, pero en su interior se escondía una bestia inconfundible.

Me tendió la mano y la miré con desconfianza, negándome a tomarla. No pareció ofenderse por mi desaire.

—Soy Danil. —Metió las manos en los bolsillos de sus pantalones oscuros, casi como si intentara parecer no amenazador. *Sí, claro*. Incluso pareciendo más un sofisticado hombre de negocios que un criminal en ese traje de tres piezas, no podías confundir a este hombre con un don nadie—. Te llevaré a un lugar más cómodo.

—¿Para mí o para ti? —Las palabras salieron antes de que pudiera retractarlas. ¿No era la primera regla de ser secuestrada no provocar a sus carceleros? O, espera. ¿Era burlarse de ellos para que se exasperaran y te abandonaran en algún sitio?

La comisura de sus labios se movió, y tuve la clara impresión de que aquel hombre rara vez

sonreía.

—Para ti —afirmó sin expresión y con voz fría—. No te preocupes, Billie Ashford, no tengo planes de ponerte un dedo encima. —Sus gélidos ojos azules me recorrieron—. No, a menos que lo pidas.

Resoplé.

—En tus sueños. —Otro movimiento de sus labios. Acepté su ayuda y me levanté, con cuidado de no exponerme—. Habría sido educado esperar a que me vistiera para secuestrarme.

—Lo tendré en cuenta para la próxima vez.

Mis ojos se desorbitaron.

—No va a haber una próxima vez. Te vas a arrepentir de esto.

—Muy improbable. —Su voz era fría, controlada y segura.

Tragué saliva.

—¿Planeas matarme?

Se dio la vuelta.

—Eso depende de tu marido y tu suegro. —«¿*Senador Ashford?*». Sí, ese canalla felizmente me dejaría morir. Winston no lo permitiría. Vendría por mí, lo sabía—. Sígueme. —No esperó, alejándose de mí con pasos largos y uniformes—. A menos que prefieras quedarte aquí donde cualquiera de mis hombres podría ponerte las manos encima.

Eso me puso en movimiento. Corrí tras él, mis tres pasos igualando el suyo.

Avanzábamos por el pasillo y luego subimos las escaleras, donde unos hombres discutían en un idioma extranjero, europeo oriental, si agudicé bien el oído, por el pasillo.

—Demonios —murmullé al ver un cuadro de la Mona Lisa, sin entender qué hacía aquí. Debería estar expuesto en el museo Louvre. Acababa de salir de una celda mohosa y maloliente y este cuadro mundialmente famoso fue una de las primeras cosas con las que me topé. Me costaba hacerme a la idea mientras me fijaba en la *fleur de lys*, el símbolo que hacía referencia a la monarquía francesa. Luego, vi los planetas y deidades representadas en los techos y supe exactamente dónde estábamos. Aunque no tenía ningún sentido—. ¿Estamos en *Versailles*?

—Estamos cerca. —Danil me lanzó una mirada por encima del hombro—. Chica lista.

—No puedo decir lo mismo de ti —susurré. ¿Por qué no le preocupaba que lo atacara por la espalda? «Quizá porque estoy desnuda bajo la bata y no hay armas a la vista»—. Me sorprende que este lugar no esté plagado de policías todavía.

—No lo estará. Esta es la parte alquilada de los terrenos de *Versailles*.

—Pero la Mona Lisa...

—No está en su lugar habitual en exhibición —comentó inexpresivo—. Obviamente.

—Obviamente —repetí sarcásticamente.

Su teléfono zumbó y bajó la vista hacia él. Frunció el ceño al leer cual fuera el mensaje.

Levantó la cabeza, su expresión de máscara reservada. Sus rasgos eran demasiado pronunciados, su rostro demasiado mordaz, sus ojos profundos. Era oscuridad, vestido con un traje eduardiano y llevaba un Rolex costoso, invitando a los problemas.

Sí, eso era.

De repente, se detuvo ante una puerta ornamentada con motivos dorados y letras reales cruzadas. La abrió de par en par, indicándome que entrara. Con mi corazón retumbando, entré en la habitación con Danil justo detrás de mí.

Miró a los tres hombres de la sala, que me observaban como si fuera su *ticket* para algo grande.

—Tengo que ocuparme de algo urgente. —Se dio la vuelta y encaró a los otros hombres—.

Manténganla a salvo.

Y sin más, me dejó sola con los lobos.

Tres sicarios musculosos me rodeaban, mirándome como si fuera un caramelo.

Cada uno dio un paso hacia delante y tomé dos hacia atrás, con la intención de mantener la distancia. Al parecer, estos hombres pertenecían a una cultura que no respetaba el espacio personal. Sacudí sutilmente la cabeza ante semejante estupidez. Todos los hombres malos, independientemente de su cultura, se negaban a respetar la privacidad y el espacio de una mujer.

Otro tipo entró en la habitación y gemí para mis adentros. Una amenaza más de la que preocuparme.

Era mucho más guapo que los bufones que intentaban intimidarme. De hecho, era hermoso, a pesar de la cicatriz que le recorría desde la sien izquierda hasta la mandíbula. ¿Dónde lo había visto antes?

Entonces recordé. Era el hombre de mi apartamento.

Escupió algo en un idioma que no entendí, lo que hizo que los otros tres se apartaran. El calvo soltó algo devuelta, provocando la risa de los otros dos.

Estaba acorralada.

Dos de los hombres se abalanzaron sobre mí, agarrándome cada uno de un brazo. Grité y pateé, forcejeando contra su agarre. El tercero empezó a desabrocharse los pantalones; no obstante, antes de dar un paso adelante, el cuarto lo embistió, haciéndolo tropezar.

—Aléjate de ella, maldición —gruñó en un inglés perfecto.

El incidente sobresaltó a los otros dos, y aproveché la oportunidad para zafarme de sus agarres y darle una patada en la espinilla al de mi izquierda justo cuando el otro me empujaba al suelo. Mi cabeza chocó con la madera y el dolor estalló en mi cráneo. Hundí los dientes en mi labio inferior para evitar que se me escapara un gemido.

Me agité salvajemente, gritando con todas mis fuerzas. El rubio se llevó la mano a la entrepierna y se sentó a horcajadas sobre mí. Se inclinó sobre mí, lamiéndose los labios, y me quedé inmóvil.

—Voy a hacerte sangrar —dijo, sonriendo con maldad. Conteniendo la respiración, esperé. Un segundo. Dos segundos. Entonces le di un cabezazo con todas mis fuerzas. La sangre explotó de mi boca, pero su aullido valió la pena.

El cuarto tipo luchaba ahora contra dos hombres y, por lo que parecía, iba ganando. Solo tenía que defenderme de ellos un poco más. A pesar de que me moví y pateé, consiguió abrirme la bata. A punto de ser abusada, perdí la cabeza.

Le grité tan fuerte que perforé mis propios tímpanos.

Bang. Bang. Bang.

La sangre me salpicó en la cara. Un cuerpo cayó sobre mí, y seguí gritando hasta que la pesada forma se apartó de mí. Retrocedí, con el cuerpo desnudo al descubierto.

Solo estaban Danil y el otro tipo que había intentado detenerlos. Ambos desviaron la mirada mientras me castañeteaban los dientes.

—Señora Ashford, necesito que se cubra antes de que su esposo irrumpa aquí. —Bajé la vista, aturdida y, con los dedos entumecidos y temblorosos, intenté abrocharme los lazos de la bata sin mucha suerte.

Con un suspiro, Danil se me acercó, con sus manos expertas apretándolo con fuerza.

—G-gracias.

Retrocedió dos pasos, aunque permaneció cerca, mirándome con recelo.

—Este es mi amigo Soren. —Inclinó la barbilla hacia los tres cadáveres que nos rodeaban—.

Pido disculpas por esto. Esto no debió de haber ocurrido.

Abrí la boca, pero la cerré inmediatamente. Mi cerebro había dejado de funcionar y era incapaz de encontrar una sola cosa que decir.

Sacó un pañuelo de alguna parte y me lo entregó.

Cuando me quedé inmóvil, observándolo sin comprender, me explicó:

—Tienes sangre en el rostro. —Tomó cartas en el asunto cuando no cedí. Me lo llevó a la cara y me estremecí—. Voy a limpiártela para que a tu marido no le dé un infarto cuando te vea.

«*Cuando te vea*».

Eso por fin hizo que mis extremidades se movieran y me pasé los dedos por los mechones enredados.

—¿M-me veo bien?

Los labios de Danil se torcieron.

—Parece que has estado en el infierno y has vuelto —respondió Soren desde unos metros de distancia, sacudiendo sutilmente la cabeza.

Me llevé la mano al estómago y la coloqué allí. Los ojos de ambos hombres siguieron el movimiento, luego compartieron una mirada sin palabras, tras lo cual Soren soltó un:

—Demonios.

Inmediatamente después se oyó el sonido de una alarma que indicaba un allanamiento. Danil y Soren vinieron a ponerse a mi lado, pegándose entre ellos, y cada uno me puso una pistola en la sien.

—Lo siento —informó Danil—. Pero esta es la forma más segura de que todos salgamos con vida.

No sabía a qué se refería, y no importaba.

Porque Winston venía por mí.

Capítulo Cuarenta Y Ocho



Winston

Asher desvió su atención hacia Kingston, su inquietud me ponía los nervios de punta.

—Me alegro mucho de que hayamos coordinado nuestra ropa —ironizó despreocupadamente. Kingston le lanzó una mirada seca, y luego le mostró el dedo medio. Fue una coincidencia, los tres vestidos de negro, mezclándonos en la noche. Mi hermano miró por la ventana, como si esperara una emboscada. Apenas había pronunciado una palabra desde que aceptó ayudarme.

Royce se comprometió a no contarles nada a nuestros otros hermanos, lo cual no era difícil, ya que los evitaba. No quería que Byron se viera envuelto en esto. No cuando por fin había conseguido a la mujer de sus sueños. Y luego estaba el pequeño detalle de que su esposa era la hermana de Billie.

Sí, mejor dejarlo fuera de todo esto.

Así que aquí estábamos. Los tres contra quién sabía cuántos. Jesucristo, esto sonaba como una película de los tres mosqueteros. Cursi y a punto de terminar mal.

—¿Cómo lo logró Nicki? —preguntó Asher mientras contemplaba el castillo desde la ventanilla del todoterreno.

Kingston, Asher y yo estábamos amontonados en el vehículo, con la mano de mi hermano apoyada sobre el rifle que tenía en el regazo. Parecía tranquilo e imperturbable, pero no era más que una fachada. Lo sabía, porque llevaba la misma.

Estábamos estacionados en la sombra de la arboleda en las afueras de *Versailles*. El escenario de cuento de hadas habría sido encantador si no fuera porque los desgraciados tenían prisionera a mi esposa.

Mierda, si le tocaban una hebra de su dorada cabeza, asesinaría a toda esa familia. A la mierda la posibilidad de una guerra con una poderosa organización criminal. Quemaría el mundo entero por mi mujer.

—Ella no lo hizo. Fue su hermano —expliqué. Nicki era tonta; su hermano era un sabio. Era el jefe de la familia Popov y muy conocido en el mundo de los negocios; sin embargo, siempre se había dicho que los hombres de esa familia estaban relacionados con la mafia rusa. El hermano de Nicki dio un paso más y amplió su imperio para incluir a la mafia de los Balcanes.

—¿Qué? ¿Alquilaron todos los terrenos de *Versailles*?

Me encogí de hombros.

—Con la compañía que tienen, no me sorprendería.

Le envié un mensaje rápido a *Priest*, conocido como Christian DiLustro, para que se infiltrara en el sistema de seguridad. El tipo era un genio y, normalmente, no le gustaba meterse con nada francés desde que había establecido un tratado de paz con la mafia corsa y esta había desalojado el territorio de Philadelphia. El trato era que se mantendrían alejados de los territorios del otro.

Sin embargo, *Versailles* era difícilmente territorio de alguien.

Mi teléfono vibró en la mano antes de que pudiera guardarlo.

***Priest:* Me debes una.**

No era lo ideal, aun así, *Priest* era el menor de los males, teniendo en cuenta que era mi primo.

Cerré brevemente los ojos, intentando purgar las inquietantes imágenes de lo que Billie podría estar pasando allí dentro, aun sabiendo que era una guerrera. Lo superaría, pero ¿qué significaría para ella a largo plazo?

Me quedé viendo por la ventana, con la vista fija en los movimientos alrededor del castillo.

Bang. Bang. Bang.

Se oyeron disparos y el silencio que siguió me dejó sin aliento.

Era momento de moverse. De recuperar lo que era mío.

Mi mano se tensó alrededor de mi arma.

—¿Funcionan los auriculares de todos? —Los tres compartimos una mirada, y con asentimientos escuetos, salimos del vehículo—. Manténganse en las sombras.

Con la pistola cargada y en las manos, corrí hacia el edificio, jurando por todo lo sagrado que mataría a toda la familia Popov si le hacían daño. Malditos. ¿Cómo se atrevían a ir tras ella?

Asegurándonos de que el camino estaba despejado y que no había guardias que pudieran emboscarnos, utilizamos los árboles como camuflaje y nos acercamos al lugar.

—¿Por qué nadie está atacando? —La voz de Kingston llegó a través de mi auricular—. Puedo sentir sus ojos en mí.

La voz de Asher fue la siguiente.

—Probablemente sea una trampa.

Fue un error decírselo a Kingston, pero los pasos de mi hermano nunca se ralentizaron.

—Nadie me tomará prisionero —refunfuñó—. Tengo que ir a Brasil.

—¿Vacaciones?

—¡Ambos! Dejen de charlar —ordené—. Asher, comprueba el dispositivo de imagen térmica. Necesitamos saber dónde tienen a Billie.

Había algo sospechoso en todo esto. Alguien ya debería habernos disparado al menos una bala. Nada. Si bien sabía que estaba siendo demasiado fácil, no podía preocuparme por eso.

Corrí a lo largo de la propiedad hasta llegar a la puerta. No importaba lo que pasara, Billie era mi prioridad.

Sabía que las decisiones de mi padre nos llevarían a otro final devastador, pero la familia Popov cometió un terrible error esta vez: involucraron a mi esposa.

Capítulo Cuarenta Y Nueve



Billie

—¿Están seguros de que viene alguien? —inquirí después de lo que me parecieron horas de estar de pie con dos pistolas apuntándome a la cabeza—. No escucho nada.

—Ya viene, y ha traído refuerzos. —La voz de Soren estaba llena de convicción, sin apartar la vista de la puerta.

—¿Qué clase de refuerzos? —Tal vez trajo a todo el ejército. Después de todo, Winston era exmilitar.

Danil sonrió satisfecho.

—De los peligrosos.

Resoplé.

—¿Estás diciendo que no eres peligroso?

Esta conversación era ridícula.

—Claro que soy peligroso. —Bufé y Soren puso los ojos en blanco—. Y reza para que nunca descubras hasta qué punto.

No me pareció que estuviera fanfarroneando, su tono era práctico y al punto, lo que en sí mismo era aterrador.

Algo sonó y Soren revisó su teléfono con la mano libre antes de asentir a Danil.

—Aquí vamos. Por fin.

Mi esperanza se encendió cuando la puerta se abrió y Winston entró en la habitación. Él y los dos hombres que lo seguían tenían sus armas apuntando a Danil y Soren.

Los ojos azules de Winston se posaron en mí, evaluándome. Mi aspecto era desastroso y no podía ni imaginar los pensamientos que le rondaban por la cabeza. Cuando llegó a mi rostro, tenía la mandíbula tan apretada que me sorprendió que no se la hubiera roto.

—No estoy herida —aclaré rápidamente—. No es mi sangre.

Aquello debió de aliviar un poco su tensión, porque las comisuras de sus labios se alzaron en una sonrisa de infarto. Le devolví la sonrisa, con mi corazón derritiéndose mientras las lágrimas me quemaban los párpados. Solo quería correr hacia él y abrazarlo, dejar que me llevara a casa.

Winston se giró para mirar a Danil y Soren, y su expresión se transformó en una máscara fría.

—Los hermanos Ashford y el pirata —pronunció Danil. ¿Ese era su hermano?—. Suena como el título de una mala novela.

—Más bien novela *erótica* ardiente —murmuré en voz baja. Soren se atragantó e intentó contener una carcajada, con los ojos brillando de diversión. Quizá me había golpeado demasiado fuerte la cabeza—. Solo no me dispaes por accidente.

—Te has encontrado un buen partido en esta mujer —opinó Danil.

—Lo sé —soltó Winston entre dientes.

—No saldrán vivos de esta —afirmó el hermano de Winston—. Así que ahorrémonos algo de tiempo y déjame dispararte, recoger tus dientes...

—Kingston, por favor, para con los malditos dientes —Asher comentó inexpresivo—. Tu cuñada está a punto de desmayarse. La estás asustando. Al menos espera un día o dos y deja que se ponga cálida antes de empezar con los dientes.

Kingston se limitó a encogerse de hombros. Tal vez estaba un poco... loco. Desquiciado. ¿Asesino? Demonios, ¿cuál era la palabra que estaba buscando?

—Me gusta coleccionar dientes, demándame.

Palidecí, de repente no estaba segura de quiénes eran los malos aquí.

—Ummm... ¿podemos dejar de hablar de dientes? —Mi garganta se llenó de bilis y mis extremidades empezaron a temblar—. No me siento muy bien.

Entonces, como para demostrarlo, tuve una arcada, doblándome y vomitando lo poco que había en mi estómago. Winston se acercó corriendo, ignorando las armas con las que Danil lo apuntaba.

Winston me apartó el cabello de la cara mientras vomitaba una y otra vez. Por suerte, no duró mucho y me enderecé, limpiándome la boca con el dorso de la mano.

—Sabes, Odette vomitó bastante cuando estaba embarazada de Ares —señalé, mi observación estuvo fuera de lugar teniendo en cuenta la situación en la que nos encontrábamos.

Danil soltó un suspiro sardónico y dijo:

—No me digas. —Mientras los ojos de Winston me recorrían, sus manos seguían el camino, comprobando si había alguna herida, deteniéndose una vez más en la sangre.

—No es mía —aseguré de nuevo, tomando su palma y presionando mi mejilla contra ella—. Viniste por mí.

—¿No te lo dije? *Siempre lo hare*. —Winston me empujó detrás de él, de cara a Danil y apuntándolo de nuevo con la pistola—. Secuestrar a mi esposa fue una forma terrible de llamar mi atención.

Danil sonrió con frialdad, claramente indiferente a pesar de que Winston y él se apuntaban mutuamente. Las probabilidades de que uno de los dos cayera muerto eran del cincuenta por ciento.

—En realidad, no intentaba ponerme en contacto contigo —respondió Danil con calma—. Solo cobraba una deuda.

La vena de Winston palpitaba y parecía a punto de explotar.

—Resuelve esta deuda con el senador Ashford. No te debo ni una mierda.

Danil permaneció callado, con los ojos fijos en Winston, y algo pasó entre ambos. Algo que hizo que mi corazón martilleara con inquietud.

—Es mejor que lo hablemos en privado —declaró finalmente Winston. Se dio la vuelta y me besó en la mejilla—. Ve con mi hermano. —Negué con la cabeza—. Con Asher, entonces.

Tragué saliva.

—De acuerdo.

Winston y Danil salieron de la habitación. Soren se quedó, bajando el arma, aunque la mantuvo en la mano.

—¿Y ahora qué?

Soren se encogió de hombros. Asher puso los ojos en blanco. Kingston inclinó la barbilla hacia los tres muertos.

—¿Alguien les arrancará los dientes?

Capítulo Cincuenta



Winston

C erré la puerta tras de mí, el lujo de la habitación contrastaba con nuestra situación actual. Aún tenía la pistola en la mano, listo para apretar el gatillo si era necesario. Danil no me engañaba intentando parecer relajado. Era cualquier cosa menos eso.

—Si no supiera que te gusta el dolor, ahora mismo te estaría haciendo daño, Danil. Atrévete a tocar a mi esposa otra vez, y mi misión será destrozarte extremidad por extremidad.

Danil me pasó de largo, metiendo una mano en el bolsillo del pantalón y manteniendo la otra relajadamente alrededor del revólver.

Dejó escapar un suspiro sardónico y se giró hacia mí.

—Teniendo en cuenta que tu padre empezó este desastre, deberías aferrarte a esa rabia y dirigirla contra él.

Me reí.

—He oído que tu viejo no es mucho mejor.

—Me encargué de ese problema, y él sabe que si pone un pie fuera de su sitio, no dudaré en degollarlo. —Enarqué una ceja con reacia admiración ante su admisión. Danil era un idiota despiadado, pero no podía decir que su padre no se lo buscara.

Y también mi propio padre. Danil tenía razón. Mi progenitor había sido la raíz de todas las cosas que salían mal en nuestra familia. Empezó con él, y solo podía terminar con él.

—Vayamos al grano, ¿de acuerdo? —Desvié la conversación de mi jodido padre—. Nadie en nuestra familia se casará con Nicki.

Se frotó la mandíbula, apoyándose despreocupadamente en la mesa que probablemente valía millones.

—Me parece justo. —No parecía sorprendido—. Entonces me gustaría la escritura de la mina de diamantes que compraste.

—Apuesto a que sí —me burlé.

Sus ojos se entrecerraron.

—O puedo hacer que lo haga tu esposa.

—No dirás su nombre, maldición. —La amenaza se me escapó, tan calmada y mortal que calmó el aire.

Danil me miró a la cara y soltó un suspiro divertido.

—Estas completamente enamorado de ella. —Apreté los dientes, negándome a contestar. No sabía ni la mitad. Renunciaría a mis pelotas por ella, y estaba bastante apegado a ellas. Mierda, mi vida por la suya era obvio. Me negaba a caminar por esta tierra sin ella aquí—. Bien, ¿entonces es la mina de diamantes?

Asentí con la cabeza. ¿Qué eran los diamantes comparados con la seguridad de Billie?

—Mi esposa tiene planes de poner un negocio de diseño de joyas, y tendrá derecho de preferencia sobre cualquier cosa que desentierres.

Asintió y me dirigí hacia la puerta, impaciente por volver.

—Una cosa más. —Tenía una mano en el pomo de la puerta cuando sus palabras me detuvieron. Dirigí mi mirada hacia él—. Sobre tu padre...

El significado tocó la parte negra de mi corazón, y una sonrisa retorcida se elevó en la comisura de mis labios.

—Considéralo hecho.

Cerré la puerta tras de mí.

Capítulo Cincuenta Y Uno



Billie

Hogar, dulce hogar.

Después de que todos los hombres saldaran sus cuentas y se retaran unos a los otros durante un rato, Winston me cargó en brazos y me llevó de vuelta a París.

—Necesito una ducha —murmuré. Cuando fue a moverse, puse una palma en su mejilla—. A solas, por favor.

Asintió con la cabeza y, en cuanto entré en el baño, puse la ducha muy caliente, me quité la bata de baño arruinada y entré. Poco a poco, los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas se agolparon en mi mente, y los aterradores escenarios hipotéticos pasaron por mi mente.

Tragué con fuerza, intentando respirar tranquilamente.

—Nada pasó —susurré—. Todo está bien.

Canturreé las palabras una y otra vez mientras permanecía bajo el chorro del agua más tiempo del habitual, restregando cada centímetro de mi piel. Pero había estado cerca. Tan cerca. Un escalofrío me recorrió la espalda y, a pesar de la ducha caliente, sentí frío.

Gracias a Dios, Danil era un criminal decente, si era que existía tal cosa, aun así, seguía sintiéndome sucia.

Esperaba que Winston se opusiera a dejarme sola en el baño, sin embargo, sorprendentemente se sentó en la cama y me dijo que lo llamara si lo necesitaba. Ese simple gesto me hizo caer en una picada emocional.

Cuando terminé, me sequé y, como ya no tenía la bata de baño, no sabía qué ponerme hasta que vi una pila de ropa ordenada. Winston debió de haberla traído para mí. Me puse las bragas y el camisón, deseando haber comprado una pijama que me cubriera un poco más.

Menos mal que no llevaba mi camisón de seda cuando me secuestraron. Habría sido una invitación para que esos animales dementes me tocaran.

Sacudí la cabeza para ahuyentar los pensamientos. Mi marido fue por mí. Me salvó y aún no se lo había agradecido.

Una vez vestida, entré en el dormitorio y encontré a mi esposo sentado donde lo había dejado. Aunque su expresión era de preocupación, ahora podía ver la máscara que llevaba, tratando de ocultar sus sentimientos. No quería disgustarme.

No pensé en mi siguiente movimiento. Simplemente me lancé a sus brazos, sin importarme lo débil o tonta que me pudiera hacer parecer. Podrían haber pasado cosas peores, aun así estaba estremecida hasta lo más profundo de mi ser. Ninguna mujer debería ser sometida a una mierda como esa.

—Gracias por salvarme.

—Siempre te salvaré, Billie. Prometo encontrarte en cada mundo y en cada vida. —Sus palabras me hicieron vibrar y se apoderaron de mi corazón. Me estremecí en su abrazo, absorbiendo su fuerza y deleitándome con su aroma familiar—. Dime lo que necesitas —pidió—. Dime qué hacer. Odio verte disgustada.

Y era todo lo que necesitaba. Esto. Él.

—Sostenme —solicité, hundiendo la cara en su pecho. Y mientras me abrazaba y susurraba palabras reconfortantes, la pesadilla se desvaneció lentamente.

—Estaba tan asustado —confesó, su tono ronco y lleno de emociones—. Nunca había estado tan asustado.

Con mis manos en su espalda, me aferré a su camisa y apreté mi mejilla contra la suya.

—Me salvaste.

Me agarró la barbilla entre los dedos y acercó nuestros rostros a escasos centímetros.

—Eres mi esposa. Mi mujer. Siempre iré por ti. Siempre te protegeré.

Me empujé más hacia su calor. No podía deshacerme del frío que lamía mi piel.

—¿Qué pasa? —preguntó. Negué con la cabeza—. Billie, te juro... —Se interrumpió, suavizando su tono—. Puedes contarme cualquier cosa.

—Pensé que eso sería todo. —Me ahogué, avergonzada de mi cobardía—. Pensé que iban a violarme.

Su rostro se tensó.

—¿Y... lo hicieron?

Negué con la cabeza.

—No, Danil entró y mató a los que lo intentaron. —Su abrazo se estrechó contra mí, y era exactamente lo que necesitaba—. ¿A qué renunciaste para salvarme?

Sus ojos azules se encontraron con los míos.

—A mi padre y la mina que compré hace poco.

Fruncí el ceño.

—¿Una mina? ¿De qué tipo?

—Diamantes. —Se encogió de hombros como si fuera nada.

Jadeé.

—¿Por qué hiciste eso?

Me acunó la cara.

—Lo daría todo cien veces por ti. Hay muchas riquezas en este mundo. Hay solo una tú.

Nuestros ojos se cruzaron. Su mirada estaba llena de susurros ásperos, promesas nocturnas y actos pecaminosos.

—¿Y tu padre? —cuestioné—. ¿Cómo te sientes acerca de cortar lazos con él?

—He terminado con él desde hace mucho tiempo.

Asentí, aunque me costaba entender una relación tan fría. Habría dado la vida por mi padre, pero entonces el senador Ashford no podía compararse con mi cariñoso y bondadoso padre.

—¿No será una traición a tu familia? ¿Qué pensarán tus hermanos?

—Haría un pacto con el diablo por ti. —Un suave jadeo se deslizó entre mis labios—. Renunciar al senador Ashford no es una dificultad. Mis hermanos y hermanas también han terminado con él desde hace años. No es de nuestra familia.

Y así como así, supe que este hombre mataría por mí.



Un dolor agudo me atravesó la espalda, despertándome de mi sueño. Debí de gritar, porque la cara de Winston estaba a escasos centímetros de la mía, con las cejas fruncidas y la mano en mi frente.

—Estás ardiendo —declaró, con pánico en su voz—. Estabas llorando y no podía despertarte.

Me invadió otro dolor atroz y me mordí el labio, saboreando la sangre.

—Algo está mal —afirmé con voz ronca. El dolor en la parte baja de la espalda me recordaba a los primeros días de la regla, pero con una intensidad que nunca había experimentado.

—Mierda, tenemos que llevarte a un hospital.

Intenté incorporarme a pesar del dolor punzante que sentía en la columna. La intensidad

disparó estrellas en mi visión. Me concentré en el rostro borroso de Winston, incapaz de contener un gemido. La presión aumentó y sentí un calor que me recorría el interior de los muslos.

Winston me quitó la manta de encima, dispuesto a cargarme en brazos, y se quedó helado cuando sus ojos se fijaron en la mancha roja de mi camisón. Fijé mi atención en la creciente mancha y nos quedamos inmóviles por un momento, sabiendo exactamente lo que estaba ocurriendo.

—Maldición —soltó, con una desesperación que no había oído antes—. Mierda, mierda, mierda.

—W-Winston. —Respiré mientras otra ronda de dolor se clavaba en mi vientre bajo. Mi mano empezó a temblar y las náuseas me invadieron. No llegué a pronunciar las siguientes palabras antes de que sus fuertes manos me levantaran y cada paso hacia el baño me provocara oleadas de dolor.

Nos metimos en la ducha y él tiró las toallas sobre el azulejo, bajándome con cuidado sobre ellas.

—W-Win... —Se me quebró la voz. Se me partió el corazón. No habría bebé. Ni siquiera nos habíamos hecho la prueba de embarazo—. P-por favor, no. Por favor, por favor, por favor.

—Está bien —susurró—. Te tengo.

Sacó un teléfono de alguna parte y marcó con dedos temblorosos.

—Necesitamos una ambulancia. —Su voz era firme, su orden clara mientras recitaba la dirección, pero no fue suficiente para evitar que el velo desapareciera.

Un grito salió de mis labios. Mis músculos internos temblaron y se acalambraron.

Winston tiró el teléfono descuidadamente por el suelo de baldosas y agarró el cabezal de la regadera. El chorro de agua tibia me empapó, recorriendo mis piernas en un río de color rojo. Su gran cuerpo estaba a mi alrededor, su pecho contra mi espalda, enterré la cabeza en su bíceps mientras otra ronda de sensaciones punzantes me hacía gritar de dolor. No estaba segura de cuánto había durado. Tal vez un minuto. Tal vez una hora.

Tomó mis manos entre las suyas.

—Agárrate de mí —musitó—. No mires.

—L-lo s-siento —balbuceé, con la garganta en carne viva.

Me acarició la mejilla y sus ojos azules se clavaron en los míos.

—Es culpa mía, Seductora. Así que déjame soportar el dolor. —Se me retorció el corazón al saber que su dolor no era menor que el mío. Solo era diferente.

Sollozando, asentí y me abrazó con más fuerza. Apreté mis manos contra las suyas, las uñas clavándole medias lunas en la piel y le enterré los dientes en la clavícula, ahogando mis gritos.

Y todo el tiempo, Winston susurraba palabras suaves, prometiendo que nunca se iría. Prometiendo que me tenía. Jadeé contra él mientras se me formaban gotas de sudor en la frente.

Finalmente, el dolor físico disminuyó hasta convertirse en una punzada soportable, no obstante, por dentro, el dolor persistía. El vacío hueco. La promesa de algo que había estado tan cerca de alcanzar.

Giré la cabeza para ver de qué se trataba, pero una mano me agarró la barbilla sosteniéndome firmemente.

—Mírame, amor. Solo a mí. Es una menstruación más pesada —murmuró—. Concéntrate en mí.

Un sollozo salió de mi garganta y me levantó.

—Te juro... —Su voz se quebró y escuché su desesperación—. Superaremos esto, Billie. Te lo prometo.

A pesar de que los primeros ecos de la ambulancia sonaban cerca, ya era demasiado tarde.

Capítulo Cincuenta Y Dos



Winston

Los minutos se convirtieron en horas.

Billie se desmayó justo cuando llegaron los médicos. Sospeché que era por la pérdida de sangre. Le prometí a Dios, a Satanás y a cualquiera que me escuchara cualquier cosa con tal de que saliera adelante.

Llevábamos tres horas en el hospital. Billie estaba inconsciente, probablemente por los analgésicos que le habían administrado.

Había tardado menos de treinta minutos, pero casi perdí la cabeza en la sala de espera. Me había negado a separarme de ella desde que la sacaron en camilla. Ni durante la medición de sus signos vitales, ni durante las visitas de los doctores.

El aborto.

Los susurros.

Miradas de lástima.

Una ecografía. Otra. Murmullos de segundas opiniones. Sombras de gente revisándola, yendo y viniendo, lanzándome vistazos temerosos cuando pasaban a mi lado. Estaba a punto de estallar si alguien no empezaba a hablar.

Mis mocasines chirriaban en el suelo del hospital mientras caminaba alrededor de la cama donde mi esposa yacía inconsciente.

Demonios, mataría por una bebida o un cigarro ahora mismo. No, por eso no. Mataría por ver los ojos dorados de mi esposa abiertos. Quería verla sonreír. Escuchar su voz.

—¿Por qué nadie habla? —espeté, jalándome el cabello desesperadamente—. ¿De qué se tratan esos susurros? Lo juro por Dios, empiecen a hablar o... —No podía amenazar de muerte. Me echarían a patadas en un santiamén. Joder, qué impotente me sentía.

—Tú y Billie no pueden mantenerse alejados del hospital, ¿eh? —Una voz familiar me llegó desde atrás y me di la vuelta, encontrándome cara a cara con Tristan. Las enfermeras le lanzaban miradas llenas de admiración y se dispersaron cuando les dio una sutil orden.

—¿Qué está pasando? —repetí, deteniéndome frente a la cama del hospital. La tez de Billie era más blanca que las sábanas sobre las que estaba acostada—. Me estoy volviendo loco.

—Te ves muy mal. —Fue su respuesta.

Me vi en el reflejo de la ventana. El vello a lo largo de la mandíbula. Tenía el cabello revuelto de tanto pasarme las manos por él. Tenía los ojos rojos. Tuve tiempo suficiente de ponerme zapatos y una camisa antes de salir del pequeño apartamento de Billie, así que seguía llevando los mismos pantalones de antes.

—Quiero saber lo que todo el mundo está susurrando —requerí cansado—. Quiero una promesa de que mi esposa estará bien. —Antes de perder la cabeza.

Tristan respiró hondo y luego exhaló.

—Billie estará bien. —Dejé escapar un suspiro aliviado. Podía aguantar cualquier otra cosa. Ella era lo más importante para mí. Tristan permaneció callado, el silencio cargado de una mala noticia.

—Pero hay algo más —afirmé, mucho más tranquilo esta vez.

Asintió.

—Billie tiene un ovario. —Fruncí el ceño. Nunca lo había mencionado, aunque nunca habíamos hablado mucho de sus ovarios—. Es un ovario sano, así que no debería haber

problemas para quedar embarazada en el futuro, sin embargo, las posibilidades son ligeramente menores.

—¿Entonces Billie va a estar bien? —cuestioné. Si había un mínimo riesgo de poner en peligro su vida, me haría una vasectomía. Podríamos adoptar bebés. Tantos como ella quisiera, si eso era lo que quería.

—No más que si tuviera dos ovarios —aclaró con calma—. Aunque, tendrá que minimizar el estrés y ciertos desencadenantes. ¿Supongo que volverán a intentar quedar embarazados?

Sacudí la cabeza.

—No. —Los ojos de Tristan brillaron con sorpresa—. Nos lo tomaremos con calma. Primero quiero que se recupere y tomar una larga luna de miel, luego hablaremos. Voy a dejar que ella tome el mando, Doc.

Era la primera sonrisa sincera que recibía del amigo de Billie.

—Ahora entiendo por qué se enamoró de ti. —Se frotó la barbilla pensativo—. Es extraño que nunca te haya mencionado en los últimos seis años. Ni siquiera sabía que estaba casada.

Puse los ojos en blanco, no estaba dispuesto a seguir por ese camino.

—¿Cuándo puedo llevarla a casa?

—Mañana. Queremos mantenerla aquí en observación esta noche.

Asentí. Era el tiempo justo para asegurarme de que mi *penthouse* estuviera totalmente equipado para nosotros. Nos habíamos alojado exclusivamente en el apartamento de Billie, pero sabía que una vez que se instalara conmigo, apreciaría el espacio extra y el lujo, por no hablar de la seguridad las veinticuatro horas del día.

—¿Algo más que deba saber? —inquirí.

—No. Que se lo tome con calma. Vigila cualquier signo de depresión, y tráela de vuelta para un chequeo.

Se marchó y me dirigí a la cama de Billie. Le aparté el cabello de la cara y se estremeció contra mi toque. Tomé otra manta, se la puse por encima y me acosté con cuidado contra ella.

—No volveré a dejarte ir —susurré contra el silencio.

Puse la palma de la mano sobre su pecho, el latido de su corazón me reconfortaba y me daba seguridad para no perder la cabeza. Se sentía tan pequeña en mis brazos que mi corazón se estremecía ante la posibilidad de que alguien la hubiera herido.

Incluyéndome.

Fue justo en ese momento cuando supe que cumpliría mi palabra con Danil, sin importar las consecuencias.

Capítulo Cincuenta Y Tres



Billie

Una vez más, una cama de hospital soportaba el peso de ambos.

El fuerte abrazo de Winston mientras perdía y recuperaba el conocimiento era lo único que me permitía sentir. Me entregué a él, desesperada por empaparme de su fuerza.

«No te vengas abajo. No te vengas abajo».

Y así, lo dejé que me centrara. Sus brazos a mi alrededor. Las yemas de sus dedos en mi frente. El suave aroma de su colonia. El calor de su piel. Y sus suaves murmullos de lo mucho que me amaba. Lo mucho que me necesitaba.

Me acarició la concha de la oreja y me acomodó un mechón de cabello detrás.

—Necesito que estés bien, Billie. Por favor... por mí. —Su voz se quebró, y con ella, también mi corazón.

Lo amaba. El tipo de amor loco, intenso y devastador.

Abrí los párpados y lo vi observándome con el ceño fruncido.

—¿Estás bien? —Mi voz salió rasposa.

Dejó escapar una carcajada angustiada.

—¿Que si estoy bien? —Asentí lentamente, con la cabeza pesada—. Cariño, solo estoy bien cuando tú estás bien. ¿Lo estás? Dime qué necesitas.

—A ti —respondí, la habitación a mi alrededor enfocándose y desenfocándose—. Y un poco de agua tal vez.

No tardó en apartarse de la cama y acercarme un vaso con un popote a los labios.

—Chupa —ordenó.

—Eso es lo que ella dijo —bromeé, intentando un poco de humor, pero me salió mal. Si bien las comisuras de sus labios se inclinaron, no había diversión en sus ojos. También estaba dolido.

Bebí el agua y, con cada trago, el nudo en mi garganta se hacía cada vez más grande. Quería asfixiarme. No quería sentir este vacío.

Me rompí. La primera lágrima se abrió paso, luego otra, y se abrió una presa.

—Lo siento —sollocé. Dejó el vaso sobre la mesa con un ruido sordo y al segundo siguiente estaba de nuevo en la cama conmigo.

Me rodeó con sus brazos y sostuvo con fuerza.

—No tienes nada que lamentar, Billie.

—Pero tú querías... —Un hipo—. Un... un b-bebé. —Otro hipo—. Y mi único... estúpido... ovario...

No llegué a terminar porque me silenció con un beso. Luego me acarició las mejillas y me besó la frente, la nariz, las mejillas y los labios.

—Tu ovario está perfecto y no causó nada de esto. —Me dio otro beso en los labios antes de continuar—. Sí, quería un bebé, pero te quiero más a ti. —Había firmeza en su voz—. Podemos tener uno más adelante. Cuando llegue el momento correcto y estés mejor. Si quieres. Si no puede suceder, adoptaremos. O lo que quieras hacer. Mas no me dejes.

Su toque en mi mejilla se sintió bien. Reverente. Cálido. Lo necesitaba como el aire para respirar.

Mi corazón se retorció en mi pecho, desesperado por creer en sus palabras.

—¿E-en serio?

Se me escapó otro hipo y sentí un cosquilleo en la nariz que amenazaba con desencadenar

una sesión de sollozos.

—Sí, de verdad. —Había tanta convicción en su voz que no tuve más remedio que creerle—. Eres todo lo que necesito. ¿No lo ves, Billie?

—¿Q-qué?

—Te amo —murmuró, con su gran mano acariciando cada centímetro expuesto de mi piel de una forma adoradora y reconfortante—. Mi corazón es tuyo y no quiero que me lo devuelvas. —Un sollozo brotó de mi garganta, pero él no se detuvo y me secó las lágrimas con el pulgar—. Soy tuyo, esposa. Con todas mis imperfecciones. Todos mis demonios. Todo mi amor.

—También te amo. —Mi voz era apenas un murmullo, no obstante, mi corazón gritaba las palabras desde lo alto de la Torre Eiffel—. Probablemente desde el momento en que tu trasero sexy entró en ese bar hace seis años.

Apretó sus labios contra los míos mientras yacíamos juntos en la rígida cama del hospital, yo segura entre sus brazos mientras lloraba en ellos.

—Acabamos de comprometernos —anunció suavemente—. Nos lo tomaremos con calma. Primero necesitamos que te recuperes, y luego voy a mimar a mi chica el resto de mi vida. Probablemente te volveré loca.

Negué con la cabeza.

—No lo harás.

Se rio entre dientes.

—Lo haré —aseguró con reverencia—. Tengo mis demonios y mis vicios que amenazan con resurgir. Aunque comparados con mi necesidad por ti, no son más que pequeños baches en el camino. Mientras estés conmigo, veré feliz cómo el mundo arde en llamas sin pestañear.

—Eso... no está bien, Win —comenté con voz ronca, mas la diversión me invadió de todos modos.

—Nunca dije que fuera bueno. —El silencio nos envolvió antes de que continuara—: Dime lo que necesitas y lo haré realidad. Quieres bebés, los tendremos. Quieres diamantes, serán tuyos. ¿Quieres el mundo a tus pies? Considéralo hecho. Quieres venganza...

Detuve sus siguientes palabras con un beso.

—A ti —agregué, mis labios contra los suyos—. Solo te quiero a ti.

—Me tienes, Billie. —Fue una promesa. La promesa más hermosa en la voz profunda y grave de mi esposo—. Me tienes por completo.

—Lo mismo digo. —Exhalé con un sollozo estrangulado. Los nudillos de Winston me acariciaron suavemente la mejilla y cerré los ojos. Yo y mi único ovario, le pertenecíamos. Era curioso cómo algo en lo que nunca había pensado se había convertido de repente en algo tan importante, simplemente porque quería dárselo todo a Winston.

Podríamos ser nosotros por el resto de nuestros días. Quizá tendríamos un hijo, adoptado o propio. No sabía qué nos depararía el futuro, pero iríamos un día a la vez. *Juntos*.

Sí, juntos. Eso me gustó.

Mientras el abismo tiraba de mi conciencia una vez más, supe que estaría aquí, esperándome cuando despertara.

Capítulo Cincuenta Y Cuatro



Billie

—¿Qué es este lugar? —pregunté cuando se detuvo frente a un edificio que definitivamente no era una casa. Vi a través de los cristales tintados, sus manos firmes en el volante. Giró la cabeza y me miró con esa expresión cautelosa en el rostro.

—Es nuestro edificio.

Fruncí el ceño y volví la vista al lujoso rascacielos de estilo señorial que parecía datar del siglo XV. En la entrada había incluso un portero uniformado, esperando la señal de Winston para abrir la puerta.

—¿Nuestro *edificio*?

—Sí. —Tomó mi mano entre las suyas y la apretó suavemente—. Debería habértelo comentado antes de traerte aquí. Tengo un apartamento en el último piso. Es seguro, y nadie entra ni sale de este edificio sin mi aprobación. —Respiré, agradecida de que hubiera pensado en ello. La verdad es que no quería volver a mi apartamento. Primero el secuestro. Luego el aborto —. ¿Te parece bien?

Asentí y él suspiró aliviado.

—¿Y mi ropa?

—Ya está aquí. Hice que trasladaran todas tus cosas aquí.

—Gracias.

Me acunó la mejilla.

—Este es tu lugar tanto como el mío, Billie. Es nuestro. ¿Entendido? —Asentí—. No te pasarán más cosas, o que Dios me ayude, subiré a los cielos o bajaré al infierno y tendré unas palabras con esos imbéciles.

Sonreí cansada.

—Está bien. Ha sido un mes malo. A partir de ahora solo puede mejorar.

Tarareó su respuesta y se desabrochó el cinturón de seguridad. Ya había alguien en mi puerta, pero gritó:

—¡Yo me encargo!

Rodeó el coche y me abrió la puerta, desabrochó el cinturón y me cargó en brazos. Solté un pequeño chillido.

—¿Qué estás haciendo?

El portero sonrió.

—Señor y señora Ashford. Bienvenidos a casa.

Respirando hondo, aspiré el aroma de mi marido y me apoyé en su formidable pared de músculos. Era mi fuerza ahora mismo, y la absorbí con avidez.

No me bajó ni en el ascensor que nos llevó al último piso. Ni cuando entramos en el *penthouse*. Ni siquiera cuando empezó a darme un *tour* por el lugar.

—Sabes que puedo caminar. —Aunque se sentía bien ser cargada. Era todo lo que había hecho en los últimos días.

Me miró con amor y entrelazó nuestros dedos.

—Lo sé, amor. Pero te necesito cerca. —Suspiré, apoyando la cabeza en su hombro—. Empecemos por la sala. —Había un hermoso candelabro que era claramente un artículo de lujo, que normalmente me habría dejado sin aliento.

—Es una vista preciosa de la ciudad.

—Aquí está la cocina. Tengo a alguien que viene dos, a veces tres veces por semana a cocinar y congelar comida para los días que ella no está.

—¿Ella?

Sonrió.

—Sí, ella. La señora Pierre.

—¿Es sexy? —inquirí.

—Totalmente. Sus bisnietos probablemente también sean sexys. —Sonrió—. Me agradas celosa, esposa.

Le di una bofetada juguetona.

—Eres lo peor.

Siguió por el pasillo, con paso firme y seguro.

—Bien, este es nuestro dormitorio. —Abrió la puerta y se me escapó un pequeño grito ahogado. El espacio tenía muebles que pertenecían a un castillo. Un candelabro de cristal se cernía sobre la cama de caoba con dosel.

—La parte más importante de la casa —halagué asombrada.

Con las cejas fruncidas, me miró.

—¿Quieres tener una habitación para ti sola por un tiempo?

—No. —Me observó con expresión cautelosa, sus ojos recorriendo mi rostro en busca de algún signo de angustia por compartir la cama con él. No tenía ninguno. Después de todo lo que habíamos pasado, lo necesitaba. Durmió en la cama conmigo la última noche en el hospital y, aunque sabía que no dormía mucho, no me había hecho daño. Lo mismo ocurrió cuando tuvo su reacción alérgica. Ninguno nos dimos cuenta hasta ahora—. Quiero dormir en la cama contigo. Es seguro.

Sus ojos brillantes del color del océano en un día despejado se suavizaron al observarme, llenos de las mismas emociones que yo sentía.

—Eres mi cura, esposa. —Una mirada sombría pasó por su expresión—. Eres lo que he necesitado todo este tiempo.

Nos paseó por la habitación principal, yo aún entre sus fuertes brazos, hasta la ventana de cristal que iba del suelo al techo.

Mi cabeza se inclinó hacia las obras de arte en la pared y mis labios se entreabrieron. No pude resistirme a decir:

—Al menos habrá algo que mirar mientras me follas.

A mi esposo se le escapó una risa estrangulada, y tuve que admitir que amaba su sonido. Como un destello de luz en la oscuridad.

—Esposa, a mí me estarás observando mientras te follo, no al maldito arte. Si te atrapo mirando eso, haré que lo repinten todo.

Me reí entre dientes.

—O podrías inclinarme y follarme así.

Apreté su boca contra mi sien.

—Esa también es una buena idea. Pero antes de que nos adelantemos, tienes que sanar.

—Lo sé. —Me mordí el labio inferior.

—¿Qué pasa? —demandó. Negué con la cabeza, sin ganas de decirlo—. Billie, dímelo o te lo sacaré a la fuerza.

—¿Serás capaz de esperar?

—Mujer, he esperado seis años por ti. Seis meses serán pan comido.

Hice una mueca de dolor.

—¿Seis meses?

Asintió.

—Lo investigué. Es mejor dejarte sanar durante seis meses.

Fruncí el ceño, confundida.

—Pero Tristan dijo que podemos tener sexo cuando me sienta lista.

Winston se puso rígido, sus pasos se detuvieron.

—Hablaste de sexo con Tristan.

Mis mejillas se sonrojaron.

—Dijo que es mejor esperar tres meses antes de intentar tener otro bebé, aunque podemos tener sexo cuando yo quiera.

—Cuando vea a ese hombre, le daré un puñetazo —replicó, reanudando sus pasos—. La seguridad es lo primero, Billie. Todas las revistas médicas recomiendan seis meses.

—Dios mío, Winston. Eso es medio año.

—Este es nuestro armario —indicó, cambiando de tema—. Siéntete libre de reorganizarlo como quieras.

Nuestra ropa colgaba en un armario *walk-in*, nuestros zapatos colocados juntos, y algo en ese pequeño detalle me hizo sentir calor en mi interior. En mi apartamento, nuestra ropa estaba amontonada en una pequeña cómoda, y Winston tenía que salir con frecuencia para ir a buscar más cosas suyas. Esto era mucho mejor.

—¿Qué tal un baño? —sugirió, y antes de que pudiera abrir la boca para preguntarle si me acompañaría, añadió—: Te haré compañía.

—En realidad, eso suena muy bien.

En cinco minutos estaba sumergida bajo burbujas calientes. El agua me lamía los pechos y no pude resistirme a soltar un largo suspiro. Recosté la cabeza contra el asiento que él ocupaba en el borde de la bañera y cerré los ojos. En mi interior se agitaban tantas emociones contradictorias: amor, miedo, necesidad de ser abrazada, necesidad de estar sola.

—¿Mejor? —preguntó Winston cuando suspiré aliviada. Tenía las manos en mis hombros, masajeándolos para quitarme la tensión.

—Sí, gracias —respondí, abriendo los ojos y mirándolo por encima del hombro. Estaba completamente vestido, con la chaqueta del traje echada sobre la tumbona y las mangas remangadas hasta los codos, mostrando unos músculos definidos.

Empezó a enjabonarme con una esponja y me la pasó por el cuello, los hombros y la espalda. Se sentía divino.

—¿Qué te parece si nos vamos por un tiempo? —propuso mientras seguía lavándome el cuerpo, con un tacto cuidadoso y atento. No era nada sexual, ni mucho menos, y algo en ello me hacía sentir aún más cerca de él.

—Acabamos de llegar a casa —dije—. No quiero irme todavía.

—Una luna de miel.

Sonreí mientras lo veía por debajo de las pestañas.

—No sería una luna de miel si pretendes abstenerte del sexo durante seis meses.

Una sonrisa se elevó en sus hermosos labios.

—Seis meses. —Aceptó, con una obstinada inclinación de la barbilla.

—¿Qué vamos a hacer durante seis meses?

—Hablar. Comer. Hablar un poco más. Dormir.

Esa noche, nos acurrucamos juntos en la cama, con su cuerpo envolviéndome mientras veíamos juntos mi película de consuelo favorita, *El Código DaVinci*.

Fue la primera noche de nuestro final feliz, durmiendo juntos en nuestra cama.



Me senté en el alféizar de la ventana del *penthouse*, contemplando el paisaje de la ciudad. Levanté la cara hacia el cielo invernal mientras una nube solitaria se deslizaba perezosamente por encima del sol y absorbí el calor. Llevaba todo el día sintiendo frío, a pesar de la ropa de abrigo y los calcetines gruesos que Winston me había puesto en los pies antes de salir a hacer un mandado rápido.

Extrañaba escuchar las voces de Odette y Ares. Aparte de algunos mensajes de texto, no había hablado con ellos. Agarré el teléfono, que no tenía llamadas ni mensajes.

Se me formó un nudo en la garganta.

No quería llamar a mi hermana para llorarle. No después de que ella hubiera sacrificado tanto por mí. La culpa me atravesó el pecho al recordar que yo había empezado todo con aquellos estúpidos diamantes. Fui una hermana terrible.

La vibración en mi mano me sobresaltó, sacándome de mi fiesta de autocompasión. Mis ojos se posaron en el teléfono y, como si el universo me hubiera leído la mente, el nombre de mi hermana parpadeaba en la pantalla.

—¿Hola?

—*Es tu hermana favorita.* —La voz de Odette me calentó más que el sol que entraba por la gran ventana.

—Eres mi única hermana —señalé sonriendo.

—*Un detalle menor* —respondió despreocupada—. *Winston llamó.* —Suspiré, sintiéndome cansada de repente—. *No preguntaré, pero necesito que me prometas que me dirás lo que necesitas.*

Mi garganta se cerró, las emociones la obstruían.

—Ya has hecho mucho por mí. Tal vez me merezco esto después del desastre...

Me interrumpió.

—*No te atrevas a echarle la culpa.* —Era una estupidez. Lo sabía, sin embargo, no podía quitarme la sensación de que si no hubiera sido tan imprudente, se podría haber evitado—. *¿Has pensado alguna vez que gracias a ti por fin hemos conseguido a los hombres que amamos?*

—¿Cómo sabes que lo amo? —cuestioné en su lugar.

Una risita suave llenó la línea telefónica.

—*¿Cómo sabes que amo a Byron?*

—Eres mi hermana.

—*Exactamente.*

—Aunque no veo tu lógica de cómo el que tengas a Byron se me puede atribuir.

Suspiró y casi pude imaginármela con los ojos en blanco.

—*Bueno, si no hubieras robado esos diamantes, no habríamos vuelto a Estados Unidos. No nos habríamos encontrado con los Ashford en New Orleans.*

—Difícilmente soy Cupido.

—*Todo salió bien, Billie.* —Odette siempre fue más racional que yo—. *Y sé que estás dolida por haber perdido al bebé.*

—Simplemente no estaba destinado a ser.

—*Tal vez, aunque no hace que duela menos.* —Tenía razón, no lo hacía. Me las había arreglado para enamorarme inexplicablemente de ese pedacito de alegría—. *Sé que eres fuerte, y*

que tendrás un bebé de una forma u otra algún día.

—Suenas segura —murmuré.

—*Así es. Ares necesita un primito con quien jugar.*

—Él ya tiene eso —señalé—. Tu matrimonio con Byron le dio múltiples por defecto.

—*Cierto, pero se niegan a vivir en Francia.* —Fruncí el ceño ante el extraño comentario, mas no le pedí más detalles, distraída por su siguiente comentario—. *Las mujeres a menudo se encierran en sí mismas después de un aborto, no obstante, he descubierto que hablar ayuda. No te lo guardes todo. No importa lo tonto que sea, habla de ello. Te dolerá y te disgustará, pero también te ayudará a seguir adelante.*

Me aclaré la garganta, esta sensación de vulnerabilidad era nueva para mí. Aunque tenía que admitir que tenía razón. No podía seguir taciturna y examinando cada pequeña cosa que podría haber hecho de otra manera.

—Te extraño y a Ares —confesé.

—*También te echamos de menos. ¿Necesitas algo?*

Sacudí la cabeza y recordé que no podía verme.

—No. Tristan dijo que tiene que seguir su curso, y Winston me está cuidando bien.

—*Lo sé. Ha estado llamando todos los días. Pronto se hará llamar doctor Ashford.* —Se me escapó una risa ahogada. Mi esposo se había pasado un poco, pero era tierno—. *Le dije que te escuchara y lo que te dijera tu cuerpo.*

—Está convencido de que tenemos que esperar seis meses para el momento sexual.

Su risa sonó en el teléfono.

—*Eso podría ser una exageración.*

—¿Tú crees? —repliqué secamente.

—*Haz lo tuyo, y cuando estés lista, lo sabrás.*

—Sí, entonces saltaré sobre sus huesos.

Nos reímos con una ligereza que había estado ausente durante un tiempo, hasta que poco a poco la diversión se convirtió en un silencio fácil.

Algo me decía que la vida nos tenía reservadas cosas mejores. Solo se estaba tomando su tiempo.

Capítulo Cincuenta Y Cinco



Billie

Habían sido veintiocho días de altas y bajas. Lágrimas y sonrisas. Citas y noches sin dormir. Nadie me había hablado nunca de abortos espontáneos, así que no sabía lo que era normal. Lo peor era que tampoco hablaba de ello. Winston intentó andar de puntitas alrededor del tema, asegurándose que estaba ahí para mí.

Y sabía que así era.

Tenía claro que era una tontería lamentar algo que apenas había echado raíces. Apenas llevaba un mes embarazada.

—Cielos, me encantan todos estos diseños para bebé, Billie. —Violet se entusiasmó con mis últimos dibujos que estaban a punto de entrar en producción—. Me dan ganas de tener un hijo.

Me reí entre dientes a pesar de la ligera punzada en el pecho.

—Nunca pensé que oiría a la buena doctora afirmar que quiere tener un hijo.

Se encogió de hombros.

—Podría ser convencida. —Mis cejas se elevaron hasta la línea de mi cabello, pero no dije nada. Si había algo que quería compartir, lo haría—. ¿Puedo reservar este? Te daré lo que sea.

Señaló la pulsera adornada con pequeños elefantes.

—Cualquier cosa, ¿eh? —bromeé.

Su sonrisa fue mi respuesta.

—Cualquier cosa.

Escribí su nombre con un lápiz para que no se me olvidara. Era otra cosa que había estado sufriendo. Mi maldita memoria.

—Es tuyo —declaré con una sonrisa.

Eché un vistazo al lujoso *penthouse*. La vista de París se extendía frente a nosotras, y no podía negar que era un sueño hecho realidad.

Excepto que no podía encontrar la fuerza para estar emocionada por ello. Por nada, en realidad. Me volqué en el trabajo con la esperanza de seguir adelante, no obstante, temía haber conseguido lo contrario. Estaba perdiendo mi pasión por los diamantes y la moda. De hecho, temía que si alguien me dejaba delante una bolsa llena de diamantes, ni siquiera intentaría robarla, lo cual era... poco propio de mí, se podría decir.

—¿Quieres hablar?

Volví a prestarle atención a mi amiga y forcé una sonrisa.

—¿Sobre qué? —Ladeó la cabeza, no cayendo por mi indiferencia—. No, no quiero hablar de eso —indiqué, suspirando—. Por favor, no te pongas en plan psiquiatra. No soy una criminal.

Se rio entre dientes.

—En su mayor parte.

El abdomen me palpitaba dulcemente con otro recordatorio de lo que había perdido. Habían pasado veintiocho días desde el hospital y mi menstruación llegó como un reloj, lo que según Tristan era una excelente señal.

Me habría emocionado si esta tristeza no estuviera nublando mi mente, ahogando todos mis otros pensamientos. Recordé los días en que mi sobrino era solo un bebé diminuto y los sentimientos que me llenaban el pecho cuando lo tenía en brazos o cuando se dormía en ellos.

Solté un fuerte suspiro. Era una línea de pensamiento sin sentido.

—¿Dónde está tu marido?

También me lo preguntaba. Fue extrañamente misterioso antes de irse. Normalmente, tenía que empujarlo a la puerta o, cuando tenía que ocuparse de algo, me contaba lo que estaba haciendo y lo rápido que volvería.

—No lo sé —admití—. Tenía algo de que ocuparse.

Volví a mirar por las grandes ventanas en un esfuerzo por parecer imperturbable, aun así, Violet siguió observándome fijamente. Era así de implacable.

—Ha sido tan bueno —susurré finalmente.

—¿Pero?

Tragué saliva.

—Sin peros. Es que me dan ganas de llorar porque es tan maravilloso, y no dejo de pensar que si tal vez solo hubiera caído en sus brazos sin andar de un lado al otro, no habría estado... —«secuestrada»—. Estresada. Y aún estaría embarazada.

—Eres lo suficientemente inteligente como para saber que eso no es cierto.

Asentí con la cabeza. Cuando lo decía en voz alta, sonaba ridículo.

—Lo sé. Tristan dijo que era la naturaleza de las cosas. Algo no estaba bien. —Se me quebró la voz. Demonios, odiaba sentirme tan vulnerable. No me gustaba sentir esta tristeza y opresión en el pecho.

—Significa que no estaba destinado a ser —aseveró, muy seria—. Y cuando tenga que suceder, será aún mejor. Diablos, puede que acabes teniendo trillizos.

Suspiré, mis labios se curvaron en una sonrisa.

—Trillizos sería mucho.

—¿Gemelos? —anunció burlonamente.

—No soy codiciosa, solo quiero un bebé sano. —No era que fuera a suceder pronto. Winston era inflexible acerca de dejarme sanar. Había leído todos los artículos que había sobre el aborto espontáneo y el tiempo de recuperación.

—¿Cuándo crees que es seguro tener sexo de nuevo? —solté.

Sus ojos se abrieron de par en par antes de empezar a reírse.

—De acuerdo, ahora me siento mejor.

La miré fijamente, esperando a que me explicara, y cuando no lo hizo, solté un suspiro frustrado.

—¿Sobre qué?

—Primero, no soy ginecóloga ni médico, así que probablemente será mejor que le preguntes a Tristan sobre eso. Y segundo, el hecho de que quieras saber sobre ello es una buena señal de tu sanación.

—Oh.

—Escucha, Billie. Todo el mundo es diferente. Confía en ti misma. Si tienes ganas de tener sexo, hazlo. Si necesitas estar triste, estate triste. Si necesitas llorar y gritar, llora y grita. Pero no te lo guardes todo.

Mi hermana había dicho lo mismo, y tenía sentido.

—No me extraña que seas tan buena en tu trabajo. —Se sonrojó, y no pude evitar pensar que le pasaba algo más—. ¿Qué tal si nos comemos un galón entero de helado?

Sus ojos brillaron y abrió la boca cuando sonó el timbre. Con un suspiro, fui a abrir.

Me quedé con la boca abierta cuando vi a mi hermana y a Ares allí de pie, sonriendo salvajemente.

—¡Sorpresa!

—¿Qué? ¿Cómo?! —Apenas pude formar una frase antes de que mi sobrino se lanzara a mis

brazos—. ¿Cómo es posible? —susurré al sentir los brazos de Odette cerrarse a mi alrededor.

No fue hasta que estuvimos todos abrazados cuando me di cuenta de lo mucho que los echaba de menos. Éramos una unidad, una familia, y sí, Winston también formaba parte de ella, pero no era uno u otro. Éramos todos juntos.

—Winston llamó a Byron y le dijo que nos necesitabas. Así que aquí estamos —explicó mi hermana.

Se me hizo un nudo en la garganta y los apreté con más fuerza.

—Los he extrañado muchísimo.

Odette me besó la mejilla.

—Siento no haber estado aquí para ti. Desearía...

Sacudí la cabeza.

—Ahora estás aquí. Esto... Todo está perfecto ahora.

Miré detrás de ellos y vi a Winston y Byron en una postura idéntica, con las manos en los bolsillos. Mis ojos conectaron con los de mi marido y pronuncié un silencioso:

—Gracias.

Ninguna cantidad de diamantes o dinero en el mundo podría comprar esto. Mi familia.

—Te extrañé, tía Billie —musitó Ares en mi estómago.

—Yo también, amiguito —repliqué con voz ronca—. Has crecido al menos diez centímetros.

Soltó una risita, sus iris brillaban con felicidad. Mi hermana también brillaba. Ni siquiera tuve que preguntarles si eran felices. Se les notaba en la cara.

—Pronto voy a ser más grande que tú —anunció con orgullo, ganándose las risitas de todos.

—No te precipites, hombrecito.

Entramos en el *penthouse* cuando Violet se levantó y se dirigió hacia nosotros.

—Hola, Maddy —saludó, usando el antiguo apodo de mi hermana—. Cuánto tiempo sin verte.

—Jesucristo, Violet. No sabía que seguías en Europa.

Sonrió.

—Hay criminales más interesantes en Europa —contestó. El intercambio de los hermanos Ashford no se me escapó—. De todos modos, tengo que irme.

—¿Segura que no puedes quedarte a comer helado?

—¡Sí! —exclamó Ares. Siempre le apetecían los dulces.

Violet negó con la cabeza.

—No, por desgracia no. Acabo de recibir un mensaje solicitando una sesión improvisada. —Se inclinó y me dio un beso en la mejilla—. Pero mándame un mensaje si me necesitas. Nos vemos pronto.

Con la mano de Ares aún en la mía, la abracé fuerte.

—Gracias —le susurré al oído.

Ares se distrajo y se dirigió a la ventana. Violet salió y Winston caminó hacia mí.

—Te he echado de menos —confesó con voz ronca contra mi cabello.

—Yo también. La mejor sorpresa y regalo que podrías haberme dado. Gracias. —Respiré—. Además de tu gloriosa persona —añadí rápidamente.

Sonrió.

—Me alegro de que pienses eso.

Fue entonces que me di cuenta de que el destino no estuvo de mi lado en nuestro primer embarazo, sin embargo, estaba rodeada de más amor y en mejor situación que tantas otras personas en este mundo. Tenía a Winston Ashford, el hombre de mis sueños. Tenía una familia.

Tenía todo lo que me hacía rica en todos los sentidos.

Y durante las horas siguientes, mientras cocinábamos, reíamos y veíamos una dulce película de *Hallmark*, supe que era aquí donde tenía que estar desde el principio. En familia, con el hombre que me miraba como si fuera todo su mundo.

Porque él era el mío.

Capítulo Cincuenta Y Seis



Billie

Segura y cálida en brazos de mi esposo, me quedé observando el techo oscuro y las luces parpadeantes de la ciudad que se colaban por las ventanas. Los meses habían pasado volando y nos habíamos mantenido ocupados, mientras un presentimiento advertía que algo grande estaba a punto de suceder.

Mi hermana, mi cuñado y mi sobrino llevaban ya más de cuatro semanas con nosotros. Era genial, pero no podía quitarme la sensación de que algo estaba a punto de ocurrir. Algo grande. Estaba en todas las llamadas secretas que Winston estaba recibiendo. Todos los mensajes secretos que había estado enviando. Cuando lo escuché hablar con Byron sobre darme acceso total a sus activos, mis sospechas fueron confirmadas. En el fondo lo sabía, y el hecho de que trajera a Byron y a mi hermana me lo confirmó. Quería asegurarse de que estuviera cuidada mientras él se iba de viaje de “negocios”.

Tenía el mal presentimiento de que el viaje tenía algo que ver con lo que pasó con Danil.

Después de dar vueltas en la cama durante otra media hora, ya no pude aguantar más. Alcancé la lámpara de la mesita y la encendí.

La luz de la lámpara proyectaba sombras sobre el rostro dormido de mi marido. No había olvidado lo que pasó la última vez que intenté despertarlo, sin embargo, esta vez no parecía estar sumido en la agonía de una pesadilla. Dormía plácidamente, su barba incipiente lo hacía parecer más joven y desordenado.

Apreté la palma de mi mano contra su mejilla.

—Winston —susurré, sintiéndome culpable por haber interrumpido su sueño. Cuando no se movió, me incliné y rocé sus labios con los míos. Gimió y mi cuerpo se estremeció mientras la lujuria despertaba junto con mi esposo—. Tengo que hablar contigo.

Sus manos me rodearon, una me agarró el trasero y la otra la nuca.

—Tengo una idea mejor.

Dios, qué bien olía, su calor corporal me calentaba la piel. Se había resistido a todas mis insinuaciones sexuales y nos acercábamos al tercer mes de su regla autoimpuesta de no tener sexo. Había investigado y le había proporcionado evidencia de que era seguro.

No obstante, Winston era bastante testarudo.

Sus ásperas y cálidas palmas recorrían mis muslos, tocándome como un hombre muerto de hambre. Así que fui por ello. Me bajé las bragas, dejándome al descubierto bajo la camisa extragrande que llevaba puesta.

Agarré su mano y la llevé a mi núcleo caliente.

—Dios, eso se siente bien —suspiré, con el coño palpitando con necesidad.

—Dijimos que nada de sexo durante seis meses —mencionó con voz ronca contra mis labios.

Apretándome contra su mano, lo corregí:

—Nosotros no lo hicimos. —Mis caderas giraban, igualando cada empuje y deslizamiento de nuestras lenguas. Gemí, apretándome más contra él, pasando mis uñas por sus bíceps—. Te necesito tanto. Seremos cuidadosos. —Se tensó y pensé que se detendría—. Te lo prometo, estaré bien. Por favor, Winston.

Soltó un suspiro áspero y supe que había cedido. Empezó despacio. Tocándome. Acariciándome. Susurrando cosas dulces. Dejando un rastro de fuego por donde pasaban sus dedos por mi piel sonrojada.

Separé los labios mientras su mano bajaba por mi trasero y su dedo se introducía en un agujero diferente.

—Winston. —Jadeé.

Apoyé las palmas de las manos en su pecho y sentí un temblor recorriendo su cuerpo mientras me besaba lenta y dulcemente. Un pulso palpitaba entre mis piernas mientras jadeaba contra sus labios. Mi cuerpo se estremeció en anticipación cuando su dedo se introdujo aún más dentro de mí. Me retorcí y gemí bajo sus caricias, volviéndome más caliente que antes.

Dos de sus dedos se deslizaron dentro de mí mientras uno seguía llenándome el culo, y gemí de placer cuando empezó a meterlos y sacarlos lentamente. Cada deslizamiento de sus dedos era más lento, como si me estuviera adorando.

La plenitud era tan deliciosa e intensa. Su fuerte cuerpo bajo el mío. Su dura erección presionándose contra mí.

Luego me frotó el clítoris y me estremecí contra él. Gemí y se tragó el ruido en su boca.

—¿Quién te folla, esposa? —Sus labios rozaron los míos, la delicadeza del beso desapareció mientras me devoraba—. Dímelo.

—Tú.

Otro roce de su dedo contra mi clítoris y las estrellas estallaron tras mis párpados mientras me corría. La satisfacción retumbó en su pecho mientras me levantaba por la cintura y sus dedos se clavaban en mis caderas.

Se me escapó un grito ahogado cuando me penetró de un solo empujón. Mi respiración se volvió errática. Estaba completamente llena.

Gimió satisfecho, con la vista clavada en donde estábamos conectados.

—Mierda, me encanta estar dentro de ti. Es como entrar en el cielo.

—Folla tu camino hasta el cielo. —Ahogué, aferrándome a sus brazos. Salió y volvió a entrar, ambos temblando por la intensidad de nuestro amor y deseo—. Dios... mío.

Me cogió lentamente, y aunque estaba encima, él tenía todo el control. Con la respiración agitada, vi cómo me follaba mientras me sentaba a horcajadas sobre él. El placer me quemaba en las venas mientras me levantaba y veía cómo su longitud desaparecía dentro de mí. Entraba y salía.

Le pasé los dedos por el pecho, disfrutando de la pared de músculos bajo mis yemas.

—Te amo —murmuré.

Me miró, con tanto amor en sus ojos que hizo que los míos ardieran.

—Te he esperado toda mi vida. —Su pelvis chocó contra la mía y un calor fundido recorrió mi cuerpo—. Mataría por ti. Si alguna vez hubiera que elegir entre tú y alguien o cualquier otra cosa, siempre serás tú.

Un gemido gutural escapó de mis labios.

—Lo mismo digo. Ahora fóllame, esposo.

Y lo hizo. Me jodió profunda y lentamente. Fuerte y rápido. Cada embestida me provocaba una oleada de calor y los dedos de los pies se me curvaban por la intensidad. La presión aumentó, me incliné hacia él y le lamí la comisura de los labios, saboreándolo.

Mis dedos se aferraron a su cabello cuando el orgasmo me golpeó con fuerza, dejándome sin aliento. Me folló durante el clímax mientras me agarraba a él, gimiendo y jadeando.

—Córrete dentro de mí —supliqué con la frente pegada a la suya. Con su puño en mi cabello y nuestros cuerpos chocando, dio un último empujón y se corrió dentro de mí con un ruido áspero.

Con los latidos de nuestro corazón tronando al unísono y el puño de mi esposo aún en mi

cabello, me levantó la cabeza y me besó otra vez. Lentamente, me aparté y lo miré a los ojos.

—Quería hablar —le recordé en voz baja.

—Pero acabamos haciendo algo mucho mejor —replicó, con su voz llena de admiración. Se incorporó y, cuando fui a moverme, me detuvo—. Quédate así. Solo un poco más.

¿Por qué se sentía como un adiós?

—Winston. —Mi voz era un susurro, el pánico envolviéndola como el miedo alrededor de mi corazón—. Estoy preocupada.

Sus dedos me rodearon con fuerza.

—Estás a salvo. No dejaré que te pase algo.

Negué con la cabeza, tragando saliva.

—No quiero que te vayas mañana. —La tensión endureció sus hombros, mas no dijo nada—. Por favor, dime que no estás haciendo nada imprudente.

Se pasó una mano por el cabello.

—No te preocupes por nada, Billie.

—Ves, eso hace que me preocupe aún más —objeté tercamente—. Recuerda cuando dijiste que hablaríamos de todo. Sin secretos.

Este matrimonio era una asociación. No quería que me mantuviera en una burbuja.

—Es más seguro si no sabes nada.

Solté un suspiro tembloroso.

—No.

Parpadeó.

—¿No?

Sacudí la cabeza.

—No quiero estar a salvo. Te quiero a ti. Para bien o para mal, Winston. Eso es lo que prometimos. No eran solo palabras vacías. No para mí.

Me miró fijamente y mi corazón latió a un ritmo angustioso.

—Tengo que *hacerme cargo* de mi padre —anunció por fin, y en seguida caí en cuenta a lo que se refería. No solo estaba cortando la conexión con su padre. Iba a matarlo.

Tragué saliva, insegura de cómo sentirme. No era que me importara su padre, pero me preocupaban las consecuencias. «*No matarás*». La verdad era que su padre se lo merecía, no obstante, Winston no merecía ir a la cárcel por ello.

—Yo... no puedo perderte. —Una pesadez me oprimió el pecho. Pasé una mano por su cabellera, necesitando tocarlo, y un ruido áspero sonó bajo en su garganta—. No puedo vivir sin ti.

No era una mentira. Incluso durante los seis años que estuvimos separados, había tantos días que pensaba en él. Tantas noches que me corría imaginándolo tocándome y amándome.

—Volveré a ti, Billie. De una forma u otra, encontraré el camino de vuelta. Incluso si tengo que escapar de la cárcel.

Suspiré en su boca, sabiendo que no podía convencerlo de abortar esta misión. Aunque podía hacerle una promesa.

—Te estaré esperando con las maletas hechas, lista para huir.

Su mirada se llenó de algo tan oscuro como el pecado mientras me acunaba la cara con las palmas de las manos y pasaba el pulgar por mi labio inferior.

—Soy tuyo. Todas mis imperfecciones. Todos mis demonios. Todo mi amor.

Era la promesa que me haría para el resto de nuestras vidas.

Capítulo Cincuenta Y Siete



Washington, D.C.

Winston

Estaba a punto de hacer algo que podría explotarme en la cara a lo grande.

Si bien el riesgo era importante, los beneficios lo compensaban. Incluso si me atrapaban, saber que mi esposa y mis hermanos pasarían el resto de sus días a salvo de aquel hombre valía la pena.

Las puertas de hierro se abrieron y conduje por el largo camino bordeado de sauces llorones, los favoritos de mi madre. Aunque la medianoche se acercaba rápidamente, la mansión estaba iluminada como la maldita Casa Blanca.

La casa de mi padre se alzaba detrás de los árboles. Me hubiera gustado decir que nunca supe que llegaría a esto, pero en realidad sí. Desde el día en que murió mi madre, tuve claro que las cosas acabarían mal con mi padre.

Solo tenía que pensar en el rostro de mi esposa lleno de dolor y tristeza, y tenía que luchar contra el impulso de torturar al maldito desgraciado que había conseguido destruir tantas vidas.

Resolvería este desagradable asunto.

La casa estaba vacía. Gracias a *Priest* y a sus habilidades de *hacker*, se había cerrado toda la vigilancia en este bloque, y todos y cada uno de los miembros del personal habían sido convocados para estar en otro sitio.

Así que el viejo imbécil estaba bien y solo.

Encontré a mi padre en su dormitorio, fumando un puro y viendo las noticias. Las cortinas estaban cerradas, dejando la habitación casi a oscuras. Apestaba a sexo rancio, mezclándose con las paredes y los secretos que esta casa había visto.

Tuvo tres putas en su cama, la cama de mi madre, hacía menos de una hora, según *Priest*.

Apreté el interruptor de la luz, haciendo que el senador corrupto parpadeara ante el duro resplandor. La cama crujió bajo su peso cuando se incorporó para ver quién se atrevía a entrar en sus dominios.

—Winston, ¿qué estás haciendo aquí?

Una suave sonrisa se posó en mis labios mientras una furia venenosa recorría la longitud de cada extremidad.

Por supuesto que el idiota estaba desnudo. Curvé los labios con desagrado mientras me acercaba a su cama, con una mano en el bolsillo del pantalón y la otra colgando despreocupadamente a mi lado. Tuve que luchar contra el impulso de no abalanzarme sobre él y rodearle el cuello con mis manos.

—He venido a hacerte saber que mi esposa sigue viva. —Su mano arrugada apretó la fina sábana. Su mirada lo decía todo. Una admisión de que estaba dispuesto a sacrificarla por sus propias metidas de pata. No estaba seguro por qué iba a sorprenderme; después de todo, había utilizado a cada uno de sus hijos en su propio beneficio—. Pero mi bebé no lo está.

Me aseguré de que pudiera ver el odio en mis ojos. La promesa de venganza. La promesa de enviarlo al infierno antes de tiempo.

—Algún día me lo agradecerás.

—Nunca. —Mi voz se endureció.

—En nuestro mundo, se necesitan tomar decisiones difíciles —indicó con esa sonrisa cruel en la cara—. Me gustaba follarme a tu madre, de hecho, fue el mejor coño que he tenido, pero me estorbaba. Nunca habría podido llegar a senador con ella y su pasado a mi lado.

El odio como ninguna otra cosa burbujeaba dentro de mí, abrasando mis venas.

—¿Qué quieres decir? —pregunté en tono gélido.

Sonrió maliciosamente.

—Sabía que querías ir a esa tienda de videojuegos. No eres nada si no predecible, Winston.

—Hiciste que la mataran. —Decir las palabras en voz alta hizo que me temblaran los huesos. Su crueldad. Su moral inexistente. Su codicia.

Dándome cuenta de hasta dónde estaba dispuesto a llegar este hombre avergonzaba hasta al mismísimo diablo. Todos estos años, había usado su muerte contra mí, y todo fue una maldita mentira. Acabó con ella y nos dejó a mis hermanos y a mí sin madre, y no tuvo ni una pizca de remordimiento.

—¿Por qué?

—Necesitaba la ayuda de la mafia para asegurar mi asiento. Ella no paraba de bloquearme el paso, corriendo a su familia y diciendo que estaba dispuesto a hacer tratos con los rusos. Nuestra familia está destinada a la grandeza, no a la insignificancia.

Le costó la vida a mi madre. Pasé años odiándome a mí mismo. La familiar presión persistente en mi pecho creció, recordando el día en que ella murió.

—¿Crees que has alcanzado la grandeza? Tus hijos te desprecian. El maldito mundo te desprecia. Mi esposa es demasiado buena para mí. Demasiado buena para el asqueroso apellido Ashford.

Acorté la distancia y, con cada paso, el fuerte aroma de su colonia me provocaba arcadas. O tal vez era solo la idea de él.

—No es cierto. —Se limitó a sonreír, pensando que tenía la ventaja—. Nuestras conexiones con el bajo mundo son de gran alcance. No solo rusos. No solo italianos. Ni siquiera solo los Balcanes. No hay quien nos detenga. —Había ido demasiado lejos. Su codicia nos destruiría a todos—. Eres un Ashford, no destinado a asociarte con esa escoria Swan. Ya es bastante malo que tu hermano haya engendrado a un bastardo. —Me incliné, y él solo sonrió, demasiado estúpido para ver que me había empujado demasiado por última vez—. Nuestra sangre es mejor que la suya.

Sacudí la cabeza.

—Suficiente.

Había convertido a cada uno de sus hijos en un objeto de uso y abuso. Igual que había hecho con nuestra madre. No más.

—Tú mismo lo dijiste. Esa libertina es una cazafortunas.

—Cállate. De. Una. Jodida. Vez.

Sonrió.

—Te hice un favor. Espero que se la hayan follado hasta hacerla sangrar.

Lo agarré del cuello y lo miré fijamente a sus ojos sin alma.

—Danil tuvo la decencia de no dejar que la violaran. —Apreté mi agarre, haciendo que empezara a ahogarse—. Arruinaste una vida por última vez, padre. —Tosió y balbuceó, arañándose la muñeca. Cada segundo que pasaba, su agarre se debilitaba—. Espero que ardas en el infierno.

Tosió, jadeando para recuperar el aliento. No aparté la vista, ni siquiera pestañeeé, disfrutando cada maldito segundo de su miseria. Su expresión se volvió afligida y su aliento agonizante se convirtió en una melodía áspera.

Fue glorioso.

No fue hasta que se quedó con la mirada perdida, que finalmente solté mi agarre.

Ahora era el momento de volver con mi esposa.

Capítulo Cincuenta Y Ocho



Billie

Habían pasado dos semanas enteras desde que Winston se fue en su viaje de “negocios”.

Acordamos no llamadas por teléfono ni mensajes de texto, y ahora me arrepentía de ello mientras atravesaba *Villefranche-sur-Mer* y bajaba por el paseo marítimo hasta llegar al mar. Aquí fue donde mi hermana y yo lloramos la muerte de nuestra madre y, más tarde, la de nuestro padre.

Cuando Winston se fue, me inquieté y volví al lugar donde empezó todo.

Después de días de constantes visitas de mi hermana y mi cuñado, necesitaba espacio. Habían sido un apoyo maravilloso, y Ares una buena distracción, pero necesitaba un poco de tiempo a solas. Byron, al igual que su hermano, tenía un don para los negocios. Me ayudó a poner en marcha la producción de piezas utilizando primero los diamantes de las minas. Resultó que Winston había hecho un trato con Danil por derecho de preferencia a todas las piedras preciosas que salieran de la mina a la que había renunciado.

Me senté en la playa, con la fría brisa del océano. El sol descendía lentamente tras el horizonte del pueblo de la ladera, el mar brillaba con sus últimos rayos. Cada minuto apagaba otro hasta que el crepúsculo se cernió sobre mí.

«¿Dónde estás, Winston?».

La noticia de la muerte del senador Ashford dominaba los medios de comunicación, sin embargo, no había ni una palabra de acto delictivo. Revisaba diariamente las actualizaciones, y la historia era siempre la misma. El Senador Ashford murió pacíficamente mientras dormía.

El funeral fue el día anterior. Byron voló por el día y volvió a primera hora. La decepción cuando entró por la puerta sin Winston fue grande.

—¿Está ocupado este asiento?

Se me detuvo el corazón al escuchar la voz de mi marido. Tragué saliva, temiendo estar alucinando. Lentamente, giré la cabeza y me encontré con su mirada. *Azul*. Llena de devoción y amor. Llena de promesas para nuestro futuro.

—Es una playa libre —declaré en voz baja. Se agachó a mi lado, sus rodillas tocando las mías, y me estrechó entre sus brazos—. T-te he e-extrañado —balbuceé.

Su mandíbula se tensó.

—Lo sé. Tenía que asegurarme.

Asegurarse de que no lo culparían. De que no vinieran tras de mí. No le pedí detalles, y sabía que nunca lo contaría. Lo que fuera que haya hecho, fue por su familia. *Nuestra* familia.

—Bienvenido a casa.

—Tú *eres* mi hogar, esposa.

Sentí la intensidad de su amor en sus palabras. En el temblor de sus dedos al tocarme. Me apretó el corazón.

—¿Estás triste? —musitó, secándome una lágrima de la mejilla con la yema del pulgar.

—Feliz. Estoy tan feliz de que estés en casa.

Me acercó hasta que solo pude *sentirlo a él*. Apoyó su frente contra la mía, envolviéndome en su calor y su aroma familiar.

Incliné la cabeza y me besó mientras me sujetaba la cara. Suave y profundo. Lento y envolvente. Hizo que mi corazón temblara y cantara de felicidad.

—Te amo —suspiré contra sus labios.

—Te amo, esposa.

Mientras mirábamos al mar, no estaba segura de cómo se desarrollaría el futuro. Pero sabía que lo afrontaríamos con gracia.

Juntos.

Epílogo 1



Cuatro años después

Billie

—**P**arece que estás a punto de reventar.

Odette soltó una risita ante la sinceridad de mi sobrino, y les entrecerré los ojos a ambos. Quería estrangularlos, aunque las palabras de Ares no podían ser más ciertas.

Objetivamente hablando, parecía un globo inflado. Estaba embarazada de cuarenta y un semanas y se acercaba la Navidad. Era evidente que mi hijo había adoptado la terquedad de su padre. Me habría parecido adorable si no fuera porque mi cuerpo apenas podía tambalearse de un extremo a otro de la habitación. Mis pechos tenían el tamaño de sandías alimentadas con esteroides, mi espalda apenas soportaba mi peso y mis hormonas estaban dispersas.

Pero a pesar de los lamentos y quejas por haberme pasado de la fecha prevista del parto, me alegré de que mi hijo hubiera optado por una entrada tan tardía. Me había dado un poco más de tiempo para estar con él, sabiendo que sería mi último embarazo.

Cuando los médicos me dieron la noticia, no me entristecí. Tuve la suerte de pasar la experiencia de estar embarazada.

—¿Podría alegar locura hormonal si asesinara a alguien en las últimas fases del embarazo? —reflexioné en voz alta.

—Podemos intentarlo. —Violet no era más que una amiga comprensiva en esos momentos difíciles. Odette resopló, mientras Ares ponía los ojos en blanco.

—Papá nunca lo permitirá. Tampoco el tío Winston.

—No te engañes, Ares. El tío Winston nos mataría a todos por la tía Billie —opinó Odette, mortalmente seria—. Recemos para que se le pasen los cambios de humor.

—Quizá también él pueda alegar locura —resopló Violet.

—Nunca me van a dominar así. —Ares arrugó la nariz, poniendo los ojos en blanco.

Las tres compartimos una mirada y nos reímos, sabiendo muy bien que un día una chica lo tendría enamorado y envuelto alrededor de su dedo meñique. Sin embargo, más le valía ser digna de mi sobrino. Violet estaba de pie junto a la ventana, admirando nuestro pequeño refugio en el sur de Francia. Nuestro hogar permanente junto al mar.

Winston y yo viajábamos con frecuencia a París, pero ante la proximidad de nuestro bebé, quería estar donde nos conocimos para que naciera aquí. Quería estar cerca de mi hermana y asegurarme de que recibiera a nuestro bebé. No había nadie en quien confiara más.

Ares salió de la sala de estar del castillo de Winston junto al mar, claramente harto de escuchar plática de mujeres.

—Algún día será un rompecorazones —le comenté a mi hermana.

—Sinceramente, es alarmante lo guapos que son todos los Ashford —señaló Violet.

—Lo alarmante es que este bebé sigue dentro de mí —indiqué mi enorme barriga.

—¿Qué es esa tontería de que alguien nos va a matar a todos? —exclamó Byron cuando él y mi esposo entraron, ambos tranquilos y serenos con sus trajes de diseñador. Winston caminó en mi dirección y se inclinó para darme un beso en los labios—. Ares llamó a Winston *maldito dominado*.

Mi hermana soltó un grito ahogado y miró a mi cuñado.

—Tuvo que haberlo escuchado de Royce. Ese hombre será la única razón de la boca sucia de nuestro hijo.

—Joder, sí —asintió él, sonriendo, y Odette dejó escapar un suspiro exasperado.

—¿Cómo están mis dos personas favoritas? —Winston murmuró contra mis labios, ignorándolos a todos.

Sonreí, frotándome la barriga.

—Totalmente lista.

Me frotó la barriga a través del vestido que había diseñado como parte de mi última línea de maternidad.

—¿Y el pequeño?

Sonreí.

—Demasiado testarudo para hacer su gran entrada.

Winston sonrió.

—Ama demasiado a su *Mama*.

Gimiendo, agarré la punta de la corbata de mi marido y lo jalé hacia mí.

—Tenemos que tener sexo salvaje esta noche para que salga este bebé.

—Por supuesto —aceptó ansioso, con sus ojos brillando con diversión. Ambos sabíamos que el sexo salvaje a estas alturas era imposible. En las últimas semanas nos habíamos limitado a sexo oral, mucho porno y caricias suaves—. Lo que quiera mi esposa —confirmó sonriendo.

Le lancé una mirada.

—¿Te estás burlando de mí?

Se rio.

—Jamás. Sé que no debo hacerlo a estas alturas.

Nuestra audiencia rio suavemente de fondo y levanté la mano.

—¿Puedes ayudarme a pararme de esta silla, por favor? Necesito estirar las piernas. —Me cargó en brazos y chillé—. Winston, bájame. Soy enorme, te vas a romper la espalda.

—Valdrá la pena.

Sonreí y luego me puse rígida al sentir que un líquido caliente me resbalaba por los muslos.

—*Umm*, Billie —dijo—. ¿Hay alguna posibilidad de que... te hayas orinado?

Sus ojos se clavaron entre mis piernas y ambos nos quedamos paralizados.

—Creo que se me rompió la fuente. —Ambos nos miramos—. ¿Estás listo para nosotros, papi?

—Nací listo para ustedes dos.

Epílogo 2



Cinco meses después

Winston

La pequeña mano de mi esposa se deslizó entre las mías. Su larga melena rubia, suelta y alborotada, caía por la espalda de un vestido Givenchy de encaje blanco. Los diamantes que llevaba al cuello, diseñados por mí para ella, hacían juego con la pulsera que había recuperado de los contrabandistas.

A pesar de que estaba loca por las joyas, mi esposa solo llevaba ese collar y esa pulsera, además de su anillo de bodas. Era la mejor vista de mi vida. Mi esposa fue el mejor regalo de mi vida, y nunca lo daría por sentado.

Guau. Guau.

—Fifi —regañó a nuestra pequeña cachorrita, una bulldog francés color chocolate, por ladrarle a un transeúnte—. Vas a despertar a nuestro pequeño. —Como si nuestro hijo de cinco meses supiera que estaba siendo mencionado, se movió en el portabebés que yo llevaba, arrullándolo. A mi esposa se le iluminaron los ojos y sonreí ante la felicidad en su mirada.

Mi pecho crecía cada vez que estaba cerca de mi familia. Los últimos cinco años habían pasado volando y este era un nuevo capítulo para nosotros. El que habíamos estado esperando, y sabía que la vida seguiría mejorando.

No había mucho que me gustara más que pasar tiempo con mi familia. Billie había iniciado su premiada marca hace tantos años y fue recibida en la industria con los brazos abiertos. No podía estar más orgulloso.

—*Ugh*, ella no me hace caso en lo absoluto —se quejó Billie cuando nuestra cachorrita se negó a dejar de ladrar.

—Nos está protegiendo.

Billie se rio entre dientes.

—Supongo que el tamaño no importa.

—No cuando se trata de lealtad. —Le di un beso en la frente. Suspiró contra mí y la satisfacción me zumbó en la garganta. Era imposible resistírsele, a sus sonrisas, a sus iris dorados y al amor que sentía por nuestra familia. Por mí.

Entre el desvanecido sonido de las sirenas, el aroma del *Seine* y el sabor del aire urbano, la primavera estaba en el aire. El cielo nublado se oscureció y las primeras gotas de lluvia cayeron del cielo.

Me deleité con mi buena suerte.

Mis pasos se detuvieron y los suyos también. La giré hacia mí y le acaricié las mejillas. La lluvia era cálida y ligera, y parpadeó.

Su pulso se agitó, su respiración llenó el espacio entre nosotros.

Dio un paso adelante, las manos de nuestro bebé nos agarraron a ambos, conectándonos. No era digno de ella ni de esta vida, no obstante, la idea de dejar que mi esposa y mi hijo nunca existieran sin mí de por medio no era posible. Estábamos hechos el uno para el otro. Ella era mía y yo era suyo.

—Te amo, Billie Ashford.

Levantó la mano y apretó la palma contra mi mejilla.

—Y yo a ti, Winston.

Después de años de búsqueda y de luchar contra mis demonios, encontré la paz mientras la besaba bajo la lluvia. Como si fuera nuestro primer beso. Como si fuera el último.

FIN

Agradecimientos

Quiero darles las gracias a mis amigos y a mi familia por su continuo apoyo.

A mis lectores *alpha* y beta: son increíbles. Aguantan mis plazos locos y mi organización aún más loca. No podría hacerlo sin ustedes.

Mis libros no serían lo que son sin cada uno de ustedes.

A los *bloggers* y reseñadores que ayudaron a correr la voz sobre cada uno de mis libros. Se los agradezco mucho y saber que les gusta mi trabajo lo hace mucho más agradable.

Y por último, pero no por ello menos importante, **¡a todos mis lectores!** Esto no sería posible sin ustedes. Gracias por creer en mí. Gracias por sus increíbles y solidarios mensajes. Simplemente, GRACIAS.

Puedo hacer esto gracias a todos ustedes.

XOXO

Eva Winners

¿Qué Sigue?

¡Muchas gracias por leer **Secretos**! Si te gustó, por favor deja una reseña. Tu apoyo significa mucho para mí.

Reinado es el próximo libro de la serie *Reyes Multimillonarios*, y tratará sobre nuestro propio *Ghost* quien apareció en la serie de *Espinas de Omertà*, el libro de Kingston: [Preordena aquí](#)

Si tienes sed de más debates con otros lectores de la serie, puedes unirte al grupo de Facebook, *Eva's Soulmates* (<https://bit.ly/3gHEe0e>).

Sobre La Autora

¿Tienes curiosidad por conocer los otros libros de Eva? Puedes consultarlos aquí. Libros de Eva Winners <https://bit.ly/3SMMsrN>

Eva Winners escribe novelas románticas de todo tipo, desde enemigos a amantes hasta libros que despiertan todos los sentimientos. Sus héroes a veces son villanos, porque también ellos necesitan amor, ¿verdad? Sus libros están salpicados con un toque de suspenso y misterio, una buena dosis de angustia, una pizca de violencia y oscuridad, y mucha pasión tórrida.

Cuando no está trabajando y escribiendo, pasa los días en Croacia o Maryland, soñando despierta con su próxima historia.

Encuentra a Eva a continuación:

Visita www.evawinners.com y suscríbete a mi boletín.

Grupo FB: <https://bit.ly/3gHEe0e>

Página FB: <https://bit.ly/30DzP8Q>

Insta: <http://Instagram.com/evawinners>

BookBub: <https://www.bookbub.com/authors/eva-winners>

Amazon: <http://amazon.com/author/evawinners>

Goodreads: <http://goodreads.com/evawinners>

TikTok: <https://vm.tiktok.com/ZMeETK7pq/>